AL/F 80

Novelas
de
D. Antonio Ledesma
(Sin publicar)

Don Adolfo
El Diácono Dionisio ó Triunfo de Cristo.
Lo que queda del pasado

- Tomo Primero -

1/

Don Adolfo.

I

¡Pobre Don Adolfo! No podía negársele talento, imaginación, valor, generosidad; una porción de virtudes de la voluntad y de la inteligencia; pero carecía de lo que vulgarmente llamamos don de gentes.

Había hecho sus estudios con aprovechamiento, y nunca pudo captarse las simpatías de sus profesores; se sacrificó mil veces por sus amigos y no los tenía de veras; amó y le pagaron con veleidades; escribió trabajos interminables ~~y no tuvo lectores~~; ~~tuvo~~ pasión por las artes, singularmente por la música, y nunca llegó a ~~ejercerlas~~ ~~por demás~~ la fascinación del artista.

Decíase que era adusto, orgulloso, que ~~ya~~ sabía perdonando vidas, y en el fondo tenía un carácter suave, dócil, benévolo, humilde sin afectación y transigente con todo el mundo.

Aquel semblante sério y severo, de que no podía prescindir ~~para~~ la causa de juicios tan erróneos, ~~era~~ Don Adolfo resaltaba ~~sistema~~ de unas cuantas líneas ágrias de sus ojos y de su nariz, de su frente y de sus ~~fruncidos~~ labios. A primera vista predisponía en contra; pero, en realidad, aquella máscara taciturna, ~~resaltaba~~ era el antifaz de un espíritu bello y platónico.

Alguna parte de responsabilidad cabíale, sin embargo, en la atmósfera creada á su alrededor, ~~a~~ la de ~~el~~ no haber intentado

jamás desvanecerla. Sabía que se equivocaban todos al juzgarle, y que acudía á su defensa, como otros, para disipar, con gárrula palabrería, la primera impresión de las gentes. El dejaba correr las cosas. Alguna vez esas injusticias le arrancaban una sonrisa triste. Pensaba, sin duda, que le sería tarea árdua ir por todas partes diciendo: "Ciudado, señores, que yo no soy lo que parezco; tengan entendido que la cara, espejo del alma, en ocasiones como los malos espejos, en vez de copiarla, la desfigura." Y, creyéndose cada cual lo que quisiera, en el fondo era como era; y su espíritu no estaba modelado por una línea más ó menos certera, ó por una berruga mejor ó peor situada.

Y el caso es que no parecía ser hombre tan repulsivo, tan mal encarado, ni de esos que Lombroso, Garófalo y Ferri apuntan en sus cuadros sinópticos de la deformidad física ó moral. Adquiría rápidos, adusto, ceñudo; pero razonablemente fuerte y basta. Su cabeza braquicéfala, y dorada, luminosa, recordaba [illegible] del Museo Capitolino; su frente despejada

derrotaba el hombre de severa razón, no exento por ello de pasiones; ~~tenía~~ labios gruesos, ~~pestañas~~ ~~oratorio voluminoso~~; la constitución ~~era~~ apuesta, ~~de~~ musculatura recia, y si miraba de lado, como por cima del hombro, no era por presunción; sino por conformación natural de aquel cuerpo estatuario, y de aquella cabeza, que parecía siempre dispuesta á la estereotipia.

Sus distracciones le ocasionaron no pocos disgustos, y le enagenaron bastantes amistades. Andaba imaginativamente casi siempre; abstraído en sus pensamientos, y no reparaba en nadie. O no correspondía á los saludos, á lo mejor; ó nó se acordaba de ceder la acera cuando debía, ó tropezaba bruscamente con cualquiera y seguía adelante, como si tratara de un muñeco. Y después, cuando caía en la cuenta, ~~trataba de~~ ~~intentaba~~ excusarse del mejor modo; pero el amor propio ofendido de los demás no solía darse por satisfecho.

En fin, era hombre poco comunicativo, no dado á frecuentar el trato social, contemplativo y meditador; entregado á eternos y nuevos diálogos con su pipa de espuma de mar, que le complacía en ir regenerando,

dándole el bello color tostado de las mu
chas otras que ya tenía cubotadas y guarda
das en su pequeño museo de fumador.

Había seguido la carrera de Ciencias,
~~más por lujo~~ más por lujo que por necesidad: así que, dos
años de doctorado, no pensó en hacer nin
guna oposición, y al cabo ~~de todo~~ se retiró
á vivir, a una preciosa quinta ~~de mi renta~~ de mis rentas
que formaba parte de su caudal, á ~~unas~~ dos
leguas de Miralmar, en un pueblecillo ro-
deado de naranjales, situado á las margenes
de un rio casi seco; aldea de blancas casitas
que ascendían hasta el declive de un
cerro, dándose la mano con humildes
cuevas, que más arriba, claveteando de
agujeros el ~~horizonte~~ declive, ~~parecían~~ llenaban el aspecto
de un avispero.

II

La aldea del Riojal tenía para Adolfo
atractivos singulares. No era precisa-
mente el encanto de aquellos huertos
de hoja perenne, de blanca flor y de
doradas pomas; ni de la perspectiva de
aquellas vegas pensiles, por donde el agua
de las tandas del rio corría bullicios a,
en cauces sombreados de higueras; ni la
franja arenosa del Andarax, más modesto

y adelante que el Manzanares, pero más terrible y torrencial en ciertas avenidas de otoño; un aquel puente tendido sobre el cauce, que se pintaba en los crepúsculos del horizonte como decoración fantástica; un aquella abrupta sierra de Miravalle, que detrás del pueblo, a lo lejos, alzábase gigantesca, vestida con gasas azules o tornasoladas y en invierno con blancos cendales, que atraía a Adolfo en aquel villorio; eran cosas insignificantes, detalles mínimos, sitios y lugares sin importancia ni belleza.

En la plaza había un gran olmo, donde se refugiaban por las tardes millares de pájaros, y allí sobre abandonado sillar de cantería, gustaba sentarse y pasar una horita, con una pierna cruzada sobre la otra, apoyada la espalda contra el tronco del árbol y fumando su pipa. A la salida del pueblo, a medio kilómetro, estaba la fuente en un cauce de agua limpia, derivada de las arenas subterráneas del río, y a ella se encaminaba para recostarse un rato en el ribazo, mientras las labradoras llenaban sus cántaros en la limpia y se alejaban en parejas bulliciosamente.

Cenfiel, el cementerio se alzaba en un mon
tecillo sobre el valle, y era frecuente ver á
nuestro amigo subir por aquellas veredas
solitarias y pasear á su sabor, al amparo
de aquellas tapias negruscas.

En el pueblo era muy conocido y res-
petado Don Adolfo, sobre todo le llamaban los cam
pesinos: porque amen de la gerencia en que
servia, que era la mas bella de los contornos,
tenia otras labradas haciendas, todas, por cuen
ta suya, en que empleaba no pocos brazos
y jornales. El dia solia ocuparlo en recor
rerlas y dar sus disposiciones; alguno que
otro rato en sus apuntes y cuentas, o en
escribir [illegible] por las tardes las
excursiones solitarias de que hemos ha
blado, y por las noches solian hacerle
tertulia el teniente cura, hombrecillo
rudo, que apenas sabia latin; el alcalde,
un rustico cavallero que adelaba á
todos los vecinos, y el maestro de escue
la, rara avis entre los de su clase; por
que, aunque no cobraba, durante
años la paga del Ayuntamiento, con
algunos terrones propios y otros de su cose
cha, y una vida sobria, economica con
taba no pocos ahorros, y podia atender

a su único vicio: la caza; alimentando pachones y pájaros de posadero.

Don Adolfo oía las conversaciones de sus visitantes, toreaba de ver en cuando en cuando y otras veces se ponían todos cuatro a jugar al mus, en que se atravesaban algunas perras chicas.

A las diez, indefectiblemente, la reunión se disolvía, y D. Adolfo, apesar de su fama de bravo y huraño, salía hasta el portón de la huerta a despedir a sus contertulios, que envueltos en sus ~~capas~~ verdes y largas, capas de cuello alto ~~que les tapaban las orejas~~ y con sus sombreros calados hasta las orejas, parecían en la oscuridad de la noche conspiradores, salidos de alguna ~~tenebrosa~~ conjura.

III

La afición de Don Adolfo a aquella ~~aldehuela~~ y a aquella vida rústica y su predilección por ciertos lugares para sus paseos y solaces, tenía quizás esta natural explicación. De niño había vivido ~~varias~~ temporadas con sus padres en ~~aquella~~ la quinta, y ligado a sus mejores recuerdos estaban aquel ~~alamo~~ olmo de la glorieta ~~del pozo~~, aquella fuente de cor riente prieta ~~de las afueras~~ y aquellos montes

en que el cementerio levantaba sus ta
pias terrosas.

¡Bajo aquel arbol jugó tanto en sus
años infantiles; tantas veces trepó por aque
llos cerros y se metió hasta las rodillas en
aquellas aguas diableando, ó esperó cerca
de ellas, ya hecho un mozalvete, á las mu
chachas herrosas de la aldea, que iban
tan tan tan y sin darle cuenta se en
caminaba á aquellos sitios y ~~se ~~ ~~quitaba~~ ~~de~~
~~fumando~~ su pipa, resortaba ¡valle!

No era tal ver que quisiera re
novar con la imaginación y la memoria
detalles minúsculos, ó episodios de su pri
mera edad; acaso no pensaba en nada
de eso, reclinado y mirando perderse en
el espacio las espirales de humo de su
~~cigarro~~ tabaco, pero sentíase llevado por un suave
empuje hacia aquellos sitios, y en cada
una parte veía tan ágiles como en
aquella quinta apacible ~~de la infancia~~ del reparo de
sus ~~propiedades~~ terrones.

La tierra atrae, y no es su atracción
solo un fenómeno físico, dependiente de la
ley de gravitación universal; sino un fe
nómeno moral también, no es única

mente el cuerpo al que tiende á su centro de gravedad, es á la vez el espíritu; Don Adolfo rebelde quizás más fuertemente que otros al imperio de esta ley, que le ligaba al terruño.

Mas aún; bien mirado, no es cualquier parte de la tierra la que ejerce esa tiranía sobre el alma; no es siquiera el lugar donde se nació, sino aquel donde primeramente se despertó y formó nuestra conciencia; y así Don Adolfo, nacido en la ciudad de Alvalmar, no se sentía tan ligado á ella como á aquel villorio, donde pasó gran parte de su niñez, y cuyos paisajes impresionaron por primera vez conmovieron tiernamente sus infantiles retinas.

Su padre fué un rico comerciante de Alvalmar, que empleó en el pueblo del Rioja gran parte de su fortuna; su madre una buena señora, que solo gustaba de las comodidades de su casa y del amor de los suyos, y de su lugar, y allá se iban al pueblo la mayor parte del año á hacer vida de campaña, ya con pretexto de las recolecciones, ó del verano, ó de enfermedades reinantes en la ciudad, obligando á ir allá al médico, que de casa, de las proximidades, ahora que no [illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] a la [illegible] campestres

Don Adolfo se habituó a esta vida, a la costumbre, segunda naturaleza como la llaman es más imperiosa que [illegible]. Por ello, fallecidos los progenitores [illegible] dueño de todas sus haciendas, continuó aquella tradición y acabó por echar definitivas raíces en el pueblo.

Sin embargo, la gente creía que algo más que esos hábitos e inclinaciones le impulsaba a enterrarse en vida en su garganta como un cartujo y que, habiendo estado en la Corte y seguido allí una carrera científica, siendo soltero y rico y [illegible] el gran mundo con sus atractivos y deleites, algún grave contratiempo, de esos que arruinan toda una existencia, le contrariaba o a su decisión de retirarse a la campiña a vegetar como un rústico.

A los treinta años, dejando lo que quiera los postas exprovechados y mundos, se está en la plenitud de la vida y no en la época de los desengaños serviles; se encuentra el hombre más

apto que nunca para gozar y más fuerte para resistir los golpes contrarios de la fortuna. No es todavía el tiempo de la retirada á los cuarteles de invierno del egoismo. Don Adolfo contaba sin duda solamente, y ya desde algunos meses antes estaba condenado en un solitario.

IV.

Cuál era el motivo oculto que le apartaba de la sociedad frívola y alegre, en el punto y hora en que mayores atractivos podian brindarle? Si existia realmente secreto, nadie lo pudo penetrar. Se sabia no más que habia cursado en Madrid que allí hizo brillantes estudios y su reválida en la facultad de Ciencias; y que hubo un período en que gastó á su padre algunos miles de pesetas más de su holgado presupuesto de estudiante.

En el Marco inmenso de la corte, no era facil saber por qué aguas navegó, y el haber tenido una época de desmanes no acababa gran cosa, allí donde lo excepcional hubiera sido que desde el principio sus miradas.

Siguiendo con hilo de Ariadna el la

berinto de ese oscuro período ~~de su existencia~~ otra cosa más podría conjeturarse. El dinero que se malgasta se emplea en algo, y lo más lógico era pensar que las mujeres, las francachelas y el amor se lo ~~disputaban~~, como en la edad juvenil acontece generalmente. Pero de ahí no se deducía nada favorable á aquella retirada al monte Aventino del Riojal; ni á ~~aquella~~ tan absoluta dejación de los placeres del mundo. Al contrario, ~~esa parece, alguna~~ esa más natural que decía de sí, y de una regular fortuna, y en la plenitud del imperio de sus pasiones, Don Adolfo hubiera ~~debido recaer~~ vuelto como tantos otros, en sus ~~aficiones~~ mil aficiones borrascosas.

Se necesitaba la virtud de ensueños para resistir las tentaciones de esos recuerdos alegres; para así volver á aquel mundo galante ~~y~~ en que se encontraba á ~~conjetar~~ ~~en un pueblecillo~~ ~~sobre~~ ~~terrados~~, sin otra perspectiva que una vejez prematura, y algunos miles atesorados, para mejor haber de vivir en futuro ab-intestato sin

herederos, ~~forzosos~~

O esta virtud le impulsaba pues, á un desengaño muy hondo, una herida del alma muy profunda, una ~~acción~~ muy negra, de esas que nos hacen odiar la ~~sociedad~~ y las gentes, y ~~nos hacen~~ perder las ternuras del corazón en los árboles, en las plantas, y en los seres inanimados que nos pueden ~~traicionar~~ traicionarnos.

Fuera lo que fuera, Don Adolfo nunlo dejaba adivinar en sus pacas conversaciones, ni se mostraba corroido ni áspero, como suelen los que sufren alguna herida semejante. A pesar de su natural reservado aspecto, su ~~aspecto~~ semblante serenidad, su palabra era suave, su actitud indiferente, y en los momentos de sus éxtasis contemplativos parecía dejarse mecer de dulces memorias.

¡Ah! si una pitia hubiera tenido sensorio, tal vez hubiera podido saber y descifrarnos tales enigmas; porque ella recibía aquellos estremecimientos nerviosos de Don Adolfo, trasmitidos por sus dedos regenerados; aquellas succiones de sus labios sardientes, donde asomaría su secreto, su forma de mordedura, ó de respiro, aquel monólogo

de su pensamiento comunicado a las espirales de humo de su cigarro. Pero el ámbar amarillento y la espuma de mar serán tostada, ó no se enteraban de estas cosas, ó se las callaban prudentemente, y Don Adolfo seguía impenetrable su vida de hidalgueño aburrido, compartiendo sus horas entre sus pipas, sus cuentas, sus cortejos, un poco de música, sus solitarios paseos y su juego al mus con los tres mismos personajes de la aldea.

V

A la verdad, esa vida vegetativa y retirada no era tan mala como pueden figurarse los cortesanos. Hay en la agitación de las ciudades una sobre excitación febril, que no constituye la normalidad del vivir equilibrado. El hombre es social, pero ante todo individual, y la gran masa le perdía de esta vista característica; le lleva, le empuja, le revuelve, le impone sus caprichos, le infunde sus nerviosidades, y le coloca a una alta tensión, impropia de su naturaleza.

En el campo, por el contrario, el individuo reina en su magestad, en sus derechos, en la serenidad de sus gustos,

Hay una regularidad acompasada en todos los resortes de su máquina física que él que dirán (la primera y) mas vana de las tiranías colectivas) le esclaviza; ni la alcarda de las muchedumbres le mueve; ni el vertigo de los negocios le atrae; ni las modas, las costumbres sociales, las relaciones y los compromisos le constriñen. En esa hermosa libertad del sér, siendo, la vida más tranquila, el juicio, más sereno, el raciocinio más profundo; todo se vé como en una atmósfera purificada, más claro y exacto.

Tal ocurría á nuestro personaje al seguir la escogida senda de los muchos sabios que en el mundo han sido, y por eso su criterio era tan preciso sobre toda las cosas á que se aplicaba, y su desden por las humanas grandezas tan manifiesto.

Alguna vez, que el Maestro de ceremonias quería cortejarle halagándole y le indicaba que aquella vida no era propia de su talento, ni aquel villorio centro natural de sus energías, Dn Adolfo encogiase de hombros y hacía un gesto de indiferencia, que cortaba la palabra al pedagogo. Y si el Secretario en los periódicos la noticia de

algún encumbramiento resonante,
de un Ministro de nueva hechura,
que había jurado haciendose a toda
prisa el uniforme, ó de algún título
concedido a cualquier pelafustán, ~~de~~
~~Ca~~ Don Adolfo se reveía y echaba su
bocanada de humo con más empuje,
como diciendo; "vanidad ... todo vanidad
des."

Generalmente los hombres científicos (y Don Adolfo lo era por ~~mi carrera~~ ~~estudios~~) se
pagan poco de las humanas pompas.
Despues de haber ~~estudiado~~ muchas ma-
temáticas, física, química, mecánica
y Astronomía, después de saber que todo es átomos
y moléculas, movimiento y vibraciones
de Ether, y que la tierra entera con sus
imperios es un grano de polvo en el in-
menso polvarón de los estrellados cielos,
no pueden menos de sonreirse al ver
en ese grano de polvo a un microbio
llamado hombre, que se viste con frac
de Ministro de la corona, ó que arrastra
un habito de Calatrava.

¿Qué diríamos de una hormiga

que se colocase esas prendas para su greñine alrededor de su miserable agujero.
Probablemente no nos dignaríamos siquiera echarle el pié encima ~~cuando~~ para aplastarla. De esa manera del Ser Supremo vivía el hombre sin duda al pensar de Adolfo. Y siendo tan enemigo éste de los engreídos y los fatuos parabá sin embargo orgulloso, cuando el único orgullo que podía atribuírsele era el de despreciar a los soberbios y considerándose pequeño y mísero.

VI.

Solo Dios es grande decía Marcelloa, en uno de sus elocuentes sermones de la Cuaresma. Adolfo algo picado de panteísmo naturalista, le parodiaba en sus monólogos ante la Naturaleza, atribuyendo a esta la única grandeza digna de admiración. Buen madrugador, como el Hidalgo Manchego, salía con su escopeta al brazo y su perro pachón por delante, á recorrer sembrados y maizales revoloteando codornices en el otoño, ó acechando tórtolas en los olivares

del Verano;
pero en honor mejor hay que
reconocer que casi nunca disparaba
movido á piedad contra aquellas ave-
cillas contentándose con encañonar-
las con la escopeta, y seguirlas en su
vuelo, y darlas por muertas moral-
mente como aquel general de la
Restauración á quien daban
sus enemigos por moralmente fusilado.

El pachón después de hacer sal-
tar á la codorniz agarrapada, se que-
daba con un palmo de narices, vol-
viéndose á su amo y gruñéndole de
disgusto; el ave que había partido
veloz se paraba más lejos asombra-
da de no haber sentido el disparo a
quemarropa plomazos, y Adolfo contento de
su buena acción se iba a descansar a
la inútil sombrita, á un caballón de
barbecal, cabe alguna acequia de agua
murmurante, ó á la sombra de alguna
breñera, donde á lo mejor aparecía
el garranchillo de la yunta, ó la ma-
chacha de la carga de leña, con los

que departía amigablemente, y á los que regalaba monedas de cobre.

¡Oh! ¡Se almorzaba muy bien después de estas cacerías ideales de que regresaba con el corazón cuchido y con la percha vacía! No le invitaba el maestro de escuela, que más positivista, hubiera querido ~~regalar~~ cuanto de pluma ó de pelo se le presentaba por delante. Solamente cuando salían juntos, se contaminaba D. Adolfo de aquellos malos instintos, más por pernatillo de buen ojo, que por otra cosa, y se complacía en dar al maestro unas cuantas higoteras, matándole la fiera que se le escapaba, y demostrándole así que aquella percha vacía, no significaba torpeza; y que si se volvía de baile con todas las mañanas era por capricho y magnanimidad.

En cambio el pedagogo tomaba una verdadera rabieta cada vez que le marraba el tiro; y no dando su brazo á torcer echaba la culpa unas veces á la pólvora otras

a la escopeta enriéblada, y más poco al perro que conociendo el mal genio de su amo, se agachaba temblando, seguro de recibir cuando no traía codornices unos cuantos culatazos entre chaparrones de insultos.

¡Poco reía para sí interior en medio de su aparente seriedad D. Adolfo cuando veía irritado por esos percances al profesor, nervioso y fuera de sí, más que por la zorra y pegado con cuanto encontraba a mano. —Pero ve V. D Adolfo, exclamaba, que indecente codorniz, y como ha salido atravesada? Y éste pillo, añadía señalando al pachón, que se le ha entrado por derecho? Ven acá canalla, ¿es así como te tengo dicho que me des la muestra? Toma infame. Y diciendo y haciendo arrojaba al can un puntapié que le tiraba la escopeta mía si [illegible] temiendo el castigo no se acercaba y se escabullía entre los maizales. Fallecía el profesor dos pachones muertos, apedreadas por pedazos de

mejantes. Y En cierta ocasion, en que
daba un puesto de perdices y el pajaro
no cantó, lo tiró con jaula y todo bar
ranco abajo, y otro dia muy desafortu
nado en que no cortó pluma, a pesar de
llevar buen perro y buena escopeta, se
maldijo asi mismo y pisoteó su som
brero, y apuntando al cielo disparó á
la bóveda arenada para desahogar su
coraje. Cosa rara! fuera de cacerpaña el
preceptor era una malva un hom
bre comedido, un modelo de buena crian
za y bien hablar. Pero á D Adolfo gusta
ba sacarle de sus casillas; y llevarle con
frecuencia de escopeta negra, como decia
para holgarle, la vanidad, y oirle echar
sapos y culebras por aquellos barrancales
contra los perros holgazanes, y las co-
dornices que no se dejaban matar se
guras delante.

Por regla general aquellas cacerías ma
tinales acababan en suculento almuerzo casa
de Adolfo, donde el profesor devoraba buenas
magras con tomate, empinándose algunas
copas de lo añejo, y se olvidaba de sus desazo
nes devolviendo al padron su buena opinion

y fama, al referir de él alguna hazaña ó algun rasgo genial, mientras le parabas la mano por el lomo y le echaba al suelo en una escudilla tasajos de su plato.

También solía concurrir el Cura á estos banquetes, y entonces D. Adolfo entablaba discusiones filosóficas-morales y religiosas á sus dos amigos, quedándose él de espectador; pues con la poca teología del Cura y la macarrónica dialéctica del dómine que era un fervoroso incrédulo, oía cada cosa digna de un sainete. El de misa y olla, y el de pluma y palmeta, se ponían de frente como gallos moriscos; se atacaban á silogismos, y unas veces el Cura picaba la oreja al maestro con algun latinajo de Santo Tomas, que aquel no entendía y parecía amorrarle y vencerle, otras el profesor apabullaba al Cura con algun argumento sacado del Micro Mega de Voltaire, de la Moral Universal del Barón de Holback ó de otro liberaco semejante.

¿Qué opina V. D Adolfo, decían encarnizados como pavos al final de la discusión buscando cada cual un fallo favorable? Y D. Adolfo, dejando el tenedor y apoyando

do su cabeza en la diestra mano, con el codo sobre la mesa, sonreía y exclamaba como Sócrates antes de beber la cicuta: "Solo sé que no sé nada."

VII

No era rigurosamente cierto que nada supiese D. Adolfo de aquellas cosas, ó por lo menos que creyese no saber nada; pues no era un escéptico ni un indiferente. Sus estudios científicos se habían acompañado siempre de lecturas filosóficas, y tenía cierto vago criterio sobre los puntos capitales de la Ciencia universal.

Por ejemplo, estaba cierto de su propia existencia, y de la realidad del mundo natural, sin recurrir al cogito ergo sum de Descartes; teniendo por loco á Fichte que á fuerza de idealismo, llegó á dudar de la realidad de su mujer. Creía poder en duda las leyes matemáticas, que tanto había profundizado, ni las leyes físicas conocidas, y encontrándolas tan admirables y enlazadas, que alejaban toda idea de caos, confusión, casualidad y desgobierno, creía que entre la red impalpable de los átomos como entre la inmensa

y magnífica de los mundos, había
~~el~~ alzado Ser supernatural ordenador cua
do menos de todo aquello. Viendo ser
si propios, en su cerebro encendida la
maravillosa de la inteligencia, más
espléndida que la del sol, y de energía
diferente de las otras leyes y fuerzas
ciegas del universo, deducía que tal
ser era leer era emanación ó des-
tello de aquel foco inteligente, y om-
nisciente, que todo lo concordaba. Fi-
jándose en el conjunto sorprendente
del progreso humano, al lado del
estacionamiento de los seres inferio
res, atribuía á esa fuerza racional
pensante excelencias, no de cantidad
sino de calidad, sobre las otras vitales
y anímicas, y vislumbraba un des
tino superior para la Humanidad,
con todas sus razas, pueblos y nacio
nes. La pequeñez de la tierra, com
parada con la inmensidad de los
mundos de la Vía Láctea, y de las nu
nebulosas lejanísimas del espacio, en

—

ver de desvanecerle sus hipótesis de grandeza de la Causa ordenadora y de altera del humano espíritu, le servían de confirmación; por cuanto no se trataba de una pequeña juguete de la casualidad; sino de una muestra a los ojos humanos de las obras excelsas del Supremo Ser, y de la posibilidad de gloriosos ~~destinos~~ después para millones de Humanidades parecidas. Pero, en lo que se alaba, era en la existencia de su inmortalidad como individuo, como buena baja de ese gran hervidero, juzgándose más bien, piedra del edificio, grano de arena del conglomerado, gota de agua del Océano, y ciencia imperceptible de la hoguera universal. Por otra parte, sentía ser perecedero; hallaba la vida interesante; y hubiera deseado comprobar como cierta la teoría de la metempsicosis, para convencerse de que, después de su breve existencia terrena, iría saltando de mundo en mundo como viajero incansable, hasta recorrer todas las escalas de las estrellas, y entera-

se de todas las cosas desconocidas.

¡Oh!, si él hubiera hecho el Universo lo habría combinado así: Suma polvareda de astros, desprendidos de un foco central; caprichosísimas elipses por órbitas de millones de mundos, en torno de inmensidades de soles; satélites múltiples para cada tierra sideral, y la vida comenzando por el enfriamiento de los astros exteriores, ascendiendo a la solidificación de los planetas, llegando a la condensación de los soles, preparando a manera de infinito número de islas a los cavilantes humanos, a los Ulises geniales que, partiendo de una pequeña Ítaca recorrerían en invisibles bajeles todas las costas, todos los promontorios del Universo, todas sus ciudades cargadas de portentos y maravillas, saturándose de ciencia, fortificándose de virtudes, coadyuvando con progresos, trabajos y artes a la conclusión de la gran obra divina. Y no hubiera puesto la pesa muerte con sus tinieblas y enig

nas á las puertas casi de la cena; ni los dolores y las tragedias, en medio del grandioso drama, no hubiera permitido á un espíritu del mal mezclarse en estos asuntos; sino que, de rebelarse el ángel, lo hubiera aniquilado con fuego del cielo, trocando sus moléculas en pul vos carbónicos. Y de las tierras hubiera hecho Paraísos; y de las maleza nas, jar tos permitidos; y de las serpientes cándidas palomas; y de las Evas eternas vírgenes; y de los Adanes sabios, artistas, poetas, fra ternalmente concordes. Y luego, cuando todos hubiesen hecho su recorrido uni versal, cuando todos se hubiesen acerca do lo posible con su inteligencia y su corazón, á las perfecciones de la gran Causa, habría acercado su movimien to de unión todos los mundos, hasta tocarlos unos con otros; habría los deja do inmóviles é incorruptibles en eter nas primaveras; habría con ellas ter minado el grandioso palacio, morada definitiva de todos los seres inteligentes, y les habría hecho reconocerse y amarse

formando una inmensa y gloriosa familia; poseedora de todos los misterios de amor y sabiduría de la Causa suprema.

Era esta la única profesión de fé y vagas esperanzas religiosas de Adolfo; pero le guardaba bien de indicar nada de ello en sus polémicas al Maestro y al Cura porque de todos modos no le habían de entender, y porque él mismo, desencarnando de sí por el afán de sus metafísicas, terminaba por encontrarse rodeado de oscuridades, palpando su cuerpo e ignorando que fuese la materia; sintiendo funcionar su pensamiento sin conocer su esencia tampoco; sin poderse formarse idea precisa de aquella gran Causa en que creía, ni del porqué y para qué de sus creaciones; y recordando entonces las famosas palabras del discurso oratorio, que no eran las de un escéptico sino las de un filósofo convencido de lo insignificante de la humana ciencia.

VIII

Por eso sonreía escuchando las arboradas polémicas del Cura y del dominie, á

gracias veía como infusorios metidos en una gota de agua, tratando de dar razón de las leyes de Kleppers; y con su encogimiento de hombros más modesto que indiferentista contaba al fin aquellas ~~discusiones~~ polémicas.

Lo que hubiera de cierto en ~~aquellos~~ los altos asuntos de la filosofía y del destino humano, no podía saberse por los esfuerzos de la razón; el Cura recurría á la fé, y el Maestro protestaba de que carecía de ella; de modo que estaban peleados y separados por una barrera que hacía imposible su aproximación.

Después de todo, D. Adolfo profesaba el principio de dejarse llevar ~~vigorosa~~ una fuerza inteligente el Universo como el creía, ó un Destino ciego y una Voluntad inconsciente; él se dejaría conducir por su impulso; obedecería á los dictados de su conciencia; cumpliría sus deberes, y esperaría sereno la hora de la muerte, para enterarse ~~definitivamente~~ si ~~definitivamente~~ de si había algo para el ser humano más allá de la tumba; ó sumergirse por siempre en la eterna oscuridad; después de haber

brillado un punto en la noche de los misterios, como luciérnaga.

Semejante estado de duda, ó por mejor decir de confianza dentro de la incertidumbre, no privaba á Adolfo del sentido moral necesario para arreglar sus acciones á la mas intachable corrección. Bien que el materialista convencido se convirtiese en cínico, y repitiera aquel "comamos y bebamos que luego morimos" de Epicúreo; pero el devoto de una Causa nueva, perplejo y vacilante solamente sobre el punto aquel de la inmortalidad del alma, no podia seguir ese criterio sensual y demoledor; porque, si acertaba dando rienda suelta á sus pasiones, en el caso de acabar todo con la muerte aquí abajo, la equivocación podia ser Mayúscula, la caida tremenda si luego habia otra existencia, y en ella se pagaban las culpas, y se recogia el fruto de los sacrificios.

Habia pues que ser morales, austeros, fieles cumplidores del deber pronun-

gado por la conciencia propia como ley, no solo para no contrariar ninguna de las leyes universales, no solo para acatar los mandatos de esa gran Causa preparado a manera de infinito sermon dirigidas a los navegantes hermanos a los Ulises geniales que partiendo de una pequeña Ytaca recorrerian en invisibles dejeles todas las costas todos los promontorios del Universo todas sus ciudades cargadas de prodigios y maravillas saturandose de esencia fortificandose de virtudes, coadyuvando con progresos trabajos y artes a la consecucion de la gran obra divina y no hubiera puesto la fea muerte con sus tinieblas y enigmas a las puertas casi de la cuna mi los dolores y las tragedias en medio del grandioso drama mi hubiera permitido a mi espiritu del mal aparecer en estos asuntos, sino que de rebelarse el angel lo hubiera aniquilado con fuego del cielo trocando sus bondades en polvos carbonicos. Y de las tierras hubiera hecho paraisos y de sus maravillosos frutos permitidos y de los prohibidos

que los dictos; sino para dejarse llevar

así, inadvertidamente al fin propios descono-
cido, como viajero que á bordo de un tra-
satlántico atraviesa el Océano ignorado
para él, y se deja conducir del piloto que
sabe y consulta las cartas marinas, y co-
noce los rumbos, y dirige la nave en la
calma y en la ~~borrasca~~ tempestad.

Esto era para Adolfo verdadera
devoción y religiosidad. Si él hubiera es-
tado cierto de su inmortalidad, no ha-
bría sabido cómo bendecir y alabar
al Dios que le había dado tal virtud
de perdurabilidad á través de los siglos
y de las evoluciones de los mundos, pues
entonces su culto y su adoración hu-
bieran sido pago de un favor inmere-
cido recibido, y como tal obligados y ne-
cesarios, estando en la duda, en la
incertidumbre sobre esa cuestión, pre-
diendo á su entender lo mismo pre-
tenar su espíritu que extinguirse
el cumplir sus deberes morales, el rea-
lizar sacrificios penosos, el ajustar
su conducta á una ley espiritual co-
mo si hubiese de obtener premio

acaso no
que llegaría á recojer en otra
existencia, frutos que no recolectaría
quizás, constituía un mayor acata
miento, una sumisión más decidi
dora hacia el Supremo Hacedor; y así
con modificaciones aún más devotas
y místicas, podía repetir los versos
de San Francisco Javier: "Oh no me mue
ve mi Dios para quererte!. . . .
. . . . . .

Oro justificaba que aquel hombre
en la plenitud de su vida, con un por
venir brillante, pudiese renunciar á
una existencia alegre y placentera,
bien retirado del mundo y de sus pompas,
hiciera aquella vida ascética, se sacrifica
ra mejorando sus propiedades, realiza
do plantaciones cuyos frutos serían para
sus descendientes y futuros poseedores, y así
perdiese ocasión de derramar beneficios
sobre el pueblecillo del Riojal, haciendo
obras de caridad con la mano derecha
de que la izquierda no llegaba á enterarse

Si Dios había elegido, no cabía duda de que
D Adolfo tenía que ganarlo por sus buenas

acciones y por las disposiciones mo-
rales de su espíritu; si no lo trabaja, por
lo menos su labor en aquel rincon cam-
pestre no era perdida; y no faltará
quien dedicara á su memoria alaban-
zas y recuerdos, borrado ya en la transfiguracion de
la ausencia aquel cuadro que hacia demerecer á sus mayo-
res generosidades, y que como buenos di-
seños, solo venia de aquella máscara este
rior imposible de arreglar, nó de aque
interior benévolo grave y contemplati-
vo.

Solamente podia interceptarle la
entrada en la bienaventuranza alguno
pecado antiguo que llevase escondido
el corazon como serpiente, y que se guar-
dara impenitente en su pecho: algunas
de esas faltas hijas de nuestra debil natu-
raleza que nos acarician, y nos seducen
y nos hacen caer, y que luego en ver de
borrarse reviven con deleite en nuestros
recuerdos, complaciéndose el espíritu
en recorrerlos en sus paradas solitarias.

Talvez éste fuera el secreto de
D. Adolfo; y en él pensaba y se envolvia con

voluptuosidad, cuando esquivando las
ofertas compañías del Cura, del Maes-
tro, y del Alcalde de monterilla, iba se bajo
el árbol aquél, ó al ribazo de aquella fuen-
te á fumar su pipa de ámbar, y á
lanzar bocanadas de humo que ascendian
fingiéndole en sus espirales fantasmas
imaginarios.

Pero no es bueno hacer conjeturas,
ni lanzar acusaciones sin pruebas arro-
gándonos el derecho de leer en la conciencia
de los demás; y si de interinis non judi-
cat Curia menos debemos jugar nos-
otros, reduciendo nuestro papel al de meros
narradores, y dejando que los seres se explayen
por sí mismos los misterios y abismos de
nuestro personaje.

IX.

Despues de un invierno crudo de esos
ahadas mañanas, y de ~~noches~~ heladas frías
por Adolfo y sus contertulios en el recipi-
do juego del mus, lanzaba la primavera
sus primeros hálitos, ~~floreciendo~~ y el campo
se hermoseaba con sus colores.

A los balcones de Adolfo subian

los jazmineros: los jardincillos que rodeaban la casa adorábanse de capullos de rosas, y las golondrinas de Bécquer paradas en los alambres del telégrafo allá sobre el distante camino, gorgeaban y alisaban sus plumas.

La aldea del Riojal se despertaba de nieblas, secaba en sus ojos las lágrimas de sus lluvias y saludaba la suave estación con cantos de zagalas, y con ramos de flores puestos en los altarcitos.

Dn. Adolfo se volvía más humano si de tal podía tacharse en estos días hermosos. Le hacía daño la viva luz de sus cielos, el fuerte color esmeralda de sus campos, el abigarrado tapiz rojo, azul, y amarillo de las florecillas que bordeaban las piezas de tierra, y sobresaliían en los sembrados. Ausente de la naturaleza, le entristecía su regocijo, sobre todo aquel cambio brusco de las ramas desnudas á los tiernos brotes; de los campos yertos á sus verdes alfombras; del cielo nublado al azul turquí. Prefería los estaciones extremas; el invierno con sus rigores, ó el verano con sus calideces; el mismo Otoño con sus hojas secas: por

los meses de Abril y Mayo le arreglaban más el entrecejo, y le apretaban el espíritu como á Héroe

No sucedía lo mismo á las demas gentes del villorio. Los ventanucos de las más humildes viviendas, se abrían para recibir el rayo del sol; á la puerta de las casas que charloteaban el naciente, saltaban alborozados los chiquillos, y cantaban los mozos por las tardes rasgueando sus guitarras en la plazoleta de la aldea, donde se ordenaban bailes y relatorios; y las muchachas que en grandillas iban á la fuente con sus cántaros, adornaban los manojos de sus trenzas con rosas amarillas, y rojas claveles.

De Miralmar solían llegar también carruajes atestados de familias, que desparramándose por las praderas frontereras al río, ó tendiendo blancos mantos sobre los ribazos, se entregaban á fiestas y comilonas. Y alguna que otra aficionada en aquella aldea trasladábase á ella temprano resueltamente, para ~~dedicarse~~ dedicarse á Adolfo veía desde sus balcones en los declives de la cuesta, las pequeñas romerías: pero no visitaba, ni era visitado.

por los que solían pasar aquellas temporadas de rusticación, que se contentaban con mirar al lejos aquella cuesta pintoresca, aquellos pasos de naranjales, y aquella casa rodeada de jardines; con tejado rebrillante y caprichosa veleta, y balconages de mármol como cera villa de Versalles.

¡Qué contraste ofrecía la artística vivienda de D. Adolfo, adornada de flores con el proletario caserón que á cuantos kilómetros mostraba sus paredes terrosas, sus balcones sin repisas, y resquebrajados, su torre saliente de viejas despilleras derrocadas, y sus antiguas puertas de herradura; inmenso, deshabitado rodeado de naranjas, y de malezas, con algunos ciprenes por delante como centinelas fúnebres, y otros en largas hileras como procesión de [illegible] cortejo.

La gente bullanguera que iba de campo á los contornos, recreábase contemplando la mansión triste donde acaso habitaba un corazon muerto; por curiosidad preguntaba cuya era aquella otra tristona y vacía y enterábase de pertenecer á un título arrui

rado, y de estar con sus tierras y sus
votos entregado á manos de un con-
cerro que el mejor día la vendería
por ínfimo precio, como barco viejo
arrojado á la playa por la tempestad.

En esos días primaverales, lle-
nando de la explosión de la luz solar,
y del canto de vida de los árboles y los
sembrados, D. Adolfo solía encaminarse á
las calles de cipreses del viejo Marque-
sado. Allí encontraba sombras y melan-
colía; y vagaba su pensamiento re-con-
truyendo mentalmente, en aquellas se-
culares ruinas la casa señorial antigua, con
sus trojes y bodegas repletas, con sus salo-
nes artesonados, con sus partidas de caza
y sus banquetes suculentos, y sus veladas
bulliciosas, y su muchedumbre de servidores,
y sus viejos marqueses apergaminados de
zapatos de hebilla, medias de seda, bordada
casaca, empolvada peluca, y sinnúmero etcétera.

A la sazón los avecicos anidaban
en las altas grietas de las paredes, las escale-
radas ramas de infolvables yedrucos,
los techos con sus maderas podridos y lle-
cos abiertos dejaban paso como sumideros

a las aguas del cielo, y bajo las bóvedas de la capilla iónicas mantenidas incólumes sostenidas las rabandijas, y grandes telarañas envolvían cayendo sobre el altar la escultura de un Cristo abandonado.

D. Adolfo tenía ganas de adquirir aquella finca destrozada, y aquel caserón medio caído. Sería la única que tal vez no le ejercitara su pericia agrícola para trasformarla en productivo naranjal: quizás la dejaría estar así con sus tierras eriales, con sus árboles salvajes, con sus setos intrincados, con sus muros desencadenados, y con sus fúnebres ciprés. Algo había que sustraer del material lucro de la industria, para consagrarlo al espíritu; y el suyo se hallaba en harmonía con aquellos sombríos parajes, que no se alegraban con la primavera, y que volvían los ojos á lo que fué.

El Cura y el Maestro conocían los deseos de D. Adolfo; sabían que éste ambicionaba poseer el Marquesado; pero lo atribuían á secreta ambición, creyendo que pro-

jectaba convertirlo en productiva granja.

Un hombre como aquel rico heredero, mejorando constantemente sus haciendas, amigo del arte moderno que resplandecía en su casa, y en los jardines que la cercaban, no podía consagrar aquella posesión para otra cosa que para romper eriales y malezas, roturar sus praderas, adecentar sus trojes, reconstruir sus viviendas, ~~[illegible]~~ desarraigar aquellos cipreses tristes, y ejercitar la habilidad de sus jardineros, con nuevos primores de horticultura.

El viejo Matías, el hombre de confianza de D. Adolfo, labrador y horticultor en una pieza, bebía los vientos ~~[illegible]~~ por que su amo adquiriera en buena venta el Marquesado. Allí sí que podían hacerse grandes cosas y sacarle los mejores frutos de la ribera. En aquellas tierras semi vírgenes, limpiadas de broza y naturales, roturadas por los arados, fecundados por los limos del río, crecerían los naranjos y los limoneros casi tan rápidamente como los maizales; y D. Adolfo podría sostener cuatro ó cinco labores. La casa se caería, porque no había remedio; pero en torno de su vieja ornamental

dran blancas y alegres las viviendas de los ricos colonos, y una de ellas, una seguramente, sería para Maruja cuando se casase, ó por mejor decir para el marido que eligiese. Maruja, que no había de quedar sola en el mundo si torcía la cabeza el viejo hortelano.

Maruja nieta de Mabés, era huérfana de padres, y al cabo del abuelo, recogida en la quinta de D. Adolfo, cuidaba de los jardines al lado de su progenitor, y estaba encargada de la venta al detall de los frutos y de las flores. Podría decirse que se había criado allí, porque sus padres murieron cuando apenas tenía seis años, y el abuelo se la llevó consigo; y los señores la quisieron siempre y Adolfo la vio crecer desde chiquilla. Seguramente que el perro al arreglar las tierras del Marquesado, reservaría una labor para ella y su marido, cuando le tuviese; siguiendo las tradiciones de aparcería de la casa; donde los labradores parecían adscriptos al terruño y vivían y morían sin separarse de sus amos.

Maruja era ya una muchacha

casadera; prematuramente desarrollada, con grandes ojos negros, tostada del sol, de cutis sedoso, ~~cuerpo de alberchigo~~ ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ brazos robustos, anchas caderas, cuerpo de ánfora encerrado en estrechos corpiños, donde saltaban sus pechos á su andar firme; finas facciones de morena, cerro gracioso de andaluza, sentidos ardientes de africana.

Hermana y zafia como pocas, para todo el que la galanteaba, ni tenía nombre, ni mostraba aficion á tenerlos; de modo que por ese lado malograba los proyectos de su abuelo, el buñuelero de Matías. Para ella no había mas Dios ni Santa María que su jardin, su huerta, sus gallineros, su palomar y el aseo de las habitaciones del Señorito. Bien, á su despacho no tocaba nadie mas que ella; y se pasaba muchos ratos en dejarlo limpio, como un espejo; sin barajar sus papeles, ni al tocar la colocacion de sus libros, de que no entendía ni jota.

Aquel despacho con su chimenea francesa, su mesa ministro de caoba con tapicería, su sillon forrado de piel, sus estantes llenos de volúmenes, sus papeleros de perros, & sus cuadros antiguos,

nes
panoplias! Jarmeros con respetas
y atenciones de casa, era para Marija
una especie de Sagrario donde había
que entrar con veneración. Allí esta-
ba la dormilona en que D Adolfo se
tendía para leer libros y periódicos; allí
veía las esfinges de aquellos libracos
de donde su señor sacaba tanto saber;
sobre la mesa estaba el último papel
emborronado por su mano, con aque-
llos misteriosos signos de la escritura
fonética; en todo vivía y palpitaba
el alma de D Adolfo y éste era para
ella un servicio.

El señorito tenía para Marija
naturaleza divina como los Cármenes.
¿Quién podía compararse con él? ¿Tener
6
tan rico, tan sabio, tan generoso, tan hi-
dalgo, tan bueno, tan enérgico, y tan
valiente? Marija se sentía respetada
por aquella mirada magestuosa, por
aquel entrecejo imperativo, por aque-
lla sonrisa irónica, que en el fondo
encerraba un corazón abierto á todos los
beneficios. Al lado de él los mozos
de la aldea, los mozos más apuestos

era gente insustancial y menuda, creó, no había en el pueblo por todos conceptos más que un hombre, y éste era él, el amo; y por eso Mareja le servía de cabeza y procuraba adivinar sus deseos, y cuidaba con gran celo de la huerta y del jardín, y de la limpieza de aquel despacho, especie de oratorio, donde entraba con la fe de una creyente; y en cada objeto veía una cosa sagrada, y en cada libro un evangelio, y en cada retrato una imagen digna de su culto.

Solo faltaba á Mareja decirle que D. Adolfo era también á sus ojos el hombre más guapo del Rojal, para que se creyese enamorada de aquel adusto caballero, á quien desde niña había mirado y servido como un perrillo fiel, siempre yendo detrás de sus pasos.

XI.

¿Quién sabe? Aunque Mareja vió con pesó jamás eso, ni quiso pensar en ello, por no avergonzarse de sí misma, tal vez lo sentía vagamente; y en torno de esta afirmación giraban todas las otras. La admiración en personas de distinto sexo es la puerta falsa del querer; y por allí se

nos entra á veces sin sentir y sin creerlo nosotros, lo que aquello que se nos ofrece como justo reconocimiento del mundo puede acabar ó convertirse realmente en adhesion apasionada

Mariquita habia salvado la edad peligrosa de la inocencia, y entrado en aquella en que la serpiente astuta ofrece á las bocas su manzana; tenia como nueve ó diez y seis años muy bien cumplidos en redondeces de sus formas, y destellos de sus negros ojos, y no habia tanto tiempo por medio entre ella y el señorito, para que la admiracion sentida hacia él no pudiera convertirse en cariño incipiente

Ello es que Mariquita representaba secreta complacencia en atender en todo á su amo, en desvivirse por él, en dar le motivos de queja ni de repulsa, en espiar desde el jardin sus largos paseos por la galeria de la casa, en mirarle á hurtadillas por la cerradura engolfado en sus libros y papelotes, que luego en ausencia de él, cogia ella y llevaba á sus labios, como si aunque

trocesen la esencia de aquel remedio, ó constituyesen objetos de devoción para su alma.

¡Infeliz Mariquita, y qué mal le pagaba el ídolo! Jamás se dignaba fijar en ella con igual interés los distraídos ojos; nunca le dispensaba una sonrisa, ni una palabra afectuosa; pasaba sin reparar en aquella gatita fiel que le buscaba y le seguía. La criada pelirroja, que solo tenía bufidos y arañazos para los demás, iba dócil y mansa a ~~buscar~~ lograr un halago de aquel hombre, que le volvía la espalda indiferente.

Una vez, una sola, le sonrió é hizo una caricia. Aún era una chiquilla de doce años no más; y llevó al señorito en el día de su santo un ramillete, unas zapatillas bordadas, en que le ayudó no poco la maestra del pueblo. Mariquita no olvidaba nunca aquella entrevista. Su abuelo Matías la acompañaba hasta la puerta de ~~la habitación~~ la casa, para que ~~ella~~ pudiese á presentar el ramo

su obsequio; ella temida y avergonzada, no quería pasar ni saber la escalera, hasta que vió tuvo más remedio. Secretio, subió a la galería alta, todavía con pena empujó la puerta del despacho de D Adolfo, y pidió permiso para entrar. Pero, antes de que le hubiesen contestado, ya estaba ella adentro llevada por el mismo atrevimiento. D Adolfo leía reclinado en una mecedora; abrió los ojos, y al verla colorada y balbuciente, y con las babuchas en corte en la mano sonrió, y la invitó a sentarse con una seña afectuosa. La llamó como a un perrillo tímido que recela venir a su dueño, y ella, temblando, presentó a D Adolfo su negocio que él examinó complacido, entonces sin decirle palabra, le cogió las manos, la apretó y le dió un beso en la frente. El beso aquel se le quedó marcado como un sello de fuego, y todavía lo llevaba allí; y parecía que era de relieve, que lo tocaba con sus dedos cuando a la frente se los llevaba, recordando la caricia. De buena gana

—

hubiera bordado todos los años unas zapatillas para el santo del señorito, ¡si quien hubiera perdido pescado que se convertir en días de San Adolfo todos los días del calendario!...

Manuja a sus solas se encerraba durante muchas veces por quisicosas que ella creía montañas, todas relacionadas con el inútil aquel de su adolescencia. Que el niño reto había regañado por que le había borrajeado una carta, que repumpuñaba por que encontró después de la limpieza algunos libros en las tablas de sus armarios cabeza abajo como colocados por quien no sabía ni leer los rótulos, que le reprendía para que no pusiese las plumas en los tinteros hacia arriba, corrompiéndolas metiendo las puntas de los pabilleros en la tinta. ¡Pero culpa tenía ella si no sabía el uso de enseñando? Si no había podido aprender a leer ni escribir, ¿por que la maestra del Riojal aquella nada sabía tampoco?

Ella hubiera deseado hacerlo todo divinamente, pero, cuando que se le representaba cerrar ver, no volvería a volver a hacer y las

ra por institución, colocaba los libros de pie en los estantes, para que no se les trastornara el sentido, creyendo que efectivamente era gran culpa ~~colocarlos~~ por ello al revés porque decían á su amo todo lo contrario de lo que debían decirle.

XII

No teniendo presentes estos ejemplos de ~~esa~~ respeto y verdad, nos asombramos de la antigua ~~sumisión~~ sumisión de los esclavos, de la ~~servidumbre~~ de la gleba, que les sucedió y del vasallage que ha sido su última ~~etapa~~ etapa. Aquellos derechos del propietario sobre sus cosas, ~~esto~~ ~~derecho de la tierra~~ del barón sobre su tierra ~~sus siervos~~ y las leyes de sus pecheros, subsisten modificados y atenuados por la libre voluntad de las personas, en los usos del ~~colonato~~ colonato y del servicio moderno.

No hay derechos en realidad ni lo ha habido tal vez, desde que dejó de ser el esclavo un simple semoviente; pero la adhesión del servidor á su amo, el afecto y el respeto á aquel de quien su vida dependía entonces, y ahora y siempre, produjeron

y produciran iguales efectos: y las pobres esclavas blancas seguiran rindiendo igual vasallage á sus señores, ~~no~~ nó de formas ni repulsivos ni ~~acariciados~~ por lo menos, en la forma de admiración y devoción en que lo ~~prestaba~~ prestaba á D Adolfo á todas horas la mordisca y encantadora Maruja.

En cuanto á ellos, á esos tiranos involuntarios, á esos déspotas de ocasion, seguiran abusando de su poder unos; otros, usaran de él moderadamente, y pocos renunciaran á sus privilegios. En tre éstos pocos estaba D Adolfo, que equivocaba de fijo los efectos de su superioridad en el alma de aquella vasalla; que ~~todavia~~ acaso sintiendo todavia el dolor de la espina encarnada que le llevó á curarse á aquel ni- llorrio, no podia ~~percibirse~~ apercibirse ~~de detalles~~ de tristezas, lagrimillas, acechos y contorsiones de Maruja; y que aun de haberlos notado y comprendido, no habria intentado apro vechar ~~la~~ los contenidos por reverencia re- flexion, y por el dictado de su conciencia.

—

Don Adolfo en materias de galanteos era en realidad severísimo. Había leído mucho a Tolstoy y su novela a Kreutzer su libro El matrimonio, sus pensamientos filosóficos sobre el amor natural le habían ~~inclinado~~ inclinado a aquel asceticismo predicado y defendido por el gran apóstol, que sin duda reservó su propaganda para la edad septuagenaria; y eso en medio de las eternas nieves de la Rusia. Trasplantado el tórrido ambiente andaluz, aquel celibatismo era doblemente meritorio y heróico; pero D Adolfo lo mantenía por convicción y por el estado definitivos de su conciencia y de su ánimo.

Oro, no era bien lanzar reos a la vida sin envueltas de antemano sembrar dolores y tristezas para continuar la tragedia humana, echar más leña a la hoguera, sin otro objeto que avivar las llamas que causaban tan horribles quemaduras. El mundo debía acabar algún día con el reinado

de una Hermandad superior, semi angélica que cerrase con la llave de oro de la virtud y el ascetismo la posible irrupción de otros bárbaros, que pudieran dar al traste con su civilización y cultura. La vida no debía ser la tela de Penélope, siempre dispuesta a emperezarse; la Historia no podía ser el cuento de nunca acabar. Por eso D. Adolfo había hecho bien en no casarse, y aun que su temperamento ardoroso y enérgico le empujaba a los descarríos de la pasión, huía de las ocasiones; y dominaba la bestezuela de la carne con su voluntad poderosa, buscaba en los libros la distracción de los malos deseos, en las correrías de la caza el desparte de sus músculos, en la tertulia con el Maestro, el Alcalde y el Cura de misa y olla el alejamiento de [illegible] peligrosas aventuras.

De no ser así, de no tener D. Adolfo aquella severidad con sus propios, aquella aspereza que era su salvaguardia, y aquella conciencia tan estricta, Moraja habría caído con el pie sito seguramente, en alguna de aquellas trampas del desparpajo, de aquellos asaltos, de aquellos sentimentalismos que la joven, aunque buena y honrada, era al fin mujer; y la

galita urraña que daba zarpazos y arañazos á los moros del pueblo, ~~que la~~ gaabraban, era manso y suave para sus amos y le lavaba en ver de las viñas los dulces ojos.

XIII.

¡Cuánto sintió Margarita la noticia circulada por el pueblo de que el pío D. Adolfo se quedaba sin ~~padre adoptivo~~ el Marqués! Ella que conocía los deseos del señorito, que mil veces había oido al abuelo Matías ponderar aquella finca y las grandes cosas que el amo pensaba hacer allí, supo con dolor por una conversación del Cura y el Alcalde, que la gran posesión estaba ya vendida y se imaginó el disgusto que iba D. Adolfo á llevar al volver, y por tristeza anticipadamente de su enojo.

La noticia era verdadera: el Marqués se había vendido en subasta por el ayuntamiento, y aunque D. Adolfo tenía brillantes proyectos, no llegaron ni con mucho á la gran oferta de primera intención el Conde de Miraflor.

Este Conde rico magnate, poseedor de grandes fincas en muchas partes de España, no

tenía ninguno en la región andaluza. Por su edad y algunos achaques, los médicos le habían aconsejado vida campestre en ~~vida campestre~~ en clima templado, y teniendo noticias de aquella ~~finca~~ finca del Rivjal, la pagó con liberalidad, y la hizo su obsequio proponiéndose residir la casa, y pasar los bosques y huertas, para pasar allí el resto de sus días.

No era el Conde hombre tardo en poner en práctica sus resoluciones; así que apenas otorgada la escritura apareciéron por el pueblo un Administrador y un Arquitecto y numerosos trabajadores de varias clases y oficios, que poniendo manos á la obra, dedicáronse con afan á restaurar la posesión de los antiguos y ruinados Marqueses.

A la casa se le dejó su ~~vieja~~ aspecto señorial; más solo le quedó el caracter porque toda por dentro fué reedificada; y á los techos podridos, á las escaleras ruinosas, á los pavimentos rotos, á los salones destartalados, y graneros; y trojes y almacenes y bodegas, sustituyeron cómodas y lujosas estancias, donde los mármoles y los estucos y las tapicerías, contrastaban con aquella pachada

de castillo retirado, y aquella especie de torre del homenaje, que tras sus paredones sobresalía. Verdad, que también se aseguraron los balcones bajos, y se les pusieron rejas, y las bolas de metal enmohecidas relucieron de nuevo al sol, y se limpiaron las canaleras y cobertizos de malezas y de nidos de avispones, y se reservaron las puertas labrando de nuevo la piedra carcomida, y haciendo aparecer sus puntos y sus rojizos sillares; pero el tinte de antigüedad se conservó adrede, porque así lo exigía el Conde muy aficionado a la ~~arqueología~~ arquitectura antigua ~~castellana~~.

En poco más de seis meses quedó concluida la exterior obra, y al propio tiempo otros incansables obreros roturaron las tierras, plantaron viñas y olivares, encauzaron aguas perdidas, limpiaron balsas y fuentes, podaron árboles descarnados como viejos barbudos en quienes no hubiera entrado navaja alguna, y arbolaron prados y bosques; sin describir, por supuesto, aquellos ujieres que lucían cuchillada al rededor de la cara, y que se prolongaban en filas interminables como procesiones de espectros del otro mundo.

Dn. Adolfo sorprendió todo aquello pero no dió señales de pesadumbre. El Conde mi llamaría podía tirar el dinero a su capricho y era natural le sobrara; pero humillarse no que él se estaba muy tranquilo y contento con su ~~aurea mediocritas~~, y continuaría en ella sin hacer mayor caso del vecino lindero que se le entraba por las puertas del Parque y le plantaba fuente por frente sus reales. Sus libros seguirían siendo sus amigos sus cacerías ideológicas sus pasatiempos su pieza de recreo de vivar; su confidente el Cura el Maestro y el Alcalde sus contertulios y la comunión su Evangelio donde iría deletreando a diario la palabra divina para cumplirla y acatarla dejándose llevar sin resistencia al fin ignorado de su vida.

XIV.

En el pueblo no fueron de igual manera de pensar que D Adolfo. Ante el nuevo sol que se levantaba sobre las ruinas del Marqués, todos se volvieron unas deidades. Juzgaron desde D Adolfo la idea que quisieran, ya no podía ser el ~~dueño~~ dios tutelar de la aldea ni el rey indiscutible de aquellos contornos. Por cima de él se levantaba un señor Conde, y to-

dos se hacían bengalas de sus regresos, y de los beneficios que derramaría sobre el villorio; sin acordarse ya para nada de los recibidos del otro rey destronado.

La novedad, la curiosidad, el cristal de aumento de la distancia que agranda a los hombres, todo conspiraba á los objetos la leyenda, que enseguida se formó en torno de aquel viejo señor que había transformado y embellecido en tan poco tiempo aquel Marquesado derruido todo borró la silueta de D Adolfo, é hizo esperar con ansiedad la aparición del nuevo monarca.

Las campanas de la iglesia repicaron á vuelo el día en que la carretera de carruajes llegó con el Conde y la servidumbre. El pueblecillo que nada acudió al puente á esperarle; y hasta el Cura y el Maestro de escuela, y por sabido se calla que el Alcalde también, fueron presa á la tertulia de D Adolfo, ocupados en hacerse cargo de sus cartas de pájaros que eran el Conde y sus familiares.

D Adolfo se vió aquellos días asediado completamente. El viejo fue

dinero subió á hacerle compañía algunas noches, y de día irónicamente Blanca animaba con su presencia aquella quinta, y se entretenía en formar ramos de flores para colocarlos en el de la sala, y en el comedor del señorito. El contemplaba en sus esteras, borrones y apuntes; por las tardes salía á pasear por sus lugares favoritos, y en el ribazo de la fuente se recostaba fumando su pipa regularmente, y dejando vagar sus pensamientos con las aromáticas nubes de su cigarro.

Entre tanto el Conde que había absorvido la atención de las gentes, era objeto de todas las conversaciones. Aquel señor viejo de larga barba blanca y de elevada estatura, había comenzado pagando los jornales á doble precio para captarse las simpatías del pueblo. Era accesible á todo el mundo; pero con el aire y las maneras de un diplomático. Había algo de ficción en sus amabilidades, y en la manera que parecía expontánea se mostraba ceremoniosa y convencional. Delicado de salud, [illegible] que pudiera decirse

~~que~~ en España debía vivir en aquella tierra de berrigos, y respirar aquellos aires puros del Rioja; y para ello tuvo que avecindarse al medio, crearse entre aquellas gentes su pequeña corte como en las grandes poblaciones en que antes vivió, y donde gozó memoria de muy espléndideces y buen trato.

Era hombre dado a la vanaglo-
ria, amigo de la broma, muy pagado de todo lo suyo; y con el pretexto de que se tuviese como lo más excelente cuanto le pertenecía: Su casa había de ser la mejor; su biblioteca la más selecta; sus caballos los más ligeros; sus trenes los más elegantes; sus palabras ~~sacadas~~ las más discretas; sus medallas los más distinguidos, y tal vez por eso eligió también por mujer a la más hermosa, y la mimaba y cuidaba como ~~a~~ obra de arte más excelente.

Y en realidad la Condesa fue el asombro de los círculos del pueblecillo, era alcalde, maestro, y cura a la cabeza

—

Nunca había visto prodigio tal, tallado en carne humana, así que las conversaciones no se referían al Conde únicamente; sino a aquella maravilla de mujer que tenía, ya las distancias de años que mediaba entre el viejo galeoso de blanca barba, aunque bien entallado y erguido, y la joven y ideal condesa en la flor de la edad y de la hermosura.

XV:

El tipo de la Condesa era sobrenatural. Parecía imposible que del gran laboratorio del mundo donde tantas mezclas y choques y desperfectos sufre la materia, hubiese salido aquella escultura ~~[illegible]~~ de finas líneas y de una blancura fabulosa; y aquí de perfección y de proporción y sin retoques, cuando los Fidias y los Praxiteles, tantos tuvieron que pulir y cincelar sus modelos de mármol.

Aquella mujer lo reunía todo; la blancura del alabastro y los tintes de la rosa; la mirada de cielo y el cabello de oro; la boca de risa y los ojos de ternura; la línea que reduce y la curva que endulza el perfil de las ~~[illegible]~~ y el aire elegante de las ~~[illegible]~~ orgullosa

parisienses.

Y después ¡qué bellas toilettes, qué sombreros de cachenez tan cajeteriosos, qué plumas de cisne que le caían desde lo alto ~~de ello~~ hacia atrás dándole el aspecto de algún antiguo retrato de ~~Rembrandt~~ Rembrandt! Seguro podía estar el Conde de haber aprisionado ~~en~~ su ~~extraña~~ extraña jaula de plata, el ave más hermosa de la creación, para que le cantara sus endechas ~~y le recreara con su~~ ~~y le cantara sus endechas~~ ~~y le recreara con su~~ ~~canto~~ encantos.

Positivamente Tolstoy, y todos los ruso muy escasos en número, escribían sus ascéticas disquisiciones, bien lejos de estos ejemplares de bocas tentadoras. Oro; el mundo no acabaría con aquella hermandad perfectísima y cartuja rozada por los tolstoyanos, y prosperada antes por los pesimistas a lo Schopenhauer, mientras la madre naturaleza diera desenfrenadas tan seductoras como la Condesa de Miraflor. Hasta el título le encuadraba por lo poético y expresivo; ¡que aquel que la veía viviría en ella para ver

dadera flor hermana de hojas suaves
y de aromas embriagadores.

Ella parecía saberse su hermo-
sura, haberla ~~separado~~ vuelto y comprendido
del todo; pero el Conde estaba aún más
penetrado de su valor, y orgulloso de su
elección, como un artista puede estarlo
de la adquisición de una obra maestra.
~~Todos~~ Todos los días no se encontraba a una
tan singular compañera; y el Conde gran
galanteador en sus buenos tiempos, había
guardado aún para su edad provecta aquel
gusto refinado por la belleza femenina,
que le decidió a ceñir con su corona con
dal aquella frente de nardo.

Y vió la detuvo ~~como~~ á otros la cour-
paraison de sus cabellos con aquellos cabellos re
bios; su de sus arrugas con aquel cútis de una
car. Sabía que aquella mujer era como toda; y
una pieza en porcelana naturalera que ya dijo
Cervantes es de vidrio; pero sus muchas proezas artes
de hombre de mundo, de gran diplomático
y experto estadista de Cupido, para defender
en su jaula dorada aquel ave del Paraiso,
de accidentes de geni faltas y ~~caídas~~ nubes.

Y ciertamente no se equivocó; porque Dorotea, que hasta allí había vivido convirtiendo la jaula de su morada en alegre pajarera, dando a la golondrina roquerísima todos los gustos, los trajes, las joyas y los caprichos, enfilando muy bien a los gavilanes que la rondaban, y dejándolos fuera de combate con las armas del fino humorismo, con las artes sagaces de hacer correr el ridículo al adversario, y con su maestría en la vida social, siempre resultaba vencedora, y se envanecía de cada triunfo, viendo salir cojidos de sus empresas a los más apuestos conquistadores

XVI

Una vez prendido de su preciada obra de arte, cierto señorito almibarado, El Conde lo comprendió; se miró al espejo, y al verse arrugar derecho arrugado y canoso; y colejarse con aquel boquiduro de sedoso y retorcido bigote, y de ojos negros, expresivos, entabló el combate, alzando a su cara al dios del. Para vencerle

para tributarle ~~una~~ gusto tenerle cerca; aprovechar en cada ocasion el placer que le presentara; y escribirle le haciendole representar la triste figura delante de la señora de sus pensamientos.

Le convidó á su mesa, y resultó el jóven apabullado en aquellas conversaciones chispeantes del Conde, en aquellas anécdotas de viages en aquellas bromas finas y cultas del hombre de gran sociedad, de ingenio y de experiencia. Despues le llevó á una partida de caza, y el Conde excelente tirador, le mató las piezas que se le fueron, todo á la vista de la Condesa que les acompañaba á caballo. Otras veces le presentó en su sala de armas a varios amigos, invitados adrede entre los más consumados espadachines. Las Señoras asistieron al asalto, y la Condesa entre ellas. El pobre tenorio, aunque sabia regularmente de esgrima, salió zurrado, clavateado a botonazos por todos ~~los~~ por el Conde ~~mismo~~ que era un consumado maestro.

La Condesa acabó por reirse de aquel pobre narciso, de bigote relumbrado y rubio; y sabido es que hombre satirizado por dama de

Spirit, nunca obtuvo sus favores. El conquistador se aburrió, y acabó por no volver a aquella casa de donde siempre salía tan mal parado.

Este era el Conde. Le cuanto á su esposa, sino tenía verdadera pasión por él, ya que siempre existió distancia y desarmonía entre la flor y la nieve, habían habituado á sus maneras; y sentía aquella satisfacción propia de la mujer que ve cumplidos sus gustos, sus caprichos y aun sus fantasías de modas, y de sport y que no se decida á perder todo eso por una imprudencia. Tal vez se había casado para obtenerlo, para gozar de tales bienandanzas tal vez eso amaba á nadie, sino á sí propia, á su querida imagen pintada en el cristal del espejo, á la que hacía largas horas mimos y inocentadas todos los días, estudiando sus perfiles, sus posturas, la colocación de sus sombreros, de sus flores y de sus collares de perlas que parecían ser derredor de su garganta.

Eso era coquetear aquella mujer con los hombres; mantenía entre ellos la seguridad

de su posición, y cierto aire rezalado; pero consigo misma se deshacía en muecas y guiños en el tocador, elegante ~~de~~ espejo cuadrado tapizado de raso azul, y rodeado de lunas venecianas, donde se veía toda en sus esplendideces de Venus griega, de frente, de perfil y de espalda, reproducida veinte veces por aquellos limpidos cristales.

Allí paraba la mañana después del baño, mientras la doncella la cabrata rechinando en un canapé; indolente á medio vestir con la bata de crugiente seda entreabierta, mostrando los ricos encajes de su ropa interior, como las espumas de que Citerea se formara; y cuando desarrollaba el promontorio de su peinado griego flojo, y caído durante la noche, y rodaban hasta la alfombra sus madejas de seda y oro, y poniéndose en pie le cubrían hasta sus plantas, el rol tenía novedad de aquellos haces de luz, los espejos se estremecían al sopiarlos, y hasta los mirones de afuera del tocador abrían los apasionados ojos para verlos.

Si ésa hubiera tenido aquella mujer en su abono más que su esplendida cabellera, todavía habría podido arrastrar pres-

dido en ella corazones de cazadores y de artistas, porque cada cabello sutil parecía una cuerda de oro para un arpa eólica; todos juntos extendidos envolvíanla un manto real, tejido por diosas olímpicas, dejado caer sobre aquellos hombros de pluma de cisne para asombrar al Universo.

XVII.

El Conde gustaba de penetrar en esos momentos en el tocador de su esposa, y la veía con encanto adereazarse, y le cerraba la cortina de los hermosos cabellos por la par como velo de Isis.

Era para él una estatua exquisita y preferida de su Museo, que tenía allí su santuario especial, y a la que contemplaba como artista, haciéndola subir a veces sobre un pedestal de mármol colocado en el centro, para forjarse la ilusión de tener una Galatea cuando ya viejo Pygmalión no hubiera logrado hacer palpitar el mármol Parthélios.

La Condesa recase de estos ca-

preciosa, y tomaba las clásicas posturas de las estatuas, ora alzando los brazos morbidos para cruzárselos sobre la cabeza, ora levantando con la punta de sus dedos el velo de sus cabellos flotantes, ora extendiendo las manos abiertas hacia adelante como para dar el salto de Leucadas.

La luz filtrada de las ventanas sonriente, por atravesar el cortinage de los arboles, daba un tinte maravilloso a aquella Hada del mar que parecia vivir en el fondo de un camarin submarino. Sus lineas tomaban delicadas morbideces; sus contornos salian entre sus rizos; y en su mirada azul pintábanse los espejismos de las aguas; y en su frente parecian revolotear las gracias y amorcillos del epigrama del pájaro de Lesbia.

La blancura de las porcelanas de Sevres, declarábase vencida ante aquellas alburas; y el oro de la joyeria sufria humillado por el de aquellas crenchas sueltas, y la alfombra de terciopelo recibia con amor la breve huella

de aquellos pies nacarados, desde los cuales subían en columnas de rica marmol el hermoso edificio de aquel cuerpo insuperable con sus morbideces y rotondas rematadas por albo cuello y cabeza gentil de resurgida Helena.

Lo mismo podía ser, aquella mujer escultura de Praxiteles, que pintura de Rúbens, que alabastrino jarron moderno rematado en hermosa forma. Allí, lo guardaba el Conde en aquel ámplio estuche de terciopelo y raso carmesí el último dulzor de su vida, platónicos casi siempre, si se quiere; pero pensados con afán, por aquel viejo adorador del eterno femenino, para el que hubiera querido ser eterno masculino; pero en [illegible] cano.

Cuando pasados esos sesenta años, la condesa encerraba su hermosura en la delgante rob-parisien, y colocaba su sombrero de plumas sobre su madeja de rizos algo

echado hacia la frente, y frunciendo con gracia graciosamente los labios dejaba ver en su sonrisa frescuras de clavel, y dulzuras de fresa; el Conde le cogía el brazo orgulloso, y la paseaba como diciendo: he aquí que es mía la criatura más encantadora de la tierra, posee mi gracias y sus secretos, envidiadme.

XVIII

Pocos podían traducir en el pueblo del Rivjal aquel mudo lenguage del primer Alcalde pasado el primer asombro no volvió á ocuparse de aquella obra artística, empeñado como estaba en hacerle la corte al Conde por si alguna vez éste mandaba en el distrito, que no le privase de la Alcaldía: el Maestro de escuela, harto tenía que hacer con sus padrones y pájaros de perdiz; y el Cura andaba muy atareado reparando sus Textos para cierta oposición á Canonjía en que pensaba tomar parte.

Sin embargo, los tres desertores contumaces de la tertulia de D. Adolfo

iban a la del Conde todas las noches;
y eran allí muy bien recibidos con
la constante amabilidad, ambiente
de aquella casa; pero más bien resulta
ban para los esposos divertimiento y
solaz, por las cosas del Alcalde, los rela
tos de cacerías fantásticas del maestro;
y las polémicas desde el Cerro, que
trasladaron a aquel comedor escandal el
campo de sus torneos

Al cabo de muchas noches de
desavenencia, como si se hubieran jura
to de acuerdo, aparecieron una vez por
la casa de D Adolfo, preocupados ya de
los juicios que éste formaría de tan
larga ausencia; pero él no se dio por
resentido; y continuaron su partida del
mus como si hubiese quedado inter
rumpida la noche anterior. Solo pre
guntó D Adolfo siquiera la causa de
sus eclipses; y ellos temerosos al peor
cejo de la fatal interrogación, al ver
luego la indiferencia de aquél, acaba
ron por soltar viva carcajada de

—

contestar á lo que no se les preguntaba.

El más impaciente fué el Maestro que rompió de esta manera: ¿V. dirá D. Adolfo que donde nos hemos metido estas noches pasadas?

Adolfo se encogió de hombros.

—Pues bien, prosiguió el Maestro, voy á satisfacer su natural curiosidad.

Adolfo volvió á hacer otro movimiento.

—Sí añadió el dominie. Es muy justo que V. nos dirija esa pregunta, y tenemos obligación de contestarla. Hemos estado de visita en casa del Conde, nos invitó una y otra vez; y no hemos podido dejar de corresponder. ¡Y si viera V. que bien se pasa el rato!

—Es una persona amabilísima.

—Todo un caballero, agregó el Cura, dejando las cartas sobre la mesa. Me ha proporcionado reconocer para la cancongía; y esto ya vale tanto como saberse de memoria medio Perronne.

—Y á mí me parece que ese hombre va á mandar en la provincia, interrumpió el Alcalde. Tiene pacha de personaje de cam panillas, y de tener buenas aldabas en Madrid

— Lo que yo le digo a V, exclamó el maestro dirigiendose á D Adolfo, es que V. debia tratare con este Sr Conde que tiene también muy buenos libros, que ha viajado por todo el mundo, y que se expresa divinamente
— Pues y la Condesa? dijo el Alcalde olvidandose de la política, si parece de almibar
— Ea, insistió el maestro, atreviéndose á esta nueva confianza. Decidase V. á tales de esta soledad; le presentaremos á V a. Sa Excelencia, y podremos ir todos juntos á aquel comedor de su casa, donde se pasan las horas sin sentir. Mire V, allí hay piano, y V. que tanto gusta de la música podrá oir cosas buenas, por que la condesa debe entender mucho de eso

D Adolfo que había callado aventándose con gestos de indiferencia, dio á todos las gracias por su interés; pero nó aceptó tales invitaciones, él tenía su método su sistema de vida, no salia por las noches, y le iba muy bien en su espléndida soledad. Su casa estaba abier

ta á todo el mundo; pero ir él á cultivar la amistad del Conde cuando ~~por la gracia del espíritu~~ había renunciado á tantas otras amistades valiosas, no entraba en sus cálculos, ni lo haría ciertamente.

Los contertulios celebraron aquella resistencia á disgusto por haber el Conde birlado á D Adolfo la ~~del Marqués~~ pero creyeron conveniente no insistir; pero en el fondo del pensamiento de cada uno arraigó más el propósito de lograr que D Adolfo y el Conde fueran amigos, para no tener que dividir las noches del invierno entre unos y otros; sino hacer lo que el Maestro llamaba en su lenguaje de cazador una sarambola.

XIX

Una de las noches en que los tres personajes salían por la puerta de hierro de la cerca del Marquesado, por que mejor le habían pasado con las agudezas del Conde y los chistes de la Condesa, mientras envueltos en sendas capas de altos cuellos iban camino abajo dejando allá el caserón y los cipreses plateados por la claridad de la luna

conversaban en voz alta sobre el terna plan
teado casa de D. Adolfo, sin cesar acom
pañamiento en sus palabras, que el ruido
de sus pasos, y el lejano ladrido de los perros
— Vaya si lo conseguiremos decía el Cura.
Déjeme V. á mí arreglarlo todo: que den
de la Iglesia por mi cuenta, todo se florea
— La cuestión estaba el Maestro es
que mi mozo ni otro se apercibam de que
los preparamos la ocasion.
— Lo mejor sería, dijo el Alcalde mas
cándose la cabeza, cosa cosida en el Ayun
tamiento.
— Nada de eso, interrumpió el Cura. Le
Cree V. que se trata de hacer amigos á dos
curiosos? dice D. Adolfo. cosa, en el Conde
tampoco.
— Pues entonces mi plan es el mejor, cosa
dijo el Maestro. Yo salgo con D. Adolfo de casa
andando, andando llegaremos á los tiros del
Marqués; y V. Padre á la hora convenida
se lleva á ese sitio pican, pican, dándonos un
paseito al Conde. Allí se encuentran los
dos; y para no hay remedio: los presentamos,
y el Conde que es tan obsequioso hace el resto

de la obra.

— Eso me parece bien dijo el Cura despues de reflexionar, ~~labor occasio vincit.~~

Y los tres que se habian detenido en corro para ultimar los detalles de aquella conjuracion, continuaron camino adelante, hacia el pueblo; mientras los ladridos de los perros de los cortijos, sonaban más lejanos, y la luna les seguia más desiarada á cuerpo raso, desde el cielo vacio de estrellas, serenando en las sombras de sus montañas y sus valles, lo que los labradores llaman sus ojos, su nariz, y su boca negra.

— Nadie lo sabe más que nosotros, dijo el maestro. Si se trasluce, es que alguno ha faltado al secreto.

— Si, lo ha oido ára, repuso el alcalde señalando á lo alto: la luna lucera, la escobera, y la miraba con recelo supersticioso, creyendo á pies cerrado que aquella desfachata de Señora, que desde el Marquesado venia acompañandoles, lo habia hecho por enterarse de la conversacion, que lo habia oido todo, y que podia contarlo á D Adolfo, ó al Conde entrando por sus ventanas.

— Hombre no será V. inocente objeto el Cura para tranquilizarlo ¿se cree V. que la luna es una persona de carne y hueso? ¡Qué ocurrencias tal; es una lámpara colgada allí para iluminar las noches.

— ¿Y cuando nó hay luna? exclamó el Maestro volviendo á sus incredulidades ¿Qué se ha hecho entonces de la lámpara?

— V. dirán lo que quieran, interrumpió el Alcalde, pero yo desde niño, oí decir á mi madre, que la luna es una persona, y que vena ver que nó lo creyó así un leñador que llevaba su borriquito con su carga de leña, bajó la luna y se lo tragó todo, y lo lleva en la boca todavía. Mierda V. viva, joerá la leña, el burro, y el leñador

— Dios le conserve á la luna las tragaderas dijo el Vicario, y á V. se las aumente señor Alcalde.

Y como pasara un pequeño nublo negro y el astro se escondiese, callaron los tres, y algún espíritu les turbó de pasar por el cementerio, por que ni el Cura estaba cierto realmente de que la luna fuera una lámpara, ni el Vicario sabía qué sería si joio, de

rrocios, ó fuegos: y solamente el Alcalde se hallaba convencido de que era algo sobrenatural, capaz de tragarse á los tres como al leñador, á la leña, y al burro.

- X -

Indudablemente la amistad del Conde y de Adolfo procurada con todo aquel rodeo y combinaciones por los tres proberbios del Riojal, debia quedar muy bien cimentada, y ser unicos de buenandanzas; pues concurrian á establecerla las tres potestades del mundo: el poder civil, representado por el Alcalde; la ciencia, por el Maestro; y el brazo eclesiástico por el Cura. Asi lo repetia éste á sus coadjuvantes, y ya estaban deseando que llegara la mañana feliz en que debian caer en la red las dos presas ojeadas.

Llegó con efecto el dia convenido, y sin madrugar, lo pretesto de haber mandado rocio, ya con el sol salido, apareció el Maestro con su perro y su escopeta por la quinta de D. Adolfo que le esperaba impaciente con los suyos.

Los dos padrones echaron por delante

y los dos cazadores se perdieron entre los maizales, volateando codornices. El maestro no acertaba ni una; ~~por~~ tan nervioso y alterado iba; pero cuentra su costumbre no se mesaba los cabellos, ni la emprendía con el perro á puntapiés.

Don Adolfo estaba sangrientario aquel día, y ésta quiero, ésta no quiero, iba encapercháudose toda la volatería que al Maestro se le escapaba; pero tan ensañado andaba contra las inocentes avecillas, que éste no reparó que anduando anduando había llegado ~~con su compañero~~ ~~en por distintos~~ ~~tos~~ hasta los límites del Marqueraldo, cabe unas alamedas cerradoras.

Era el sitio convenido. Prestamente llegaban allí dando su paseo matinal, el Cura y el Conde, después de decir aquel su misa en la capilla del ~~Conde~~ Marqueraldo; y fué aquí que los cuatro se tropezaron con en el límite aquel, á la sombra de aquellos árboles, según el preparado plan estratégico.

D. Adolfo se sintió contrariado, el Cura se apresuró á presentarle al

Conde: el Maestro saludó al cura como haciendo de nuevas, y el Conde obsequioso y atento, celebró mucho aquella ocasion de haber conocido á una persona tan distinguida, de la que ya tenia las mejores referencias.

D Adolfo no lo quedo evitar ya, contestó con otras á las finezas del Conde y éste obligó á los recien llegados á penetrar con él por aquella larga ~~calle~~ calle de cipreses que llevaba á la casa, para ofrecerles allí una copa de vermouth y unas pastas.

Anduvieron largo trecho: conversaron de varias cosas amenas los dos recien conocidos, mientras la trilogía de Alcalde, Cura y Maestro un poco detras celebraba con risas y guiños su triunfo. D Adolfo halló muy agradable la conversación de aquel viejo derecho y apergaminado, que debió ser una gran figura de mozo. el Conde simpatizó mucho con la seriedad y buen juicio de su interlocutor; y así casi sin sentirlo se encontraron á las puertas de la gran casa del Marqués, embellecida y restaurada por el oro y el gusto de su dueño.

Sentáronse en el parterre de la entrada en buenos sillones de tijeras de acero flexibles y cómodos como los mejores muebles; acudieron los servidores vestidos de librea á ofrecer en las mesas rústicas los licores y las pastas, y el Conde mandó hacer thé ordenando se pasase recado á la Srá Condesa de que estaban allí aquellos señores.

La Condesa quiso por sí misma ver á ver el thé bien las dió de la mañana y ya estaba vestida y aderezada como solía en su rico camarín azul. Vestía bata de seda rosa ceñida, con amplias mangas que dejaban ver el arranque de sus bellos brazos torneados en nácar. Calzaba diminuto zapato de piel de Rusia, coquetón y oloroso: pendía gargantilla de menudas perlas al cuello rematada en un medalloncito de oro; y recogía sus lindos cabellos en bello promontorio griego como la Helena de París.

Una oleada de perfumes leve y suave anunció á los circunstantes su aproximación. Cuando apareció en el dintel D. Adolfo se sobrecogió, y se puso horriblemente pálido; ella al verle, se quedó como petrificada

sin poder dar un paso más; y el Conde hizo la presentación de aquellas dos estatuas de sal, sin apercibirse de su rigidez y terror.

Aquello fué un instante; los dos se retrocedieron, se aprodecimaron, se inclinaron respetuosamente, se dieron la mano fría y galvánica, y la Condesa sobreponiéndose instantáneamente la máscara de su dulce sonrisa, sin temblarle ya el pulso sirvió el thé, mientras D. Adolfo procuraba reponerse también, y disimular su emoción con palabras de cortesía y agradecimiento.

Los tres conjurados, pero sobre todo el Cura, estaban contentísimos de aquella entrevista: las postas eran ricas, el thé delicioso, la amistad del Conde y de D. Adolfo un hecho consumado. Al cabo de un rato se despidieron alborozados y satisfechos: el Conde y D. Adolfo se estrecharon la mano, y mientras aquél saludaba al Cura, y al Maestro D. Adolfo hizo una profunda reverencia á la Condesa y al tender le la mano, la miró fijamente, y le dijo en voz muy baja que ella solo pudo oir; ¡Infame!

XXI

¡Qué horribles gastos y sobresaltos de poco más

Mareja por el ojo de la cerradura del despacho de D. Adolfo aquel día!

— El señorito debe estar malo, pensó la muchacha; porque no hay querido alarmar- [illegible] que por él sentía, se fué de puntillas hasta la puerta del despacho, y se puso á observar.

D. Adolfo se había encerrado allí: estaba reclinado en su dormilona; pero boca abajo, con la cabeza entre las manos, oprimiéndose la frente, y como si sollozara.

Así pasó un largo rato; después se levantó con los ojos enrojecidos; y se puso á dar largos paseos en la habitación.

Crispaba las manos unas veces; y otras apretaba los puños; miraba hacia arriba con suprema angustia, ó inclinaba la cabeza sobre el pecho con abatimiento.

Mareja espantada, estuvo á punto de echarse á llorar á gritos; pero se reprimió hasta ver el final de aquella escena muda.

D. Adolfo abrió un cajón de su mesa, el único que tenía cerrado siempre con llave, y sacó algo así como un retrato que ella no distinguía, y lo hizo pedazos furiosamente,

Después, levantó la manipara de la chimenea y arrojó allí los menudos fragmentos, y otros varios papeles ~~rasgados~~ estrujados también de aquel cajón misterioso.

Así que hubo de todo un montoncillo, encendió un fósforo y le pegó fuego y mientras aquello ardía volvió á arrojarse en sofá dormilona comprimiendo entre sus manos la cabeza volcánica.

La llama, lo convertió todo en cenizas; Dn Adolfo abrogó unos gemidos que más parecían ~~aullidos de fiera~~ rugidos de león alanceado.

Mariquita no pudo más; y cayó al suelo presa de terrible convulsión.

Al ruido del golpe y de los estremecimientos y á los gritos de la muchacha, Dn Adolfo se levantó corrió á la puerta la abrió de par en par y vió á Mariquita en el suelo convulsionada.

La sujetó, la hizo volver en sí, y la preguntó qué era aquello.

La joven no supo qué responder. Parábase por allí y la acometió aquel mal.

Entonces Dn Adolfo le cogió las manos y sentó la cerca de su lado para calmarla.

Verdaderamente estaba hermosa

La luz de los reclamajes del patio daba de lleno en su rostro moreno, y sus vecinos, de puras líneas árabes, sus ojos oscuros centelleaban como noches ~~cuajadas~~ de estrellas; sombreábanlos sus largas pestañas ~~que recortaban la sombra de los marojitos de alfileres~~ y la braga de la convulsión habial rodeado el negro cabello, que le caía por todas partes, como haces de cerezas fascinadoras.

D. Adolfo retenía en las suyas las manos de Mareja, morenas, tersas y finas; ~~cocas de dátiles~~ y sentía aquel calor, aquella electricidad que por ellas derramaba aquel cuerpo amoroso.

— Vámos, tranquilízate, te dejo; y con un movimiento instintivo separó los rizos de sus cabellos que le caían por delante, para despejar de sombras aquella faz.

— Cuéntame la verdad de lo que te ha pasado, insistió.

Y Mareja temblando, como ~~una~~ morada cervatilla, siguió ocultando á

Adolfo la verdadera causa de su pa-
rodismo, y balbuceando la misma excusa.
— Nó puede ser, replicaba su amo; tu
tienes algun pesar; algo te acerca.
— Nó, no señor; respondió Mariya.
Nó me pasa nada; no sé cómo ha sido ésto;
y sintiéndose vencida y sobrecogida por
aquellas manos que la retenian, y aquellos
ojos que querian escudriñar su secreto, se
dejó caer sobre el pecho de D Adolfo, llorando
tan amargamente.
D Adolfo sintió correr aquellas ardientes
lágrimas; quiso apartar la temerosa cabeza
de tales testigos, y sintió sobre sí el peso de
aquella mujer, que seguia anegada en
llanto.
— Por Dios le dijo; seca esas lágrimas y
cuéntamelo todo: dime cuál es tu pena;
y fuera de sí la acariciaba como si quisie-
ra instintivamente olvidar así aquellos
recuerdos, e imágenes que habia convertido
en cenizas.
Levantó la frente y Mariya no cesa-
ba de llorar; ~~le cogió aquellos ricos cabellos ne-~~
~~gros besando le cubrió de besos la~~
~~frente y los labios y~~ la estrechó contra su corazon

ría que ella apareciera repentinamente.

Entonces ella se abrazó á él que lo contó todo; le había espiado, le había visto en aquellos momentos de angustia terrible, y nó pudo resistir la emoción.

Ella era una pobre criatura, de de niña nó había tenido mas Dios que su amo, verle sufrir, regir, y sollozar, era cosa superior á sus fuerzas. Cualquiera fuese el motivo, ella nó podría rojustar la infelicidad de su señor

Gracias, le dijo D Adolfo: tienes un corazon grande, eres una alma buena, no quisieras saber cuál fué mi secreto; pero dicelo queda á esas cuitas que te rías una luz de aventar

y abrazandola de nuevo ~~exclamó~~ ~~Paternalmente~~ exclamó ~~con~~ ~~calor~~ ~~tapándole la frente con~~ ~~los labios de grana~~ ~~estalló de nuevo~~

- Gracias Mariquita, eres el único ser que me quiere en el mundo.

XXII

Aquella noche Mariquita acurrucada en su camastro no durmió, pensando en su

esperar con D Adolfo. Aún le quemaban
toda la frente y los labios aquellos besos del servidor.
¿Qué habría pensado de ella viéndola casi
rendida en sus brazos sin resistencia? ¿Qué hom-
bre sino aquel, habría podido retenerla así, es-
tampado sus ósculos sin acariciarla? Pero en
medio de todo, en aquella explosión de ternura,
D Adolfo no había abusado de su dominio:
era noble, honrado, supo apreciar el estado de
ánimo de su humilde servidora. Sí ella le
quería, y le adoraría toda su vida; y daría
toda su existencia por borrar de la imagi-
nación de D Adolfo aquellos tristes recuerdos,
que tanto le habían avergonzado.

¿Cuál sería aquel secreto de que le habló?
¿Qué dirían aquellos papeles, reducidos á ceniza en
la chimenea? María daba vueltas en su ima-
ginación á aquella tragedia sin palabras y permanecía
con el ojo de la cerradura, sin comprender nada de ella.

Pero fuese lo que fuese, casi se alegraba de
su ataque nervioso, por que le proporcionó la ocasión de aquellos abrazos inesperados
de su amo, siempre tan serio y huraño con
ella.

Ó no era huraño por cierto, ni áspero,
sino frío como le suponían. Sino vehemente

y afectuoso y tierno; sus labios eran dulces en palabras, y sus brazos amorosos en ligaduras y opresiones.

Ella no lo recordaba bien y aquello fué una terrible sorpresa de relámpagos de pasión pero creía que la estrechó muchas veces, que le clavaba sus ojos de fuego; que la acarició por y cabellos, y morbideces y cintura.

Y Maruja aferrada a su almohada daba besos al aire, como si pasara revolotean do sobre ella la imagen de D Adolfo.

De diferente modo pensaba éste en vela todavía en sus habitaciones; y sin cesar fumando en su pipa de ámbar su último cigarro.

El recuerdo de aquella escena le contrariaba; había dejado un punto de ser el hombre grave y asceta, para dejarse arrastrar por el instinto.

Pobre Maruja, obraba inconscientemente; dejabase arrastrar de su natural espontaneo; tierna y sencilla como la ardilla sin comprender nada mas allá de lo imperioso

No; si no debía dar pábulo a aquella devoción de tierna por su tutor ni llevarla

á la ~~Carla~~ Gilda por sus caprichos.

Mejor que el arrepentimiento tardío era la reflexión á tiempo. Mariquita era honrada; y nó podía suponer en ella una inclinación reprochable. Más que la carne obró en aquel abandono bajo el corazón que con sus blandas ternuras arregló sus sentidos y potencias.

Habia que ayudarla á defenderse de sí misma, más bien que aprovecharse de su ceguera y debilidad.

Eso haría él, eso cuadraba á su carácter, á sus principios y á su conciencia.

Lo demás era vituperable, cobarde y criminal. El no sería un seductor de aquella pobre criatura á quien en su casa habían criado como hija.

Por lo demás, acogerla como un antídoto contra el veneno que llevaba en su alma, como un medio de olvidar y borrar de su mente á la cruel Adela, era aun más inicuo.

Adolfo adoptó mentalmente su resolución; y como se hubiese apurado en la pipa el humo que le acompañaba en su soliloquio, se acostó y apagó la luz queriendo conciliar el sueño.

No pensó mas en Mariquita; su suerte estaba

decidida; y cuando él formaba un propósito se apoyaba con toda la energía de su voluntad.

Tampoco quiso pensar en la Condesa. Para eso había hecho un auto de fé con aquel retrato y con aquellas cartas de amor de otros tiempos felices.

Estaba destinado á consumirse y morir en aquella soledad; y únicamente en su retiro, en sus reposadas lecturas, en sus faenas agrícolas y cacerías ideológicas, encontraría lenitivo á sus males.

El ruido del mundo le molestaba, porque le traía recuerdos tristes de su vida, alegre y malgastada de ilusiones de la Corte.

Allí conoció á la infame; allí loco de pasión vivió como sonámbulo por ella. ¡Le quisieron tanto!.. ¡Estaba aquel humilde piso soltero al de su cuarto de estudiante tan lleno de alegría para él!.. ¿Quién había de figurarse que aquella joven gentil con la que forjaba sueños de dicha sería de otro!.. ¿Y de quién? El enigma estaba descifrado. Nunca pudo saberlo antes. Pero ya era notorio. Era el viejo Conde. No podía haber enamorado á aquella mujer. Serían su dinero realmente, sus joyas, sus coches, su palacio, sus cotos de caza ¡Infame! La frivolidad y el orgullo la ha-

nidad y la ambicion, habian producido en ella mas que las inclinaciones del alma.

Ahora solo quedaba que aborrecerla; pero tampoco por que aborrecer es recordar, recordar con odio; y él ni con odio ni con amor queria recordar nada.

Y sin embargo agitado é insomne solo pensaba en aquella mujer.

Encendió la luz, y se puso a hojear al Schopenhauer; releyó muchas páginas de su libro "La vida, el amor y la muerte", y encontró muy justificados aquellos sombrios pensamientos.

XXIII

Cuando pasa el alma la noche en un gran dolor, parece que la Naturaleza se complace por la mañana en sonreir.

Aun no habia D. Adolfo conciliado el sueño; cuando el amanecer, y los pájaros cantaban en los aleros de la quinta: precisamente en la ventana del dormitorio.

¡Qué gorgeos interminables, qué alegres saludos al sol naciente! D. Adolfo se echó de la cama, y entreabriendo el postigo, vió las golondrinas revolotear por el balcon, y miró el cielo muy azul, el jardin cuajado de flores, y las montañas distantes vestidas de tunicas color rosa.

Se fué al despacho que estaba cerrado y lóbrego, y sintió el dolor ~~de~~ á requemado del retrato y de las cartas de la Condesa. Abrió el mirador: el aire perfumado de los jardines disipó aquella atmósfera de humos, y el sol entró dando los buenos días.

El paisaje era pintoresco: la casa rodeada de jazmineros y rosales, las fuentes de mármol haciendo sonar sus liras de agua cristalina, los naranjales exteriores cargados de rojas pomas que á millares asomando entre los ramajes verde oscuro daban á la gerista aspecto de jardín de las Hesperides; después el río arenoso con los cidos chorros de agua, sobre él el puente de nueve ojos avanzando á la otra ribera; y cuella entre la niebla del rocío de la mañana, el invierno: ~~M~~ Marqueado con sus bosques y tierras y naranjales, y con su viejo edificio palacio y jaula dorada de la condesa.

D. Adolfo no quería recordar; pero tenía aquel jardín frente por frente, y más debía: remedios: ó dejaba su aldea querida y sus fincas y su vida ordenada y tra-

todica para ir rodando por esos mundos como bohemio, huyendo de ~~recuerdos~~ añoranzas y tentaciones, ó veria implacablemente delante de sus ~~balcones~~ cristales en la lejanía, aquel edificio siniestro, con aquellos cipreses fúnebres, tumba de la muerta ilusion de sus amores.

Por qué huir? El ya no era un chiquillo, habia cultivado bastante su voluntad para saber dominarse y dirigirse: si quedaba donde tenia echadas raices, en su Riojal, con sus libros, con sus arboles, con sus borradores de obras que ya se leerian despues de su muerte; y si todos los dias se le presentaba la vision distante de aquella necrópolis de sus ilusiones, las tendria por bien muertas y enterradas.

Eso sí, no cultivaria la amistad del Conde. El no podia dar la mano de amigo al que le habia secuestrado su dicha. El tampoco iria bajo la ejida de esa amistad ~~ofendida~~ ofrecida generosamente, á buscar el desquite ó la venganza, ó la reintegracion de esa felicidad perdida.

Encerrarse en su concha, renunciar á toda ocasion de encuentros ó entrevistas con los Condes, era ese el medio mas seguro de acabar la cicatrizacion de aquella herida de su alma.

Y firme en estos propósitos para con

tomar el camino de su vida de misántropo, como el jinete que se apoya bien en sus estribos para seguir adelante en su larga caminata, se puso a leer los periódicos y cartas que le acababan de traer, mientras el asesino se preparaba el desayuno, sin que nos ocupemos más en aquellas horas desagradables.

En tanto que Monja y D. Adolfo habían velado ~~la noche entera~~ en sus respectivas habitaciones, barajando tan diversas ideas, la Condesa pasó en claro la noche, también nerviosa, presa de accidentes histéricos, con alarma del viejo Conde, que acudía a servirle cordiales y tisanas.

Aquella impresión tremenda del inesperado encuentro con D. Adolfo: el obligado disimulo que hubo de imponerse, para que el Conde nó notara su turbación: la sorpresa forzada, la conversación indiferente cuando á su cerebro se agolpaban pensamientos muy graves, hicieron que la Condesa en todo el día acumulara elementos nerviosos para una explosión.

Así que después de aquella noche de

gemidos, vértigos, y convulsiones, de llanto aparentemente sin causa, y agitaciones sin motivo, la hermosa Condesa á la mañana siguiente estaba pálida y ojerosa, sin ganas de adobarse en su tocador, como una linda costurera; y apenas se sonrisentió que la doncella la vistiera á la negligé y la arreglase de cualquier modo el rico cabello.

"Pobrecita," decía el Conde, acariciándola; "los nervios son terribles cuando se sobreponen á la sangre con la que debería siempre estar equilibrados": estos diabillos saltarines se pasan riendo á aquellos duendes de los cuentos de viejas que todo lo ~~trastornan~~ trastornan". Por eso si yo creo [illegible] hacer sangre nueva roja no la pálida que con se rebajo tu entes". Y por eso desde mañana saldrás mucho á caballo por esos contornos, y recibirás el sol andaluz, y el oxígeno de estos campos, y asomarán en tus [illegible] las rosas que un dia [illegible] en medio de las azucenas.."

XXIV.

D. Adolfo recibió al dia siguiente la visita del Conde. Pagaba la de aquel, hecha en la mañana de la presentación; y en la entrevista y consiguiente, se mostró hombre + demasiado y de exquisito trato

La aldea le agradaba. Estaba cansado de las grandes poblaciones, había viajado mucho en su vida, y contó á Adolfo cien anécdotas tan y entretenidas, aun cuando aquella conversación la tostenía casi el solo.

Le invitó desde luego á pasar con él las veladas. Las noches del campo eran largas y monótonas; pero así en pequeña reunión jugando un rato al tresillo, haciendo otro rato música, ó charlando de cosas amenas el tiempo se iría sin sentir.

Allá concurrirían el Cura, el Maestro y el Alcalde, tres excelentes personas; pero sacando al uno de su política de campanario, y al otro de sus cacerías y al primero del tema de su canongía no podía contarse con ellos.

— Yo gusto de las artes, de los buenos libros de todo lo que constituye las aficiones de V., decía á D. Adolfo, y nos entenderemos mejor.

Me han dicho que V. ama la música alemana, yo soy devoto por ella y mi Sra. hija es regular pianista. Ó'vamos las obras de los grandes maestros

D. Adolfo hacía signos de conformidad, y con breves palabras agradecía á su inte

locutor tantas deferencias: pero en el fondo se afirmaba en su propósito de no asistir á semejantes ~~veladas~~ tertulias.

Aunque se quedase solo y tuviese que acostarse temprano de puro aburrido, nó daria un paso hacia aquel edificio fatal, donde el Conde queria labrar la perdicion de ambos.

Sucesivamente la conversacion pasó de este á otros puntos interesantes, se habló de libros raros; y el Conde ofreció en su biblioteca á D Adolfo algunos que éste buscaba afanosamente y que no habia podido encontrar.

Aquel hombre lo poseia todo, los libros más excelentes, las obras de arte más caprichosas, la educacion más esmerada, la fortuna más sólida, y la mujer más bella del mundo. Era un mortal dichoso; el único que al revés del mundo podia llamarse feliz teniendo camisa.

Una cosa le faltaba por el momento, segun esplicó á D Adolfo, tan nimia y facil de conseguir que nó podia constituir verdadera falta: necesitaba un jardinero. En aquel pueblo solo habia hortelanos, y se veria en la necesidad de traerlo de ~~fuera~~ fuera.

D. Adolfo le salió al paso para resolverle el pequeño conflicto. El tenía un jardinero, excelente persona, horticultor toda la vida; y se lo enviaría á cuidar de los jardines del Marquesado, una temporada algunos meses, mientras el Conde ~~se proporcionaba~~ encontraba otro de su agrado.

Era el viejo Matías; su familia se reducía á una nieta, muchacha también ducha en el arte, que ayudaría á su abuelo con verdadero primor.

El Conde agradeció mucho la oferta, aceptándola; y D. Adolfo se regocijó de poder así dar salida con aquel viejo servidor á la vehemente Maruja.

No sabía ésta cuando atisbaba la salida del Conde de aquella visita, como si fuera un animal raro, que le tendría por amo y señor desde aquel momento, que sin sacarla de la quinta D. Adolfo la había endosado como un valor entendido á aquel otro terruño del Condado de Miraflor.

D. Adolfo llamó al anciano Matías, y le refirió lo ocurrido con el Conde. Era preciso que le arreglara los jardines y

los parques, mientras aquél ~~encubrera~~ buscara otro hábil horticultor y que Maruja fuera con él para ayudarle. Harto lo sentía, pues jamás hubiera querido desprenderse de ellos; pero después de todo esto era puramente temporal, ~~y trascitorio~~ y su plaza no sería ocupada en la quinta. Allí las arreglaría D. Adolfo, como pudiese con alguno de los hortelanos más aviados. Al Conde había que complacerle y servirle.

Matías bajó la cabeza resignado, como si en qué dos lágrimas le cayeran por las rugosas mejillas; y sin decir palabra comenzó a liar su atillo para trasplantarse al Marquesado.

Maruja no supo una palabra hasta que su abuelo lo tuvo todo listo. Entonces llamó, y con sollozos mal contenidos le dijo la orden recibida de D. Adolfo.

La muchacha abrió unos ojos muy grandes, desapareciéndole de las rojas mejillas el color, y quitándosele el habla más de un minuto. Por fin rompió a llorar amargamente, cubriéndose con las manos la hermosa faz; y le ocurrió en un rincón

sin que nadie pudiera consolarla.

—Pero no se iría de allí á servir á aquel caballero, que parecía un oso blanco; á pesar de su condado y de sus millones. D. Adolfo no la echaría de su casa de aquella manera. Querría verle, despedirse de él por lo menos, y quizás así se ajustaría.

Fue preciso avisar á D. Adolfo y que éste con halagos y dulces palabras asegurase á Mariuja que aquello era un servicio provisional que iban á prestar al Conde; y que volverían después á la quinta, donde no serían molestados, para que Mariuja consintiese sin murmurar; pero llorando á lágrima viva, apoyada en el brazo de su abuela como si ésta pudiera sostenerse.

Cuando Adolfo la vió desaparecer, sintió el dolor y la satisfacción del que en lucha consigo propio acaba vencedor.

XXV

El guisante se fingía sufrimos para excusarse de concurrir á los velados del Conde. Fue

perados ataques de resma le obligaban
á no salir por las noches, y así pasaron
un par de semanas.

. No veía, ni quería ver á la Condesa
también arrancándole alguna fibra
de su corazón; había desterrado á Marija
con el leal Matías á quien tanto apreciaba;
y pero estos sacrificios eran necesarios en
aras del deber. El hombre razonable y due
ño de sí propio debía obrar así.

El problema moral se le presentaba
como muchas otras veces imperativo. No era
lícito abusar de aquella inefable Marija: tam
poco lo era perturbar aquel hogar apacible
del viejo Conde, robarle aquella mujer en
quien estaba depositado su honor; su traición
mar aquella amistad que se le brindaba. La
ley de su vida impedía ese atropello, y era
preciso dejarse llevar cada uno de su deber
a algún desconocido que nos estaba reserva
do.

Indudablemente existía algún poder
maléfico que preparaba las cosas y los acon
tecimientos de modo que se inclinase el
hombre á quebrantar su ley á cada paso;
mas ahí estaba la luz de la razón para

iluminaran y la fuerza de la voluntad, para seguirla; y así es como consistía la victoria del alma libre contra las tentaciones y la tiranía del mal.

D. Adolfo ~~aborrecía~~ libraba consigo jerojimo estas batallas; y tenía la confianza de decir siempre triunfador, pues para algo había nutrido su inteligencia y cultivado su ~~fuerza de voluntad~~ voluntad para poder dormir tranquilo todas las noches pronunciando esta sencilla oración: hoy he cumplido mi deber; fuerzas ~~para~~ para hacerlo mañana.

Si hubiera creído que Matías y su nieta iban a emprender ~~de~~ literalmente aquel trasporte tan oportuno, tal vez no hubiera tenido valor ~~de Adolfo~~ para llevarlo a cabo con aquella premeditación y frialdad. Pero presumía que tal vez ganaran en ello algo bajo el punto de vista de su bienestar material; y no vaciló en hacerles aquel doble bien a ~~despecho~~ suyo.

Efectivamente, el viejo Matías salió mejorado en tercio y quinto, por que

Conde le aumentó el sueldo, le dió buena casa, y le colmaba de regalos; y un cuanto á Manuja tan simpática le fué á la Condesa, que la hizo su doncella en sustitución de la que trajo, quien malhumorada por la vida solitaria del campo se despidió para la Corte.

Los jardines condales fueron decorados rápidamente bajo la prodadera de Matías, y la Condesa ante la ingenuidad de Manuja fué atreviéndose á ciertas inquisitivas, que con otra más ladina y taimada hubiera sido peligroso entablar.

—¿Con que aquel señor tan serio te hacía vida tan [redacted]? ¿con que estaba recluído allá en aquella casa de los balcones de mármol que parecía un mausoleo?; ¡qué rareza! debería tener loco; ¡sería un mohíno! ¡Cuidado con la diversión de pasarse así años y años leyendo, escribiendo saliendo algun rato de casa, con el maestro de escuela, y acostándose á la hora de las gallinas!

Manuja, que se complacía en recordar los más nimios detalles de las costum-

bres de su amo, aprovechaba estas ~~ocasiones~~ ~~interrogaciones~~ ~~dudas~~ de su señora para dar rienda suelta a sus ~~admiraciones~~ ~~exclamaciones~~ ~~sorpresas~~ ~~suposiciones~~; sin comprender que aquellas frases de asombro estaban hábilmente lanzadas para obtener ese resultado.

— Sí señora: decía: D. Adolfo es así, nuestros estudios en sus estudios en Madrid no sé si sería igual, por que yo era muy niña y él no venía por el pueblo; pero ~~que~~ desde que regresó con su título que para nada le sirve, se encerró aquí á hacer vida de monje; y créame V. que es un monje de verdad aunque sin hábitos.

Y no es que mi señorito esté loco ni enfermo. ~~No~~ Es que tiene siempre una tristeza que le roe el corazon; y lo peor es que trata de disimularla, que se esfuerza delante de gentes para aparentar otra cosa, y yo creo que por eso huye de ver caras nuevas, por no tener que forzar el gesto siempre serio y preocupado de la cara.

Manejaba así en estas cuantas conversaciones, puso á la Condesa al corriente de la manera de ser de su amo, de sus soledades solares de sus eternos diálogos con el humo de su cigarro, de sus pasa

de misántropo aburrido; y por último le contó la escena aquella muda y trágica que presenció por el ojo de la cerradura, y el auto de fé con aquellos papeles misteriosos, guardándose solo de referirle el delito que tuvo por epílogo, y de descubrirle aquella pasion que por D. Adolfo sentia desde chiquilla, y aquellos rios de lágrimas que por él habia derramado tantas veces.

La Condesa hacia como que reia y bromeaba con aquellas confidencias de D. Adolfo; pero cuando Maruja se iba refugiando en un rinconcillo del cuarto tocador que no fuese visible por el ojo de cerradura ninguna, se llevaba el pañuelo á los ojos para secar el llanto que le brotaba, y despues acudia á lavárselos para que no quedasen enrojecidos, borrando los huellos de las lágrimas con la pina borla y los polvos de veloutine, y la risa cauta de la sonrisa de siempre.

XXVI.

El Cura y el Maestro que con el Alcalde formaban la trilogia de todos los poderes divinos y humanos del Riojal, y que tanto se habian ufanado de su habilidad y buen

tiro para hacer amigos a D Adolfo y al Conde, creando llegaron a saber la visita de este y las muchas simpatías de ambos esperaban todas las noches ver aparecer ~~a D Adolfo~~ a aquel por el comedor de la casa consistorial donde se pasaban tan a gusto las veladas.

Pero el pícaro D Adolfo no ~~asomaba~~ y se bien al principio creyeron en lo del reuma, luego sospecharon que aquello era un pretexto para quedarse encerrado en su concha; y se propusieron corregir la obra sacándole de allí y removiéndole a la tertulia

-¡pero faltaba mas! decía el Cura que dejásemos a ese hombre como un bicho metido en su agujero, meditando en la inmortalidad del alma del cangrejo. nada, nada le traeremos velis nolis; y le daremos con voy donde se casa tomándole y dejándole en silla. Y el Maestro imaginaba de qué medios se valdrían, ya que otra cosa no podía llevarle allí, al palacio del Marquesado, a las ocho de la noche, hora de la tertulia.

El martes de aquella semana cele-
braba el Conde sus días, y con toda premu-
ditación los tres potentados de la aldea no die-
ron de ello un mal aviso a D Adolfo, hasta
que en el momento preciso de poner de manifiesto
que se presentaron en su casa para noticiar-
selo, a fin de que no incurriese en falta.

Realmente D Adolfo no llevaba
cuenta con los santos del calendario ni cele-
braba el cumplido de las obligadas visitas y tarjetas
en estos días de los amigos; pero tratándose del
Conde, hombre muy puesto en sus puntos,
teniendo presente su cortesía y sus ofreci-
mientos, y ~~tratando con~~ acaso la sospecha de que
ellos tres estarían ya en ~~posesión~~ disposición de pasar
por verdad ~~sus el Conde~~ la extraña del
mismo, ~~por si ellos declaraban la contra~~
rio no pudiendo ~~al propio tiempo~~ negar
se a la insistencia de ~~aquellos tres~~ amigos
de su esposa que ~~pretendían~~ acompañarle
a la casa Condal, no tuvo más remedio que
~~[illegible]~~ ir ~~allí~~ bien pesaroso de
no haber sabido el santo de aquel día, para
haber cumplido a tiempo con una tarjeta
Y es lo que decía D Adolfo, para sus

adelitos, mientras iba casi remolcado
puente adelante hacia el Marquesado:
-Tan mal aventurado voy, que hasta el
santo del dia conspira en mi contra.

El creia en un poder indefinido que
preparaba los sucesos para inducirar al hom
bre á la culpa; pero desde aquel momento
y con aquel ~~tiempo~~ ejemplo patente, pen
saba que hasta los santos podian ser ju
guetes de aquél diabólico poder, y casi
juzgaba obligados de sus crueles tentado
res, cuando el Diablo se empeña en per
derlos.

Prisionero D Adolfo entre los tres
camaradas, como reo que iba á cobrega en
otra vá de tránsito, caminaba en silen
cio y meditaba entre el ruido de
las conversaciones de sus acompañantes,
y así pasaron el puente de nuevo ojos
que cubrazaba una y otra orilla del rio.

La luna se negó á ~~acompañarles~~ seguirles
emborrándose desde el principio en un ne
gro nublo; las estrellas parecian ser las lu
ces del cielo; los campos se hallaban dor

unidos; los arboledos mudos, sin canto sin murmullos, y solo un chorro de agua que se vertía arenas abajo por el canal, en una mayor parte seco, murmuraba su eterna canción bajo los arcos del puente.

La sombra nocturna envolvía ya próximos Marqueses. Fantasmas parecían sus viejos; ejércitos de gigantes sus alamedas; y su casa, viejo castillo feudal, cuyos muros el río envidia los acordes de su lira como trovador antiguo que en la noche canta, a las rejas de su dama.

XXVII.

La casa central ardía en fiestas, en aquel momento. La servidumbre era regalada en las cocinas con una gran comida, y toda clase de viejos finos dulces y licores; en el comedor de los Condes ardía la araña central iluminando a giorno la estancia, y se veían platos exquisitos, cajas de cigarros, y pirámides de botellas de champagne.

Cuantas personas del pueblo acudían a felicitar al Conde eran introducidas allí, y obsequiadas generosamente; pero a la mesa no había convidado ninguno.

Se tomaron los postres y se bebió

taron los manteles para servir despues el thé y el café á los contertulios, que eran esperados, y que tardaban algo más.

La Condesa se dispuso á ella misma á servir el rico moka y la aromática infusion china en cafeteras de plata repujada, y las tazas estaban todas dispuestas, menos una, porque la visita de D. Adolfo no ~~estaba en el programa~~ se hallaba prevista.

Brillaba más hermosa que nunca la jóven é ilustre dama, vestida de rico traje de terciopelo negro á lo Catalina de Medicis, con amplias mangas, largo talle cuello, y escote cuadrado; marco negro que hacia maravillosamente resaltar la blancura de aquella garganta, y de aquella tabla de pecho parecida á una gran concha ~~nacarada~~, nacarina.

Sus rubios cabellos se veian en multiples rizos entrelazados como muchas madejas de seda torzal de áureos matices; y sobre ellos brillaba una ~~aigrette~~ aigrette solitaria de brillantes, que hacia pendant con los dos broca antigua de sus pendientes.

El Conde estaba satisfecho y á decir

verdad no echó de menos en la tarjeta ni la visita de D Adolfo, aturdido viendo desfilar por su casa a todo el pueblecillo como un rey chico en un día de ~~recepción~~ besamanos.

Maruja bien vestida y calzada, con negro y ajustado corpiño, y con delantal de pato blanco y ~~guantes~~ ~~botines color rosa~~ con su flor en el pecho, y su peinado bajo de aldeana, iba y venía cumpliendo las órdenes de su señora, ó se colocaba para esperarlas en el dintel de una de las puertas como estatua de adorno.

El comedor era inmenso, de techos antiguos de madera labrada, que si no era de cedro lo parecía, y el Conde no quiso quitarle aquel aspecto señorial, y lo adornó con grandes sillones de baqueta, y con antiguos chineros de encina ~~y~~ con aplicaciones de cobre, y con panoplias y ~~un~~ trofeos de caza, colocando sobre la monumental chimenea la inmensa luna de ~~un~~ espejo veneciano que inclinado, reproducía siguiendo ver la amplitud decorado y mobiliario de aquel comedor, duplicándolos.

En él se copiaba la gentil imagen

de la Condesa con su traje y sus joyas. Parecía puesto allí, para que Adolfo pudiera verla sin mirarla directamente, para que pudiera recrearse en su divina figura, estudiar de nuevo aquella cabeza de Fornarina, que hubiera sido el delirio de un pintor, y aquellas líneas de diosa griega que habían constituido la desesperación de un estatuario.

También los espejos suelen ser auxiliares del poder diabólico que prepara las tragedias del mundo y son sus fríos ~~cómplices~~ casi tanto de medianeros en los amores prohibidos; mejor que aquel libro que sirvió de ocasión al ~~beso~~ ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ ~~de~~ ~~Francesca y Paolo~~, impuro de Francesca y Paolo—

XXVIII

La llegada de Dn. Adolfo con los demás con tertulios produjo variadas emociones. El Conde se mostró agradecidísimo, con sus exageradas por aquella deferencia y recuerdo: la Condesa palideció y reunió todas sus energías para disimular; y Mariquita radiante de júbilo saludó al

paso, y desde el dintel de la puerta del comedor siguió con los bellos ojos todos los movimientos de su antiguo amo y ~~otros~~ como si estuviera hipnotizada.

D. Adolfo por su parte se hallaba violento. La noble hospitalidad de aquel hombre, le obligaba a la mayor circunspección; pero la presencia de la Condesa, cuya figura miraba hermosa y radiante, no directamente sino por reflejo en aquella luna veneciana, atraída sobre la gran chimenea le atraía a la vez que levantaba en su pecho tristezas y rencores.

La blanca mano de mujer ~~la mano~~ que otras veces el aprisionó y que fué entre ganda o vendida al rico joyero vertía en la taza de Sevres oscuro café que iba Adolfo a sorber como veneno. Aquella negra infusión parecía salir, nó de la cafetera de plata sostenida, sino de aquellos dedos que la inclinaban; y ser destilación ~~un regalo fuga~~ de aquel alma de mujer encerrada en aquel cuerpo divino.

— Toma, esta es mi sangre, parecía decirle la Condesa a Adolfo, sirviéndole

el oriental reseña; aquella sangre era negra como su traición y amarga como sus amores.

En cambio, cuando aproximó el recipiente de plata, con la pirámide de blancos de terroncillos de azucar, ya nada decirle: este es mi cuerpo, blanco y dulce que mitiga ~~tantas~~ amarguras. Adolfo mezclando el azucar de ~~la cortadilla~~ con la infusión negra, no halló esta tan aspera y amarga! añadió más cantidad, y ya le supo á regalado nectar.

Mientras apuraba su taza simbólica, la imagen de la Condesa pasaba por la luna del espejo como la ~~vision~~ de Hebe ~~de~~ de puesto, y Adolfo clavaba sus ojos por atracción irresistible en aquel busto, y algunas veces se encontraba con los ojos de ella y se quedaban un instante suspensos.

En cambio Mareja, sin glacis intermediarios recreábase desde lejos en la absorta cabeza de D. Adolfo, en aquel semblante de líneas duras, pero imponentes y seductoras, y sentía reavivado su fuego, y se

cordaba la escena aquella en que por vez única pudo ver el fondo del alma tierna de su señor.

El Conde era el marido de siempre; el que nunca sospecha de quien debe y persiste en poner su confianza en el más peligroso.

Verdad que la seriedad de su nuevo amigo y contertulio, y aquella fama general que tenía de frío y adusto, eran condiciones incompatibles con las de un galanteador de oficio: verdad que aquel semblante nó predisponía á los celos ni á las sospechas; pero el Conde ignoraba que el áspid late bajo la yerba, y que un áspid no siempre tiene cabeza de ángel como la serpiente del Paraiso.

¿Quien no lleva dentro de sí mismo un Edén que ha de perder tarde ó temprano por una Eva, un arbol prohibido y una serpiente seductora? La bíblica escena se repite en el corazón de todo mortal, para que nó podamos negarla; y Adolfo la sentía ya dentro de sí. Habíase forjado un paraiso de su Riojal, y ahora veía delante

ra árbol prohibido: la Conciencia era tentadora serpiente, la antigua pasión que quedó aplastada, y que se desperezaba poco á poco en su pecho.

Ella resistía ~~debilitarse~~ vencerse y hablarle con palabras suaves, pero oponíale los esfuerzos de su voluntad; acumulaba contra ella las sombras de ~~sus~~ sus agravios, ~~y el esposo~~ y luego como antemural se encerraba en sus ideas éticas y sobre dictados de su conciencia severísima.

Aquella velada al lado del arbol ~~prohibido~~ del mal y con el Satanás incitándole á codiciar el fruto vedado, fue para él tempestuosa. Los huracanes de sus ideas, las nubes de su espíritu, los relampagueos de sus sentidos, y los fragores de sus luchas internas, ~~dominaron~~ ~~asesinaron~~ ~~con violencia~~, ~~vencieron~~ por aquella exterior serenidad que había que aparentar, por aquellas conversaciones frívolas que había que seguir, por aquella hipocresía social que había que ~~aparentar~~; cuando cayendo Por primera vez cerró Adolfo la

hipocresía [illegible] ser una virtud
y un sacrificio, y ver aquí el [illegible]
deber moral [illegible]

Cuando los contertulios se despi-
dieron Adolfo tendió la mano á la Conde-
sa como la ver anterior; pero conmovido y tem-
bloroso. Ella dulcemente pálida le dió tam-
bien la mano, más ya en ver de murmu-
rar aquel la palabra "infame" á su oido nada
le dijo, y ella apretó suave, pero tiernamen-
te la mano de Adolfo, y sus ojos cruzaron
una mirada de angustia.

XXIX.

Encastillada de nuevo en su vida [illegible]
[illegible] durante mes no se había erguido
orgullosa contra él desde que le dirigió su
apóstrofe. La había llamado "infame" y le
fue de [illegible] mostrársele altanera, desde-
ciativa, le había buscado después con los ojos
apretándole [illegible] la mano al partir,
¿Qué quiso decirle con aquellas indefini-
bles miradas, y con aquella suave opresión que
correspondiera á sus ofensas?
¿Conservaría en el fondo de su alma restos
de su antigua pasión?

¿Sería capaz de traicionar también al esposo que por cálculo eligiera?

¿Buscaría reanudar pasados idilios asegurados ya sus caprichos, y satisfechas sus ambiciones, sin pensar en las tragedias posibles del porvenir?

¿Sería una infame realmente vendida al oro del Conde, ó habría en aquella pelona que Adolfo lamentaba, alguna causa impulsiva más digna y más disculpable?

Adolfo barajaba cien respuestas á cada una de estas preguntas y encerrado con llave en su biblioteca daba largos paseos ó arrojándose á veces en un sillon parecía fuera de sí.

Tendido en aquel diván desde el cual se veía por las vidrieras parte de los naranjales y de la campiña, traía á su memoria las dulces [illegible] de aquel pasado amor, y recorría mentalmente el tiempo y los lugares para trasladarse á aquel modesto piso de la calle de la Montera; á su cuarto de estudiante y con aquel balcon contiguo al de Luisa [illegible] de tantas pláticas de [illegible].

¡Qué chiquilla tan viva, perspicaz y precoz era entonces, la después Condesa

de Mirasflor?

El adusto estudiante de Ciencias, encontró en ella el antídoto de sus genios ~~sobrados~~ unidos y lo que comenzó juego y discreteo ~~con Dolores~~ acabó pasion ardiente y avasalladora.

En medio del bullicio de la Corte, entre el estruendo de los lejanos trenes, y de la oleada humana de aquellas calles resonantes, juraban tas veces los dos desde el elevado puente de aquellas barandas contiguas habian forjado proyectos de una vida apacible y solitaria!

Abajo estaba el hervidero social con sus mentiras, con sus oropeles, con sus falsas risas y alegrías, que encubrian un fondo de miseria y de lodo, ellos arriba, veian el cielo sereno: ~~veian~~ veian la luz del cielo rol, y aspiraban á volar desde aquellas alturas muy muy lejos á la region del medio-dia ~~sobre las~~ por ~~las~~ como dos pájaros unidos por una cinta color rosa.

Adolfo habia hecho por Luisa cuanto cabe en un hombre enamorado, suprimia las vacaciones y se ~~tostaba~~ en aquel bochornoso Madrid, durante los meses de Julio y Agosto, por no perder la dulce vista, ni interrumpir

aquellos ~~[illegible]~~ diarios. Su padre le llamaba y él hacía oídos de mercader ó protestaba estudiar nuevas asignaturas para Septiembre, con fin de quedarse allí al lado de su bien amada. Los padres de ésta adivinaron que formalizara sus relaciones, y les habló con entera seriedad y entró en la casa decidido á contraer matrimonio tan luego acabase su carrera.

Entonces tuvo ocasión de realizar nuevos sacrificios: porque el padre de Luisa, que era un hombre dominado por el juego, tuvo que prestarle sumas de importancia, que hicieron aparecer al reverso estudiante, malcado y desvilfarrador.

Luisa no se enteraba de eso; pues las mil de las veces, el pan que comía era debido al dinero de D. Adolfo; ¡por mejor decir á los restos de algunos de sus prestamos que iban á consumirse en el tapete verde.

D. Adolfo se sentía recompensado con poseer el corazón de aquella hermosa criatura, y trataba de ahorrarle siempre el espectáculo de domésticas tragedias. La madre de Luisa ~~resignada~~ acostumbrada á sus faltas, bendecía aquel ángel bueno, su casa

de ángel que se le había entrado por la puerta, para aliviar la situación aflictiva de su casa, y brindar un porvenir tranquilo á su hija.

Adolfo todo notaba en Luisa un defecto propio de su hermosura, y de sus pocos años, la vanidosilla, se sabía su extraordinaria belleza, y se pasaba las horas muertas al espejo

Vea V. la cualquiera sería, decía muchas veces á D. Adolfo ~~la misma pintura~~ ~~[illegible]~~ cuando aquella se arreglaba el cabello en el tocadorcillo.

D. Adolfo asomaba á la puerta entreabierta, sin ser notado, recreando sus ávidos ojos en aquella explendida cabellera que caía en ~~[illegible]~~ dorados hasta los pies de su prometida.

Al ruido del cerrojillo, ó del entreabrir de la puerta, Luisa volvía la cabeza y dando un pequeño grito acudía precavida con la madeja de sus cabellos tendida, hasta cerrar la puerta con el pestillo, para continuar su interminable toilet sin ser vista luego reprochaba á su madre esas indiscreciones y Adolfo sonreía contemplando preciosa y artísticamente recogidas aquellas áureas madejas en torno de aquella frente, y sobre aquella cabeza adorable.

Y qué gentil y airosa iba al lado suyo

en ~~aquellas~~ (aquellas) mañanas de Mayo por las alamedas del Retiro ~~que hacía con su madre y con todos~~ y á donde todos iban á pasear y á contemplarse, ~~para disfrutar de la~~ ~~hermosura de aquellos sitios con la vista y que~~

Felices mañanas primaverales que hicieron á Adolfo odiar como venenosas, despues las otras primaveras

Luisa al pasar hacia reverdecer con sus miradas de cielo los árboles y los jardines, al sitio donde se sentaba acudían enrubelerados los ruiseñores, y las flores de los parques venían á saludarla diciendole: Dios te salve Reina de la Primavera!

~~Que~~ Dulces conversaciones allí sobre un banco rústico, aspirando el perfume de rosa de aquella boca sonriente, donde las gracias tenían su gruta de coral, y ~~donde~~ ~~todas~~ ~~las~~ ~~delicias~~ ~~del~~ ~~paraiso~~ ~~todo~~ lo acumulaba ~~todas~~ ~~las~~ ~~dos~~ ~~amantes~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~fuente~~ ~~de~~ ~~fresa~~ Adolfo recogía de aquellos labios de palabras y juramentos, leía en aquellos ojos celestes y apasionados poemas de dicha, y ~~mordiaba~~ aquél oloroso cáliz de rosa amarillo entreabierto que ella prendía sobre su corazón, y que se estremecía al respirar de su seno ~~redondo~~ alzado sobre aquel lindo talle,

que podía estar prisionero en el aro de una sortija.

El conjunto y sainete [illegible] de ciencia necesitaba aquel hada encantadora para que su vida se embelleciese. Sin ella habría caído en el marasmo [illegible] á que su genio melancólico le inclinaba.

Y sin embargo habíale sido arrebatada estaba privado para siempre de ella, y no bastó con dejarla á oscuras y solitario con su tedio mortal; sinó que también se le presentaba la imagen de aquella mujer, en brazos de otro, y se le obligaba á tener delante de sus retinas, las escenas de aquel dio hogar risueño, [illegible]

Y como si esto fuera poco. Todavía, esa mujer llevaba su crueldad á abofetearle espiritualmente, á darle á entender que aún quedaba en ella un recuerdo del pasado, á aumentar las sombras de su existencia con nuevos trabajos nes de su espíritu.

El día se pasaba Adolfo en estas meditaciones, y la noche peor consejera no disipaba sus incertidumbres antes bien agrandaba sus dudas.

XXX

Sabe V. D Adolfo le dijo el Cura en una de

sus escasas visitas que el Conde se hace
lenguas de V. Anoche le hablaba á la Con
desa y le ponía á V. en las nubes
— ¡Pshs! exclamó Adolfo con aire con
trariado.
— Sí señor, siguió el cura. El Conde
decía á su mujer que era V. un talento, y
que á pesar de su carácter adusto
gustaba mucho de su conversación.
— El Conde es una bella persona se le
metió á decir Adolfo.
— Y tan bella continuó el Cura. Pero
lo que es de V. está prevenido. Quiso le dijo
á su esposa que le recibamos y consideremos
como uno de nuestros mejores amigos.
Ese hombre es un sabio, y un filósofo, pero
decidido solamente por el aislamiento no se
pero por lo que en su frente me parece
un enfermo de misantropía que sufre
en silencio sus dolores.
— ¿Y qué dijo la Condesa? preguntó Adolfo
aparentando indiferencia y desdén
— La Condesa callaba al principio; pero lue
go asentía á cuanto manifestaba el Conde con pala
bra suelta, Sí tal vez. A mí me parece, acabó el
cura, que el Conde se interesa por usted verdadera
mente; que se duele como nosotros de que consuma
V. aquí su vida y que acaso se proponga curarle

de su tedio.

D. Adolfo hizo un gesto de disgusto.

— Digo, prosiguió el Cura, por que he oido que en el Marquesado se proponen dar algunas fiestas con motivo de la venida de una tia prima del Conde, á quien acompaña dos hijas de ésta: y seguramente contaran con V. y quien sabe si encontrará V al fin su media naranja.

El Cura creyó haber cometido una imprudencia, y se calló. D. Adolfo, varió la conversacion. Con la llegada del Maestro de escuela no parecio aquello intencional y no se volvió a tocar tan escabroso asunto.

El pedagogo llegaba irritado, pues habia ratido un rato a cabezadas con el Conde, y este se las habia matado todas de tarantin, y jamas habia perdido. El Conde no le dejó respirar, ni encararse siquiera la escopeta. Era un tirador terrible. Y lo grande es que cuando creia el pedagogo que el Conde disparaba con perdigones como él, con aquel juguetillo de carabina que llevaba habia encontrado con que todas las codornices estaban muertas con Calpin 11 de 5 milimetros. Cabia cosa igual? de qué parte habia salido aquel hombre endiablado, que donde ponia el ojo ponia el balazo, casi sin apuntar.

Indudablemente no era todo asombro y admiracion del Maestro de escuela; tenia proposito de hacer ver á D. Adolfo que en lo sucesivo no seria

se escopeta la mejor de aquella vega, ~~Tirso~~ que había ya quien le daba ciento y raya.

Esta conversación la segunda intención del maestro; pero no se dió por entendido, y al contrario se limitó á poner en duda que hubiese otra escopeta en los contornos como la del ~~Maestro~~ aquel y á atribuir á casualidad y buena suerte el día afortunado el éxito del Conde.

Algo de eso había también se apresuró á decir el ~~Conde~~ Malajado en su vanidad; y luego descargó sobre el perro gran parte de la culpa ~~explicando~~ explicando — Además éste pillo se ha portado muy mal conmigo. Iba haciendo dobles el juego a su bastardía, como un imbecil adulador le sacaba los codornices — él delos mismos pies, y se iba tan de largo que ya no podía tirarles. ~~Tirso~~ Si no hubiera sido por los respetos debidos al Conde, le juro á V. que es el último día de Clavel.

Clavel ~~imagen~~ pasión echado en el suelo con las patas delanteras extendidas bajo el hocico, con la lengua fuera de puro cansancio, y mirando con ojos melancólicos, á mi amo parecía comprender la conversación y decirle humildemente: "Todo sea por Dios siempre he de pagar yo los vidrios rotos. No parece pues que los perros somos hombres para adular y servir á los poderosos."

D. Adolfo interceció. aquella vez por el inocente animal. Casualidad, todo casualidad, un día

afortunado para el Conde y desgraciado para su acompañante.

¿Pero es usted de los que creen en la casualidad, D. Adolfo? preguntó el Cura que para averiguar su opinión para mortificar al Maestro.

¡Qué se yo! dijo D. Adolfo. Casualidad realmente no existe, lo que hay es causalidad lo que ocurre es que cada causa produce su efecto y éste á su ver es causa de otro y así se engendran interminables series de hechos cuyo origen se nos escapa pero para nosotros ignorantes de la causa primera de los sucesos de era que se esconde en las profundidades tal vez de la creación, lo mismo da que todo provenga de esa causa desconocida como del capricho, del azar, de lo que llamamos casualidad, puesto que de todas maneras nos resulta lo inesperado.

Eso digo yo interrumpió el Maestro que todo el mundo es una cadena de causas y efectos, una mecánica que no deja plaza á la libertad ni á la intervención de esos poderes sobrenaturales, que el Sr. Cura nos hace á recibir á cada instante.

El cura iba á replicar citando textos sobre la predestinación, la gracia, la Providencia del libre arbitrio que entonces tenía frescos con los estudios para la carrera, pero viendo á D. Adolfo en una larga polémica filosófico religiosa de las muchas que había sostenido, se interpuso para por

mentar sus conclusiones—no; al hablar de causas no podía en rigor establecerse su naturaleza mecánica y material, sin demostrar antes que todo era materia en el Universo. Si había otra cosa más, las causas y los efectos habían de responder á la totalidad de los elementos que actuasen en el mundo y el mecanismo universal bien podía ser de espíritu y materia en conjunción, y los desequilibrios y los choques originare mil veces de antagonismos de aquellos elementos. Por eso decía el poeta refiriéndose a tales conflictos seguramente, que aquí para vivir en santa calma ó sobra la materia ó sobra el alma.

— Para mí el alma es la que está demás insistía con vehemencia el pedagogo

— Y para mí la materia, exclamó el Cura

— Y para mí las dos, dijo D Adolfo; que tal vez hubiera sido mejor nó nacer y dormir en el seno de lo increado, sin materia y sin espíritu.

XXXI

Era la hora de almorzar y D Adolfo convidó como otras veces á los dos disputadores que se quedaron con él á la mesa.

Entraba el sol á torrentes en el comedor haciendo pirámides de sus rayos, las copas cristalinas y las botellas.

Era mediodía y los campos y los ranchos

jales brillaban dorados por aquella luz de fuego derramada desde un cielo sin nubes.

El comedor de D. Adolfo contiguo á su biblioteca y despacho estaba separado de éstos por una gran ~~mampara~~ ~~de madera~~ de roble, tallado que llegaba á la mitad de la altura del piso al techo, que remataba en artísticos, corona miento, y cuya puerta ampliá abierta dejaba ver la extension de ambas estancias.

Apenas habiase servido el primer plato, el criado anunció la llegada del Sr Conde. Le había hecho pasar á la biblioteca y el visitante pudo ver desde ella el comedor, la mesa con el amphitrion y los convidados.

D. Adolfo se levantó para ir en busca de ~~aquel~~ ~~recien~~ recien venido; pero como éste viera que se hallaban ~~aquel~~ almorzando, quiso retirarse hasta que ~~Adolfo~~ concluyesen, le hizo pasar al comedor mismo donde todos se saludaron.

El Conde sentóse á uno de los lados cerca de D Adolfo, sobre una cómoda butaca, después de excusarse de almorzar porque ya lo había hecho.

— Bello dia aquel! Había salido á la ventura y cruzando por el puente encantado desde donde se veian las anchas vegas, y el rio arenoso que las divide, habíase sentido atraido á la quinta de D Adolfo doble encanto de la naturaleza

y del Arte. ¿Cómo estar tan cerca sin venir á saludar al amigo?

D. Adolfo dió las gracias: significó al Conde el placer que le causaba su visita, y la conversacion se hizo general; aunque Cura y Maestro se dedicaban preferentemente á las tajadas.

—¡Ah! dijo el Conde informado ya de la última discusion pendiente entre los circunstantes ¿conque se hablaba de la materia y del alma?

—Sí señor contestó el pedagogo: yo me quedaba con el alma: el Sr Cura con la materia, y D. Adolfo con los dos, concibiendo cuando preferible no haber nacido.

—Vaya amigo D. Adolfo, no haga V. el pesimista, dijo el Conde dirigiendole una afectuosa sonrisa. La vida es bella, el mundo es hermoso, y la alegria de vivir no es comparable con ninguna otra. Yo soy ya viejo, y declaro que la unica tristeza positiva es la de sentirse avanzar hacia la muerte. Todas las demas penas son en su mayor parte forjadas ó agrandadas por nosotros mismos.

—Usted conde, es demasiado ilustrado para saber, contestó Adolfo, que no hay

han así muchos filósofos que han hecho
detenidos análisis de las alegrías y los dolores
humanos.

— Claro, exclamó aquel, filósofos
malhumorados como el misántro Scho-
penhauer, que decía que todas nuestras
dichas no compensaban el dolor que nos
ocasionan el salir y caerse de nuestros
dientes: poetas como Leopardi, con su
corcova siempre encima, ó remedianos
de nuestro Alarcón; pensadores a lo Hartman,
que haciendo un imaginario balance de tres
tristezas y alegrías, suponen un saldo siempre
en contra del vivir, y que sin embargo aseguran es preciso ir con los pesimistas
para ver semblantes satisfechos. Pero se equi-
vocan, querido D. Adolfo; y a pesar de los bur-
las de Voltaire, haciendo pasar a su Cándido
por tantas fatigas y contratiempos, yo afirmo
como el Doctor Pangloss que vivimos en el
mejor de los mundos posibles.

— Me agradaría, dijo D. Adolfo, escuchar
del fino y culto espíritu de V. la demos-
tración de esa tésis.

— Y aun también dijo el cura; por que
contrasta con lo que la Iglesia afirma de es-

te valle de lágrimas.

El maestro gran admirador de Voltaire, hizo algunas observaciones recordando los percances de Cunegunda, y todos tres se encerraron mientras el Conde habló de esta manera

XXXII

—La vida es alegria, y el mundo el mejor de los posibles; porque el no ser es horror y el hombre ó no ser hombre ó no podria ver ni en otro mundo diferente siempre fuera mas perfecto

Cambiemos mentalmente ~~en algun~~ cualquier circunstancia nuestro mundo, el peso de la atmósfera, los movimientos del planeta, la inclinación sobre la elíptica, todo se trastorna y desquicia; y el hombre perece. Suprimamos algun elemento ó ley actuales proporciones, la humanidad queda aniquilada. Por eso nó apareció el ser humano hasta que estuvo el mundo perfecto y acabado para él; y antes cuando no lo estaba, vivian ~~solamente los animales~~ aquel mundo diluviano, para quienes solamente aquel mundo de las épocas secundaria y terciaria era a ver el mejor de los posibles.

Si ha podido ser hecho otro ~~ser~~ más perfecto que el hombre, y otro mundo más

perfecto que éste para el nuevo ser superior
era es otra cuestión distinta, que no incumbe
tata; pero que presindo el hombre como es, el
mundo en que vive es para el mejor de los
mundos, eso es una verdad incontestable. Yo
hubiera querido ver a Cándido, a Cunegunda
gal Doctor Pangloss, hechos de carne y hueso,
con sus músculos y sus nervios, y sus orga
nos mismos, y todas sus condiciones actuales
colocados en otro mundo superior ——

~~——— en estas mismas superior~~ como
aquel de donde según el ~~supremo~~ incrédulo Voltaire se
nia Micromegas.

Si éste es el mejor de los mundos para
el hombre, la vida del hombre tiene que ser para él
la mejor de las vidas; y nó digamos por sabido que me-
jor que todas las muertes. Que hay dolores y tristezas, con
cedido; pero aún sufriendo, se vive, y eso es el mejor
de los mundos como he dicho. Cuando se muere, se
pierde ese mundo: el horror que tenemos al no
ser, nos dá la medida del bien de vivir aunque
sea del modo más miserable. Por eso ya decía
el alguien clásico, que era preferible ser pastor en
los montes de Arcadia, que Príncipe en el imperio
de las tinieblas.

Mirando además la vida así no es sino
lo que son dolores supremos a los placeres; porque el
dolor es una excepción, nos sorprende y nos con

mueve; ¿por que el placer en la regla ~~para~~ que ~~puede~~ ~~ser~~ x ~~ser~~ sea ~~muchas veces notado~~ ~~exacto~~ que la alegria sea el momento de la creacion de la pena, como Leopardi quiere mostrar en aquel bello canto suyo "Dopo la tempesta", lo que sucede es que no queremos saborear nuestras alegrias; y solo nos acordamos de ellas cuando las penas las interrumpen.

Yo daria una regla, para convertiros al optimismo a todo enamorado. Pensad le dicha en que estais viviendo; y esto ya es una fortuna colosal, un premio mayor que el de la mejor loteria; pues de cada mil millones de seres posibles, vos solo habeis salido a la luz. Meditad que reyes y emperadores poderosos, que fueron y hoy yacen en frios sepulcros, habrian dado sus reinos y sus riquezas por cambiarse por un ser vivo, y por vos mismo en estos instantes: cuando tengais un placer saboreadlo, no penseis en otras cosas, ni lo dejeis pasar inadvertido y lo gozareis doblemente; y cuando os acometa un sufrimiento no lo agrandeis con la imaginacion; poned la mente en cosas distintas, y lo sentireis solo la mitad. Asi aunque la balanza de la vida diera un exceso de dolor, sintiendo los dolores en la mitad y gozando de los placeres el do-

bble, inclinaréis el platillo de la dicha
indefectiblemente..

Todos habían escuchado la disquisición
del Conde: el Cura con la boca abierta, el Alcal
de sin entender una jota, y D Adolfo con ver
dadera admiración.

Aquel viejo diplomático de barba blan
ca, había defendido bien su tesis; D Adolfo lo
felicitó así; pero yo estaba conforme

— Si, este mundo era aunque imperfecto
el mejor para el hombre; como ser imperfec
to también, dependería de que la suma im
perfección estaba coordinada con la otra; pe
ro sin excluir la posibilidad de otro hombre
mejor, y de otro mundo mejor a él adecuado.

Si la regla general del vivir era el
placer, y su interrupción el dolor, y por eso
aquél no era apercibido, y éste si cuando nos
empujoneaba, daba lo mismo; pues una hora
de dolor soportado pesaba más en la balanza
que un año de placer apenas ~~notado~~.

El vivir no podía ser alegría por sí;
pues su tanto que la suma de las emociones
de la vida diera descontadas las del dolor un
excedente de goce. Y no bastaba querer duplicar
los placeres saboreándolos, puesto que las sensa
ciones del goce se embotan enseguida; ni reducir

á la mitad los dolores, pues cuando nos se meten la lucha contra ellos, es un nuevo esfuerzo y un nuevo sufrimiento.

Crea V., señor Conde, terminó diciendo D. Adolfo, cuando se sufre es imposible convencerse con argumentos de que la vida es amable. Sería igual que querer quitar el dolor de muelas con un silogismo.

El Conde rió de la comparación, y la conversación tomó otro rumbo menos filosófico.

Fuese como fuese, la vida era corta y había que gozarla, había que vivirla al griego, con el cuento de Anacreonte en los labios, y la frente coronada de pámpanos ó de mirtos. Fuera penas y pensamientos. El Conde afirmaba que no había podido ser triste nunca más de cinco minutos.

— Pues cinco años lleva aquí D. Adolfo metido en su concha, siempre tristón, dijo el Cura.

— Pues ahora será con motivo, respondió el Conde, y se curará de sus nostalgias.

D. Adolfo hizo una indicación de cabeza en señal de gratitud ó de resignación, una ú otra ~~cosa~~ cosa podía significar, y se tomaron los cafés.

Se tomó el café, nos servido por

ninguna marca de hada, vino por la ría
tica de un criado vestido de negro, con la blan
ca servilleta al hombro, que entristecía aquella
casa como un cuervo, y al rato salieron los ca
mareros y el Conde a recorrer los jardines y
los naranjales.

XXXVII

Ya declinaba el sol hacia las montañas de
poniente, y viniendo más de soslayo los ar
boles de la quinta atravesaban con sus
flechas de luz naranjos y cipreses.

D. Adolfo llevó al Conde por aquellos
paseos cerrados de rosales, por aquellas rondas
cercadas de arrayán, tras del que salían laure
les y palmas, y coníferas y toda clase de árboles
raros; le condujo al lago artificial donde entre
piedras de agua de mil caprichosas estalac
titas saltaban surtidores y bogaban peces rojos
y plateados; le enseñó las estufas cerradas
de plantas y flores maravillosas, y los retiros
rústicos que esperaban inútilmente la cita
y el coloquio de amor.

— Todo es admirable y artístico, todo está
bien; dijo el Conde; pero aquí falta la poesía,
ésta es la estrofa sin el sentimiento y sin la

idea; aquí falta la mujer.

D. Adolfo palideció y se sintió conmovido. No podía más, es verdad allí faltaba la mujer; y él lo oía de labios del hombre mismo que se la había arrebatado.

— Vámonos V, dijo el Conde, sintiéndose en ideas de aquellos perfumados retiros bajo dos árboles enredados de rosales trepadores. Cuando el D Juan de Byron estuvo sufriendo, no acertaban los médicos a curarle. Pero él mismo se propuso como medicina a D.ª Inés, y quedó sanado.

D. Adolfo sonrojóse. ¡Qué imprudente es un esposo confiado! pensó. Aquella escena del D Juan del Bardo inglés podría ser la suya misma; y sin embargo el Conde ignorándolo le la recomendaba.

— ¡Ah Señor Conde, exclamó el Cura después de haber estado meditando una frase de efecto; éste es un Paraiso con Adán pero sin Eva y sin serpiente.

— Pero con una mesura cosa añadió el Maestro.

— Cierto de oro amigo mío replicó el Conde, mientras D. Adolfo guardaba estudiado silencio. La mujer es la obra

más perfecta del Creador, y la serpiente
la más vil. Somos injustos no admiran
dos á nuestra Eva; y yo por mi parte le
he rendido siempre culto fervoroso. Cómo?
ayer asombramos en el Museo del Louvre viendo aquella maravillosa Venus
de mármol, atribuida á Fidias, quien en
todo caso no hizo sino copiar á cincel esta
piedra pentélica el ejemplar más bello de
la mujer griega que tendrá delante; y no admiraremos esa misma obra, salida de la natu-
raleza conforme á un arquetipo divino
Verdad D Adolfo.?

— Poco vale mi opinion, dijo este, ya direc-
tamente regenerado. Como obra plástica estoy con
V. Conde; la mujer es la más bella de las criadas;
se entiende de las conocidas. Como obra moral,
tal vez no reuna tantas excelencias. Su es-
piritu es débil para la tentacion voluble
y para el Propósito, superficial para el sacrificio.

— Dale! dijo el Conde, todo eso depende de la edu-
cacion que recibe. Cómo seriamos nosotros, fuertes
varones si se hubiera empezado por vestirnos
con faldas, por descuidar el desarrollo de nuestra
inteligencia, por entregarnos desde pequeños á la
ociosidad y al uso de las antiguas, ó las femeniles

labores modernas, y por enseñarnos a toda hora frívolas artes de agradar, y como únicos horizonte de nuestro porvenir la casa, la familia y una perpetua tutela? Algunas veces hubiéramos rebelado es verdad, como algunas se resisten también y siguen otros caminos; pero ¡cuántas nó hubieran sucumbido á la educación y al medio ambiente!

Yo creo añadió, que aquella afirmación de ciertos fisiólogos y embriólogos, de que la mujer es el varon detenido en su desarrollo físico, puede mejor sostenerse respecto á su espíritu, diciendo que es el mismo espíritu del hombre detenido en su educación intelectual. Siglos y siglos de un completo abandono en ella han hecho que nuestra bella mitad tenga por regla general un cerebro mas descuidado, y un espíritu mas débil en todas sus manifestaciones.

D. Adolfo como otras veces cortó con un rasgo de humorismo la conversacion.

— Hablar del alma de la mujer, era tal ver discurrir sobre una hipótesis improbable. La sucesivas teólogos ha

bian discutido que la mujer no tenía alma; y él se inclinaba a creerlo.

El Cura dió un salto sobre su asiento; pero no tuvo ocasión de replicar porque todos se levantaron a la vez.

El sol ~~[illegible]~~ y el Conde tenía que regresar en seguida al Marquesado.

D. Adolfo, ~~[illegible]~~ hasta las lindes de su quinta, y Cura y Maestro se marcharon también con el Conde: reflexionando, el de misa y olla contra aquella herética tesis de D. Adolfo, y revolviendo en su imaginación los textos bíblicos para recordar si Dios al sacar a Eva de la costilla de Adán, le había infundido también como a éste el soplo que nuevo ~~[illegible]~~ había privado de ello.

XXXIV.

El Conde refirió a su mujer los detalles de su visita, los primores de aquella quinta, las rarezas de aquel hombre, hasta algunas de aquellas conversaciones; y sobre todo la discusión sobre el alma de la mujer.

—Ya sabes, le dijo que según D. Adolfo no tiene alma.

La Condesa sonrió con esfuerzo.

—Verdad exclamó el Conde que es singular ese D. Adolfo? Un hombre joven todavía, rico

que podia gozar de la vida y del mundo y que se sepultó entre árboles como un muerto anticipado en un cementerio.

— Tal se entenderá exclamó la Condesa.

— Sí; debe haber en él algun misterio, añadió el Conde; y te confieso verdaderamente que me intriga.

Al principio le tomé por un perturbado; pero en nuestras conversaciones he visto su excelente juicio, su ingenio de humorismo, y el equilibrio y de sus facultades.

Tiene una escogida biblioteca, algunas obras de arte que indicarian su buen gusto, su quinta es un primor. Veo pues un Manfredo, habitando un castillo lóbrego y comunicándose en las tinieblas con poderes infernales.

— Tal vez será un Lara repuso la Condesa: gran aficionada y lectora de los poemas byronianos.

El Conde significó á su mujer que de dos modos tenia gran empeño en curar de su pesimismo á aquel hombre; que le interesaba grandemente su misterioso todo y que no resistiria á la prueba á que iba á someterla

La Condesa un tanto sorprendida preguntó a su marido qué intentaba, y éste le expuso su plan terapéutico.

— Ya sabes que esta misma semana tendremos aquí a nuestra prima y a nuestras dos sobrinas que son dos beldades. Convidaremos a D. Adolfo a nuestras expediciones cinegéticas, le tendremos a nuestra mesa, pasará los días con nosotros, y si no queda preso en las redes de Cupido, y nos sale de su marasmo, le juro yo de mi experiencia del mundo y del ganado de mis sobrinas.

Sobre el juguetero del gabinetillo donde de ambos esposos mantenían este diálogo, estaban los retratos de las sobrinas del Conde, burlonellas y sonrientes como si oyeran la conversación.

— Míralas dijo el Conde, como se han enterado de lo que hablamos y sonríen segu ras de su triunfo.

Verdaderamente eran dos hermosuras de tipos distintos: la primera rubia, de óvalo de faz perfecto, de esplendido busto arrogante y avasallador: la otra de cabello negro, ojos rasgados y vivísimos, más delgada; pero bien hecha, esbelta, y erguida con la cabecita de medio lado.

Las fotografías estaban iluminadas en colores, y se destacaban perfectamente las

dos cabezas geniales con sus contrastes de luz y de sombra y con sus boquitas de rosa entreabierta. Los respectivos bustos con sus ricos trajes de seda pomposamente salpicados de florecillas menudas, mostraban lindos escotes y torneados talles y arranques maravillosos ~~de brazos y de~~ de espaldas mórbidas.

—¡Son muy bellas dijo el Conde, fijándose en las fotografías; ¡y eso que en los retratos no están favorecidas, falta aquí el spirit que las anima; ~~en~~ en sus sonrisas apenas se vé un destello.

La Condesa se mordió los labios ó violentada por los intentos de su marido ó tal vez mortificada por sus intempestivas alabanzas. Calló se echó hacia atrás en la mecedora y cerró los ojos balanceándose suavemente.

Por cima de los ~~retratos~~ retratos de Berenice y de Emma que así se llamaban las sobrinas del ~~Conde~~ Conde en grande y rico marco modernista formando entrelazados lirios y margaritas veíase la fotografía de la Condesa de cuerpo entero con su traje nupcial, destrozando flores y ramos.

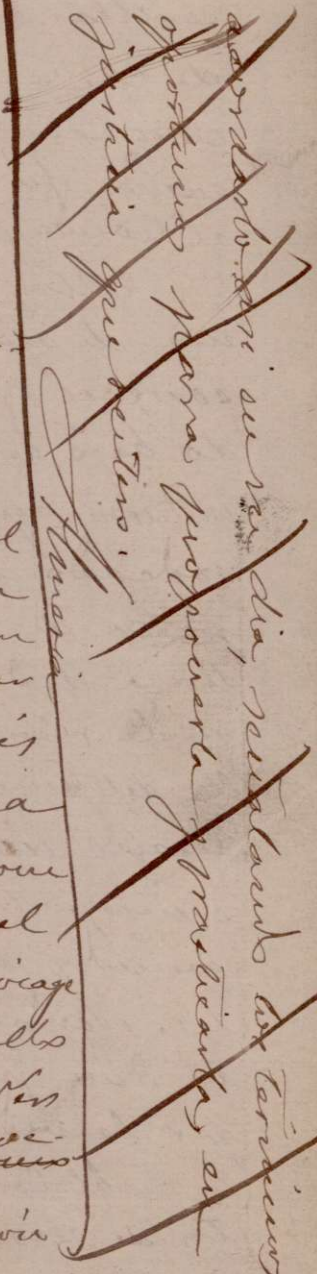
Y el Conde no había tenido para

ella ni una palabra. Tuvo
dablemente la posesión quieta
y pacífica, embotaba la sensi-
bilidad y hasta el sentido de la pa-
labra.

Esto pensó quizás la con-
desa balanceándose en una mece-
dora con los ojos entornados, mien-
tras el Conde displicente reclina-
do en el canapé, con una pier-
na sobre la otra, tenía el aire del
marido satisfecho, que descansa so-
bre sus viejos laureles.

XXXV.

La prima y las dos sobrinas del
Conde tardaron una semana en
llegar al Riojal. Habían anun-
ciado para antes su visita al Man-
querado; pero incidentes imprevis-
tos, trajes que la modista no aca-
bó tan pronto como ofreciera, som-
breros no recibidos de París en el
día prefijado les ~~fue~~ retrasaron el viaje.
Seguramente pensaron que aquello
del Riojal era una especie de Ver-
salles ~~o de Fontainebleau~~ a cuya estación de
la Garriga, y que tendrían ocasión



de lucirse y precisión de ir bien provistas de alhajas y galas; así que al llegar al Marquesado y divisar el pueblo allá enfrente compuesto de unas cuantas casillas de labradores y de un seminario de clérigos clavoteando el monte, quedaron desencantadas y se hubieran vuelto haciendo fué a nacer por consideración al Conde y a su esposa.

Muy bello se encontraron el panorama de aquel valle de naranjales, por donde corre el Andarax, sobre la linfa, respirando bajo los arcos de aquel puente muy antiguo aquel semi-castillo del Marquesado, rodeado de jardines y de cipreses, y no dejaron de hallar coquetona la puerta frontera del Adolfo, con sus balconajes de mármol riendo al sol. Pero qué se hicieron aquella del Cura Zafio, del Maestro Simplicio, y del Alcalde Nóptico! qué velada aquella tan aburrida e insoportable, la primera que pasaron en el comedor del Conde con aquellos tres visitantes. Verdaderamente no se explicaban que ni aun por motivos de salud, y para prolongar la vida se hiciese aquel sacrificio.

El Conde reía de los graciosos esparcimientos de sus sobrinas. Cada edad, discurre con

el juicio que le es adecuado; y así como el niño nó se explica que el joven no se entretenga con los muñecos, la juventud nó comprende estas naturales del bullicio de las grandes ciudades, y éste apacible cuidado de la salud que ella derrocha.

—. Ah tes decía el Conde! Juzgais de la sociedad del Hogal por ese pobre Cura que jamás se verá Canonigo, como no lo sea de gracia, por ese Alcalde de gramática parda y por ese Maestro de escuela sin tildes en ortografía; pero esto no es todo. Allí en era quinta de enfrente está el gran personage. El espíritu culto de estos lugares. Ya conocerés y admirareis a D. Adolfo.

Las muchachas andaban curioseando quien sería ese D. Adolfo que tan buen concepto merecía á su tío, y cuando por él supieron que era un hombre joven todavía rico y sepultado en aquellos parages como un cenobita ya entraron en vivo deseo de conocerle seguras desde luego de encontrarle el lado ridículo para lo que eran tan perspicaces.

Vieron al fin a D. Adolfo en misa el inmediato domingo. Allá fueron con los Marqueses a la iglesia de ladrillo y mezcla que

se alzaba en medio de un campo sembrado de trigo, y á las afueras del pueblo, precisamente á la misma hora que oía nuestro personaje todas las fiestas de guardar.

La iglesia tenía más aspecto de granero que de templo. Solamente el altar mayor con mucho dorado, rematando en una cruz y mostrando á ambos lados hornacinas con santos, bajo arcos de flores de papel, un pulpito á la izquierda, pegado al muro con una escalera de medio caracól para la subida, una pila de agua bendita en el centro de la nave única, y unas lámparas de hoja de lata con verdín el granero en cara del Señor, apartte de la consagracion litúrgica.

Los Marqueses con su prima y sobrinas, entraron antes de empezar el santo Sacrificio sentándose en el banco central que había frente al altar mayor, y desde allí tuvieron ocasión Ernestina y Emma de fijarse en los fieles.

Arrodillados á un lado estaban las mujeres del pueblo con sus mantones y pañuelos nuevos y de dia de fiesta, todas sanas, robustas, rollizas y arrebolados por el viento de las campiñas. A otro lado los labriegos con sus tra-

ges tupidos de calzón corto abrochado sobre los perriles con botones de media peseta. Zapatos bellotas, con chapeta de plata, y alamares de plata, faja encarnada y bien ceñida á la cintura, chaleco abierto, ostentando rizados pechera, y pañuelo de seda atado encima de la faja los que tenían novia, y los que nó con la faja sola. Entre estos que eran los mejores acomodados, había muchos raídos y rotos, con alpargates ó esparteñas, y destacándose entre todos ellos el Alcalde vestido de pantalón largo, puesto sobre los hombros la ancha faja de color alto que era como el manto de la autoridad, y llevando el bastón de borlas. Más allá el Maestro, á pesar de su irreligiosidad, se hallaba en pie cerca de otro banco, con su chaquet color de pasa, recortado y ribeteado con más vetas, su pantalon de grandes anchos y cortos, sus botas de becerro nuevo, y en la mano su sombrero bajo de ala estrecha, estrella polar de los sombreros, por que todas las modas giraron en torno de él sin cambiarle.

Sacristía y Cura otra vez hicieron inventario de todas aquellas sacrilegidades, mientras el Cura estaba en la sacristía; pero todo lo olvidaron a la llegada del que

creyeron debia ser D Adolfo, y lo era realmente, el cual vestido con elegante [illegible] pero con corrección, y [illegible] importandole un ardite que le curiosearan pasó entre los dos grupos de hombres y mugeres, y tomó pila za en pie en el presbiterio.

Las dos burlonas no pudieron me nos de sonreir - Vaya un rostro disgustoso, -Cuidado con el gesto del hombre; Y era ese al decir del Conde el más atractivo de la aldea? A fuerza de hacer aspavientos y de mirarle una y otra vez D. Adolfo volvió los ojos para fijarlos en el sitio donde estaban, por esa secreta atracción que ejerce sobre nosotros aquello que pone en él la vista ó el pensamiento.

Adolfo vió á la Condesa, y tanto le conmovió que no reparó en las dos [illegible] sonrisas: era la tentación que le perseguia por todos partes, hasta en la casa de Dios.

En cuanto á Encarnita y Emma antes de que saliera el Cura á decir la misa, acabaron por confesarse que bien mirado no era D Adolfo tan feo.

XXV

La misa fué cantada con la voz temblo sa del Cura y la gangosa del sacristan

que desde el coro le acompañaba. El barbero del pueblo algo dado á la música tocaba el organo, especie de ~~pago~~ arillo de fuelle que en lo alto del coro había; pero tal es en su grandiosidad del misterio ~~de~~ eucarístico que aun en aquel humilde lugar y con tan pobres elementos imponía la devoción.

El Maestro oyó de rodillas gran parte del Santo oficio. Cura con inteligencia especial que solo en las discusiones con el Cura sacaba á relucir su enciclopedismo; pero que luego se arrodillaba en la iglesia sobre su pañuelo de yerbas, y que solía en las procesiones llevar un cirio encendido.

Acabado el Sacrificio los hombres salieron formando corro en la puerta principal de la iglesia, las mujeres desfilaron por la otra, como si estuviera prevenida aquella separación de sexos; y al querer escapar ~~por alla~~ D Adolfo para cortar el encuentro del Conde, dio de frente con él y las elegantes damas, que precisamente acababan de dar un rodeo por aquel punto para recrearse en los campos que circundaban el templo.

Ocurrieron los inevitables saludos y presentaciones, y Adolfo tuvo que acompañar

al prójimo y á las damas, hasta el desvanecimiento. Marqueseado, donde que quiso que quedó, hubo de quedarse á almorzar requerido por el Conde reiteradamente.

En el espléndido comedor los cubiertos resaltaban acertadamente distribuidos, por aquel poder maléfico que persigue á nuestro misántropo. En uno de los centros, la Condesa tenía á su derecha á éste, y á su izquierda á su hermano político; en el otro centro el Conde tenía con sus sobrinas á entrambos lados. D. Adolfo recibió así de flanco los fuegos de su antigua pasión, y de frente los de aquellos dos ojos encerrados empavesados, provistos en sus bellos ojos de balas asesinas.

¡Ah! y para que no escapase por ninguna parte á aquel cerco y asechanzas, por cima, sirviendo la rueda, se destacaba el busto y la ~~cabeza~~ cabeza de Mariuja, con sus negros ojos ojerosos, y su boca de clavel entreabierta y sus rizos recogidos bajo una cofia blanca, que hacía pendant con el delantal

de pelo, en que querían recrearse sus ojos; y por los balcones de la gran clarecía reía el sol esplendente, y revoloteaban los pájaros, y trepaban las enredaderas con sus campanillas azules, y desbordábanse las rosas amarillas, y enviaban los cielos y los campos de Galicia sus ráfagas incendiarias.

D. Adolfo sintió los efluvios de todas estas influencias y denunció con energía sus sentimientos más íntimos. Hablaba indiferentemente, sonreía, contestaba á las finas sonrisas del Conde, ofrecía devorar en cuanto alguien entremesa la Condesa y á sus bellas alojadas, ó saboreaba aquella especie de vino en la copa.

Cocina y bonachería recibieron sutiles muestras de sus prejuicios sobre aquel hombre. Era fuerte, valeroso, obsequioso, y podía perdonársele su entrecejo. «Se diría al tratarle que estaba sepultado como un hidalgo en aquella aldea, sin frecuentar la sociedad de la Corte; sin tener el mogollón de los hombres ausentes de los salones del gran mundo: sin ser lepe

raba en su detalle del breve todo; pero se le conocía que se esforzaba, que su natural no era aquella frivolidad exparcida, su aquella alegría; sino un cierto malhumor y aburrimiento muy esplicable en su vida de soltera.

D. Adolfo no dejó de comprender la belleza y de notar la gracia encantadora de las dos jóvenes. Eran risueñas picarescas, saticas si se quiere, aunque sin herir ni mortificar; de ojos vivos, insinuantes, frescas como capullos de rosa recien abiertos, y bien modelados como dos figurines. Su juventud aventajaban a la Condesa sin duda, pero no tenian la cantidad de hermosura que ésta: hubiera podido decirse que en ella se resumian aquellas dos bellezas juntas con todos sus hechizos, con sus contrastes de miradas dulces y ardientes, de líneas esbeltas y redondas, de frescuras de nardo y dulzuras de fresa.

D. Adolfo bebia más que de ordinario; y sus ojos relampagueaban de un modo singular. La Condesa también apuró algunas copas de champagne

que el Conde le ofrecía, y Lorenzana y Emma se pusieron más risueñas y decidoras por el influjo de aquel nectar y la embriaguez de aquellas ráfagas de aromas y luz.

XXXVI

Acabado ~~el~~ el almuerzo el Conde miró a su tripetro que nunca, hizo á su mujer sentare al piano

¡Mozart! quería música de Mozart, al genio de aquellos sonrientes sujos llenos de serenidad y dulzura. La Condesa le complació y Adolfo pudo admirar los progresos artísticos de aquella mujer, en tiempos destinada para él.

Las notas fluían suaves y arrobadoras de las teclas marfileñas, pulsadas con exquisito gusto por aquellas manos divinas. Aquellas melodías parecían la expresión de los cielos. serenos, la égloga retórica más ~~tierna~~ llena de aquellos idilios; y al par deslizábase por ellas la melancolía de aquel estado de ánimo de Adolfo que creía exteriorizados sus sentimientos con ~~las~~ aquellas notas patéticas.

Ahora a Cantar dijo el Conde acabados aquellos trozos selectos de ternura incomparable, y cogiendo del brazo a Lorenzana la llevó al piano casi á la fuerza,

— No sé, no sé, decía ésta, mientras era sonreída y meneaba la cabeza con picaresca coquetería.

— Sí sí, exclamaba el Conde, sujetándola por la cintura.

Esmeralda se declaró vencida, y cantó con voz bien timbrada la habanera de la ópera "Carmen". Amor, era esta tema de aquella canción de variadas y dulces inflexiones. Por todas partes Adolfo oía otra nota, sentía otro latido.

"Amor" decían aquellas estrofas musicales, ¡amor! habían dejado en el aire con sus vibraciones las melodías enervadoras; amor cantaba el pájaro en el alero y el insecto zumbador entre flores, amor murmuraban las aguas y los céfiros en el abierto balcón tapizado de enredaderas y amor parecían tocar los campanilleros azules llamando a gloria ~~y goces invisibles, que agitaban los campanillas azules.~~

D. Adolfo estaba aturdido, subyugado, sugestionado: la imagen de la Condesa se le copiaba ante los ojos, era aquella inmensa luna veneciana del espejo, cuando apartaba las miradas de su misma realidad viva. Por todas partes ella, hasta en

aquellas reproducciones del cristal, y en las vibraciones melódicas que llenaban el espacio.

Y mientras él oía y sentía su idolatría y recreaba con el pensamiento en torno de aquella mujer adorable, posándose su imaginación como mariposa, ora sobre la frente de ella nacarada, ora sobre sus labios o colocándose como preciada alhaja sobre su esplendido busto, la gatita trataba la oreja de perla morena y ~~nieve~~ nieve escuchaba desde lejos con ojos amantes saciando su sed ~~de mucho tiempo~~ de ver a su amo y derramándo por ~~todos~~ de ver a su amo y derramándo por tiras lágrimas que se precipitaba con el delantal, como una hermosa esclava abandonada por su señor; y pensaba con impaciencia, cuándo estaría aquél destierro que sufría el Marquesado, cuándo podría volver á la quinta de S. Adolfo, á hacer ramos de flores para su mesa, á limpiar y cepillar sus papeles, y á verle por el ojo de la cerradura, en la soledad de su despacho; aunque fuera por otro síncope como el pasado, y de poderse en sus brazos horas eternas apretujada, y sentirse temerosa cerca de sus labios el soplo

de fuego de aquel recuerdo.

XXXVII

Desde que llegaron las dos sobrinas del Conde sobre Mariquita Ojeriza. Se habían permitido burlas y frases picantes contra D. Adolfo; Ellas sabían á su ídolo, por que tenía una arruga entre las dos cejas!! Las más quisieran, que poseer los misterios de aquel complejo sombrío, donde se ocultaba un alma tan buena y amable.

Desde este día Ojeriza se transformó en celos. Las había espiado, había sorprendido sus cartas conversaciones, ~~sobre su amo~~ y resultaba que á le tenían por agradable y simpático. Esto era mucho peor; porque alguna de aquellas lindas damiselas podía concebir la idea de prenderle en sus redes ~~á D. Adolfo~~

¿Cuál lo intentaría; la de los ojos negros ó la rubia? Ni lo sabía ni lo había podido traducir; pero que una cualquiera de ellas podía arrebatarle aquel hombre adorado eso no, le ofrecía duda.

Mariquita relajaba de odio contra ambas. Las veía que eran bien

veces, juguetonas, atractivas; y se comparaba con ellas, pobre lugareña, sin instrucción, y sin aquellas artes sutiles del tocador y de la moda.

Sin embargo su figura al mirarse en sus espejos, le decía que dentro de su humilde traje, se escondía un talle tan esbelto como el de ellas y sobre sus hombros redondeados, y se destacaba una cabeza gallarda con dos ojos no despreciables. Hubiera ella querido ser mejor ~~cosa~~ y luego poseer aquellas artes fascinadoras de esas señoritas. Por eso tenía celos de la dos preferido su D. Adolfo.

En cuanto á la Condesa ninguna le inspiraba: una señora casada merecía todos sus respetos; y así con el pensamiento podía mejor acercarse inclinada á agradar á otro hombre que á su marido. Verdad que era hermosa, más aún que sus sobrinas; pero para el Conde, para el Conde era de más, que la animaba como á un ave del Paraíso.

¡Ah! si Mariana hubiera podido leer al pensamiento de D. Adolfo, le hubiera dicho muy quedo que por gustar no

se dejase seducir por cierguenza de las sobrinas del Conde, que aquellas muchachas frívolas e insustanciales podrían ser bonitas, pero tenían vacío el corazón, que nó podrían hacerle feliz jamás y que ella.... ella... y al ver de terminar la frase rompió á llorar á solas creyéndose muy desgraciada.

Cuando se rogaba sentábase en un rinconcillo de su cuarto con la mano puesta en la mejilla, preocupado en lo disparatado de sus ideas. ¿Ella poder hacer feliz á D Adolfo? Si eso era un delirio, un absurdo, una verdadera locura. ¿Pero era ella para poder imaginar tal cosa? Una aventurera, una ráfaga á quien se había hecho el favor de dar una miga y de pasar en ~~aquella~~ casa de su señor; y él el hijo y heredero único de tan viejo como el marqués de la Corte, el rico hacendado del Rioja ¡había de descender después de haber visto tantas mujeres hermosas, ricas e ilustradas, á buscar de la tierra á la pobre niña del jardinero? ¡No, no podía ser; no debía soñar semejante delirios, y debía contenerse y dominarse

y alargar los golpes de su cosaron en
decisión que le empujaba á tales saludes.
Su destino era el de una esclava, que mo-
ja en lagrimas su cadena sin quebrantarla.

Pero así, puesto que era la esclava,
sería fiel á su señor; y nadie le impediría
amarlo en silencio; reverenciarlo; besar las
huellas de sus pies sobre el polvo, y defen-
derle de todo peligro como una cachorra.

Ahora el peligro venía de aquellas
dos damiselas; ella estaría vigilante; por que
en cuanto á la Condesa, su hermosura in-
ofrecía cuidado; era fruta de huerto ago-
cercada y guardada por un esposo, e imposible de codiciar por ojos humanos, que sí
fueran los del Conde; que así Moraya en-
tendía los respetos debidos al nombre mari-
damiento; ignorando que las pasiones como
el mar, mas se encrespan y enfurecen con-
tra las rocas inabordables que contra las
suaves y fáciles arenas de una playa sin
escollos.

XXXVIII

Adolfo había regresado á su casa algo tarde,
pero no tan triston como otras veces. Se
encerró en su despacho, y se puso como so-
lía á dar largos paseos con las manos cru-

zada. Hacia atrás, estaba nervioso, inquieto, irresoluto; sin embargo en su faz había un rasgo de satisfacción como si se hubiera quitado un peso de encima.

Por fin tenía la clave del misterio que tantas veces le preocupó. La desaparición de Luisa, su matrimonio, su ruptura tácita, su eclipse prolongado, el matrimonio con el Conde, todo estaba explicado con una sola palabra que ella había podido deslizar a su oido en una de aquellas conversaciones y pasar en las calles de cipreses después del almuerzo. Su padre! Sí, indudablemente aquel hombre dominado por la pasion del juego, arruinado tantas veces, auxiliado por D. Adolfo no pocas, debió llegar al abismo. Talvez acechó al Conde; tal vez le estafó alguna cantidad; quizás madre é hija suplicantes llegaron al próceer para salvar la honra del esposo y del padre comprometido, y de allí nació el enamoramiento del viejo aristócrata, la salvacion de la familia

la imposición del matrimonio. ~~de los padres~~ el viaje de Luisa ~~no~~ ni definitivo ~~eclipse~~ ~~y su traición~~ ~~marcó~~. eclipse.

Él la había juzgado mal, la había llamado "infame"; y no tenía del todo razón existían atenuantes ~~sino~~ sí no estimantes completas a favor de la Condesa

No, ella no había dejado de quererle; no le había olvidado en absoluto, le habían robado el cuerpo de su Helena griega, pero no su espíritu.

Bien lo vió en la emoción de su primer encuentro con ella, después disgustada; en las lágrimas próximas a asomar de aquellos ojos celestes, en la agresión febril de aquella mano suave, en las disculpas; bien le penetraba en medio de la aparente frialdad de aquellas conversaciones.

Y luego ¿qué significaban pues una cita habilidosamente dada ante todos, aquella reverencia de la Condesa a su capricho de pasear las calles de siempre que rodeaban su casa después de oscurecer, cuando el rocío de la tarde hacía daño, y solamente por una guitarra abrir de vez en cuando errabunda

por un cementerio que sabe á oir la música de esas liras lúgubres de los arbo
les de los torrentes?

Seguramente el Conde, delicado de salud, vió la acompañaría en esa hora de soledad, y sería ocasion de que Adolfo la viera y pudiera recibir más explica
ciones; y fijar al cabo su respectiva situa
cion! La busca.

Pero por otra parte argüia D. Adolfo conque derechos voy á pedir mayores ex
6 cusas á la que declina sobre su propio padre toda la responsabilidad de mi desgracia? mi que línea de conducta debe de
cir que fije entre los dos la que ya sien
do de otro solo puede seguir la línea in
flexible ~~del honor~~ y del deber?

Y esta insinuacion es un llamamiento á recuerdos antiguos amor, para reanudar en la sombra recuerdos idilios ¿qué vengo yo á ser sino un vulgar seduc
tor que falta á sus deberes de amigo ~~del~~ Conde y al dictado severo de su conciencia, en que llega á ser línea sino una

de tantas mujeres frágiles que sucumben á una pasion prohibida, y que sabrán sostener un juramento sagrado?

No la buscaria, tanto menos cuanto que aquellas palabras á que él atribuia el carácter de irresistibles, acaso fueron inocentes y carecieron de semejante absoluto sentido.

XXXIX

Iba el oscureciendo, y aun andaba Adolfo en estas perplejidades; pero al fin no pudiendo contener su impulso ni sus nervios, obrando á la manera de sonámbulo, cogió el sombrero y un ligero bastoncillo, y fué á salir por la escalera de la casa hacia el campo.

Desde el piso bajo intentó volverse maquinalmente. Algo se le olvidaba, fué á subir por el revolver que tenia en su cuarto de noche; pero cuando súbita idea le hizo dejarlo y continuar. No debia llevar arma ninguna; en cualquier caso ó por fuerza él no debia ser el matador; se jugaba la vida; pero sin querer ganarse la de nadie.

Se desliró sin ser visto por los na

rangales de su huerto pasó el portón y salió á campo través hacia el Marquesado.

Era un oscurecer sin crepúsculo; las sombras de las montañas caían, y se entrecruzaban sobre el valle: llegó á la margen derecha del río: estaba seco, con los ardores de aquel cálido Julio, y de las arenas abrasadas todo el día por el sol, subían hálitos de fuego. Cruzó con ligereza aquella franja de desiertos arábigos, y entró en las tierras del Marquesado por el sitio más solitario y oscuro. Allá cerca estaban las masas de cipreses que rodeaban el cementerio: se internó en ellas con paso cauteloso; comenzó á desbrozarse de tronco á troncos por los parages más enmarañados. Allí esperó un momento agrandándose en las tinieblas las ávidas pupilas de sus ojos que escrutaban las sombras.

Estaba fuera de sí: no reflexionaba; el corazon le latía con violencia, y todas sus precauciones eran puro instinto. Allá veía entre las ramas la morada comunal con sus luces encen-

didas. La Condesa no parecía por su paseo favorito. Harto de esperar iba á volverse, cuando oyó entre los árboles un leve ruido. Se emboscó más, asomando solamente la cabeza entre los ramajes para distinguir quien fuera. El ruido cesó casi instante, y volvió á sonar, como arrastre de falda que arrastra algunas hojarascas. D. Adolfo se restregó los ojos para ver mejor, como si quisiera que hubiese oscuridad para todo el Universo menos para él; pero aquel fantasma ó objeto cualquiera, lo que fuese, se detuvo más lejos, y no llegó á aquel sitio y Adolfo no pudo descubrirlo desde su escondite.

¿Qué hacer? pensó ir en su busca? Arriesgada expedición! más temible que si tuviera que penetrar en un bosque de fieras. Sin embargo, se decidió á dejar la emboscada protectora y con paso de lobo echó á andar resguardándose detrás de los troncos cuanto podía, hacia la glorieta próxima donde creía encontrar á Luisa.

—

Por fin vió el gran círculo con la presente sumedio de aquella glorietilla, rodeada de rosales en flor; pero nadie, nadie había; vió aquella figura de mármol de la fuente arrojando agua por la cabeza; y puesto el Lord sin duda sus labios cerca la estatua del ídolo, no se arriesgó á encontrar el busto en aquel círculo descubierto, y la dió la vuelta entre los arrayanes; fué á pasar cerca de la verja del jardín que había detrás de la casa del Conde: estaba abierta y penetró. Por allí vería alguien, sería escoba, sería idiota de mujer; era la Cocinera sin duda, que le aguardaba cerca del rastrillo, en aquel sitio solitario. Avanzó en su busca salió de su escondite, y al acercarse á la escoba ~~retrocedió~~ dejándose caer. Oyó Adolfo y un cuerpo de mujer retrocedió lanzando un pequeño grito: ¡era Mareja!...

. . . . . .

—Maldición! murmuró D. Adolfo entre dientes quedándose inmóvil.

Mareja pasado el atordimiento

reconoció á su amo,

— ¿Usted? dijo á Adolfo, ¿Usted señorito en estos sitios?

— Calla, exclamó él.

— ¿Qué? preguntó el cazador. Manuja, ¿viene Usted á hablar por la reja con alguna de las señoritas sobrinas del Conde?

— No, contestó Adolfo, tratando de disimular. — Me he perdido, volvía de un largo paseo, y con estas sombras arboladas no encontraba el camino del puente.

Pues es por ahí, por las alamedas de más abajo que llegan al río, por ahí hay una senda para saber derecho al primer estribo, que no está muy lejos.

— ¿Y tú qué hacías aquí?

— Iba á cerrar como todas las noches, después de oscurecido, esta reja del jardín, para lo que el Conde ha encargado un buen perro.

— ¿Están los Condes en el convento?

— Sí señorito, ahí están todavía y si V. quiere puedo avisarles,

— No, déjalo ir Adrio; y no digas que me has visto, ¿por qué podrían enojarse al ver

ber que he pasado de largo

D.ª Adolfo salió diligente por la verja del jardín, y Maruja cerró, marchándose pensativa, ante aquel inesperado incidente.

X.L.

D. Adolfo no pudo dormir aquella noche ~~parecía que ~~ ~~Macbeth había asesinado al sueño~~~~. ¿Era cierto que él, él mismo, el hombre de estricta conciencia y de elevadas ideas morales, había corrido como un criminal por campos y bosques en busca de una mujer que pertenecía a otro?; él había saltado las verjas de la heredad ajena, amparado por las sombras como un asaltador; y luego, sorprendido infraganti por Maruja, le había mentido, forjando un inverosímil pretexto; por no tener otro á mano; poniéndose así á más bajo nivel que su servidora, y temiendo que avergonzarse ante ella?

D. Adolfo creía que aquello no era realidad, sino fisiones de una borrachera, tal vez efecto del champagne bebido en

el almuerzo con el Conde; embriaguez tan
dia é inexplicable, que habia turbado su ra
zon y movido su corazon física como una
máquina.

Y sin embargo tenia bien presentes todos
los detalles de su correria; la astucia de lobo em
pleada para acercarse al Marquesado, fuera
de camino para desviarse por sus ~~cerros~~ arboledas
sin ser notado, para caer sobre su presa sin
ser visto; y aun le duraban la rabia y el dolor
~~del~~ de la ~~embate~~ contrariedad sufrida, y el anhelo de
poder hablar á Luisa sin testigos y desahogar
su corazon lleno de tristezas.

Ante la ~~concurrencia~~ evidencia de los hechos, se
rendia, se reconocia culpable, y ahogaba sus
rugidos; viendo arruinados por sus propios
hechos sus más firmes propósitos, los planes
todos de su vida, hasta los cimientos de su mi-
sa fe; y eso nó en la edad de los aturdimientos
juveniles; sino ~~cuando~~ en la madurez ~~cuando~~ cuando debian que
dar fijados para siempre los jalones
de nuestras ideas morales, y de nuestra con
ducta social y privada.

¿Que era ya sino uno de tantos hipó
critas que pasan por el mundo aparentando
autoridad y sanos principios, y llevando en su
~~estos la podredumbre~~ corazon la podredumbre y la ignominia; se

pulcros blanqueados por fuera y llenos
de gusanos en su interior.

¿Con qué cara se presentaría ante
el Conde, y le estrecharía la mano de amigo,
y departiría con él sobre elevadas cuestio-
nes filosóficas, y se sentaría á su mesa, y asis-
tiría á sus veladas? ¿Creé cómo rehusaría
hacerlo tampoco, ni dejaría de poseer
para ello el antifaz del falso disimulo?

Verdad que nó era suya toda la cul-
pa: que él había puesto en juego de su parte alguna
resistencia á aquella caida, que un poder
diabólico que encarnaba hasta en lo más no-
ble y sagrado muchas veces, le arrastró á aque-
lla miserable situación en que se ~~encontraba~~ quería
acabar de rodar al fondo de la sima, ni yo
diá levantarme ya derribado; pero ¿acaso ha-
bía él agotado toda la fuerza de su espí-
ritu para mantenerse firme, había pues-
to en juego todos los resortes poderosos de su
voluntad educada en los combates contra
sí propio? ¿Nó, su conciencia le decía
que nó había luchado como fuerte, sino
dejádose arrastrar como débil vencido,
que había capitulado sin agotar sus defen-
sas, y sin llegar á heroicas resoluciones,

Las adoptaría; reconcentraría en su espíritu todos sus elementos de lucha; se revestiría á sí propio; derrocaría á aquel maléfico poder que tomaba todas los pretextos para combatirle, y todas las formas y ocasiones para empujarle. No buscaría más á la Condesa; no pondría más en ella los ojos ni el pensamiento; rechazaría toda tentación, y volvería á sepultarse en su casa de los balcones de mármol y en su biblioteca de los libros severos, amigos únicos que ya le quedaban en el mundo. Antes había quemado retratos y cartas de Luisa: ahora pondría una helada esfera por su corazón para borrar hasta el recuerdo de ella.

XLI

Al día siguiente recibió una invitación del Conde para una partida de caza: "Contamos con Usted indispensablemente, le decía; saldremos á caballo, á correr liebres; y después nos internaremos en el bosque para un ojeo."

Adolfo vaciló; pero no encontró excusa que oponer; ó más bien, su amor á la Condesa no le dejó inventarla. Renunciar á verla, cuando podía hacerlo sin

esfuerzo; fingirse supersticioso para quedarse allí cerca del burgo, desdeñar aquel día de fiesta cinegética que podía proporcionarle alguna distracción en medio de su vida sombría! Era demasiado exigir á un hombre cerca él, que después de todo tenía suficiente energía para dominar sus sentimientos. Eso sería una especie de huida impropia de un alma bien templada. Adolfo quería convencerse á sí mismo que hacía mejor con arrostrar valeroso la presencia de la Condesa, que con esquivarla cobardemente. Se vistió pues sus arreos de caza, se hizo traer su caballo más corredor, y montó en él seguido de un criado que llevaba la traílla de los galgos.

La expedición se puso en camino; el Conde seguido sus gallardos de Sporman cabalgaba en un precioso alazan inglés. A su lado la Condesa sobre otro caballo color naranja mostraba sus esbeltas de amazona; sus dos sobrinas en sendas jacas torcidas, que caracoleaban con gracia, reían y charlaban con vivacidad; el Maestro de escuela montaba

un jaco tísico semejando al caballero de la triste figura, el Cura iba á horcajadas en una yolleva, como otro Sancho, y Adolfo entre lo principal de la comitiva revolviendo su caballo á uno y á otro lado, atendía á todos y se mostraba galante con las damas.

Llegaron á unos llanos espaciosos cercados estériles sembrados de piedras y de matorrales: allí se soltaron los perros y quedándose el Cura en su borrica sobre un alto, desplegándose detrás de los galgos los cazadores, hasta que salió la primer liebre. ¡Sus, á ella! gritó el Conde; y todos partieron á galope mientras los galgos tendidos en veloz carrera, torcaron á izquierda y derecha para cortarle el camino. Cayó al fin el animalejo, después de varios rodeos; y los perros le depositaron moribundo. Así se cobraron varias piezas, y á la entrada del bosque, bajo unas frescas sombras, se echó pie á tierra, se descansó, y se tomó un espléndido desayuno. El Maestro había salido ileso por milagro; el rocinante en su carrera alzaba demasiado el lomo dando pequeños saltos acarreados, y su gineta perdió los estribos

y cayo sobre el pescuezo de la caballe
sia, a donde se agarró fuertemente, has
ta que cobrada la primer presa hacia
sobre donde más alto; y tambien su rocin,
El resto fué mayúsculo; pero el Conde
felicitó sonriente al esforzado caballero,
que había sabido mantenerse en tan di-
fícil situacion, sin caer del hipogrifo.

No fué tan afortunado el Cura,
que a un tropezon de su borrica, separa
da con aquillas carreras y gritería, le
hizo dar de bruces contra el suelo deján
dole en forma de rana; si bien tuvo una
caida con suerte; porque salvo sendos ra
guños en ambas manos, cayó en
terreno polvoroso solo había sacado de
sotana una cáscara de tierra en la
espigie.

Las sobrinas del Conde estaban
asustadas como sensitivas, excitadas
por el vértigo y muy guapas: la Condesa
asustada pero pálida. Solamente en el
Conde y en Dn Adolfo no se notaba más
que un poco de agitacion, por los tantos

de la carrera, en que habían ido alapar, y delante de todos. Los caballos chorreaban de espuma; los criados que acompañaban á la comitiva les arrojaron con buenas mantas; mientras los perros tendidos sacaban lenguas de á palmo, y eran engan chados en sus cadenas.

Después del desayuno todos se internaron en el bosque, donde solo había caza menor; pero en abundancia.

Era aquel un ~~robledal~~ cipresal muy espeso, uno de los parajes vírgenes del Marquesado, donde no entró nunca el hacha del leñador; ni la corta codiciosa del cacique.

Acá y allá se oyeron á poco los disparos de los diestros cazadores: las fieras caían ó saltaban perdiéndose en las espesuras; se habían tomado las precauciones debidas para ir en ala sin disparar en dirección unos de otros: el día se nubló aumentando la opacidad de aquella selva, y algunas frescas gotas sonando sobre las copas de los árboles, y soplos abrasados que penetraban entre ellos, anunciaron una próxima tem

puertas.

No tardó en retumbar el trueno, y en caer un enorme aguacero. Los jinetes corrieron á refugiarse en las mayores espesuras; el relámpago iluminaba aquel laberinto de cuando en cuando, prestando á las bóbedas del bosque reflejos de incendio. Los caballos se encabritaron en una de aquellas revueltas; desmandóse la Condesa de Adolfo y se encontraron por primera vez solos ~~frente á frente~~, ella y él en la espesura.

XLII

¿Qué hablaron los dos antiguos amantes en aquella entrevista inesperada, al resplandor de los relámpagos, y entre los fragores de la tormenta? Por lo mismo que estaban solos nadie puede decirlo á ciencia cierta; pero es de presumir que, convencido de su primera desgracia, Luisa se justificó del dicho de "infame" y que D. Adolfo le pidió perdón por aquella ofensa. Seguramente la Condesa declaró la verdad. Era la misma de siempre;

nó había borrado de su corazón en me
dio del fuego de su nueva vida, el antiguo
recuerdo de sus relaciones con D. Adolfo; je
ro era del Conde, como una joya adquiri
da por ostentación y capricho; y debía per-
manecerle fiel cuando nó por amor, por
honor y por gratitud.

¿Por qué no había de poder conservar
sus recuerdos de otros días y sus simpatías
de siempre, en medio del más exacto y
leal respeto de sus deberes?

Esta era el mismo juramento
de D. Adolfo; y sin duda él aceptó y se im-
puso igual sacrificio: pero nó dejó de
esperar a Teresa que amase así de jura-
mento, y sin esperanza; y hasta con la
resignación de renunciar a ésta era algo
superior á lo humano, y más que un
bien, un tremendo suplicio.

Sin embargo, nó cabía otra solución,
como nó fuera la caída y la culpa y el
mutuo envilecimiento. Ambos se reco-
cían honrados, y ella compraba su frivoli-
dad; pero en el fondo afirmaba su dig-

vidar; y él que siempre la tuvo por hermana, que por serlo la hubiera hecho su esposa, nó creía digno de ella si de sí propio arrastrába hacia el lodo con prometiendo su honor, y su por venir. =

La amaba demasiado; y este exceso de pasion producia en su espíritu recto un exceso de delicadeza

— Sé juicioso decia ella; dominate, busca en otro amor el antídoto de éste que es imposible.

Y él resistiéndose á renegar de su pasion, la juraba sin duda que en la tierra, y despues en la otra vida, si por acaso existiese, seguiria siendo adorándola.

Sintieron ruido de gente — D. Adolfo por prudencia se separó ~~[illegible]~~ de su caballo por el lado opuesto, mientras Luisa en el rapto, volvia hacia donde venia el tropel.

Eran el Conde y sus dos sobrinas, que andaban en busca de la caradora extraviada.

La tormenta habia aplacado, cesaba

de la lluvia; y ya juntos se volvieron los cuatro hacia el sitio donde se había dado cita el Conde con el Cura y el Maestro, que por otro lado exploraban el bosque. Por allí también llegó D. Adolfo después; y recogidas las presas y los utensilios, contando cada cual su aventura durante el chaparrón y los truenos; pero sin darse la Condesa y Adolfo por entendidos de lo ocurrido, tomaron el camino de regreso hasta llegar á la población.

Estaba encharcada: llovizneaba todavía y pardos nubarrones de una tarde calurosa mostraban que aún la tormenta seguía amenazando. Los caballos alfateaban arremolinados la vuelta de la tempestad; el Maestro se tambaleaba en su rocín, y el Cura llevó una ropa, seguía detrás, montado en su burra, y chorreando agua de su sotana! Había caído de nuevo durante la correría del bosque sobre un gran charco formado en un barranquero, y allí juraba ¡por que le quitaría su corona, prometía no volver á otra ~~cacería~~ expedición cinegética.

Por su parte Emma y Bernardina estaban enfadadas de la poca cortesía de D. Adolfo, que

no había parecido ~~en~~ donde ellas se refugiaron para prestarles auxilio, y que había estado durante el ojeo completamente separado y distraido de ellas.

XLIII

Cuando el Alcalde vió entrar por el que dijo á D. Quijote ya Sancho, ó sea al Maestro y al Cura bien empajados se alegró de no haber ido á correr liebres.

— ¿Qué tal padre cura? dijo al párroco.: ¿se ha divertido Vd. mucho? Y éste por toda contestacion dió un bufido, y se metió en la casa rectoral á mudarse de ropa.

— Yo sí, esclamó el Maestro: yo sí me he divertido bastante: el Conde se ha quedado vezes de mi seguridad á caballo: y en cuanto á matar, bagre es esta vez los ha dejado á todos tamañitos. Mire Vd. mire Vd. qué percha traigo, y mostraba al Alcalde todas las liebres y perdices que generosamente había mandado el Conde se le diesen.

— Y D. Adolfo? preguntó el Alcalde

—Vén paisano, Vd. está curado completamente de su hipocondría. Desde que le sacamos de su encierro es otro hombre, jovial, divertido y bromista, y hasta me parece que le hace guiños a cuenta de las sobrinas del Sr. Cura. Este hombre vá á deberme su felicidad.

—Me alegro: me daba pena de verle hecho un huraño; pero que con nosotros fue siempre amable.

Rocinante relinchó á la reja de la casa del ventorrillo, donde le ató el Maestro: éste se acordó del pobre animal, que suspiraba por el pesebre, y lo desató y envió con un chiquillo á la cuadra de la casa cercana, para que le pusieran buen pienso; pues ~~él~~ se lo había ganado en aquel día; y allá marcharon caballo y chiquillo, hacia aquella cuadra, separada de la clase de párvulos por un delgado tabique.

~~Educacion de los muchachos de la Doña de gatos~~

Volvió el cura mudado de ropa

interior, con otra rotaria que era la de los días de fiesta; pero estornudando á más no poder; y recabó su parte de aquellas felicitaciones que se daban del calde y Dionisia por haber sacado á D. Adolfo de su hecatombe, y haberle hecho un hombre feliz.

— Completamente feliz — declaró el Cura; y refirió su regocijo en aquella casuca, en que él había cogido calenturas en el agua.

D. Adolfo al llegar á su quinta, se puso a escribir una carta; para la dejó á medias. Sintió frio; las puntas de sus dedos amoratados y los miembros trémulos indicaban que tenía alguna fiebre. Se arropó y, mandó al criado le hiciera una infusion de thé caliente. No era aprensivo; solo que por primera vez en su vida se encontraba enfermo, y notaba más la ausencia de una cara cariñosa que se interesara por su salud.

Si él se hubiera casado con Luisa, estaría allí, á su lado, arrebujándole ella en

la manta, disponiendo las tisanas, así
mandado
borrando con sus palabras y mimos.

Pero ¡ay! en ver de ese la soledad, el vacío, aquella casa desierta, aquella alcoba muda, y aquella mala sombra de criado fúnebre, que iba de uno á otro lado como atribulado palomino.

Se acostó temprano, ardía su cabeza y sentía bullir en su cerebro los engendros de la calentura. Había visitas en el pueblo, y hubo que mandar al más inmediato. En tretanto la fiebre crecía, y el criado atur dido no sabía que hacerse.

Después de dos horas vino el titular, se sentó cerca del lecho, tomó el pulso del enfermo, e hizo un gesto de contrariedad — no es nada, le dijo al oido, un enfriamiento: mañana estará V.d bien — D.n Adolfo abrió los ojos saliendo de su modorra, y los fijó en el galeno, sin pronunciar una palabra.

— Tinta y papel, gritó éste, y el criado dando tropezones los trajo del despacho.

El médico escribió una receta muy larga, dió al fámulo sus instruc-

coches y se marchó ofreciendo volver al día siguiente.

La mujer del portelano de la puerta ayudó al criado á medicinar al señorito; y éste en tanto, con la cabeza hundida en la almohada, no se daba cuenta de sí, devorado por una fiebre altísima.

XLIV

Así pasó una noche angustiosa.

Por la mañana, corrió la noticia de que D. Adolfo estaba muy malo, y de boca en boca llegó á la gente menuda del Marquesado, á la servidumbre del Conde, y sobre todo á Maruja.

La pobre muchacha no aguardó á nada: se trataba de su señorito, y lo dejó todo, y corrió presurosa á su lado. No era exacto que D. Adolfo no tuviese una persona amante que velase por él. Allí estaba, de un salto, la gatita serrana, transformada en celosa leona.

D. Adolfo se despejó un poco al mediodía, y pudo ver á Maruja junto á su cabecera.

— Gracias, hija mía, le dijo estrechan

dole apretosamente la mano; y Maruja que
nió en el fuego de sus ojos sus lágrimas, y contu
vo sus sollozos para nó alarmar á su señor.

— Has sabido que estaba Vd. enfermo y me viene
por si algo le ocurria.

— Dexame; siéntate, repuso Adolfo y nó
me dejes; estoy muy solo, y en ausencia de criado
no entiende mis cosas.

— Descuide V. que aquí me estaré, exclamó Maruja, no sabiendo si alegrarse ó romper a llorar; y sin contenerse por nada
imbecilidades, le ponia los zapatitos en
los piés, y le pasaba la mano en la frente
para ver si la fiebre desaparecia.

A la tarde volvió á subir la calentura,
y comenzó el enfermo á delirar.

Habia llegado el Conde, y se pasó á
la alcoba, retirándose por respeto Maruja,
y dejándole á solas con él.

Se disparataba, y sus ojos se abrian desmesurados, sin darse cuenta de cosa alguna,
y se fijaban extraviadamente en el Conde.

Los labios amoratados de Adolfo dejaban escapar incoherentes palabras.

De pronto salió de ellos el nombre de
Luisa; y el Conde tuvo un movimiento de sor
presa. Nombraba a su mujer; y aunque fuera

su medio de la fiebre, nó le hacia mal dita la gracia.

Se detuvo a escuchar.

—Lucia! murmuraba D. Adolfo: "Tu padre" "El Conde" nó, nó no puede ser; "Tu padre" "Tu padre".

¿Qué significaba aquello? El Conde era presa del más vivo asombro, sin acertar a comprender nada. D. Adolfo había creído trabado a su mujer, y á él, y el grito de "impune" había salido de su cerebro calenturiento. Qué figuras y horribles engendros se habían podido forjar dentro de aquel cráneo, que las dejaba escapar en fragmentos entonces, como volcán en erupción que arroja peñascos candentes?

—Mia! mia, para siempre, continuaba murmurando D. Adolfo, bitás al balcon? Yo voy. Tremen al Retiro. Cuanto negro cigarro! Maroja! oro se á te! bi a illa. Vasté!

El Conde enrojeció: sentía una terrenda sospecha. Será posible que aquel hombre hubiera pensado en su mujer al querer? Leer sobre ello, y si era verdad allí mismo le aplastaria la cabeza!

El enfermo cesó de hablar y el Conde

miró á todos lados con los puños crispados y los ojos inyectados, sin saber lo que hacer.

Acababa de volver Maruja, para ocultar á su amo los sinsabores, y el Conde no quería abandonar aquel puesto de acecho, por si podía coger algunas otras palabras que le aclararan el terrible misterio, se salió al despacho de D. Adolfo, que estaba contiguo á su alcoba, para esperar la vuelta del doctor y destruir sus sospechas ó ~~confirmar~~ su seguridad.

Sobre la carpeta de la mesa escritorio de D. Adolfo estaba la carta que dejó á medio escribir, cuando se sintió enfermo.

El Conde reparó en ella é instintivamente le echó una ojeada, leyendo en el primer renglon escrito tambien el nombre de Luisa.

Miró á todos lados, no vió á nadie, y cogió aquel papel, que tal vez iba á completar las incoherentes frases del doctor.

Aquello había sido escrito en cabal sazon, y debía contener la verdad pura, la luz deseada.

El Conde leyó estos renglones

"¡Luisa de mi alma!

no puedo resistir mas; el cielo te

destinaba en otro tiempo para mí, y el infierno me privó de esta dicha.

Cinco años ha pasado en el más triste aislamiento, sin saberse tu suerte y devorando las amarguras de la mía.

Un poder maléfico, en el que empecé a creer, te ha puesto de nuevo ante mis ojos, escribiendo en tu frente la palabra ¡imposible!

Entras a ver, del brazo de un extraño que me tiende la mano de amigo, y al que sería inútil traicionar. El Conde me asesina, me destierra, me llama, me obsequia y en tanto aquel poder satánico se goza en que mi agradezca y espera mi nueva caída para soltar la eterna carcajada.

Ya me dijiste que tu no sabías lo que guardarías en el fondo de tu corazón y el tuyo. Yo soy honrado también; no sé engañar a una mujer, ni traicionar a un amigo; pero no respondo de mí; sino me alejo de tu lado.

Voy pues a dejar este nuevo que creía mi asilo, mi casa que era para mí espléndida casa de salud, mis intereses y mis propiedades, y me marcharé a tierra ex

traña.

Mañana mismo....

La carta quedaba interrumpida allí, en aquel medio renglón, y el Conde la arrojó sobre la mesa, dejándose caer abrumado en una butaca.

XLV.

Aquella tempestad bajo un cráneo que ~~parecía~~ Victor Hugo no guardaba comparación con la que regia en el cerebro del Conde.

El viejo tigre real, sacudió la cabeza y de sus ojos enrojecidos brotaron llamas.

—¿Con qué era cierto que aquel hombre había pensado en su esposa? ¿Con que había todo un drama oculto entre ambos, llevado temporizo en sus almas, y disfrazado en la faz con el disimulo?

Ah! una Condesa de Miraflor no podía tener drama, sin caer muerta á sus pies.

¡Y nadie con un Conde de Miraflor podía hacer de galán joven, sin ser atravesado de una estocada!

Se levantó, y miró crascendo hacia la alcoba de D. Adolfo. Si él hubiera sido una vellaria alcanzarle allí indefenso, pronto habría dejado de delirar.

ro pendiendo ~~intentado~~ esperanza
á que se restableciera, para mandarle una
bala á la frente.

Al cabo de un momento ~~intan~~
~~gible~~ pensó á
serenarse. Releyó la carta, y reflexionó
que lejos de probar su adulterio, hablaba de
un mutuo sacrificio.

Segun ella, su mujer nó habia caido
~~caido~~ no le habia faltado de hecho, ni de pensa-
miento! D.n Adolfo tambien se declaraba in-
capaz de traicionar al esposo y al amigo,
y queria poner tierra por medio para
evitar la catástrofe.

El drama no habia sido buscado
por aquel hombre; más bien el Conde mis-
mo se lo habia traido, revelado, al Ri-
jol, donde él lo tomó como primer de-
to no más, sin ruido y sin desenlace.

La única culpa de la Condesa con-
sistia en nó haber advertido á su esposo
aquella dificil situacion, y en nó haberle
comunicado sus relaciones anteriores á su
encuentro con el hombre que amó; pero
despues de todo ¿era exigible á una mu-

jer que la mantenía firme y honrada, fuese á su marido sus errores relatos para ~~despertar~~ remordimientos descompasiones y dudas?

El Conde acabó por pensar que nó era de ella en de Adolfo toda la culpa; y que él tenía nó poca con haber querido llevar la tragedia á su propia casa.

Recordó las ausencias de D. Adolfo, sus desvíos, su resistencia en muchas ocasiones á frecuentar su trato: su tendencia á encerrarse solitario en su quinta; y comprendió que nada más pudo hacer.

Alcira al arrebato del primer momento, se sobrepuso en el Conde la calma; y sobre sus impulsos negativos, surgió su tentativa de una diplomática de pura de su honor amenazado.

Nó había qué castigar, puesto que faltaba ofensa, y aún intención de ofender; había que curar, puesto que existía un antiguo dolor agravado; una herida mal cicatrizada, y abierta luego por imprudencia ajena.

Nó, nada diría á la Condesa, pues que ella nó sospecha que él sabía la existencia de aquel drama ni comprendería

En nada se daría por entendido con D. Adolfo, por que no pensase que él le dejaba ver ~~su ignorado~~ conocido su amor.

Y tampoco podía consentir que pasase D. Adolfo ante la Condesa como un alma superior que se sacrificaba por la paz y el honor de ella, como una víctima propiciatoria.

El Conde cogió el sombrero y se marchó. Se fué andando hasta el Marquesado, y llegó donde estaba su mujer esforzándose en sonreir.

Ya sabía ésta que Adolfo estaba enfermo y disimulaba también su inquietud.

— ¿Y nuestro amigo? preguntó al Conde al cabo de una pausa.

— Bien contestó él: no tiene nada: una fiebrecilla del cansancio y del remojón; un pequeño enfriamiento. Estos hombres que parecen tan fuertes, luego resultan unos alfeñiques. No resisten un jabón a pie, ni á caballo.

XLVI

Cuatro días estuvo D. Adolfo con las alternativas de aquella fiebre, y Blanca á su cabecera sin descansar, cuidándole solícita como una hermana.

— Vete á acostar hija mía; le decía D. Adolfo allá á la madrugada, cuando abrién dolos párpados la encontraba inmovil á su lado con los ojos fijos sobre él. ¡Estarás rendida! ¡Yo voy á levantarme y tu vas á caer enferma.!

— No lo quiera V.d señorito. Yo soy fuerte y esto para mí no es trabajo. No tengo sueño ninguno; aquí sobre esta silla me estaré muy bien.

D.n Adolfo le cogía la mano con gratitud, y ella se ponía roja como la grana.

— ¡Dios mío, pensaba, y nunca creí que la quisiera tanto! y no hay mas remedio que quererle sobre todo ahora. Y hacía votos, promesas de toda clase á santos y vírgenes, por que salieran bueno á su señorito.

La fiebre fue remitiendo de dia en dia; y cuando D.n Adolfo se sintió mas despejado, se acordó de la carta que había dejado á medio escribir en su pupitre.

— Hagame, dijo á Maruja, me pasa el papel que habrá en mi escritorio sobre la carpeta de mi mesa. Maruja obedeció llevandoselo.

— ¿Lo ha visto alguien? preguntó,

—Nadie señorito. El Alcalde y el Maestro, cuando han venido a verse Vd. con han entrado por el despacho; y yo no recuerdo que nadie haya entrado allí

—¿Nadie? insistió D. Adolfo con ansiedad.

—Nadie señorito. Ah sí; exclamó Maruja después de una pausa; al siguiente día de caer Vd. malo: vino el Sr. Conde; y mientras yo ponía á Vd. unos sinapismos, se fué en el despacho; pero fué un momento.

D. Adolfo se demudó y cayó abatido sobre la almohada. ~~Habría~~ ¿Habría visto el Conde aquellos renglones? ¿Le habrían revelado su delación? ¡Qué imprudencia la suya y que desgraciado era!

Rompió la carta en mil pedazos; y mandó á Maruja que los echara á las llamas.

Cuando ésta volvió, le interrogó de nuevo.

—¿Y el Sr. Conde? ¿ha mandado muchas veces á preguntar por mí?

—Todos los días dos veces.

D. Adolfo respiró: si aquel hombre hubiera leido aquel pedazo de carta, no ha

bría mostrado tal interés por su salud.

Don Adolfo se levantó dos días después y se hizo llevar a su despacho, donde cerca de balcón se divisaba el ameno paisaje de Marquesado con su caserío y sus cipreses, como el fondo de una decoración teatral.

Sobre su mesa encontró una tarjeta de visita llevada la tarde anterior, y que se olvidó de darle Manuela.

Decía así:

"El Conde de Miraflores se despide."

El sobresalto de Don Adolfo fué espantoso. Aquel lacónico le heló la sangre.

Cada quien preguntaba y esperó la llegada del Cura, del Alcalde y del Maestro, que acababan de ir a verle.

Todos se alegraron á éstos de encontrarle ya levantado y convaleciente, aunque no tenía muy buen semblante.

— ¿Con quién sabrá V. d. que se nos fué el Conde? dijo el Maestro.

— Sí, ya lo sé, contestó Don Adolfo, ocultando su emoción; me ha dado su despedida.

— Pero, ¿será por poco tiempo ausente el Alcalde?

— Juego yo, respondió el Cura: las diable

las de sus sobrinas tienen la culpa. Constantemente diciendo que se aburren, hablando del mal gusto de sus tíos de vivir en este pueblo. Y claro, como ellos las quieren tanto, y creen que el Conde desea que su hermana y ellas vivan con él, han levantado la casa en un santiamén, y la del huerto.

D. Adolfo se limitó a oir, retorciéndose el corazón

—. Y si viera V.d., le indicó el Alcalde que trastornados ha quedado el Marqués. Ellos se fueron ayer tarde, y esta mañana estuve allí; y ya parecía que había pasado un siglo por la finca. La casa cerrada y muda: el jardín desierto; la fuente sin el salto del surtidor; los paseos solitarios y llenos de hojas secas. Me supo que aquello entristece.

— Toma, le interrumpió el Alcalde, como que ahora el jardinero y los labradores empezarán a estar á sus anchas, y ya se sabe hacienda sin amos...

— Tiempo aburrido se nos presenta! añadió el Cura; pero el mes sera con

—

nosotros ¿Verdad D. Adolfo?

— Sí el mismo; dijo éste y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Pocos despues oscureció, y en aquella penumbra del despacho parecian los contertulios estár de duelo. D. Adolfo callaba abismado, como si se le hubiera muerto alguna persona.

XLVII

¡¡Qué Otoño tan triste!

Caian de los arboles, de los jardines las hojas secas, como pedazos del alma.

Lloraban las nubes a lagrima viva desde todos sitios nublados sobre los campos.

El Marquesado en la lejanía semejaba una necrópolis.

D. Adolfo aún delicado, despues de una convalecencia penosa, se refugiaba en aquel despacho suyo, rodeado de libros, y asomabase a los cristales de sus balcones, mirando el viejo y distante caserón, rodeado de cipreses.

Así pasaba algunos ratos, dejando vagar su imaginación en torno de aquel palacio deshabitado, y de aquellos bosques de

sientos donde antes sonaba el bullicio de los banquetes y las saceria.

¿Qué sería de Lucía? ¡Aquella mujer que hacía florecer a su paso campos y jardines y reir la vieja casa paternal, sería quizás en tierra extranjera!

Fuentes hubiera sido toda pregunta; nada se sabía del paradero de los Condes.

Estos no tenían en administrador con quien entenderse; sus labradores del Marquesado que encontraron a quien pagar las rentas, y al anciano Matías se volvió con su amo y dejó abandonados aquellos jardines.

Así pasó Mariquita, pasada la enfermedad de D. ~~Alfonso~~ Adolfo, ~~volver~~ tornar también a sus ocupaciones favoritas, a hacer ramos de flores para el comedor, a servir la mesa y a limpiar el despacho de su señorito.

¡Cuánto tiempo que no había sacudido el polvo a aquellos libracos! Ya no se acordaba cómo había de hacer para colocarlos de pie y no de cabeza; y volvió a incurrir en sus equivocaciones, a no

ver cacubrien los palilleros, dentro del tin
tero con las plumas hacia arriba, como
banderas.

D. Adolfo se lo dispensaba todo en gra
cia al afecto que le había demostrado y al
celo con que lo asistió. Aquellas noches pa
sadas en vela a la cabecera de su cama, mien
tras él se consumía de fiebre y de dolores, eran
dignas de agradecimiento. Tal vez debía la
vida al cuido extremado de aquella enclava
en sus carnes.

Cuando el jovenativo sentábase al cris
tal, fumando su pipa de ámbar, Mariquita
miraba á los muebles á la puerta, y le arranca
ba de sus sombrías meditaciones.

Avanzaba, siempre temblando, con los
ojos bajos, y ora traía á su amo el recado del
mediero, o el manojo de flores del huertecillo, ó
los periódicos y cartas que acababa de dar
el platón.

—¡Siéntate Mariquita! decía D. Adolfo: tie
nes derecho a sentarte delante de mí:
porque eres la inocencia personificada que vie
ne a interesarse.

Mariquita permanecía de pie, ruborosa,
clavando sobre la alfombra los ojos sin ra

años.

— Vaimos, perseguía éste; que tú te encontrabas más á gusto de doncella con la condesa. Decía algo de ella. ¿Qué tal te trataba? ¿De qué te hablaba? ¿Tenía una cita con placera contigo?

Mariquita se lo contaba todo ingenuamente y Adolfo complacíase en pensar que Lucía ~~se reía~~ había pensado en él.

Cuando se marchaba Mariquita, volvía a escribir ó á leer sus libros favoritos.

Almorzaba y comía solo; rehuía toda ~~toda~~ calle; no acompañaba al Maestro en sus correrías ~~excursiones~~ se refugiaba bajo el ombú de la glorieta ó al fondo de la pequeñita del pueblo á fumar su pipa, como antes.

Era la visita del Marqueseado lo que le atraía ya vivamente, y con un esfuerzo de fantasía se imaginaba ver á Lucía asomada á los balcones del caserón, ó cruzar bajo los cipreses.

Creía en ocasiones que las ráfagas del viento le traían los acordes de

aquella sencilla de Mozart, que se cuchó, arrancada a las abuelas todas.

Solamente por las noches le acompañaban el Alcalde el Maestro y el Cura y se realizaba la profecía de este; "el mes será con nosotros."

XLVIII

Llegó el invierno con sus crudezas mi litares de ventarrones y tormentas.

D. Adolfo no salía a recorrer sus fincas, temiendo una recaída en su dolencia.

En la soledad de sus días sin sol, el viejo jardinero le traía algún rato de compañía.

Otras veces Mariquita entraba a arreglar los libros; o unas veces a desarreglarlos; por que continuaba leyendo boca abajo nombres de ellos, por no saber leer.

D. Adolfo la reprendía suavemente

—No, Mariquita; así; así se coloca de nuevo; y con gracia, rozaba a veces con su mano el brazo suave de la niña.

—Voy a enseñarte a leer, le dijo un día ¿Quieres?

Ella contestó afirmativamente, y desde entonces D. Adolfo tuvo una dis-

tracción.

En la hora serás aburrida llamaba a Mareja, la hacía sentar frente a él, ante una mesilla que para tomar café tenía al lado, y le daba su lección de lectura.

Mareja sentía indefable placer en aquellos ratos; hacía por adelantar y llegó a leer al cabo de poco tiempo.

Por su parte D. Adolfo veía los progresos de su discípula, y iba encontrando la tan pobre de raro sólo se fijaba. Creyó ver que en ella había un gran corazón; pero una inteligencia mediocre, y hallaba que ésta se desenvolvía como el diamante desarrolla sus bellezas con el pulimento.

¡Consagrar a aquella muchacha esa una obra de caridad y de propia satisfacción! Tras la lectura y casi al par, venía la escritura, y Mareja trazaba sobre el papel los primeros garrapatos.

¡Con qué afán inclinábase sobre la mesilla, haciendo la pluma torpemente, para imitar aquellas mues-

otra que Adolfo, sorprendido sale
y grafo la presentaba. Hermosa cabeza
aquella de negros rizos, iluminada por
belleza juvenil, donde pocas veces Adol-
fo quedaba sorpreso mirándola y
diciendo entre sí: ¡Qué asunto para
un pintor!

Cuando Mariya saludaba, erguía
el busto y alzaba la frente, el color ave-
bolado de sus mejillas y la brillantez de
sus ojos, la mostraban aún más ~~bonita~~
~~Bella~~ tentadora.

Aquella ligera vida sedentaria, lí-
bre de las ofensas del sol y del viento, ha-
bía blanqueado y aterciopelado su cutis.
Al lado de la Condesa aprendió también
algo de ese arte que no tiene reglas, ni del
que se ha escrito nada, y que consiste en
la gracia de un pliegue, en la colocación
de una flor, en lo elegante de una pos-
tura.

Frecuentemente Mariya adopta-
ba esas maneras, y empleaba esos juegos
de artificios de agradar, en medio de su
natural sencillez, y Adolfo
se quedaba sorprendido del efecto que en

ella hacia la rosa sobrecarga al descu-
do, el corpiño entablado, ó el collarito
de coral rodeado á su garganta.

— ¡Si esta muchacha vistiera como
una señorita, se decia, resultaría bue-
nota de veras! Todo le cae bien y ha
perdido su antigua sencillez.

La obligó á vestir como cuan-
do estaba casa del Conde, dejando el
traje típico del pueblo, y Mariquita con
sus trapitos nuevos parecia más inte-
resante.

— Viña la lección; exclamaba Don
Adolfo con frecuencia, solo por verla
allí delante de él, inclinar el busto
sobre la sillita, y afanarse en hacer
garrapatos temblorosos.

Alguna vez pequeño descanso
interrumpia, cuando la veia atareada en la cena;
y ella ponia sus manos como una
educanda, y él reclinado en su poltrona
pensativa, meditaba en lo bien que
Mariquita bajaba los ojos para
disimular su vergüenza, y las lágrimas que
se le escapaban.

— Vamos á ver, le dijo [illegible] su hijo Adolfo; ya sabes leer y escribir algo. Mas no has hay que hacer otra cosa. Tu abuelo es muy viejo; tú eres muchacha y que no le podría quedar sola conmigo. Hay que pensar en casarte. Yo sé que tienes no pocos pretendientes. Es preciso que te decidas, y yo veré el padrino de tu boda.

Maruja palideció:

— Pero señor repuso, no hay que pensar en eso. Yo no me caso. Si vive mucho años mi abuelo mejor, á su lado no necesito marido; y si muere y quedo sola tampoco. Mientras Vd. me quiera tener á su servicio aquí estaré. Cuando Vd. no necesite de mí, me iré á servir en otra casa.

— Oro, mujer, replicó Adolfo; no es que yo haya de despedirte en ese caso, pero creo que tú, pobre muchacha soltera y sola, no querría quedarte conmigo aquí. Esta gente es mala, y podrían formar mal de los juicios;

— Oro, respondió Maruja, siendo yo para mi conciencia buena, nada me

ieesperotaria; y habiendo ~~yo~~ desde mi
ña comida el pasar de esta casa esta
ca abandonaré á V.d, mientras no me
deja Vd. que me marche.

D.n Adolfo la tranquilizó sobre ello,
asegurándole que nó la despediria ja
mas, y como viera correr de sus ojos algunas
lagrimas, sacó el pañuelo del bolsillo y se las
secó, y le dió una palmadita en la espalda
diciendole.

—, eres una tonta!

XLIX.

La ~~viuda~~ sustituye siempre á la muerta, la
mujer presente á la ausente. D.n Adolfo sen-
tia cicatrizarse poco á poco la herida de su
antiguo amor. La imagen de la Condesa se
extinguia en la lejania de los recuerdos, co-
mo la de una muerta amada, de la que
al cabo solo se conserva religiosa memo
ria.

No la habia olvidado; pero la tenia
por muerta ya; y la vida pide vida, y nó
abstracciones imposibles. ~~Y~~ La viuda esta-
ba al lado de D.n Adolfo constantemente, en
aquella hermosa Marina que le cuidaba
con esmero, que le atendia con afan, que

le obedecía con sumisión, y que le renunciaba con apasionado culto.

¿Cómo sustraerse á su influjo? Adolfo no quería confesarlo: pero cuando Margarita se marchaba, á él le volvía la tristeza.

Aquella muchacha ahuyentaba sus horas tétricas. Era una distracción y un consuelo.

D. Adolfo volvió á pasar como otras veces que además iba resultándole una tentación.

Sentía necesidad de verla á su lado: aquellos ojos negros humedecidos en ocasiones por lágrimas reconcentradas, le atraían; y recordaba la escena aquella en que la cogió del suelo sin sentido y la tuvo frente á frente entre sus brazos.

¡Qué hermosa estaba entonces, así, descolorida, mientras él la estrechaba y la hacía volver para volverla al sentido! ¡Qué sugestivas curvas contornos! ¡Qué dulzura en aquella boca que llegó loco á besar!

Cuando la tenía delante se apercibía faltaba al par que satisfacción, ingratitud viva

Levantábase á pasear por la habitación

mientras ella escribía y después de algu-
nas vueltas se aproximaba acercando
la cabeza por cima de ella, para mirar
su plana, el vaho perfumado de sus flores
llegaba hasta él aturdiéndole y unas veces
por movimiento involuntario le rozaba
el hombro o le cogía la mano, para guia-
rla, o le daba un pequeño golpecillo co-
mo castigo de algún error mal hecho.

Un día daba Mariuja la lección
más tarde y en la penumbra del despacho
Adolfo detrás de ella perdido el dominio
de sí embriagado por aquellos efluvios
de flores y de belleza. ~~Todo~~ Rodeó su cintura
con el brazo y ella sorprendida dejó el
papel. Alzó la cabeza se miraron y
Mariuja hizo un movimiento para
rechazarle. Entonces él ~~la dijo~~ exclamó,
~~[illegible]~~

—¡Yo me quieres! Veo que no me
quieres ~~la dijo~~ ~~[illegible]~~ y ella en un arranque
sábito se colgó a su cuello y con sublime
expresión ~~le dijo~~ —¡Sí! expresada

Este aquel inolvidable beso que
nos labios hemos nunca han pronun-
ciado jamás; Dn Adolfo enloquecio; abra-

se á ella bocarriente y así estuvieron un momento sollozando.

Aquella explosion apasionada no pasó de ahí. Oyeron ruido separáronse y á la puerta asomó la cabeza blanca del viejo Matías.

LI.

Adolfo hizo aquella noche examen de conciencia

Volvia la tentacion á brindarle el ódio su papel de seductor.

— ¿Qué hacer? Despedir de nuevo á Ella tias y á Maruja destrozando el corazon de aquella mujer y amargando los últimos dias del pobre viejo, ó tenerla cerca á todas horas para acabar con esa vulgar desenlace de perdicion y deshonra?

¿Así iba á pagar la pasion entrañable de aquella pobre esclava, sus desvelos por él sus sacrificios?

Diria que de la Condesa huyese por tratarse de un amor solo realizable por el crimen y el agravio á la amistad; ¡pero de Maruja ó por qué causa?

Talvez esta era la traicion puesta

junto al veneno de aquel otro deseo prohibido. ¿Por qué desdeñar ese bálsamo y ese antídoto de los antiguos dolores?

D. Adolfo vivía arrepentido de haber extinguido las tendencias de aquel poder mal definido, que quiso llevarle con la Condesa a la infamia. ~~y el deshonor.~~

Pensaba lo que quisiera los hombres vulgares de la resistencia y abnegación ver, él sentía viva calma, viva serenidad interior, que ésos hubiera gozado de otro modo.

Y ahora sólo le faltaba completar esa obra moral de su vida; y poner en consonancia sus actos y sus ideas: por que D. Adolfo veía bien la contradicción de sus deseos sobre el destino ulterior del hombre y sus luchas por el cumplimiento de deberes superiores, al impulso de sus sentidos. De acabar todo aquí abajo para él, tal vez fué un necio sepultarse de sus placeres pasionales, a que le impulsaba su corazón; de ser razonable la filosofía escéptica del dejarse llevar al fin del mundo, seguramente lo contrario, era de

y jándose arrastrar de aquellos impulsos;
y se había por cierra de todo cuanto le
obligaba al sacrificio, a la lucha contra sí
propio, a la abstención del placer ante
do en vista de su orden superior y de fi-
nes morales más altos, ah! de cierto no
habría de dirigirse en el vacío aquello tan
noble, tan y tan alto! el pensamiento y la
conciencia. D. Adolfo cerraba así el portillo
abierto a todos los errores en su filosofía
sentimental, y llegaba al mar exacto concep-
to del alma, y de sus superiores destinos.

Mareja, pérdida y pálida, equivocaba
no quedarse a solas con su amor, y medi-
taba a ver lo triste de su porvenir, cuando
su anciano abuelo muriera y se quedara
sola en el mundo. Tenía razón D. Adolfo; ella
no podría seguir entonces en aquella casa,
pero que la echaran tendría que irse, pero sa-
be a donde; tal vez a mendigar un pedazo
de pan de puerta en puerta, ay pena,

La situación se hizo más difícil
entre los dos: porque en Adolfo también re-
nacía su presencia. Aquellas lecciones

de primeras letras quedaron interrumpidas: Maruja refugiada en su ~~cuarto~~ habitación se entregaba a tristes presentimientos.

— El mes será con retrasos, D. Adolfo, decía el Cura, cuando la visitaba en aquellos días desconsolados y desagradables.

— Sí, sí, contestaba este con displicencia, pero se conocía que estaba ya cansado del mes.

LI

Aquel largo invierno trascurrió así.

Había caído mucha agua. Las cosechas prometían ser abundantes. De todas las fincas traían los labradores buenas noticias á D. Adolfo, ya que él no iba como antes á inspeccionarlas.

— Gran año, señorito, le decían; los sembrados están que es una bendición.

— Prepárese V. á encarecer las trojes.

D. Adolfo no pensaba en las trojes, ni en las cosechas.

¿Para qué? Para asegurar los haberes de su futuro ab-intestato ser herederos?

Todo se lo llevaría al cabo la trampa de allí á unos cuantos años, todo concluido,

del muerto: el Juzgado incautado de su casa y de sus bienes, y anunciada por edictos su herencia, llamando á sus colaterales hasta el quinto grado.

¿Qué sarcástico epílogo á una vida entera de amor y de estudios, de trabajo y de sacrificios, en aras de la virtud y del deber?

¿Y á eso conducía el ascetismo tolstoyano con el que acababa todavía á ejemplo? ¡No, no debía ser; el mundo no debía acabar así, como un inmenso ab-intestato sin descendientes. La vida tenía que continuar. ¿Quién era osado á decir: ya es tiempo de que concluya? ¿Quién se arrogaría la facultad de haber leído en la Mente divina el momento oportuno de su cesación? Mientras Dios no dijese ¡basta! era preciso continuarla, y no podía ni debía interrumpirse la cadena de las humanas generaciones.

—¡Adelante! decía la naturaleza toda con júbilo en los árboles los verdes retoños; ¡adelante! gritaban los campos con agujillas nuevas abrazadoras cosechas, y ¡adelante! se oía en el zumbido de los mil insectos que poblaban sus bosques, y en el piar de las aves, y en el entreabrir

se de las flores.

D. Adolfo no miraba ya al viejo abarquesado, visión retrospectiva de algo lejano que desaparecía. "Adelante" exclamó también, consultando sus nuevos sentimientos, y ofreció aquellas invitaciones del cántico primaveral.

Completado su credo, se encontraba la finalidad de su vida, y sacudía su egoista aislamiento, para entrar en comunión viva con la humanidad.

¡Amar y ser amado, vivir perpetuándose en los hijos, formar de la guirnalda solitaria el nido anidado y el hogar feliz! ¡llevar las troges para la familia, abrigantar la imagen viviente de aquel ab-intestato anunciable por edictos, y morir como el viejo Cura rodeado de su tropa y sus cachorros, no pensó en definitiva!

LII

— A que no sabe V.d? dijo el Cura al Alcalde, delante del Alcalde, quien ha tenido la mejor puntería en todo el pueblo?

El Maestro iba á contestar que él
y después el Conde de Miraflor, pero pareciole sobre-
ganancia y se limitó a decir ~~por corte~~:
—¡El todo de!
—¡Ca! Exclamó el Cura. ¡A ver si V.
da señor Alcalde.
D. Adolfo! contestó el mosterilla, des
pues de pensarlo un rato.
— Cumpros.
—Pues entonces soy yo, afirmó ya con
desembarazo el Profesor.
— Así era de presumir, repuso el cura
con sorna; porque cero de los tres, el Con
de, D. Adolfo ó ~~usted~~ que ser, pero
nosotros equivocado de medio á medio caballeros
la mejor puesteria del pueblo es ~~la de~~
la de Mareja!
—¿Como? ~~replicó~~ quitarse a un tiempo Alcalde y
Pedagogo.
— Muy sencillo, dijo el parroco, ~~porque~~
~~porque es la mejor~~ porque ha cazado el
pajaro mas dificil — se ha encaperlado á
D. Adolfo!
—¿Que? ~~exclamaron~~ replicaron aquellos con asom

bro.

— Nada, que se casa con el criadito del Cura, descorriendo el velo del misterio.

Sus interlocutores se quedaron estupefactos.

— Sí, señores, prosiguió, estoy encargado de instruir el correspondiente matrimonial, con dispensa de proclamas, y de aquí á ocho días tendremos boda.

Los contertulios no querían asentar á aquella especie, que les parecía desatinada, y creyeron más bien que era una broma.

Por la tarde Alcalde y Maestro de escuela se personaron en la casa de don Adolfo, llevados de una viva curiosidad. Seguramente él les diría algo, ó les insinuaría el próximo suceso.

Don Adolfo estaba como siempre en su Biblioteca, fumando su pipa, reclinado en su vieja butaca, siguiendo con la mirada las espirales de humo de su cigarro.

Al oirlos el Marqueseado se alzaba más rombo que nunca, y desde

las vidrieras recojadas por la llovizna
de aquel día aparatoso y desdibujado.
— Bien se acabó! dijo el Alcaldes
asomándose por el balcón aquella mancha
lejana, que parecía a través de los empa-
ñados cristales un fantasma blanco.
— Sí, se acabó! exclamó Adolfo con
tono solemne.
— Ya es un recuerdo lejano, añadió
el Alcalde, y creo que no tardará en
cazar lobos.
— ¿Le parece a Vd. dijo el Alcalde
puerta yendo aprisa hacia la Cura que prepa-
raba nuestra partida de mus?
— Basta de mus! amigos míos, in-
terrumpió D. Adolfo, dejando la pipa
magnetizada sobre la mesilla de sus libros y
periódicos. Prepárense Vds. a ser testigos
de mi casamiento.
— ¿Cuándo es verdad? exclamó el Pá-
rroco.
— ¿Cuando no bromeaba el Sr. Sotana
dijo al mismo tiempo el Alcalde?
— Sí, mis buenos amigos, es cierto,
y no hay en ello broma ninguna. Me

caso de aquí a ocho días.

—¿Con Maraja?, interrogaron aquellos entre confusos y admirados.

—Con Maraja: afirmó serenamente D. Adolfo.

Y como viera que habían quedado perplejos, y que su mutismo era una especie de atrevida pregunta, añadió:

—Es la única persona que me quiere en el mundo. No hago más que pagarle. Además le debo la vida y quién sabe si la salvación.

Los dos interlocutores atónitos bajaron la escalera de la casa para ir a ~~propagar~~ esparcir la noticia por la vecindad, pero se detuvieron un momento en el dintel, y acordándose de la frase del Cura dijo con zozobra el Alcalde á su acompañante

Verdaderamente que la ~~voz pública~~ fama pregona ~~mucha verdad~~ mucha verdad ~~en lo dicho del pueblo es la de Maraja~~

Y el Cura fué en despedirse de D. Adolfo como [illegible]

yublio su palabra. A los ocho días justos con gran ruido en el vecindario del Mojal D. Adolfo se unció en santo matrimonio ~~según el concilio Tridentino~~ con la herrera Mariya en aquella humilde iglesia de cal y ladrillo que albraba su torre en medio del campo.

La ceremonia tuvo lugar en domingo por la mañana. El párroco echó las bendiciones á la arrogante pareja ante el altar mayor, adornado de flores, siendo testigos el Alcalde y el Maestro de escuela y padrinos el viejo Matías y la Alcaldesa, que sacó sus mejores arracadas de coral y su mantilla descolorida á fuerza de años de reclusión en el arca.

Para las arras había llevado D. Adolfo doce peluconas de Carlos III, que sacaban de mano á mano con su atrayente, y que hacían abrir ojos y boca á los circunstantes.

Durante la misa de velaciones el barbero tocó el organo en el coro, mezclando sus melodías prolongadas los motivos mas conocidos de El Trovador, ~~la donna é mobile~~ y el aria de Lucía.

Maruja estuvo emocionadísima arrebolada de rubor el semblante, temblorosa, como arrogada D.ª Adolfo radiante de jubilo, con el entrecejo por primera vez desarrugado, pero algo nerviosa también. El anciano Matías cerca de ellos, sollozaba y no existía á creer el testimonio de sus sentidos.

Al salir los esposos multitud de gente les rodeó y acompañó como en romería. Los vecinos que no iban en el cortejo se asomaban á las ventanas y puertas de las casas de la única calle del Rojal, por donde pasaba la comitiva y echaban puñados de trigo sobre los novios.

D. Adolfo sonreía y sacaba del bolsillo monedas de plata menuda y las arrojaba á la vecindad, con gran griteria de los muchachos que le vitoreaban.

De trecho en trecho no se podía pasar por la aglomeración de gente, deseosa de ver á la feliz pareja, y seguía lloviendo trigo sobre los novios que saludaban á todos lados sonrientes.

Algunos granos caían por la

garganta de Maruja y se quedaban so-
bre ella como guirlas oscuras de un collar
desatado, y D.n Adolfo iba quitándoselos co-
mo de Raj a D.a Jerónima en las bodas del
Cid.

La quinta de los balconajes de
marmol estaba abierta de par en par,
y adornada con profusion de plantas
y farolillos venecianos, para recibir
en sus dueños y suscender a la noche
con sus vistosas luminarias.

En sus patios y escaleras se im-
provisaron largas mesas, para agasajar
al vecindario; y hubo tantos carneros mu-
ertos, y pollos y gallinas asados, y tantos
pellejos de vino y arrobas de dulce que
el pueblo se sacio. Aquellas fueron otras
bodas de Camacho.

El banquete popular se prolongó
hasta bien entrada la tarde, y D.n Adolfo y
Maruja iban de mesa en mesa obse-
quiando a aquellas buenas gentes, cuidando
de que todos participasen del júbilo y
de las tajadas.

Al oscurecer se encendieron

las cortes de farolillos de colores que formaban caprichosos arcos y labores en pasos y naranjales, y que dibujaban en el centro de la fachada principal de la casa las iniciales de Adolfo y Alberja entrelazadas.

La muchedumbre que poblaba la puerta y que se amontonaba enfrente del edificio, aplaudía y vitoreaba sin cesar, sorprendida por aquellas fantásticas iluminaciones, que jamás hasta entonces había visto.

La indispensable murga del pueblo fué bajo el balcon, a que se asomaban Adolfo y Alberja, a regalarles con sus trompetazos, tocando diferentes números de su repertorio, compatibles con los cuatro únicos instrumentos de viento que la componían.

Bien entrada la noche, la gente retiróse por consejo de los más prudentes, y uno á uno los farolillos se fueron sucesivamente apagando.

La casa se cerró, los pasos y los ru

rancajos quedaron en ~~sombras~~ ~~grabados~~ Perenco
y la vieja que tantas veces había seguido
y casi sorprendido las conversaciones del
Cura del Maestro y del Alcalde asomó
por lo alto de aquella casa, como ~~dispuesta~~ dispuesta
~~a escuchar~~ "esto" dé que le
~~no pudieron bastar para la autor tercera~~
refiere yo sabedo.

LIV.

D. Adolfo no volvió a ~~entrar~~ salir mal humor
ni le vio más sentarse bajo el almor
de la plaza, ni en el ribazo de la fuentecilla
a fumar su pipa solitario. ~~saboreando~~

Se acabaron las partidas de mus
en las noches de invierno, y aquellos tres
jóvenes en su despacho biblioteca, con
el entrecejo arrugado y el corazón ojeri
zado.

Recobró el afán de mejorar sus
fincas, de visitarlas a diario, de aderezar
las y de adquirir nuevas propiedades, sin
la nostálgica perspectiva de un ab-intes
tato devorado por los curiales.

Perdió aquel aspecto sombrío y dé
sabrido de antes, y hasta las líneas agrias
de su rostro se dulcificaron.

Cuando meditaba sobre aquel cambio de sus costumbres y de sus maneras, sobre aquel deleite íntimo de su vida y aquella satisfacción rozagante en la felicidad, se decía haber dado con la ley geométrica de la dicha que consistía según él en la línea recta trazada entre dos puntos, el corazón y el cerebro, el sentimiento y el deber.

Prosiguió con su Manuja aquellas lecciones de primeras letras, interrumpidas un día, y en que sus dos almas se compenetraron atraídos por el encanto y la soledad.

Ya podía su discípula guiar la mano suave de ella para acostumbrarla a los trazos y españolas curvas de la letra, y asomarse por cima del hombro de la hermosa adolescente hasta embriagarse con el aroma de sus flores y de su belleza, y darle golpecitos como pequeños castigos y rodear con el brazo su cintura.

Era suya su alma y vida, aque

la criatura, semilla de creada por el cielo para apartarla de sus errores y extravíos, y afirmarla en la conciencia de su deber y de su destino en el mundo.

Y le bajaba, sobre él la niebla de la melancolía en aquellos días lluviosos, cuando a través de los cristales mojados los encharcados caminos y oía el monótono rumor de los aguaceros.

En aquellas horas nubladas, la vieja sentábase a su lado a coser, con el afán de la modesta obrera, y él le leía algún libro instructivo, y contestaba a las cándidas preguntas de la muchacha, que le interrumpía levantando hacia él sus bellísimos ojos.

—¡Gran año se nos presenta, D. Adolfo, le agasajaba diciendo a lo mejor alguno de sus laboradores, en medio de las trovadas de un día sin sol, y a través de las abundantes lluvias que descargaban (las) nubes.

—Prepárese Vd. a enronchar sus trojes, exclamaba otro, que entraba después

con los pies llenos de barro y la ropa mojada.

Don Adolfo no se encogía de hombros como otras veces, ni miraba con indiferencia esos beneficios del cielo. Bien necesitaba agrandar sus trojes y que la Providencia le deparase opimas cosechas; por que á los diez meses cumplidos de su matrimonio Mariquita le regaló dos robustos gemelos.

Ella los amamantó como una loca á sus cachorros, y cuentan que el matrimonio gozó una prolongada luna de miel, y que pasados tres ó cuatro años Don Adolfo el antiguo partidario del celibato estaba sentado al lado de su Mariquita con satisfacción jugar á sus pies toda una camada de leoncillos.

Fin

Fin

El Diacono Ferrer

Pio XX. Capitulo 1º Pio XX =

Novela. El triunfo de Cristo.

El Anticristo.

Eran casi llegados los tiempos del Anticristo; no habia aparecido aun sobre las naciones del planeta aquella siniestra figura apocalíptica, pero su sombra se proyectaba desde lejos, y borraba de las conciencias de los hombres hasta el ultimo destello de la fé cristiana. Europa, descatolizada, habia alcanzado el summum del industrialismo positivista; y en su febril competencia con la productora América, en su ciego afán de riquezas, rivalizaba con el Nuevo Mundo en inventos maravillosos, en fábricas portentosas, en ciudades florecientes, en vias de comunicacion rapidísimas, en obras de Ingeniería gigantescas, en todos los progresos de la vida material y de la inteligencia aplicada exclusivamente ~~exclusivamente~~ a su fomento ~~y regalo~~, regalo.

El apotegma de "Epicuro, comamos y bebamos que luego moriremos, zumbaba en todos los oidos, y encauzaba todas las fuerzas sociales. No parecia sino que se renovaba de modo más tremendo y universal aquel desbordamiento de apetitos insacia

les, que presenció la Roma de los Cé
sares cuando asistió pálida y descompuesta
como secretaria á la muerte de sus viejos
dioses. Las burlas de Luciano mezcla
das con las ironías de Voltaire, revolotea
ban en torno de los altares cristianos y
los templos vacíos, las aras sin culto,
las lámparas de las capillas sin luces
y las doloridas esculturas de los santos sin
fieles, ofrecían el terrible espectáculo de
la agonía de una Religion que durante
veinte siglos había iluminado las al-
mas, y regido los Imperios del Mundo
espiritual. Impotente pié la muerte
de Cristo sobre el calvario con los brazos ex
tendidos en la Cruz, relampagueando sobre
su divina cabeza las nubes, estremeci
das y abriéndose bajo sus santos piés
las tumbas de los cadáveres aterrados; pero
más impotente resaltaba todavía la
segunda muerte de ese Dios abando-
nado sobre su altar, en las negruras de
las catedrales desiertas, con las campanas
mudas, y como clavadas en las góticas
torres, sin doblar siquiera por su Cristo
esperante; mientras afuera rodaban
las multitudes impías con[illegible]

cortices labios, los sentidos abiertos a todas las concupiscencias, esperando que se encendieran en la noche las luces eléctricas de sus novísimas saturnales.

Medina Alcaria, la ciudad más creyente y devota de antaño, la que conquistada a los árabes por los Católicos Reyes había tantos siglos guardado como un depósito la fé de sus libertadores, la que había dado testimonio de ella convirtiendo sus mezquitas en templos, y alzando por sobre ellas su basílica que arrancó el terremoto, había sentido también en su corazón la fría ráfaga del ateísmo reinante. El templo

de sus antiguas creencias levantábase en la plaza central de su apiñado caserío; su Catedral, el Palacio episcopal, y el seminario mirábanse sombrías y mudas, cuarteadas, al peso de las centurias y del abandono, esperando la piqueta que las derribara piedra por piedra.

El viejo palacio de balconajes de mármol, de herrada puerta, y de gruesos muros tenía las paredes llenas de grietas y desconchadas los balcones, portillos

caídos, la puerta desvencijada, y las persianas rotas. En los aleros, los vencejos anidaban, y hacían en las tardes sus rondas estridentes sus griterías. Las sombras de los antiguos Prelados difuntos encerrados en sus mausoleos en una capilla de la catedral fronteriza, no venían a pero tejer ~~antiguo~~ a aquel caserón en que tuvieron su corte los Príncipes de la Iglesia, y en uno de sus fríos salones desmantelados reposaba en un sillón de baqueta, y acompañado únicamente de un paje fiel, el último Obispo anciano y paralítico llorando la muerte de su querida Religión, arruinado y pobre con la lengua trabada y la mano en que llevaba el anillo pastoral, inerte y caída por la parálisis.

El seminario con sus fachadas claveteadas de ventanas estrechas correspondientes a otras tantas celdas escolares, alzábase a un lado, completamente vacío, y ya no sonaban en

sus corredores ni en sus cátedras, re
petidos por labios juveniles consa
grados al aprendizaje de la Teología,
los latines de Melchor Cano, ni los
párrafos de Perronne. Arañas negras y
silenciosas, tejían sus grandes **redes**
les en los ángulos de las estancias, ten
diendo sobre los ventanajes cerrados,
o colgaban de los techos sus recios pa
bellones. Y el polvo, al sombrear los pa
vimentos de tal suerte que marcaban
se en él las últimas pisadas del
último portero, que allí hubo, y los
rastros de las sabandijas que le su
cedieron.

En cuanto a la Catedral con
templaba, sería ese espectro de
hacía un rato mostrando su portada sorí
tica de columnas estriadas, corroídas
también por los siglos; sus angelones
sin ~~cabezas~~ cabeza y sin piernas, sus basa
mentos de sillares desgastados, sus
muros apuntillados, de que salían
plantas bravías, y hasta el vástago
de una higuera silvestre y los dor

ros de sus torres acribilleradas sin barbacanas ya como fortaleza rendida al asalto. Negruzca ~~y torva~~ torre cual inmensa curiatida en un desierto, levantaba la cabeza de su campanario, no concluido, colocado provisionalmente ——— sobre el cubo macizo de su mas alto cuerpo; y allí las tres campanas principales con sus lenguas inmóviles, dormitaban sobre sus herrumbrados ejes, incapaces ya de voltear tocando a Gloria y hasta de doblar tocando a muerto.

La gran puerta central entornada parecía estar de duelo, como si un solemne entierro hubiera salido por ella; el entierro de un Dios acompañado por sus últimos sacerdotes. Y dentro, en aquellas graves crugías donde sonaron las misas cantadas, los elocuentes sermones, y los miserere admirables, donde las muchedumbres prosternadas vieron alzarse tantas veces la sagrada Hostia al rayo del sol que besaba

el altar, desde los ventanajes de colores, no había ya ni ángeles, ni oficiantes, y solo servía al caer de la tarde de novillas una última vieja, viuda y desdentada, velando el último padre creativo.

La polilla había hecho presa de los santos, de los altares, y de las aras también, que se deshacían en ese polvillo más menudo que el polvo mismo de las tumbas. El gran Cristo de la nave central levantaba los ojos al cielo con la cabeza coronada de espinas, repitiendo aquellas amorosas palabras "Padre mío perdónalos, pues que no saben lo que se hacen"; y la purísima del altar de la entrada, seguía extática, recibiendo la Anunciación del Arcangel, sin que en su escultura de alabastro símbolo de su inmaculada pureza, hicieran mella las injurias de los siglos, y de los hombres.

Todo estaba preparado sin duda para el advenimiento de aquella bestia, que precita San Juan

en su Apocalipsis con siete cabezas, y sobre sus cabezas nombres de impiedad; de aquel dragón que había de maravillar a la tierra, que iría en pos de él, de aquel monstruo vociferador de altanerías, blasfemo de Dios, y de su tabernáculo que vencería a los santos, y tendría poder sobre toda tribu, lengua y nación. Los santos estaban vencidos ya de antemano; los tabernáculos ultrajados, los pueblos olvidados de su Dios y rendidos al nuevo ídolo babilónico.

El pobre Obispo no explicó cómo podía cumplirse la apocalíptica profecía; solo que aquel Anticristo anunciado por el más vidente de los Apóstoles no había salido del mar, ni tenía cuerpo ni forma de bestia espantable; sino que era abortado por la tierra, surgido de los cerebros de los sabios, de las lucubraciones de los filósofos, del materialismo de las ciencias, de la erróneo

gioridad de los tiempos, del desaimiento de la moral, de la indiferencia de los espíritus, de la impaciencia por los goces terrenos, de ricos y proletarios de la gran lucha y conflagración de las clases, por ocupar el mejor puesto en el banquete de la vida y libar un día la copa de los placeres mundanos, para gozar eso al menos, cuando hubiera que cerrar los ojos a la noche del no ser.

Era pues, un Anticristo incorporal el que anunciaba su llegada con tan terribles signos; una idea hecha dragón vencedor, sirena atrayente, canto redentor de la vida, copa de Falerno enviada por los falsos dioses, para embriagar a los mortales. Y tomaba diferentes formas según sus apetitos; pues para el filósofo, era nuestra verdad que le desgajaba de mitos y errores; para el sabio, ciencia positiva que le brindaba el dominio de la materia; para el gobernante, eficaz auxiliar que le libraba de sus rodas espiritual y moral cuyo; para el artista, fuente de inspiraciones que

~~La Iglesia las conquistaciones~~ ya
gastadas, y para todos sensualidad bien
entendida que alimentaba las visio-
nes ——————— de otros tiempos,
y hacia a los hombres vivir como be-
llos, gozando de la juventud natural
y, con las flores de Pindos ante
los ojos, y los cantares de Anacreonte
en los labios.

Lloraba el Obispo de Medina
Almaria, resistiase morir con aquel
culto y aquella religión abandonada,
y hubiera repetido al revés las pala-
bras de Juliano el Apostata, si no hu-
biera creido que en su cuerpo mori-
bundo había una algo inmortal
en que no decaia aquella fé por sus dioses
¡Ah! no; las puertas del infierno esta-
ban abiertas de par en par; pero Jesu-
cristo había dicho que no prevalece-
rian contra la Iglesia; y ésta que sa-
lió de las catacumbas, á la luz, resu-
gia de una muerte aparente á una
vida definitiva y triunfante. San Juan
lo había anunciado también; á pe-

ver de la bestia espantable, el cordero estaba en pie sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta mil que tenían escritos en su frente el nombre de él y el de su Padre Celestial.

El anciano Prelado estaba seguro de escuchar antes de morir un cántico nuevo: Canticum novum ante sedem y de ver otro ángel bajando del cielo con el evangelio eterno para predicarlo otra vez a los moradores de la tierra; y en toda tierra y nación alterum angelum volantem in medio caeli evangelium aeternum evangelizare sedentibus super terram: y con estos consuelos y esperanzas, trocábanse sus lágrimas en joyas, como gotas de lluvia en iris nuevas. "Temed al Señor" balbuceaba en el latín apocalíptico del mar viviparo de los apóstoles "que ya llegó la hora de su juicio" y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, la mar y las fuentes de las aguas. Timete Dominum quia venit hora judicii ejus et adorate eum qui fecit caelum et terram, mare et fontes

aquarcuz. Pero la raza de los hombres no temía a Dios, ni le adoraba tampoco; ni le reconocía como autor de la tierra y del cielo; y hubiera sido preciso para sacarla de su seguridad reconstituirla de nuevo, después de otro segundo diluvio, en que perecieran todos los nacidos, excepto la pareja elegida; para que el árbol de la humanidad retoñase

Sarcasmo del destino, no había en medio de aquella humanidad corrompida y atea, más pareja elegible que aquel justo varón, aquel obispo paralítico, ~~y profético~~ que barbotaba los versículos ~~de Apocalipsis~~ de San Juan, y aquella vieja desdentada que a la hora del oscurecer rezaba de rodillas en la Catedral, ante el cristo el último Padre Nuestro. El nuevo cántico no se escuchaba, ni remoto siquiera; y el ángel prometido no aparecía en las nubes con su evangelio que predicar a los mortales. Pronto algunas paletadas de tierra caerían

sobre aquellos dos últimos creyentes ~~cristianos~~ de Cristo ~~de~~ de la Vera Madre, de la Beatísima Trinidad, y ~~de~~ de la corte de arcangeles, santos y confesores. Solo quedarían ~~las apariciones del Apolo~~ ~~que el Apostol~~ griego, de la Hirmili ikedia, de la Palas Atheneas y del Olimpo pagano. Hasta las catedrales se derrumbarían ~~el Pireo y el Partenon~~ y solo algun curioso viagero pararia ante sus ruinas, para estudiar alguna ojiva en pie, o alguna reja de gusto gibelterresco, o alguna labor cincelada en la piedra a estilo rococó.

El paje menino de la Ilustrísima, estaba sus cuentas azorado sobre lo que haria no estando ahi ordenado "in sacris" cuando entregase su alma a Dios aquel obispo anciano; y se viera ya libre de su compromiso de fidelidad hacia él en el caso de elegir rumbo y carrera. ¿A qué seguir hablando un lenguage que nadie entendia ni escuchaba? ¿A qué empeñarse en servir altares sin fieles, en subir a pulpitos sin auditorios, y en dar como alma en pena vueltas de iglesias vacias, entre tantos es-

tropezados y capillas sin luces como sepulcros? Casi era preferible ahorcar los habitos, é irse de profesor seglar á cualquier colegio; procurando perder los últimos resabios escolásticos, y borrar hasta el recuerdo de las órdenes menores recibidas, dejarse la barba para no llevar el aspecto de sevillita joven que tenia quitarse aquella sotana que le embarazaba los movimientos; tratar de que nadie sospechase que habia estado en un seminario conciliar, ni de paje con un Obispo.

Sin embargo en su espíritu juvenil, se levantaban temores y resistencias contra tentaciones tan abominables. ¡Qué deserción tan cobarde la vuelta del destruido ejército de Cristo! ¡Qué fuga tan vergonzosa! ¡No era para él obligado morir en la trinchera, como su protector el Santo Prelado, que no quiso transigir con el siglo y acababa sus dias en aquel viejo palacio sin entregar las llaves de la fortaleza, sitiado por hambre, pobre y paralítico? Y un viejo moribundo ¿habria tenido valor para ~~pedir~~ luchar tan heroicamente y el

soldado nuevo y brioso ¿se rendiría
su lucha?

A estos viriles arranques, se cubrían de nuevo su rostro de espíritu otras dudas y desfallecimientos ¡luchar! pero ¿solo? ¿con qué armas, con que recursos con que auxilios? ¿Por ventura, no se había ya librado durante largos siglos la batalla, y no estaba ya decidida la victoria? ¿pero habrían sido ellos los soldados de Cristo, arrollados, diezmados, aniquilados en el trascurso de los tiempos, hasta quedar reducidos a rarísimos ejemplares, como los que en una nueva época geológica pudieron quedar de la anterior, después de los cataclismos que sepultaron sus flores y sus faunas? El talvez el único superviviente, después que su querido Prelado pallesiera ¿debía de ser el llamado el escogido, por Dios para la reconstitución de su iglesia, el angel que pelearía por boca Juan que llevaría el Evangelio de nuevo a todos los reinos y lenguas de la tierra?

"Yo no soy digno," decía en el interior de su conciencia el humilde pago, no soy digno Señor de esa predilección y de esa obra grandiosa, y caía de

dillas a las plantas del Obispo, arrasados en lágrimas los ojos, basando en mente suposición su anillo apostólico; y así permanecía con la cabeza abismada, sollozante, como un niño abrazado a las rodillas del Prelado, buscando inspiración y consejo, respuesta á sus preguntas mentales, solución á su problema íntimo que no se atrevía siquiera á exponer con palabras.

El pobre Obispo consolábale así, viéndole enternecido por afecto y piedad y le dirigía frases balbucientes de persuasión, para tranquilizarle, para convencerle de que no se moriría tan pronto; porque antes tenía que oir el cuchicheo nuevo, y ver el ángel pronunciado bajar para reevangelizar al mundo. La palabra del Señor no podía faltar; antes desaparecerían el sol y la luna, y la luz creada el primer día por el portentoso "fiat."

Pero una tarde, la muerte llegó ante el buen Prelado, sin que hubiera logrado sonsacar aquel asunto, ni apareció aquella visión angelical; y al

sentir empañados sus ojos por una
niebla espesa interna, al palpar la
cabeza de su fiel servidor sollozante
entre sus rodillas, no pudiendo pen-
sar que la palabra de Dios faltara,
creyó que el cántico nuevo era aquel
sollozo, y que el ángel bajado del cielo
para evangelizar a las gentes era el al-
ma de aquel diácono anegada de dolor;
y hacia también de divinas inspira-
ciones, y en los momentos supremos de
su agonía, le ungió sacerdote, y le dijo
como Cristo a sus discípulos: "Ve y pre-
dica el Evangelio a todas las gentes!" Y el
nuevo Ministro del Señor, como si es-
cuchara un mandato de su Dios, una
respuesta del Espíritu Santo a la muda
interrogación que se hacía, irguió fervo-
rosamente, bendijo los pies de su Obispo muer-
to, que semejaba una estátua de arena
fina, y levantándose, y dirigiendo
la mirada hacia la Catedral fronteriza,
tuvo un rugido y un esfuerzo de vo-
luntad para sacudir su marasmo; y
en el instante aquel las campanas de-
sentumecidas de su ropor empezaron
con a doblar; y sus toques a muerto pa

recerou ser para el abandonado culto cristiano el primer toque de "resurrexit,"

Capítulo 2º
Las Catacumbas

El piadoso diácono enterró á su Obispo en la Catedral. Él solo le amortajó con un hábito de San Francisco, y le llevó á cuestas desde el palacio episcopal en la obscuridad de la noche; pues no quiso que manos impías lo profanasen. Con extraordinarios sobre humanos, levantó la piedra de la cripta en cuya honduras estaban los mausoleos de los antiguos Obispos de Medina Almaria. Allí le depositó en tre ellos, en un sarcofago vacio; y veló toda la noche al cadáver en la obscuridad de aquellas catacumbas, oyendo el alto doblar de las campanas, que parecian volteadas en la torre, por espíritus invisibles

Sobre él, se alzaba la bóveda de la cripta de piedra berroqueña ennegrecida por los centurias; encima de ella esta

ba el pavimento de la catedral, y de él arrancaban las robustas columnas sustentadoras de los arcos ojivales, que entrelazados como ramas de un bosque, cobijaban esbeltos y grandiosos las capillas y los retablos, los cuadros de las hornacinas, el Cristo del altar mayor, y la bella Purísima de alabastro. Toda aquella inmensa pesadumbre gravitaba sobre él, y sin embargo, sentíase ligero y firme sin que le abrumasen sus moles, ni le aterrara su negrura.

¿Qué era esto un símbolo del peso con que su Dios quería cargarle, y de la fuerza que le daría para soportarlo? Así Pedro iba a ser elegido piedra angular de la Iglesia; sobre aquella piedra de un humilde pescador habíase levantado la construcción grandiosa de veinte siglos con todos sus templos de diversos pueblos y con todos sus cuadros de catedrales góticas, bizantinas, y románicas; con todos sus púlpitos rodeados de multitudes fervorosas, con toda la pesadumbre de un universo creyente.

¿Y él, no se conmovería de ser elegido para una campaña semejante; admiraba todos los designios de Dios que ha

con fuertes a los débiles, y altiva a los humildes; y pudia desde el fondo de aquella sima, morada de la muerte, una ley que le guiara para su obra de reconquista y de vida.

Oró y oró ante las tumbas de aquellos Príncipes de la iglesia, de cuya aquella larga noche de angustia consagró a su Prelado y protector las lágrimas de su duelo, y las plegarias de su espíritu; y allí arrodillado en las tinieblas, sin que le espantase el sordo ruido de los gusanos de las sepulturas, ni la tétrica figura de la muerte que por todos lados le hacia su horrible mueca, hubiera estado un siglo lo mismo que un minuto, si la primera claridad del alba entrando por los ventanajes góticos, no le hubiese enviado un blanquizco reflejo por la abertura de la ermita, contorneando las sepulturas, y anunciando a sus ojos extáticos que la noche del dolor habia pasado, y comenzaba el dia de la actividad siendo ya hora de dejar al muerto con los muertos.

Salió pues de su retiro lacrimoso

6/

Besó las sandalias del aquel obispo difunto, dejando caer sobre él la pesada losa de su sepulcro; e irguiéndose y mirando hacia arriba subió los estrechos, peldaños de la cripta aquella, la cerró como estaba, y se dirigió por las desiertas naves de la catedral donde la luz matutina pugnaba por entrar a través de las sucias vidrieras de colores, resucitándose obra de Dios, y yendo a caer piadosa sobre el Cristo tallado del altar.

El templo estaba frío y descolorido, los pisadas del diácono resonaban en su inmensa hospedad como un eco desacostumbrado, y los murciélagos sorprendidos en los repliegues de las columnas y de los arcos, volaban a esconderse en las capillas como en refugios mas seguros.

Allí estaba el altar mayor sin servidores; sucio él la silleria del coro con sus asientos carcomidos y empolvados: el gigantesco facistol, sin el libro de los sagrados versículos, y la verja cerrada como la de un panteón.

¿Como así abandonado el Tabernáculo

culo de la vida eterna? ¿A dónde habían ido a buscar el pan del alma y de la salvación los hijos de Adán, redimidos por la Sangre de Jesucristo? ¿Y había un sacerdote ante Él sin rendirle el debido culto, y sin apresurarse á celebrar el sagrado misterio? ¡No; no debía ser así; y el diácono después de caer de hinojos ante el altar, corrió á la sacristía á buscar las sagradas vestiduras, y abrió aquellos armarios vetustos en que se guardaban aquellas, y sacó las primeras que halló á mano, sin reparar en el color, en los preceptos de la liturgia, y se revistió de ellas; y cogió el abandonado cáliz y salió resuelto á celebrar el santo oficio de la misa, solo, sin ayudantes, sin fieles, subiendo fervoroso las gradas de aquel altar, y reanudó en él los interrumpidos oficios.

Dijo el introito, leyó los primeros versículos del Evangelio que allí estaba todavía en el abierto libro, recalentó el templo con mayor luz co

uno se le alegraba de la reconstitución de su culto, y al volverse para pronunciar el primer "Dominus vobiscum" temeroso de que no hubiera quien lo a quien fuera aplicable, halló y vió con sorpresa ante él arrodillada a aquella anciana, última devota que al alba y al Angelus, iba a la catedral a rezar sus preces

La Misa siguió su ritual conducto de unción y arrobamiento. En las viejas naves abandonadas en un ángulo de la basílica aun quedaba un poco de vino que con agua y convertían en sangre del Cordero; y entre los paños del cáliz una hostia esperaba su transubstanciación en cuerpo de Cristo. El diácono temblo al consagrarlos entre sus manos en aquella su primera Misa cantada, sin padrinos, sin sermón laudatorio, y sin alegres repiques. Sobre la torre del templo no flotaba su bandera en señal de regocijo; ni estruendosos voladores anunciaban en la ciudad la misa de un sacerdote; ¡Qué importaba! Eran llegados los tiempos de abandonar todo

lo supérfluo y aparatoso, y corra grasse a lo esencial de la Religión: y allí lo esencial, era aquella misa semejante a la de los primeros cristianos en las catacumbas ignorada de la Roma gentil; pero que al cabo se impondría a ella.

Cuando el diácono concluyó, y arrodillóse con el cáliz entre las manos para rezar las últimas Avemarías, el sol había pasado las empolvadas cristaleras ~~de góticas~~ de la torre, y caía destechos en lluvia de colores sobre el interior de la catedral resucitador. Al bajar el sacerdote del Presbiterio, la vieja se levantó le pidió la mano para besársela, y le dijo con suprema expresión de anhelo pero roto: "¡quiero confesar!"

El diácono despejóse en la derecha sacristía de sus estropeados ~~vestiduras~~ y dirigiéndose al confesionario abrió la reglilla, y esperó un momento. La vieja, acercando penosamente, llegó, se postró de hinojos,

y comenzó con voz temblorosa la confesión de sus culpas. "Padre dijo, hace mucho tiempo que espero a un Ministro del Señor para descargar mi conciencia; tengo un pecado terrible que pesa sobre mí y me acongoja. Soy culpable de la perdición de mi hija. Descuidé su crianza, me esclavicé á sus caprichos, abrí la mano á todos sus deseos, y huyó de mi lado donde solo pobreza y estrechez podía encontrar. Y después de rodar por el mundo hoy se arrastra en una vergonzosa. Era hermosa; yo enorgullecida con su belleza creí poder sacarla de su esfera humilde, gasté en ella mis recursos la vestí y adorné lo mejor que pude, y ésto en vez de enaltecerla la ha perdido.. Me arrepiento Padre de mi pecado."

Grande es, dijo el diácono; pero más grande es la divina piedad. Perdonada estais buena mujer; más no basta eso. Es preciso arrancar las raices de la culpa y sus brotes, igualmente. Después de redimirte de ella, haz que re-

conquistar tu hija para Dios. Dime quién és, y donde está.

Padre, respondió la vieja: mi hija es la hija del antiguo campanero de esta Catedral: yo soy la viuda de él; y aquí vivimos en el muro de esa torre que tiene una puerta cilla abierta al exterior, y unas escaleras interminables que llevan hasta las campanas. Mi hija se llamaba Celia; ahora no sé que nombre habrá tomado en el mundo. Su padre murió de pesar al saber su fuga y yo he resistido por la divina clemencia hasta hoy, viviendo mis sabbes sola en el interior de esa torre, y viniendo por tardes y mañanas aquí á rogar al señor perdón de mis flaquezas. Sera imposible arrancar á mi Celia de su vida de libertinaje. Mil veces lo intenté sin conseguirlo: yo sé el lugar en donde se halla; pero á que vamos á llamar inútilmente á su puerta...

Nada es imposible para Dios, dijo el sacerdote. No soy yo, es él

quieren me mando borrar el pecado de la tierra: iré donde el pecado se halle, y arrebataré a Satanás su víctima.

¿Padre, replicó la anciana, esas manos santificadas por la sagrada Hostia se atreverán a llamar a la mancebía y a arrancar de ella a la mujer perdida del lupanar.?

Jesucristo mando al pastor dejar todo el rebaño é ir por el cordero extraviado. Las manos que santifican y transfiguran el pan y el vino, bien pueden emplearse en tocar el corazon a un malvado para convertirle.

Á estas palabras, el sacerdote se levantó del confesionario, y cogiendo suavemente á la vieja de un brazo añadió con voz apremiante. Aguarde un minuto más; no hay tiempo que perder cuando se trata de ganar un alma; vamos.

Salieron de la Catedral. La luz la inundaba ya regocijadamente, los santos de los retablos parecian reanimados, y la imagen de la Purísima elevaba los ojos estáticos, y palpitaba como si no fue

ra de marmol frio; y el Cristo del altar mayor habia trocado su dolorida por de hombre muerto semejante al lienzo de Velazquez en hermosa arrogante martirizada escultura de un Dios inmortal de perdon, de piedad y de promesas de bienaventuranza como el de la pintura de Murillo.

Medina Almaria salia de su sueño tambien; del sueño lubrico de sus nocturnas fiestas, de sus banquetas y de sus orgias. Eran los dias del Carnaval; y las muchedumbres habian agotado los sensuales placeres de la noche y comenzaban á abrir los ojos mustios, y á bullir tambaleándose por calles y plazas. Allá se oia el chirrido de la puerta que abriase para dar paso al beodo trasnochador; acá el chasquido del látigo bajo cuyo que despedia en el portal la mentirosa á su amante; acullá el tintineo del carro que arrastraba las inmundicias de la materia dejando dentro de los albergues las del espíritu; y todo esto era cortado por los gritos de los ven

dores madrugueros, por el ruido del tráfico que se reanudaba, por el rojizo de las maquinas de los talleres que arrojaban columnas de vapor de sus chimeneas, por el trasiego de la vida obrera, primera en despertar, en aquella ciudad de fábricas y puertos y dársenas y movimiento mercantil asombroso.

La vieja apoyada en el diácono, cruzó la gran plaza de los tres edificios existentes, en cuyo centro se alzaba, destacada esculpida en gigantesco mármol negro sobre un basamento de granito, la estatua del libre pensamiento, con rostro de Lucbel, y alas de ángel

La vieja mirando al palacio episcopal exclamó llorar amargamente. Allí estará dijo solo entre cuatro cirios el cuerpo de nuestro Obispo. He visto morir en su salón desmantelado; le he visto desde el tragaluz de mi dormitorio que en el piso segundo de la torre da enfrente. Al rayo del sol que se ponía, le miré inclinar la cabeza

para siempre, y tocando fuerzas de flaqueza, corrí al campanario agarré las cuerdas de las campanas y tiraba de ellas pero logré hacer que doblaran por nuestro buen Pastor difunto, diciendome porque quedaran muchas en esa gran desgracia; toda la noche las he hecho tocar por él, hasta caer vencida y exánime. El diácono no supo decir palabra, se asombró de que tan débil brazo las había hecho voltear tan de continuo.

De los árboles de las grandes vías pendían unas cintas de las serpentinas; el resto estaba cubierto de confetis, y todo parecía indicar que la tarde y la noche primera del Carnaval, habían sido animadas y turbulentas. Aquellos lazos diabólicos de múltiples colores se tendían de balcon a balcon se cruzaban en largas madejas por todas partes, formaban una red inmensa que aprisionaba a la ciudad y que tendía caprichosos toldos sobre las calles y las plazas.

La anciana y el diácono cruzaron

bajo esos pabellones tejidos por el descuido, hollando aquellas alfombras de pajillos de colores que se tendían por las vías, cerrando los oídos á las burlas y á los insultos de los cursores, que miraban irritados pasar junto á ellos una sotana; caminando por el arroyo para no ser arrojados de las aceras por los cínicos transeuntes; y así salvaron la parte mas populosa de Medina Alcaria entrando en una calle donde á los confetis y las serpentinas esparcidos y acumulados por todos los balcones se alcanzaban vistosos estandartes desplegados ——— por las mascaradas y estudiantinas; y tras por escandalosos de la saturnal bacanal aquella calle lúbrica y chocarriquesca, donde de allá rozaban los cantos obscenos y las voceras de las parrandas, ostentábase gallardo y coquetón el edificio habitado por Celia.

Estaba construido á estilo pompeyano, con su puerta de clavos dorados, y de tiradores de anilla y sus colum ×
nas de ——— mármoles. Solo faltaba la insignia del dios lúbrico en el frontispicio; y las lamparillas romanas colocadas

das sobre candelabros de tres pies de garra de leon, pero no se echaba — de menos el impluvium, fuente central donde iban á bañarse en el estío, á pleno sol, las sacerdotisas de Venus, y á remedar en grupos lascivos, la salida de la diosa en una concha entre la espuma del mar.

La puerta estaba cerrada las ninfas dormian en brazos de sus faunos y sátiros, ó á solas en sus cubículas, después de una larga velada de orgía tempestuosa. Dentro de poco resonaria el chorro de agua de la fuente que saltaba á la altura en caprichosos juegos, y cantarian en sus jaulas doradas los pájaros mas melodiosos.

El diácono llamó con tres golpes á la puerta, dejando á la vieja en la gradería de la entrada, acurrucada y llorosa. Al tercer golpe la puerta giró sobre sus goznes, y se abrió á medias nada mas. Resuelto, sin vacilar el sacerdote, penetró por ella á la adormilada portera.

Celia acababa de levantarse.

y en su elegante cubículo rodeada de pabellones de seda y espejos venecianos sobre un tocador lleno de frascos de perfumes y cubierto de flores é idolillos, estaba medio desnuda con las madejas del dorado cabello sueltas, y flotantes como ondas parecidoras.

Así salió al requerimiento del recien llegado, y fué grande su sorpresa al ver en aquel atrio pagano y ante aquella concha de Venus, en que ella solia refrigerarse, un joven sacerdote en pié, y con la mirada dominadora.

Jamás un Ministro del Señor había intentado franquear aquellos umbrales. Los pocos ejemplares de sacerdotes que quedaban en el mundo eran harto timoratos para acudir á buscar á sus grutas nuevas á las hijas de Pafos, ni intentar arrancarlas de sus goces. Así es que Celia quedó aturdida, sin saber qué quería de ella aquel joven vestido de sotana; y por un movimiento instintivo, recogió su vesti

dura y tapó sus desnudeces.

Vengo por ti, en nombre de Jesucristo, dijo el diácono. Él me ha enviado, sale tu vida de perdición, y quiere que á él tornes. El peso de tus culpas no es tan grande como el poder de su misericordia. Vuelve á tu hogar hija extraviada: vuelve á tu Dios, cristiana pervertida.

Celia, no supo qué responder: y aterrada por estas palabras dichas con tanto vehemencia, retrocedió hacia un angulo del atrio junto á una estatua de Dionisio. Cupido.

"No huyas impía", prosiguió el sacerdote: huyes de tu bien, huyes de tu salvacion, y quien sabe si tus horas estan contadas; tú eres buena, por que toda mujer es buena, pero eres flaca en las obras, por que toda mujer lo es. Haz un esfuerzo de voluntad, y sigueme.

Celia habia quedado como hipnotizada oyendo la voz y la mirada imperiosa del diácono, no pudiendo articular palabra, ni resolviendose á salir de su morada de placeres, huyó definitivamente por el peristilo á su.

jugarse en el acuerdo y luego pasó á esconderse en las guirnaldas de los jardines, ~~El adyruados de diario dejo~~ flores.

"Todos los días volveré por tí, y daré tres golpes á tu puerta, hasta que resuenen en tu corazon, exclamó el dios con voz sonora; y tal que pudo llegar á los oidos de la fugitiva; y salió de allí avergonzado por el fracaso pero no desesperanzado del triunfo.

La puerta se cerró y las asustadas sacerdotisas de Citherea que habian presenciado ocultas la escena brevísima, no atrevieron á acudir en defensa de Celia respiraron libremente, y salieron de sus escondites sosteniendo á la compañera que parecia una escultura sin pedestal, que hubiese perdido el equilibrio

Capitulo 3º
~~La Hetaira~~
La Hetaira

Todos los días despertaba sobresaltada Celia, por tres golpes sonoros dados en la puerta de su gineceo. Esta no se abrió más á aquel llamamiento.

pero los golpes iban poco a poco penetrando en su alma.

¿Lucía sería aquel joven sacerdote de estropeadas vestiduras, de sandalias rotas, y de largas melenas que le había hablado en nombre de Jesucristo?

¿Por qué aquella persistencia en llamar a su puerta para arrancarla de sus placeres?

¿Había aún en el mundo un confesor de la fé cristiana que ya todos tenían por desaparecida como una última superstición?

Célia, había encontrado bello y atractivo aquel raro ejemplar de religioso y apóstol. Aunque le había vituperado su vicio, ella no le odiaba porque las palabras de sus labios eran de caridad y perdón.

¡Qué diferente de los otros hombres que la buscaban! Seres perversos, crueles, blasfemos, la elegían como una esclava blanca, para hacer

sus apetitos; sin exhalar un ape
to, una frase de verdadero amor; sin
tener un momento de ternura y
compasión para ella.

Y sin embargo, aquel enviado
del cielo, era más hermoso que los otros,
más joven, más ardiente, más amo
roso todavía, aunque su fuego y su
amor venían de otra llama.

Celia cerraba los ojos, para no ver
su figura en el atrio, cuando pasaba
hacia el impluvium. En pleno día
con pleno sol, el fantasma piadoso
se le presentaba como si hubiera sal
vado en el espíritu la cerrada puerta,
para verter en sus oídos aquellas pa
labras suaves y energicas a saber, "Ven
go por ti".

Entristecida la beldad ya no se
adornaba victoriosamente como antes,
ni iba de las gentes, y escondíase entre
olas y en los jardines. Sus compañe
ras la miraban pasar, temblorosa
y desmelenada, y llegaron a temer
por su razón.

No dormía apenas, pues

rando en el pantanoso de alma blanca y de negra vestidura. Cuando el recuerdo la rendía sus lagrimas corrían sus retenidas ya por la voluntad; y despertaba con la almohada humeda y los ojos sonrojecidos

Era una obsesion; hubiera dado sus ricos cofrecillos de joyas por poder seguir a aquel hombre que la había fascinado

Oro era ciertamente que se sintiese atraida por su antigua fé ~~largos~~ años borrada de su conciencia sin que la oracion asomase a sus labios, ni la imagen de su Cristo se presentara a sus ojos. Habían embotado su sentido religioso y todos los sermones no hubieran sido inútiles para convertirla.

Era más bien la influencia personal, el calor de aquel arranque, el amor personificado en aquel jóven virgente, lo que la dominaba Hubiera querido seguirle por escuchar su voz; para leer lo no-

sobrehumano que brillaba en sus ojos.

Llegó a despreciar y aborrecer con toda su alma a los demás hombres, a sus galanteadores, a sus amigos, a sus amantes, y a concentrar su pensamiento en el diácono.

Un día, no pudo resistir más: se levantó temprano, aprovechó el sueño de sus compañeras, y el de la portera que dormitaba ~~cerca~~ a la entrada; abrió la puerta ~~luego~~ antes ~~que~~ de que sonaran los tres golpes que ya repercutían en su corazón, y envuelta en un manto oscuro que halló a mano huyó por las calles casi desiertas de Medina Almaría, sin saber a donde dirigirse completamente fuera de sí.

Vagando a la ventura llegó ~~llegó~~ a la plaza de la gran catedral de mármol negro. Sus ojos se fijaron en la torre cuadrada de la catedral que sostenía el campanario. Allí en el hueco de aquella ~~torre~~ torre ——————

había pasado los días de su niñez jugando en los jardines de alrededor, viendo a la cigüeña, desde donde se oía

miraba la ciudad toda, o al lado de su familia en las velada de aquel estrecho cubil; feliz y risueña por que aun no conocía las tempestades del mundo. Su padre no existía ya; su madre a quien desvojó varias veces había muerto tal vez ~~también~~ y no se atrevió a llamar a la puertecilla de aquella torre, por temor de que las sombras airadas de sus progenitores la rechazaran y la maldijeran.

La catedral tenía la ~~puerta~~ abierta como los brazos de su Cristo. Celia entró y lo primero que vio en el altar de enfrente fue la Virgen de alabastro, a la que había consagrado de niña sus oraciones. Arrodillóse ante ella, y quiso rezar una salve; pero en vano por que ya no se acordaba de las palabras de aquella angélica salutación.

Miró, y buscó por todas partes la figura del diácono. No había nadie; solo allá lejos por la puer

ta de los perdones vió salir a una encorvada vieja. Cuando quiso buscarla para preguntarle, la había ya desaparecido. Siguió por la inmensa nave de la derecha asentada del adarto con los santos, y vió que las capillas estaban desiertas también. Por fin tropezó con la puerta de la sacristía, y oyó rumor de pasos dentro de ella.

Avanzó allí, pero quedó sin valor para penetrar. Dentro estaba el apostol de su redención. Acababa de despojarse de la estola después de dicha la misa, y había cogido el breviario. Al oir ruido en la puerta volvió, y se encontró frente a frente con Celia.

Ya sabía yo que vendrías dijo con acento de convicción firme, pero suave. Esta es tu casa, la casa del Señor, es la de sus hijos; siempre está abierta a la indulgencia y al amor para sus criaturas.

Celia estaba pálida como una muerta; el manto raido en que se envolvía no amenguaba su hermosura; sus ojos agrandados por el espanto, tenían una expresión indefinible.

Entra, dijo el diácono, y arrodillate

y confesia tus culpas. Yo tengo poder para desatarlas y disolverlas, como el agua disuelve la sal.

Celia dió un paso más y se apoyó contra el quicio de la puerta detrás de un gran hoja de roble; entonces soltando las puntas de su manto que se cruzaban sobre su busto, comenzó á llorar, cubriéndose con las manos el semblante.

Quedó al descubierto su flotante cabellera rubia caudal de sus bellas formas, y sus brazos desnudos ocultando su avergonzado rostro resplandecieron como los mármoles penthélicos de las estatuas griegas.

El sacerdote sintió un horrible escalofrio; bajó los ojos al suelo, y con voz balbuciente preguntó:

¿Qué quieres, estás herida?

Celia se estremeció al oir balbucear al dia como; levantó la cabeza de diosa pagana y clavando en él una mirada ardiente gritó exclamó:

¡Vengo en tu busca!

Dirás en busca de Cristo, interrumpió.

el sacerdote; yo no soy nadie, no soy nada sino un eco de él. Por su boca te hablo. Yo soy polvo de la tierra.

Celia se decidió a entrar, y su aspecto le pareció el de una bella leoparda que cautelosa vá sobre su presa.

El diácono, fortalecido por una mental oración, la dejó llegar cerca de él. Estaba hermosa con aquella túnica —mal ceñida con aquellos brazos de alabastro desnudos, y aquella cabeza de deidad olímpica sacudiendo los rectos cabellos.

Vengo en tu busca repitió, y quiero besar tus sandalias.

Oró y respondió él, besa los pies de ese Cristo; y señaló otra gran escultura de cuerpo entero ~~de~~ clavada a una pared de la sacristía.

Déjame grito Celia avanzando hacia el diácono; pero este retrocediendo hacia la pared en que el Cristo estaba se abrazó a la Cruz como el náufrago a un madero salvador.

En aquel momento, Celia no supo

decido contener la explosión de su crisis nerviosa, abrió los brazos y cayó al suelo desmayada en cruz ante la Cruz aguella, y ante el atribulado sacerdote.

Este dejó su refugio y cogiendo en sus dos manos agua bendita de la pila central de la sacristía, roció el rostro de la histérica rezando fervorosamente.

Al cabo de un momento, abrió ella los ojos y se incorporó. Sentada sobre el suelo volvió á sollozar con amargura

Hija de la culpa, exclamó, ya dueño de sí el diácono, llora, deja correr las fuentes de tus lágrimas que era es agua del Jordán que purifica.

Oyeme: nuestro cuerpo es barro, barro brillante cuya forma dura muy poco y que al cabo se deshace en polvo inmundo. La pasión es fuego, calor de esa axilla que nos turba las altas potencias del alma. Pensemos en lo eterno y rechacemos lo perecedero y efímero. Odiemos en cada instante de la

vida como si hubiesemos de el de no
ver en él.-

Celia se levantó dificultosamente tambaleándose, estaba más ronca; de sus bellos ojos habían desaparecido los rayos de la tempestad.

Padre, dijo cambiando de tono con voz débil y acongojada, vuestras palabras han calmado mi espíritu ¿pero he de hacer para pensar solo en lo eterno y obrar como si hubiera de morir á cada instante?

Borrar tu vida pasada respondió el diácono con el arrepentimiento y la penitencia. Ven arrójate á los pies de ese Cristo, porque yo no veo más que un Ministro suyo, y donde está él que ha perdonar directamente. Muevase en tu corazon la fé de tus padres que no está muerta sino adormecida. Reza con aquellas palabras que tu santa madre te enseñó cuando eras niña entre su regazo, y que ese llanto que ha brotado de tus ojos corra por tu corazon para lavarle de sus manchas y ahogar sus concupiscencias.

Celia poseida de extraordinaria

temblor avanzó, y arrojóse a los pies del Cristo, besándolos fervorosamente. y allí con la cabeza apoyada en ellos como otra Santa María de Magdala dejó correr abundantemente los raudales de su llanto. La olvidada oración acudió á sus labios, como recien aprendida; el pasado de su existencia pareció sumergirse en aquel mar de lágrimas purificadoras, y entre sus angustias se la oyó nombrar á la querida madre y pedir el perdon de ella

El ~~sacerdote~~ sacerdote quiso en esto ser un intermediario del Cristo y para completar la obra redentora, y dejar que siguiera en su contricion la penitente, salió sin ruido de la sacristía, y corrió al hueco de la torre del campanario á buscar a la madre de Celia

Esta se hallaba enferma y casi imposibilitada. Levántate y anda dijo el sacerdote como Cristo á Lázaro; y añadió la pobre vieja apenas podia moverse, cuando el ~~sacerdote~~ sacerdote le repitió que iba á abrazar á su hija se

dirida, hizo un supremo esfuerzo, abrió y apoyada en él salió del hueco de la torre, y se dirigió a la sacristía por las naves de la catedral.

Celia continuaba su confesión con el Cristo, en medio de sollozos entrecortados.

—Madre he ahí tu hija —exclamó el ~~sacerdote~~ sacerdote señalándosela; hija, he ahí a tu madre. Al volverse los dos y reconocerse se abrazaron estrechamente, y se apretaron con locura tal que parecían confundirse en una sola persona.

—Estás perdonada dijo el ~~sacerdote~~ sacerdote a Celia.

—Padre, respondió ella, quiero una penitencia que cumplir.

—La tendrás respondió él, pero de esas que fortifican en el bien y te hagan, que tal es el sentido de la verdadera mortificación cristiana. Toda obra inspirada en Cristo, ha de ser fecunda, no solo para nosotros sino para los demás. De qué serviría que te ciñeras el cilicio o martirizaras tu cuerpo, si todo a ti te alcanzaban los efectos de ese dolor

Jesucristo no murió por sí; murió por los demás; su vocación debe ser nuestro ejemplo vivo.

Escucha Celia, prosiguió después de una pausa; tu penitencia ha de ser un trabajo salvador, una lucha fortificadora y redentora. Saliste de la mansión de la culpa; pero dejaste en ella otras víctimas. Vuelve a tu ginieco a rescatarlas; vuelve purificada, y sé ejemplo vivo de lo que puede nuestra caridad. No te arredren las befas ni los insultos; firme en tu fe, arrostralo todo por Cristo, y haz que la llama de tu conversión prenda en aquellas estancias e ilumine aquel antro.

Celia estaba asombrada de penitencia semejante. Ella hubiera huido del mundo, hubiera entrado en un convento, hubiera consagrado el resto de sus días a la oración y al ayuno; pero el ~~diacono~~ sacerdote le mandaba otra cosa. Ir al ginieco, y abrasarlo en el fuego de la fe y de la caridad cristianas.

La madre de Celia no pudo menos de sentir un secreto temor, y de temer un pensamiento egoista, ¿no sería mejor dijo al diácono que mi hija quedase conmigo, asistiéndome en mis achaques, y consolándome en mis dolores?

¡Oh pobre mujer exclamó el ~~sacerdote~~ diácono. Dios manda seguirle a él, dejando al padre y a la madre; cada hijo de Cristo tiene que ser un soldado valeroso arrancado a su hogar, que vuela denodado al combate. ¿Qué pasaría si cada cual se encerrase en su concha con que fuese para perfeccionarse y orar? Dios pocos se salvarían, el resto del mundo sería perdido para Dios. Así por tales caminos equivocados, se ha desprendido de nuestros brazos el Orbe; y hoy es fuerza sacrificar para volverlo a ganar. Vuela ¡oh Celia! a tu ginneco a cumplir tu deber; que tu madre queda a solas con su Dios.

La hetairida, abrazó y besó a la asombrada vieja que vertía lágrimas abundantes de sus ojos tristes: ambas lloraron

jiectas, apretadas un momento. Enseguida Celia besó la mano del sacerdote, y recogiendo el derramado manto y arrebujándose en él, salió de la sacristía, pasó rapida por las naves de la Catedral, donde los santos parecían desarrugar su ceño adusto, y salvando la gran portada corinthia de columnas estriadas y angelones rotos, se perdió como una exhalacion por el dédalo de las vías.

Capitulo IV.

El Apostolado.

Dionisio, que así se llamaba el diácono vivió aquellos días solitario en su celda del palacio episcopal. Cumplidos sus deberes piadosos con el difunto obispo, restablecido el culto cristiano, y purificada la primera conversion de aquella segunda Magdalena pecadora, el espíritu del joven sacerdote antes contemplativo y estudioso, que le había lle-

vado a emplear mis mejores años en la oración y los asiduas lecturas, trocose en activo, y ejecutor como si una fiebre de apostolado le devorase.

Yo estaba seguro de que la fé sin las obras, no es eficaz para la salvación propia, ni para la salvación de los demás; y por otra parte si él no operaba ¿quien en aquel desolado cristianismo podría levantar las piedras de los derribados muros?

Era preciso bajar como el Angel, profetizado por San Juan, a recristianizar el mundo, ir a predicar de nuevo el Evangelio; pero además también a practicarle; porque el éxito de la doctrina de Jesucristo no había consistido solo en su predicación, sino en que su Divino Maestro vivió y murió realizándola. El sermon de la Montaña por sí solo, no hubiera sido más que una hermosa invocación de las bienaventuranzas; pero con los actos de Cristo, poniendolas por obra, exaltando a los pobres de espíritu, consolando a los que lloraban, apaciguando a los que tenían hambre y sed de justicia, ejecutando con todos su mi

misericordia, presentándose a todos limpio de corazon, los que arrastraron tras él las nubes de nubes.

Y la prueba esa patente; los Apóstoles, los santos, los martires, han bien seguido realizando la doctrina de Cristo, y ésta se fué extendiendo por el mundo hasta llenarlo y dominarlo: y despues cuando apesar de se guir igual las predicaciones faltaron las obras, los ejemplos, las practicas verdaderas de aquellas divinas enseñanzas, todo habia ido disgregándose y separando, sin fuerza de vida, y sin cohesion hasta pasar en una completa ruina.

Habia pues, que volver sobre los primeros pasos; inspirarse en los primeros Apostoles, predicar y practicar a la vez; y si era posible predicar mas con la accion que con la palabra, tal que esta palabra predicada fuera un corolario de la palabra vivida.

Dionisio con esta idea que creia regeneradora de la derrumbada Iglesia

de Cristo, después de decir su misa diaria en el altar de la Catedral de Pasta, salía como el cazador que busca un día de fortuna a ganar con razones para su causa. No era a las Pascuas solamente, a cuantos él sabía que vivían en el escándalo y del pecado iba a hacerles el llamamiento en nombre de su Dios; su temor a las bofetadas a las repulsas, y así llegaba a los palacios de los grandes, y a los tugurios de los humildes, y la semilla sembrada por su ministerio, unas veces caía en el pudridero, otras en las orillas del camino y algunas en tierra abonada.

Vivía ~~miserablemente~~ miserablemente, observando en esa activa persecución del pecado, y del mal; sus vestiduras iban cada vez más ~~andrajosas~~ estropeadas; sus sandalias se quedaron a pedazos en las vías, y el mismo caía no pocas veces desfallecido de hambre sobre las escalinatas de los templos, y de los jardines como un pordiosero.

No había pensado, ~~que~~ que se había ocupado siquiera en examinar los papeles del Prelado difunto; y en

dra que los registró para ver si entre ellos había algún encargo piadoso, encontró con sorpresa un testamento, en que el Obispo le dejaba heredero de las últimas pil trapas de su arruinados bienes.

Aquellos muebles desvencijados del palacio a que no se atrevió a tocar, aquellas pocas maderas que encontró en el mismo sagrario de la mesa de su protector, y que casi acabaron con sus últimos días aquel pastoral con aquella cruz de oro, y aquella rica portezuela de amatista incrustada del obra do ministerio episcopal; aquellos cuadros de santos y Vírgenes que adornaban únicos el salonsillo y la alcoba todo era raro, inclusso la biblioteca del Palacio que se había salvado también de la encantación regular, y que había formado el último Prelado libro por libro.

Verdaderamente era una irrespirable miseria para aquel pobre sacerdote, que se desayunaba con un mendrugo, y solía comer muchas veces las 20

bras de la vieja del campanario; pero Jesucristo había dicho que para ser perfecto era preciso darlo todo a los pobres y seguirle; y él sin temer gran sorpresa en la angustia de que era un consejo pero no un precepto, convencido mas bien de que el consejo es bueno debe ser precepto, y regla de conducta, y de que aquel no podía menos de ser edificante por orden de Dios mismo, fue vendiendo paulatinamente todos los objetos de aquella herencia, para reunirlo en una suma repartible y entregarlo amorosamente a los necesitados.

Realizó pues muebles y libros, éstos con gran dolor de su alma; vendió los cuadros de las imágenes aquellas, desengastó las piedras del pectoral y del anillo para realizarlas, y lo mismo hizo de la masa informe del oro de aquellas joyas que fundió para que no le quedaran los escrupulos de una profanación; y reunido así todo el dinero de su importe se dirigió a las cuevas de los mendigos que a las afueras de la

Ciudad, sobre un cerro, parecían una inmensa red de mallas, en que la miseria los aprisionaba.

San Marino subiendo a la roca a hacer penitencia, y fundando en ella con sus discípulos un patriarcado que a la postre había de ser una pequeña República superviviente entre muchos reinos e Imperios no andaba más resuelto en la aspera cúspide, que Diocleciano por el cerro de los miserables tugurios ajardinados como los lotes de las solanas en que se alzaban los palacios y bellas casas de Medina Alhamra.

¿Pues? por ventura no eran tan bien almas las de aquellos infelices que además de las miserias del cuerpo padecían las del espíritu? La religion de los pobres debía ir en busca de ellos para darles la salud física y moral, y recibir la efusion de su amor. Así el joven Apostol fué a la montaña de los humildes como

Cristo fué á Nazaret, en busca de la soledad en que había de fermentar su doctrina.

Entró en las cuevas lóbregas, donde se albergaban las andrajosas familias racionadas, sentóse á la cabecera de los enfermos tendidos en jergones, ó en esteras harapientas; dió á los hambrientos el pan de cada día que se habían ya olvidado de pedir por amor de Dios, y derramó con la limosna y la caridad de su asistencia los destellos de la fé amortiguada.

¿En qué pueden creer los pobres, sino creen en Dios y en otra vida mejor que la presente? ¿Qué religión más verdadera para ellos que la que les ensalza y les dignifica, y los proclama hermanos con los reyes y potentados? ¿Qué historia más conmovedora á sus oidos que la del carpintero Josué elegido esposo de la Virgen de Nazaret, y la de esta santa hija del pueblo hecha por la gracia divina madre del Dios vivo? ¿Y qué tesis tuvo más dignos de crédito que el de aquel Apostol que se apareció en medio de los desheredados de Medeira Almería para llevarles con el recuerdo de estas creencias el tributo de su caridad y sus actos magnánimos.

Las mujeres habitantes de aquella roca ——— fueron las primeras en gritar clamarle santo y enviado del cielo; los niños desnudos se cogían a él y le besaban las vestiduras; los enfermos, los tullidos, los ancianos, salían de los huecos de aquellas viviendas troglodíticas para llamarle y bendecirle; y los ciegos derramaban lágrimas de sus ojos muertos, por no poder ver aquel Ministro del Señor.

Pronto mil leyendas piadosas se formaron en torno de él. Jurien le había visto bajar de las nubes, y posarse en aquella cumbre donde no querían ~~posar~~ parar ni los pájaros. Jurien, subió trabajosamente desde la orilla del mar a que daba vista el peñasco como si aquel ángel vestido de sotana hubiera venido de lejanos países en un bajel invisible. Muchos le seguían cuando se alejaba después de verter el bálsamo de sus buenas obras, y le veían entrar en la ciudad y esconderse misteriosamente en el recinto Palacio.

Es un rico portentado hasta monje, decían muchos de los agradecidos de su séquito: es el alma del último Obispo muerto,

decían otros, que sale como las almas buenas desplegando sus alas á la luz del sol, y luego a la noche vá á recogerse en su ataud. Es un brujo convertido a Dios, pensaban muchos apegados aún a viejas supersticiones.

Dionisio solo decía que él no era sino discípulo de su Dios, una mano intermediaria entre los hombres y Cristo. Pero era mano era benéfica y enjugaba lágrimas y calmaba humanos dolores.

Un día le ocurrió al diácono otro pensamiento caritativo. El dinero se le iba agotando con sus dádivas, y esto le congojaba: pero meditando en los lóbregos agujeros en que vivía aquella tribu de humildes y en la larga caminata que tenía que emprender para implorar la caridad pública en Medina Rimaria y dedicarse allí a sus pobres pasos, pensó en trasladarlos al centro de la Ciudad, y darles habitaciones salubres. Con sus propias manos amasó el yeso, e hizo las reformas indispensables y les llamó tras de sí y les instaló a todos en el Palacio episcopal hecho ruinas, y en los múltiples aposentos del seminario.

Aquello conmovió a la Ciudad entera

¡Quién era aquel joven salido del repliegue de una tumba, último sacerdote de una Religión muerta que tendría su mano bienhechora a tanto miserable? Los ricos se sintieron sonrojados por no haber hecho otro tanto en su filantropía sociológica, y hasta el mismo Municipio de Medina Almaría discutió el caso acaloradamente.

La curiosidad, madre de muchos vicios, suele serlo también de algunos bienes y virtudes; y pronto corrió la noticia entre las clases obreras cuyos últimos parias eran aquellos mendigos y semi-esclavos. Todos querían conocer al nuevo Apóstol que huía de las miradas de las gentes, ofendido en su modestia, y temeroso de que le estropearan su obra.

Para verle era preciso entrar en aquella catedral antes desierta, en las primeras horas de la mañana, cuando ya había revestido de los ornamentos sagrados para decir su obligada misa. Entonces corrían al sagrado templo cuantos habían sentido los efectos de la fé y las obras

del diácono, mucha parte del pueblo trabajador que ya le admiraba también, y sobre todo las mujeres que le bendecían y le amaban como á un Apostol ó como á un santo milagroso.

Allá iba Celia, más pudica y recogida, bella siempre con el manto sobre la cabeza como una mujer bíblica, pero no iba sola, también le acompañaban otras mujeres arrepentidas, almas ganadas por ella para la fé y el amor del nuevo Apostol.

La hermosa convertida había pasado por loca en el gineceo. Su extraña conducta en los días posteriores á la visita del diácono, su inesperada escapatoria dejándose allí joyas y ricos trajes: su vuelta más inesperada todavía, y el nuevo lenguaje con que hablaba á todas, para ellas tan inauditas que inspiraron á unas compasión y á otras burla. Pero como la misma locura suele ser contagiosa en ocasiones, y el visionarismo lo es casi siempre cuanto ella contaba del Apostol aquel, de su misión divina, y de sus obras extraordinarias acabó por interesar y atraer á algunas de sus compañeras: y tal sugestión llegó á ejercer la loca aquella que iba para santa, que hacía llorar á muchas y las confundía

y tierbaba predisponiendolas para es
menzar la nueva vida que les predicaba
de paz, de amor y de salvación

Cada alma ganada era á saber un
trumento de conversion de muchas, y co-
mo el fuego se propaga de leño en leño,
así iban ardiendo sucesivamente una
tras otra en el fuego del olvidado Dios.

Aquel gimnasio, quedó cerrado en
poco tiempo. Casi todas corrieron en busca
de sus abandonadas familias, aunque
siguieron comunicándose como en pia-
dosa hermandad, y sus ejemplos de con
trición y de nueva vida de virtud exten
dieron más la fama de los milagros del
nuevo propagandista, que solo trasca aque-
llos que saben dentro de la humana natu
raleza, pero que por secretos resortes de
acción poderosísimos, son del dominio
solamente de las grandes voluntades ausi-
liadas por la Gracia divina.

La concurrencia de fieles y catecú
menos a la antes desierta Catedral, hizo
pensar a Dionisio en reanudar también
las pláticas en su vacía cátedra del Es
píritu Santo. Hubiera querido ser un
Tertuliano, o un Crisóstomo para que
su voz resonara tan bellamente que

atrageria a la Ciudad toda, y poder adquirir en la gran masa nuevos prosélitos. Pero aunque nunca había probado a hacer sus obras, ni sus predicaciones son artificio reñido con la sinceridad y espontaneidad de un credo verdadero; como la elocuencia no es más que la natural explosión de los sentimientos y las ideas brotándole enseguida a raudales las bellas palabras como esplendores de su hermoso pensamiento.

La primer sermón estremeció de júbilo hasta en sus cimientos a aquel templo abarrotado antes; los santos de los retablos parecían volverse todos hacia el nuevo predicador, maravillados de su palabra; y hasta en el rostro del Cristo hubiera podido sorprenderse una inefable expresión, como si sus labios modularan otra vez aquella sentencia simbólica "Tu es Petrus".

Al segundo sermón del joven racerdote, la catedral estaba llena de gentes, más piadosas, otras simplemente curiosas; y el éxito fué más asombroso todavía. No era la palabra rutinaria de los viejos sermonarios la que resonaba allí, no era tan

poco el arte puesto al servicio de un hombre para hacer un deslumbrante discurso, era el fervor de los primeros Apóstoles exponiendo la primitiva y pura doctrina de Cristo. El que le oía, bebía el puro raudal en su fuente misma, como cuando roto el largo cauce por donde corrió un manantial y en que mas ó menos se enturbiába, se halla la limpia para cuando se acude al mismo peñasco donde brotó la fuente bebe la limpia y fresca.

Muchos que dejaron de refrigerarse en ella á pretexto de sus impurezas, y que al perder la costumbre de gustarla cayeron en la indiferencia ó el desvio, volvieron aquel dia feliz á calmar la sed de su espíritu, satisfechos de haber encontrado la diafanidad que buscaron. Pero los filósofos de las nuevas escuelas, los sabios á la nueva usanza, y los bien-aventurados con el epicureismo de la nueva vida, temieron una resurreccion del espiritualismo cristiano, y se alzaron irritados como los sofistas de Grecia y Roma.

¿Como, dijeron, tratar de resucitar en pleno siglo de maravillas indus-

triales, una religion de desprecio á la vida material y á las riquezas, de inquebrantable candor en todas las cuestiones terrenales, de imposible efectividad en las relaciones humanas.? si todos vendieran sus bienes y los dieran á los pobres para seguir á Cristo, no se operaria mas que una trasmutacion de riquezas en que los pobres vendrian á ser ricos y los ricos se quedarian á pauperar. Si la pobreza y la humildad son una virtud, habrá que renunciar á las grandes conquistas de la civilizacion, á las gigantescas empresas cuya palanca son los millones acumulados, á la soberbia victoria de los hombres, y á las audacias del corazon y del genio. Y si lo obligado á cada golpe de un enemigo, en vez de oponer la defensa valerosa de la honra y la dignidad, era presentar la otra mejilla, el mundo quedaria á merced de los osados, y los caballeros trocados en cobardes y simplísimas ovejas.

Ademas ¿qué seria eso de perdonar las injurias para dejar á mansalva á los difamadores? ¿qué significaba absolver de las culpas por un simple arrepen

tenimiento sin castigarles con el Código?
¡Qué escándalo é injenuidad eran
aquellos de perdonar á la mujer adul
tera, y de acojer como santas á las mas
lascivas pecadoras?

Todas estas objeciones fueron pre
vistas y pulverizadas por el diácono ~~el diácono~~ en el tercer sermon de aque
lla semana. Parecía que las había leí
do en los asombrados rostros de los
nuevos Catones sibaritas que le escucha
ban. Vender los bienes y darlos á los po
bres no quería decir que se hiciese á es
tos ricos, grandísimos ~~grandísimos~~ los per
mitidos deseos en la mendicidad; ni
que debajo ese supuesto á los nuevos
ricos obligaba tambien el consejo y de
seguido todos, no podian existir esas
desigualdades tan absurdas, tal escándalo
divino para la perfeccion humana,
no contenia error tan grosero, llevaba
á que todos extirpasen su caridad y
viviesen como hermanos amorosos.
La humildad era una virtud compa
tible con las grandes conquistas de la
civilizacion, que no debian enorgulle
cernos, sino hacernos mas rendidos

hijos del Dios que nos había dado los medios de realizarlas; y la pobreza individual no excluía la riqueza del todo social; pues que todo debía venir al acervo común, sin individual avaricia para amenizar la muerte de las grandes masas, y ver pacíficos cada día más el estado de las naciones. Aportando todos al acervo común sus riquezas y sus fuerzas, y participando todos de sus productos, se ayudaba a la gran solidaridad humana, y comenzaba el reino de la verdadera fraternidad, que no consiente que unos vivan en el estado de las riquezas, mientras sus hermanos en Cristo perecen en la miseria; y en fin se ésa gran comunión de afectos se perdonaban todas las injurias llegabase a convertir a la sociedad humana en una universal familia, sin distinción ni aun de reinos recordando aquellos palabras de S. Pablo. "Quam tolem nos publicani agnoscibus mundum" por lo cierto, el absolver a los contritos de sus pecados, el amar al prójimo como así mismo, el ver barrada de las puertas toda mancha, cuando el arrepentimiento y las nuevas obras acreditaban una vida nueva era complemento de la fraternidad aquella en que los hermanos deben deponer todo rencor, pero

donarse toda culpa, mirarse siempre como limpios y rejuvenecidos por la reconciliación, y abrazarse como hijos de un mismo padre.

Cuando el sacerdote habría expuesto estas ideas y otras muchas semejantes en bellos y persuasivos párrafos que el auditorio veía estaban confirmados por los actos mismos recientes del predicador, un prócer de los mas respetados de Medina Almaria quiso hablarle en secreto, y le acompañó hasta su celda del palacio episcopal donde se albergaban aquellas humildes de las abandonadas viviendas troglodiTas.

Menandro era el hijo del Conde Alborcaldo joven, y de noble continente; el cual quiso pedirle un consejo. Díjole quién era, y como había seguido atentamente sus discursos, y le interrogó si en su conciencia y ley divina una mujer pecadora podía quedar redimida de toda culpa, y pura de toda mancha por el arrepentimiento absoluto

y el mas sincero propósito de la enmienda.

Creo y afirmo dijo el sacerdote que si; por que el pecado radica perennemente en el alma, y ésta se redime de él por el arrepentimiento y la vuelta al bien obrar. La materia cambia el espíritu nó. La carne se forma y se descompone todos los días, el alma permanece en esa movible y mudable máquina. El cuerpo que pecó materialmente ayer, desaparecio por la asimilacion continua que sufria, y es hoy otro cuerpo nuevo con nuevos elementos materiales; mientras la mente y las potencias anímicas siguen idénticas. Luego aunque el cuerpo peque, con él desaparece su pecado, y regenerándose el espíritu queda regenerado todo el ser.

Gracias por la explicacion, dijo el joven Conde; yo la buscaba sin encontrarla; y gracias por la luz que en mi turbada razón antes por pleja. De ese modo añadió una mujer culpable maculada con el cieno

de la impureza puede tornarse pura y santa, arrepintiéndose de su pasado, obteniendo el perdon de sus culpas, y comenzando una vida de virtud?

Ciertamente, dijo el diácono: y la Iglesia de Cristo ha elevado á sus altares á grandes pecadoras.

El jóven Conde besó la mano del sacerdote; y en su rostro se pintó la mas viva expresion de júbilo. Pero antes de separarse de allí quiso aclarar el motivo de su grave consulta. El hijo del Conde Alexandro noble, rico, instruido, poseedor además de un título, de una brillante carrera, estaba enamorado de una bella dama llamada Celia, hasta entonces sacerdotisa de Venus, y habitadora del mas famoso de los gineceos de Alejandría, y desde hacia poco arrepentida de su vida de disipaciones y vuelta al camino de la virtud. El queria saber antes de pedir á su padre que le autorizara para hacerla su esposa, si

podría ser ella digna de ello, a pesar de su pasado, y tenerla por honrada.

Sí, él declaró resueltamente el día como La conversión de esa pecadora y la primera de su comunidad, en la nueva Iglesia que se levante lo que María de Magdala fué en la antigua; y lo que encuentro difícil no es que sea digna de un hombre honrado, sino que exista hoy un hombre sobre la tierra digno de su corazón.

Padre Dionisio interrumpió el Conde, yo quiero serlo. Esos conceptos cristianos de la virtud y el honor son tan grandes, tan piadosos, y sublimes que yo me abrazo desde ahora a una Religión que los sostiene. Fuera de ella, en este plano y material mundo que nos rodea, en esta sociedad corrompida por dentro, y vestida por fuera de camisa limpia, sepulcro blanqueado como le llamasteis en vuestros discursos, el honor, la virtud, la pureza de la mujer, son algo material que perdido jamás se recobra; y la que pecó por flaqueza, por ignorancia, o por desventura, sino lo hizo de modo que su culpa quedara escondida, y secreta, es lacerada perpetuamente al oprobio sin redención posible. Ya puede arrepentirse y

llorar su falta con lagrimas de sangre, ya puede consagrarse á una nueva vida de honradez y de bien obrar; siempre, siempre llevará estampado sobre su frente, el estigma; y ninguin hombre de honor le podrá dar su mano.

¡Ah! respondió el diácono, en eso el mundo se equivoca; ha querido librarse de preocupaciones renegando de las doctrinas de Cristo y se ha entregado á otras supersticiones falsas y crueles. Para él es cuestion de fuerza, de habilidad y de pudor esterno: la que pecó ~~era~~ secreto, ~~ha muerto para siempre~~ tiene vivo su honor; la que pecó sin secreto ha muerto para siempre aunque se crea; pero para Dios magnánimo y misericordioso, es al contrario: la que pecó sin secreto y se arrepintió, resucitó en su honor y su virtud; y la que pecó en secreto sin arrepentirse tiene muerta esa virtud y ese honor corrompidos.

El diácono al pronunciar estas palabras parecia definir un dogma escrito en el Evangelio de la vida; y el heredero del Conde le escuchaba, lleno de admiracion y casi de devocion, por aquellas

profundas ideas.

Cuando aquel se marchó dejando una esplendida limosna para los pobres de la nueva Iglesia de Cristo, el diácono no pudo contenerse más rompió á llorar amargamente en la soledad de su celda, y cayendo de rodillas en su reclinatorio con las manos cruzadas y los ojos arrasados de lágrimas, pidió al Dios de su fé que le arrancase de los labios y de la mente el nombre de Celia.

Capítulo V.
La Tentación

El diácono había sentido una especie de revelación de algo escondido en él al oir los propósitos del Conde. Una subita oleada de fuego le subió del corazón al saber que aquel hombre amaba á Celia, y le produjo la exaltación de palabra con que la defendió. Angustia mortal causóle aquella entrevista, y una congoja se le agarró á la garganta, cuando apretados de todas las cuerdas sensibles de su ser, cuando quedó á solas en la celda, y sonrió á arrojarse

de rodillas en su reclinatorio.

¿Pues? ¿sería verdad que llevaba dentro sin él saberlo el demonio de la concupiscencia, contra el que tanto había predicado? ¿Sería esa la causa de la complacencia con que veía a Celia arrancada de su gineceo y convertida? La había codiciado sin advertirlo con ojos profanos, y con sentimientos distintos de los que él creía albergar por aquella joven pecadora.?

Aquella duda aún limitada a sí misma le atormentaba; y su plegaria se dirigía no ya a disiparla, sino a conseguir olvidar hasta el nombre mismo de la nueva Magdalena.

Todo el día lo pasó agitado, y al llegar la tarde quiso comunicarse a solas directamente con Dios mismo, y someterse á una mortificación y penitencia por el solo presentimiento de haber caido en día bólica tentación.

Salió de la ciudad, solo y descalzo, sin ser notado de nadie; y se dirigió al cerro aquel de las antiguas viviendas troglodítas subiendo por el más áspero de los senderos, desgarrándose con guijarros de las rocas las plantas ~~de~~ de sus pies. Cuando

estuvo en lo alto, manábanle sangre; pero él se imponía aquel dolor por flagelar su carne pecadora.

Era la hora del crepúsculo, y desde aquel peñasco avanzado, divisábase de una parte la ciudad envuelta en un vaho caricioso, y de la otra el mar rugidor con sus verdosas ondas. El sol oculto ya tras de distantes sierras, dejaba en el cielo unos dios fantásticos; y el diácono miró aquel cielo rojo creyéndole contra él encendido en ira.

Cruza se está más cerca del Padre Celestial que subiendo a las más altas cumbres. Por eso Moisés subió al Sinaí para recoger la voz divina, envuelta en el trueno y bajarla escrita en las tablas de la ley; y Cristo se transfiguró en el Tabor y murió en la altura del Gólgota. Así el diácono sintió mayor proximidad entre su alma y su dios sobre aquella roca desierta, cuyas cuevas fueron moradas de troglodytes; y entonces le eran no más que de un enjambre de aves marinas.

Rezó Dionisio sus plegarias de la tarde allí en aquella universal basílica

del espacio que se iba entenebreciendo con la sombra crepuscular, mirando una á una encenderse las lámparas de las estrellas, y proponiéndose pasar la noche en oración en alguna de aquellas cuevas marinas, como lo había hecho en la cripta de la catedral velando el cadáver de su Obispo.

El aire helado y húmedo, por venir del lado del mar, le azotaba el rostro, y le entumecía los miembros. Sintió frío y terror en aquel Gólgota sin cruces, donde solo se oían los gritos de las gaviotas y los mugidos de las olas que rompían al pié; pero permaneció de rodillas en su larga oración sufriendo todas las inclemencias.

De pronto, un ave colosal venida del mar, se paró ante él, pareciendo que le rezongaba y le hacía muecas con su largo pico: le arrojó una piedra, no para herirla, sino para espantarla, por que le turbaba su rezo; y el ave no se movió de su sitio. Levantóse el diácono para volverse de espaldas á ella en otro lugar, y el ave dió un

corto vuelo y se le colocó de nuevo en frente. Volvió a quitarse de allí el sacerdote, y bajando a una de las cuevas se arrodilló en ella en oración frente al mar; pero el ave tornó a volar en derredor suyo, y a parar frente a la cueva a pocos pasos del penitente.

Dios mío: pensó éste espantado, y con la cabeza que ya le ardía en intensa fiebre; si ese es el espíritu del mal que viene a tentarme, apártale de mi presencia, y haz inútiles sus intentos; pero el ave se le fué acercando y á la claridad de la luna llena que encendida como lámpara iluminaba el peñasco, fue tomando figurándose un monstruo marino y luego una sirena de medio cuerpo de pez, y luego una mujer hermosísima que al descubrirse el manto mostró el rostro de Celia.

Huye tentación gritó el diácono haciendo la señal de la Cruz; pero aquella Celia de alabastro con los cabellos flotantes y la túnica descendida avanzó mas á él y le habló insinuadora.

Oyó el angel malo le dijo; oyó la

mujer que te ama, me hizo Dios en el Paraíso, carne de tu carne y hueso de tus huesos, para ser en la vida tu compañera. ¿Por qué he de ser maldita para ti, fuente de iniquidad, ni camino de perdición? ¿Por qué no he de ser tu colaboradora en la obra de restaurar la fé, ya que lo fué en la de la Redención humana, como madre de Cristo? ¿Puedes tu joven sacerdote rectificar la obra de Dios relación de la humana naturaleza, arrancándole el corazón sensible, cegando en ti la fuente de la vida, y haciéndome objeto de abominación? No es dogma que no debas amar ni tener compañera la discípula amable: ya si el cristianismo se relaxase en el mundo bien puede variarse esa disciplina rigurosa. Vengo en tu busca por que sé que me amas como yo á ti.

El diácono escuchó atónito aquel lenguaje que parecía tomar cuerpo de sí mismo. No, exclamó, no me ama

diré denuncio enamorado un ángel;
sé de memoria las palabras de Tertuliano.
Tú eres la puerta del infierno; tú fuiste la que rompió los sellos del árbol vedado; tú la primera que violaste la ley divina; tú la que corrompiste a aquel a quien el diablo no se atrevía a atacar de frente; tú finalmente fuiste la causa de que Jesucristo muriera.

«El airado Padre de la Iglesia no tenía razón, respondió el fantasma: la mujer es buena en el fondo tú lo dijiste: el Padre Navigeras lo apuró al exclamar un día: tengo poco tiempo que dedicar hoy al confesionario; voy a oír primero los hombres, porque las mujeres todas están salvadas. Recuerda que ellas asistieron piadosas al drama de la Redención, y que estaba profetizado que la mujer quebrantaría la cabeza de la serpiente. Mira a los altares a ver si por cada santo no hay cien santas vírgenes y mártires. De quien fué discípulo San Clemente

vino de Egipto; quien confundió a los filósofos paganos de Alejandría vino Santa Catalina; quien auxilio a San Jerónimo contra los herejes vino Santa Marcela; quien dirigió al gran Teodosio vino Placela? y quien vino Santa Mónica lo gró la conversión de San Agustín?

No no me tientes con grandes ejemplos, interrumpió el sacerdote. Salomón bien confesador de la mujer decía, que era mas amarga que la muerte; San Basilio que consigue lo que el demonio no se atreve á intentar. Prohibido está para mí como otra fruta vedada del Paraiso, y sensuoreándose ella del aroma del hombre, y debiendo el sacerdote tener á su Dios por señor, bien prohibida está para él por que Cristo dijo que no se puede servir á dos señores.

La visión siguió sin retirarse durante largo rato, en que solo

se estrellaron en la hondura los mugidos del mar que se estrellaba contra la roca; pero la fiebre corría como lava por las venas del penitente, y en torno de aquel fantasma blanco, veía otros mil de diversas formas y catadura engendros ~~de~~ de su delirio. Cayendo cerca cayó en un rincón de la cueva rendido ardiendole las sienes.

De sus labios empezaron a salir entonces incoherentes palabras, y cuando abrió los ojos veía a Celia solicita velando a su lado, y ahuyentando a las aves rapaces que intentaban entrar en la gruta cueva. Sus manos de nieve blanca le limpiaban el sudor del rostro encendido; sus ojos de gacela miraban estaban suspensos sobre los de él, y la cabeza antes desnuda y de magicos rizos flotantes parecía adornarse con las blancas tocas de la hermana de la caridad que en los campos de batalla asistían en un tiempo a moribundos.

Él estaba entregado y vencido por

la ataxia, sin poder rechazar a aquella mujer silenciosa y pía, y pasó ya no una noche de horribles sufrimientos, en aquella lóbrega mazmorra, sintiendo aquellas manos suaves sobre su frente.

Cuando las tinieblas nocturnas se disiparon, y la fiebre cesó, el diácono abrió de nuevo los ojos: pero ya no estaba allí la visión blanca.

Incorporóse como pudo en su lecho de dura piedra, y acordándose de que tenía que decir su cotidiana misa, se levantó aterrido pero resuelto, y salió á la luz del día. El mar estaba serenado ya como su espíritu; las temerosas aves marinas que en la noche le perseguirón, mecíanse como pequeñas góndolas sobre las verdes aguas azules, y chapuzaban en ellas alegremente; y el sol alzándose por su propio impulso doraba el mar y las montañas; y la ciudad en la colina opuesta al cerro en que despertábase regocijada al

beso de su luz de oro.

Bendito sea el Creador de todas las cosas, murmuró el diácono ante el panorama magnífico que se ofrecía a sus ojos; y cogiendo su breviario, bajó por la áspera cuesta dirigiéndose a la ciudad todavía vacilante y supersticiosa.

Al entrar en la Catedral, ya los fieles le esperaban apretados en torno del Presbiterio. Salió con el salir de la Sacristía y subió las gradas del altar mayor. Entre un grupo de piadosas mujeres estaba Celia, con su cara de cera virgen, y su manto de naranja que la embellecía. El diácono dijo la misa con toda unción religiosa desechando de su cerebro las extrañas alucinaciones de la noche pasada, y cuando se giró para ~~bendecir~~ bendecir a la inmóvil figura de la ~~beata~~ beata redimida que seguía allí de hinojos salió del templo y se dirigió hacia su celda, vió que le seguía un hombre de alguna edad pero firme y atlético que le detuvo a la puerta del palacio y que le habló con tono soberbio y desabrido.

Fraile vos, le interrogó, el que ha perturbado esta ciudad con extrañas predicaciones, el que ha soliviantado a la juventud con falsas ideas del honor y del

deber, y ha dicho á su hijo que una mujer pública puede ser digna de su mano con el pretexto de un falso arrepentimiento? Y sin dejarle formular respuesta alguna, levantó la mano homicida, y se la estampó en la pálida faz.

Un movimiento de estupor se produjo en los circunstantes ante aquel golpe inesperado del Conde Menandro. Cien puños irritados alzáronse contra él para confundirle; pero el sacerdote contuvo con ambas manos la explosión de ira del pueblo, y ordenando que se calmara, asordándose del consejo de su Dios y presentando su otra mejilla:

Pagad, dijo, que yo soy la oveja de Cristo destinada al matadero; pero sabed que habeis desfigurado mi cara obra.

El Conde le volvió la espalda y se marchó arrogantemente; y el diácono cayó sin sentido al suelo, siendo llevado en brazos por sus fieles á su celda del palacio. Allí sufrió una tremenda crisis

nerviosa. La lucha entre su alma blanda y suave dispuesta al sacrificio, y su temperamento enérgico y varonil estalló en convulsiones casi epilépticas en que los gritos inarticulados se mezclaban a las sacudidas de los fuertes músculos. Era preciso ser un Dios, para dominar en aquel caso el regido de la fiera humana; y Dionisio no era Cristo, aunque quería á todo trance imitarle.

Celia había acudido pálida y descompuesta después de ver de lejos la escena, a la cabecera del lecho del paciente; pero no en visión fantasmagórica, sino en corpórea y viva realidad. Aquella tremenda injuria le había también levantado una tempestad de ira contra el Conde; más la sofocó con las lágrimas y con una mental oración.

Sabía los requerimientos del hijo del Conde, sabía la respuesta del diácono a la consulta que aquel le hizo, la oposición del padre a aquel amor que consideraba indigno y reprobable, y el estigma perpetuo que la opinión de las gentes poco piadosas, lanzaba sobre ella; pero qué le importaba todo si

por qué tomaba el Conde aquella insolente actitud cuando ella rechazaba á su pretendiente, y más pensaba en ceñirse ninguna corona condal.

Oro; ella todo amaba la sombra de un hombre inasequible, un imposible en forma de Apóstol, un alma extraordinaria, en cuyo fuego se había abrasado, y eso con un amor desconocido hasta entonces, santo y puro como no lo había sentido jamás; y aunque se creyó gozaba de su pasado, hallábase, como él dijo, libre del peso de sus extravíos, renovada en cuerpo y alma como si la hubieran fundido de nuevo en el Crisol de la Creación. Y todo lo debía á aquel Apóstol á cuya cabecera estaba en pie, llorosa y atribulada, sintiendo repercutir sobre su rostro el bofetón inicuo del Conde ~~Manantro~~.

¡Pobre Martín de su fé aquel joven impetuoso lleno de vigor y de roja sangre que á creer por su y por el mandato de su Dios, hubiera podido derribar su tierra y pisotear a aquel agresor! ¡Sacrilego! Cuanto

más heroicos no había necesitado para presentarle la otra mejilla, que para deshacerle de un golpe el rostro insolente. Estaba allí injuriado sin defensa y sin embargo dignificado y engrandecido. Todos los héroes de la antigüedad pagana eran a su lado unos pigmeos. ¡Sublime doctrina por la que por un acto de humildad y amor trocaba a un hombre en semidios, como jamás lo vieron los tiempos!

Pasada la tempestad nerviosa y vuelto el diácono al sentido, su primer acto fue perdonar ante el pueblo al Concejo y abrazarlo en la persona del viejo de aquel concurso. Luego se retiró a orar por él, y a pedir para él perdón al Dios de la misericordia.

Era la hora del cuarto sermón y el diácono apareció en el pulpito entre el murmullo, la devoción, y la curiosidad de un inmenso gentío que enterado del caso, no creyó tener fuerzas ni serenidad para aparecer recientemente ultrajado ante el pueblo. Sin embargo

Dioclesio no vaciló, y eligió por tema de su disertación aquel versículo del Evangelio de San Lucas et qui percutit te in maxillam præbe et alteram." al que te hiriere en una mejilla presentale tambien la otra"

Nada sin embargo habló de sí mismo ni de la sacrílega ofensa del Conde; se concretó a demostrar que en estas palabras divinas se condenaba la antigua ley bárbara del Talion; se proscribia la venganza, y se aconsejaba la humildad y la mansedumbre, con lo que podian refrenarse las pasiones que producen los agravios, y llevarse á vías prácticas el perdon y la caridad Hacerlo así decia á su auditorio; y tenian más valor sus palabras y penetraban más en los corazones, por que todos veian que él era un convencido divorciado de las obras; estaba todavia marcada en el rostro del apostol con rojos arrebatados la ofensora mano del Conde.

Aquella noche el drásonos dues-

nió en paz; pero su agresor no pudo conciliar el sueño; sintió atroces remordimientos, y creó parecía oir que Dios empezaba á sacudir su alma para regenerarla.

Capitulo VI

~~La lucha~~ Redencion y honor

Celia, seguia haciendo vida ejemplar reina. Destruido el ~~cariño~~ cariño por las llamas de su ~~cariño~~ y convertidas muchas pecadoras a la verdadera fé ya la virtud, pudo volver a abrazar a su madre y a cuidarla solícita en el ~~cuarto~~ medio de aquella torre de interminables escaleras.

Allí vivia oculta, consagrada á la piedad y a la oracion, llorando siempre sus pasados yerros; y allí llegó un dia el hijo del Conde para ofrecerle su mano y su fortuna, poseido de gran entusiasmo por su belleza y por su nueva vida de santidad.

El la habia conocido antes, cuando brillaba como estrella fatal en Medina

Alvaria; habíase enamorado de su extraordinaria hermosura: pero cuando pensó en poseerla, ya hacía ella la vida huraña y esquiva que precedió á su conversion; pero que ya los tres golpes que sonaban á su puerta todos los dias habian llegado á vibrar en su alma.

El dia en que el jóven Conde quiso hablar con Celia á todo trance en el gineceo, acababa ella de escapar se sin saberse á donde. Enrico de buscarla recorrió la ciudad, y pagó á sus servidores para que averiguaren su paradero; pero nada pudo conseguir; pues nunca imaginó él ni pudieron suponer ellos, que volviese convertida al mismo lugar de sus culpas á redimir á sus compañeras de la esclavitud del pecado.

Fué despues, cuando la Cretense acerto las cenizas de aquel antro de vicio y concurria con algunas de sus compañeras al templo, cuando el Conde que entró por curiosidad

a oir uno de los sermones del día como, vió a Celia de nuevo arrobada al pié de una columna, bajo una ojiva.

La conversion de aquella mujer transformó tambien los sentimientos del jóven; viéla rodeada de una aureola de poesia y de encanto; y muy tarde en plantear en su espíritu el problema de si podria ó no dignamente hacerla su esposa.

Las palabras del diácono le conmovieron; y sintiendo crecer cada dia el ardor en el corazon y el afecto de la redimida, y pensando generosamente que su padre el viejo Conde encontraria todo lo noble e hidalgo, solo, en el mismo sentimiento, provocando en él una tempestad de iracundia que dió por resultado la terrible escena ya referida.

La cara del Conde Hermenegildo se convirtió desde entonces en un volcan en ignicion. Bien dijo Cristo que no habia venido a traer paz, sino guerra, y que

Entre el hijo y el padre surgieron
las unas vivas discusiones, guerra fra-
tricida en brisas, pues removía el agua
muerta del pantano, y llevaba la bor-
dura de nuevas ideas movibles al es-
piritu frio y farisaico del viejo prócer.

La condesa madre estaba perple-
ja y atribulada ante aquellas discordias;
pero se inclinaba a dar la razón a su
hijo que defendia siempre la doctri-
na del diácono. ¿Por qué habia de per-
sistir sobre la mujer culpable el sam-
benito, si ya enmendado su yerro esta-
ba purificada por el arrepentimiento
y asegurada en la virtud? Pensaba ha-
bria pura y honrada con ese criterio
de que la falta anterior fuera de pen-
samiento hacia a la hembra leviana
una, y eso ya irremediablemente? Por qué
cerebro de mujer no habia pasado ha-
lagador el deseo, y tentadora la sorpre-
sa del Paraiso? Con aquella vieja idea
del honor arraigada en el Conde
Alejandro ~~Alejandro~~ de que a la culpable se la

debía despreciar si era agena y si era propia matarla, se le cerraba la puerta á toda esperanza de redencion; y se castigaba con infamia perpetua una culpa no tuviera raiz.

El Conde sin embargo era indulgente, su hijo heredero de su fortuna y de sus blasones elegir por compañera á una mujer que había sido pública. ¡Toda el agua del Jordán no podía lavar semejante mancha! El mundo le escupiria á la cára; los amantes de aquella hembra cuando se encontrasen con ella recordarian sus horas de placer, y se dirian con mofa que ellos habian sido los primeros. Ella y él no podrian gozarse al hallarlos, y él sobre todo no sabria cuando debia cerrar su cuerpo ignorando quienes y cuantos fueran. No, jamás mientras él viviese, no toleraria semejante rebajamiento, y haria entender á aquel nuevo Apostol cuanto de temeraria insolencia, que no podria jugar impunemente con el honor de una noble familia.

Bajo la impresion de estos sen

terrenos, corrección el Conde su siniestra acción; y desde entonces se agravó más el conflicto doméstico, persistiendo el hijo en su amor a Celia y en su deseo de hacerla su esposa. Y con esos propósitos encaminóse a la torre en que ella vivía y subió hasta el segundo piso en que hallábase Celia al lado de su anciana madre

En aquella habitación cuadrada y medrosa alumbrada solamente por un tragaluz, con paredes y bóveda de sillería, y el brusco del interminable caracol de subida que parecía hacia abajo el pozo de una mina, y hacia arriba con sus escalones volados una serpiente acuillada, Celia semejaba una figura bíblica escapada de un vitral de la Catedral; y sus rostros de Raquel se juntaban líneas severas de Judit.

El joven abordó desde luego la cuestión con la hija y con la madre. Le amaba a Celia, su pasión se alzaba

ciejio pudo ser material y aun le-
vidad, habíase purificado como la
mujer misma que le inspiró; y
el hijo de noble familia, rico, lucera
do y de brillante carrera, venía á so-
licitar la mano de la mujer ya dig
nificada, para hacerla su compañe
ra inseparable.

Quedó la pobre vieja asombra
da de tal propósito, y calló muda un ins
tante, por no hallar palabras con qué dul
cificar su negativa. Por fin, trémula y bal-
buciente le dijo, que ella no podía ser
piedra de escándalo, ni tea de desventura
en una casa. Entre ella y el Conde media
ba una distancia insalvable; era
ella la que ascendía, y él quien bajaba á
buscarla; y aunque ya se sentía purifi-
cada de sus crímenes morales, sólo le toca
ba ahora llorarlos, y mortificarse. Creía no de
clinaba el ofrecimiento del Conde por que
no lo creyera sincero y caballeroso, sino
por que debía considerarse muerta ya pa
ra el mundo y para sus efímeras dichas
y consagrarse enteramente á su Dios.

En vano insistió el joven Conde; inútilmente rogó y suplicó con mil argumentos persuasivos. Celia seguía firme en su propósito, aunque suave en sus palabras; y aquella actitud la enamoraba y embellecía más a los ojos del enamorado doncel.

Verdaderamente estaba hermosa en pié, bajo aquella sombría bóveda, recibiendo de frente la caricia de la luz filtrada por el único ventanillo de la torre. Los pliegues de su vestido, su adorno parecido a una diadema de vestal y aquel blanco y torneado cuello saliendo escultórico del rayal, y aquel rostro de puras líneas coronado de desenvejados cabellos rubios, le daban el aspecto de una Magdalena penitente.

Cuando el joven desesperanzado le hizo sus últimas rogativas, Celia quiso aprovechar aquel amor para la buena causa, dijo á Mauricio que así se llamaba el hijo del Conde que

Tanto la amaba necesitaba
que ella a las vanidades del mundo
y se sirviese la sacerdotisa para ser
un nuevo soldado de Cristo. Así, exclamó,
lucharemos juntos con la misma fé y por
el mismo ideal; y ya que no podemos ser
esposos seremos hermanos dentro de la mis-
ma comunión. Mauricio se lo prometió;
explicóle como las palabras del diácono le
habían conmovido hondamente, y con la es-
peranza de que algún día podría ~~Celia~~ ganar
el afecto de Celia se despidió, dispuesto a demostrar con los mayores sacrificios su amor por ella; y su entusiasmo por aquella Religión rejuvenecida.

Al llegar a su opulenta morada arrojóse en brazos de su madre y le lo refirió todo: y ella ~~amada~~ madre al fin e iniciada desde el principio a favorecer esa pasión, le prometió su apoyo para dulcificar la actitud del viejo Conde, que en medio de sus atroces remordimientos, sentía invencible repugnancia hacia el proyecto descabellado de Mauricio

Todos en la alta sociedad de Medina Almaria alababan la entereza del viejo próceer. La relajación de las costumbres en el nuevo tiempo era increible, mas por

lo mismo que abundaban las mujeres extraviadas, los hombres inmorales, las fiestas lúbricas y las bacanales semejantes á las de la Roma cesárea, no había necesidad de elegir compañera única; y si se buscaba, era entre las no contaminadas, para encerrarla entre doradas redes como á una esclava blanca, sin que apenas le diera el sol, y tenerla en condición de una bellísima bestia humana al servicio único de su dueño.

Cierto que el femenismo exagerado y aún el amor libre habían sorprendido á las mujeres tanteándolas al dominio de sí mismas, y al libertinaje; mas por eso y como ~~efecto~~ por efecto natural del egoísmo de los hombres, de sus avivados celos exclusivismos, y de sus rabiosos celos, había quedado el matrimonio reducido como en los tiempos del desenfreno pagano á una adquisición de la mujer per aes et libram; á la compra de un ejemplar raro de hembra, que el marido guardaba avaricioso como un tesoro, sobre el cual ejercía un poder casi tiránico.

Así se explicaba la rara

contradicción de un siglo, corrompido y obsceno que exageraba más que lo fueron nunca los cánones del honor marital, y entre cuyas preocupaciones parecían consejos abominables los del shá como predicador.

Cuando llegó el escándalo al extremo, fue con el sermón de aquel sobre la mujer adúltera. Lapídala, había gritado el pueblo hebreo; ¡écbala a los perros dijo el Código de Massú; mátala vociferaron a coro Draco y Solón en la antigüedad y repitió Dumas en pleno siglo XIX; azótala perpetuamente, y redímela después en cualquier nasterio mandaba el Rey sabio en las Partidas, Perdónala y si puedes redímela, estaba desde el púlpito el Cristiano Dios mismo; y al pronunciar estas palabras, invocaba el apostol del Divino Salvador en el Evangelio de San Juan; "el que de vosotros esté sin pecado tire contra ella la primera piedra" El Diácono relataba aquella escena conmovedora, y concluía al ver desfilar a los acusadores viéndose todos culpables: mujer ¿dónde están los que te acusaban? ninguno te ha condenado

creí yo tampoco te condeno. Vete y no peques ya más".

Aquello supuso el Conde ~~Osmando~~ Hernando a cuyos oídos llegaron las repercusiones de la terminada oración de Dionisio era el colmo del envilecimiento, y la patente en curso dada á las mujeres para faltar á sus maridos; y creyó que esas ideas trastornadoras completaban las otras a que él había querido poner correctivo. ~~puesto que tras de tratar~~

Sin embargo en la masa general del pueblo entraban aquellas suaves predicaciones, como bálsamo purificador; y muchos se daban cuenta ya de que el perdón es más grande y noble que el castigo.

El sacerdote recordaba aquellos conceptos de Cicerón dirigidos a César en defensa de un reo que le había gravemente ofendido. César exclamaba "siendo tú el más grande de los hombres este que tú ofendido ha cometido el mas grande de los delitos; pero tu misma grandeza exige de ti no te pongas al nivel del vulgo de los mortales. Castigando tú, lo haces más que lo hicieran los otros hombres pequeños; si quieres ser digno de ti

mismo sé magnanimo en tu grandeza; perdóno, y no te parecerás a ninguno: por que con ese perdon descollarás por cima de todos."

Cesar perdonó: y exclamaba el diácono: si esto hizo un pagano para dignificarse y levantarse por cima de los hombres vulgares ¿qué no deberá hacer un cristiano iluminado ya con la ley evangelica y oyendo las palabras del perdon de Jesucristo; no perdonar y matar?! Qué envilecimiento, qué rebajamiento al nivel de la fiera; qué olvido del mandato de Dios y de la dignidad propia de un ser racional! !! Matar! Qué cosa tan facil! Empujar un puñal, ó doblar el dedo en el gatillo de una pistola!! Ya sonó la explosión! Ya está muerta la mujer. ¿Y qué es es que con ello el marido ha lavado su honor?.

La sangre nada lava; mancha por donde pasa; y si la mujer le manchó con su culpa, él queda doblemente manchado con ella, y con su asesinato. ¿Donde irá que no vean sus manos manchadas de sangre como un —

desatentado criminal ¿. Si tuvo hijos de aquella mujer ¿qué les diría cuando preguntasen por ella ¿. En cambio si la perdonó y contribuyó a apartarla de todo delito, aunque separándola de sí, caso de que su honor se creyera manchado, no lo estará doblemente con un crimen propio.

Además decía el diácono ¿qué es eso del honor del marido manchado por la culpa de una mujer? ¿ ¿a quién podría castigarse en justicia por el delito de otro ¿. Se engañaba el mundo; se engañaban todos los siglos que habían formado todas estas falsas leyendas del honor. La culpa de la mujer es suya; y el esposo que ~~la consintió~~ no lo consintió queda con su honor incólume.

Esa es la verdad ética y cristiana.

En cuanto á matar, solo Dios incumbe que es el que dió la vida. Arrebatarla á un semejante, es usurpar el derecho de Dios.

Ni el hombre, ni la Sociedad tienen derecho a matar nunca.

La pena de muerte escrita aun
en los códigos, es una ley bárbara
La guerra mortífera es una barba-
rie social.
no lo olviden hombres y pueblos
quien a yerro mata a yerro muere.

Fin del capítulo VI

T.1.357.404

Capitulo VII

La tragedia bondal

Cada fervorosa plática del diácono cundiendo por los ámbitos de la ciudad, llegaba á las alturas a los palacios de los mas nobles señores, referida de lengua en lengua y no dejaba de resonar en los oidos del conde Menandro.

Comentábase: en el aristocratico circulo que frecuentaba el conde Menandro adquiria prosélitos; por era especie de sugestion, que la fé propia ejerce en los demás: y aunque el conde rechazaba todas aquellas ideas con los prejuicios y animadversion de los tiempos reinantes, no podia menos de sentirse vacilar mentalmente en ocasiones, y lo estaba con el remordimiento de su accion inicua contra el sacerdote.

Hubiera querido borrarla de alguna manera para consagrarse a combatir libre de culpa la

resurreccion de aquel evangelio que derrumbaba las nuevas bases sociales.

Si nó hubiera sido por su orgullo, habria ido a la morada del sacerdote instalada en el piso bajo de la torre de la catedral a rogarle le perdonase su accion aperturista; pero pensaba que aún perdonado por él, le quedaria el escozor de haber obrado mal: y nó hallaba medio de que su acto quedase borrado, como si no lo hubiese realizado nunca.

Los nuevos cristianos como los antiguos, encontraban en el sacramento de la penitencia el medio definitivo de borrar la culpa.

Confesarla, arrepentirse, y obtener el perdon del sacerdote, no en nombre suyo si no en el de Dios, era adquirir una paz del que él no podia gozar: y aunque en su moderno racionalismo aparecia todo esto, resultado de una ficcion ~~no~~ dejaba de reconocer que obrando sobre el espiritu del creyente producia igual resultado

que la realidad misma, descargando el peso de la conciencia del pecador y serenando su alma.

Mientras él barajaba estas ideas, la condesa sentía en sus tribulaciones necesidades parecidas. Una culpa recóndita guardaba en su seno de que no podía verse libre. Ella era la causa secreta de sus melancolías, de sus llantos solitarios, de sus torturas que el conde atribuía a motivos patológicos.

Aunque perdida su fe como la de tantas nobles damas de Medina Almaria, quedaba un pequeño rescoldo en un repliegue de su corazón; y acudía queriendo avivarlo muchas veces para purificarse en su llama. Aun conservaba un minúsculo Cristo de marfil; ~~en un repliegue de su corazón~~ lo llevaba en un relicario, y á El le confesaba su pecado, pidiéndole el perdón que había menester; pero el Cristo callaba porque ya los X había dicho en los tiempos antiguos todo a las gentes y dados sus poderes a su discípulo para atar y desatar de tal modo que lo que atare ó desatare en esta tierra atado y desatado en el cielo.

D.1.357.403

Era pues necesario buscar aquel intermediario de Dios para que El en nombre del Cristo de marfil desatase el nudo que oprimia el corazón de la condesa.

Ese intermediario no habia aparecido en muchos años, hasta que surgió sobre el pobre pulpito de la catedral la inspirada figura del diácono.

¿Iria hacia él ¿cómo ni cuándo se atreveria a traspasar los umbrales del templo para arrojarse á los pies de ese confesor, como era fama lo habia hecho la vieja devota para sosegar su conciencia y salvar el alma de Celia?

La condesa prefirió llamar al diácono con un mensaje pretexto; y allí en su propio palacio realizar el acto de conficcion y obtener la paz del Señor que necesitaba. Escribió pues al sacerdote, manifestandole que el conde arrepentido de su accion sacrílega queria obtener su perdon; pero que por escrupulos sociales no se atrevia a ir en su busca, que viniera él a ofrecerselo como supremo rasgo de su caridad cristiana; y le citó a una hora en el que el conde

no solia estar en su casa y en que ella podria en lugar suyo oficiar de penitente.

Cuando el diácono recibio esta epistola regocijose de tener ocasion de acercarse á otra oveja descarriada para llevarla al redil de la nueva cristiandad.

Hay que advertir que en el poco tiempo del nuevo apostolado ya como decia Tertuliano del suyo los cristianos los llenaban todos en la ciudad la milicia el pueblo el Agora el templo y las plazas publicas.

Como signo distintivo habian adoptado el de los cruzados una cruz roja bordada sobre las clámides, las vestes y los mantos llevados a la usanza antigua. Parecian los miembros numerosisimos de una orden militar; caballeros Sanjuanistas los hombres y las mujeres monjas Calatravas.

Donde menos eran visibles estos signos era entre los señores y damas de la aristocracia y los altos personajes del poder publico.

La condesa hubiera querido ostentar bordada esa cruz; pero la impiedad del conde le vedaba toda demostracion.

Un arranque

Cuando llegó la hora prefijada, el diácono salió de su humilde vivienda a la que se había trasladado cuando dejó el palacio episcopal a los pobres: y encaminóse al palacio de los condes de ~~Mencayo~~ ~~Sunsalo~~ que se alzaba en la mas grande vía de la ciudad, con sus magníficas arcadas de mármol sus balcones suntuosos, y sus muros de azul piedra dura rematados en grecas y adornos pompeyanos.

Lacayos de libreas ya prevenidos por la condesa ~~y~~ sonrieron cuando pasó.

La gran escalinata alfombradas con un lujoso tapiz ~~tuvo~~ le dio acceso al piso principal; y abierta la central de las tres puertas de caoba que conducían á las habitaciones, encontróse llevado por otro lacayo, en un gran salon cubierto de soberbios tapizes y de lunas venecianas; con muebles de un siglo pretérito acaso perdido ya en la memoria de los anticuarios.

La condesa salió hizo sentar al sacerdote en el sitial preferente de la sala; y se arrojó á sus pies sollozando con amargura.

¡Quiero confesar; dijo en voz baja al diácono. Mi carta ha sido un pretexto para haceros venir, y desahogar en

el sacramento de la penitencia
mi corazón; y el sacerdote sorprendi-
do, recobrando los fueros de sus minis-
terio le dijo suave, pero con firmeza. Di
tus culpas.

Ante todo balbuceo la condesa ¿puedo
tener la seguridad de que el pecado
que os revele nó será sabido jamas?
tenedla, contestó el diacono: solo Dios
y yo lo sabremos, si de otra manera
nó se sabe ni publica.

Pues oid - dijo resueltamente ya la
noble dama; y con entrecortados sollozos
y lagrimas que el confesor procuraba
consolar, empezó la narración de su
secreto, mientras el diacono abismado
oia en silencio.

Cuando estaba ya terminada la
confesion, y el sacerdote absolvia en
nombre de Dios a la penitente abrióse
violentamente la puerta y entró el conde
¿Qué significa ésto? preguntó inacum-
do al contemplar el cuadro aquel.

La condesa se alzó suplicante entre
él y el sacerdote, y éste permaneció
inmovil en su sitial contestando:
esto es la administracion de un sa-
cramento de Cristo que la condesa ha
pedido, y que yo ni debi ni puede ne-
garle.

Es un canal por donde baja la gracia
a las almas atribuladas, y vos señor

necesitais tambien de un balsamo salutífero.

¿Como? replico el conde os atreveis a traspasar los umbrales de mi mansion sin mi permiso?

No necesito, exclamo el ~~conde~~ diacono firmemente. Para prestar este auxilio, Cristo no me ha puesto diques ni barreras; ni siquiera el temor de la muerte me detendria. Si el profeta Daniel rodeado en su cueva de feroces leones me hubiera llamado con tal objeto habria acudido resueltamente y ~~tambien~~ penetrado hasta el para ejercer mi ministerio sin temor alguno; aunque hubiese quedado destrozado allí sirviendo mi cuerpo de pasto a las fieras. Sr Conde, á vos llego tambien; y para que no creais que os pido una humillacion al administraros este sacramento, sabed que os perdono esta injuria que me hicisteis: más aun, que os perdoné desde el momento que la recibí: pero os repito que necesitais volver á Dios y limpiar vuestro espíritu sin espera alguna. Veo en los amoratados de vuestros labios y en el color violáceo de vuestras mejillas, que padeceis una grave dolencia del corazon.

La muerte os ronda, y cuando menos lo penseis, caereis desplomado como herido por el rayo. ¿Que esto no suceda

sin preparacion de vuestra alma para la eternidad; porque todo lo de aqui abajo es fugaz y perecedero, todo mentido; y hay que obrar como si se fuere a morir á cada instante.

El conde sobrecogido se llevó las manos al pecho, sintiendo que le faltaba el aire y la luz. A una ademan del diácono, salió la condesa de la estancia enjugandose las lagrimas; y el conde tambaleándose y creyendo en efecto llegada su ultima hora se arrojó a los pies del diácono y se confesó.

Larga fué la declaracion de sus pecados; amorosas y dulces las palabras del sacerdote, mezcladas de consuelo y consejos.

Cuando terminó el acto el conde abrazó al sacerdote; la condesa acudió emocionada pero radiante de alegria; y el palacio parecio estremecerse de jubilo hasta en sus mismos cimientos.

¡Oh! si aquellas dos confesiones hubieran sido reveladas por el sacerdote, la conmocion de alegria habria resultado de tempestad; pero como el mar guarda en su fondo los cienos que le arrojan de la tierra y aparece sonriente y sereno y hasta regala el vapor que convertido en lluvia en vez de envenenar fecundaba los campos, así el espiritu del sacerdote recibiendo aquellos cienos humanos y sepultándolos en lo más hondo de su ser, serenó las conciencias

de aquellos dos esposos, y llenó de alegría sus almas turbadas por crueles remordimientos.

La tragedia condal quedó inédita, y no pudo aumentar los capítulos de la crónica escandalosa de Medina Almoria.

Nadie supo mas, sino que la condesa hacia vida ejemplar y retirada; y el conde tenia desarrugado el entrecejo que le hacia duro y violento con todo el mundo.

La servidumbre de palacio notó tambien que la condesa no derramaba lagrimas á solas, y que en su pajantes marchita por la nostalgia se veia un iris de sonrisa y de paz.

La gran sorpresa de la aristocracia de la ciudad, fué ver [redacted] en el pecho de la condesa y del conde la cruz bordada en rojo, distintivo de los nuevos cristianos.

Pronto se supo que aquella conversion [redacted] era debida á una visita que hizo al palacio el diácono, maravillándose todos de aquella especie de influencias hipnóticas que ejercia sobre cuantos le oian: y aun sin oirle se les aproximaban. Y como todo lo maravilloso atrae, no pocas familias aristocráticas

se sintieron como el pueblo subjestionadas por aquel apostol de la fé; y aun sin estarlo todavia le buscaron como las mariposas buscan la luz para abrasarse sin quererlo en su llama.

Todas las mañanas á la puerta de la catedral magnificas carrozas incrustadas de ébanos y marfil o revestidas de dorados relucientes, depositaban damas envueltas en ricos mantos de púrpura que iban á oir, unas veces las palabras del predicador, y otras sus consejos en el confesionario; pero nó pocas curiosas atraidas por la novedad, volvian con los ojos llorosos; por que la palabra del espiritu santo les abria las puertas del corazon y las severas amonestaciones del confesor que no queria se convirtiese el templo en un lugar de moda les resultaban ásperas y desabridas y a veces crueles como el cautelejo.

De todas suertes en esas oleadas del gran mundo de Medina Almaria si algunas resultaban vueltas a sus aguas rompientes, otras damas mejor dispuestas para la nueva fé quedaban en las playas cristianas rescatadas de los oleajes.

Asi pudo llegar a todas partes, y alcanzar aquellas cumbres de la sociedad licenciosa y descreida, la

luz evangélica oscurecida por tanto tiempo; y como las amapolas aparecen en los campos con profusión tal aparecían las cruecitas rojas en las clámides de los caballeros, en los mantos de las damas y doncellas, completándose la recatolización de aquella entonces populosa ciudad, y la purificación moral de sus gentes.

Ya estaban cerrados todos los gineceos por la fervorosa propaganda de Célia; ya derrumbados las imágenes de los templos caían á sus plantas arrolladas las multitudes; ya sus campanas tocaban á misa y á gloria; ya las nuevas falanges de soldados de Cristo llegaban a todas partes á consagrar con obras su nueva fé y substituía ~~con dogma su nueva fé~~ al terrible dogma de la lucha por la existencia, el suave de la caridad, levantándose los caídos de la antigua batalla social, asistiendo con las dádivas de los ricos los sanos albergues para los pobres, los asilos para los niños abandonados y los ancianos, los comedores para los necesitados, los talleres para los obreros sin trabajo, las escuelas cristianas, y hasta una universidad católica que se fundó por iniciativa del conde ~~Menandro~~ Morales.

Con todos estos beneficios la virtud se infiltraba en las almas, el amor y la fraternidad se consolidaban entre todas las clases sociales; no había miserias, hambre, ni motivos de crímenes entre las gentes; los jueces y los tribunales estaban ociosos, y el municipio de Medina Almaria asombrado de tantos bienes surgidos de una sola semilla cristiana acordó asociarse a todas las grandes empresas de regeneración y mejoramiento social iniciada, y que el alcalde en nombre de la ciudad entera se adornara con la roja cruz; ~~de hiciera~~ hizo profesión de fé católica como otro Recaredo; lo que tuvo lugar en solemnísima fiesta celebrada en la catedral en que el diácono pronunció uno de sus mas maravillosos sermones.

Al terminar aquel acto el pueblo que llenaba el templo sin haber podido penetrar quedó cubriendo la inmensa plaza y las calles laterales como movidos por un solo resorte proclamo Obispo al sacerdote Dionisio; y éste queriendo escapar entre el gentío de aquellas aclamaciones movía el brazo derecho en sentido negativo diciendo con voz entrecortada ~~no soy digno~~ por la emoción "non sum dignus"; pero llevado en brazos, abrazados y besados por tantos fieles, recordó que en los primeros tiempos de la iglesia los pueblos hacian así la eleccion

de sus prelados, y tuvo que resignarse á aceptar tan elevado cargo eclesiástico, ya que nadie habia por entonces que pudiera ejercerlo.

La ciudad entera ardia en públicas demostraciones; colgáronse los edificios con blancos damascos en que se bordaba la cruz cristiana, repicaron las campanas de todos los templos; vivas ensordecedores, salian de todos los pechos enardecidos; las damas cristianas en numerosas falanges se agrupaban en torno del nuevo príncipe de la iglesia arrodillándose y besando sus vestiduras, y él pálido como un muerto, todavia sin mitra, sin báculo, y sin anillo, bendecia a todos; pareciendo que aquella mano trémula lanzaba por cima de las multitudes efluvio divino que las estremecian.

Pidió en caridad que no le ofrendaran mitra bordada con piedras preciosas, que se vendieran y destinaran al fondo comun de los pobres, que el báculo fuera un callado de pastor, que el anillo fuese de hierro, y concluyera en la cabeza de un clavo como los de Cristo; y que el pectoral colgado de un cordon contuviese en una cruz de madera; pues asi fué el leño del salvador

Todo el mundo maravillado de tanta humildad lo ofreció así. La fiesta duró hasta el atardecer en que el nuevo Obispo retiróse a su humilde vivienda de la torre.

Pueblos, Pueblos, damos, caballeros fuéronse, alegres y satisfechos los unos a sus pequeñas casas, los otros á sus palacios. Todos rebosaban alegría; solamente a la oludora luz del crepusculo ante el altar de la purísima de alabastro había una mujer con el manto desceñido tendida en los marmoles del pavimento y desmayada, era Celia.

Fin del capitulo V II

T.1.357.401

Citas en latín a comprobar

Canticum novum ante sedem -

alterum angelum volantem in medio caeli Evangelium aeternum et evangelizare sedentibus.

Timete Dominum quia venit hora judicii ejus et adorate eum qui fecit caelum et terram, mare et fontes aquarum.

Et cum te percutit in maxilla praebe et alteram

(evangelio de S. Lucas.)

Capitulo VIII

El demonio mudo

Cuando recogieron a Celia, y la llevaron a su vivienda, aun iba desvanecida; pero poco á poco se repuso y sentaronla en un sillon cillo al lado de su reclinatorio, donde ante un Cristo pequeño y una imagen de la Purisima, acostumbraba á rezar sus oraciones.

Estaba densamente pálida, y sus dos largas trenzas áureas, rodaban por delante de su pecho hasta su falda, formando un marco de oro a su cara roja.

Su madre se apenó mucho, y quiso solicita saber lo que le había pasado, la causa de su desvanecimiento, y de la congoja que aún le duraba; pero ella nada decia; si no que rezando ante el altar de la Virgen de alabastro del transcoro, había perdido la vista y el sentido.

La mujer acostumbrada desde niña a disimularla sus sentimientos, poca veces revela lo que pasa en su corazón. Excepciones intimas le conmueven, pasiones increibles le sobrevientan, inclinaciones abruptas les descarrian en ocasiones inesperadas, ó antes subitos sucesos o—

pensamientos; y la que todo esto siente, se esfuerza en aparecer serena y aún lo consigue ocultando el estado de su ~~abatido~~ ánimo.

¿Fué la alegría de ver elevado al solio apostólico al diácono, lo que le hizo caer demayada sobre el pavimento, ó fué la tristeza de hallarse alejada más aún de aquel a quien debía su salvación, y la justificación de su alma? ni ella lo dijo, ni fué posible saberlo con certeza; pero más bien debió ser esto último: que aunque redimida Celia de sus pasadas culpas, consagrábase a una vida de virtud y de penitencia, ella pudo sentir, como muchos santos sintieron dentro de su corazón, las tentaciones de lo que llamaba el Evangelio el diablo mudo.

Celia había oído al diácono en unas de sus mas bellas oraciones sagradas hablar de este maléfico espíritu, que no está rodeándonos ni persiguiéndonos desde fuera, sino que tiene nuestro propio corazón por vorádas.

Era él quien le insinuaba pasiones culpables, quien le inclinaba al mal y al pecado, quien le presentaba la fruta prohibida como hermosa y azucarada para que

la quitase. Y Celia creia sentir bajo su pecho aún las reducciones de aquel mal espíritu, que se envolvia como ofidio en su corazón.

Queria desechar aquellas tentaciones malditas que venian mezcladas con los recuerdos de la primera aparicion del diácono en el gineceo, de los golpes dados a su puerta, y de la escena de la sacristia. Queria olvidar todo esto, y que su memoria partiera solo de su vuelta á la fé, á la piedad, y á la virtud cristiana; pero le era imposible tocar un eslabón de la cadena, sin que se moviese todos los otros en su espíritu, y le renovase aquellos recuerdos que intentaba desechar.
¿Celia posible que su conversion se debiera á una sugestión personal del diácono, á una pasión sentida por él, aunque entraran á formar parte de ella la misma virtud y fervor del Apostol, el nimbo de heroismo que le rodeaba por las grandezas de su alma? Si; se decia secretamente Celia; yo soy de Dios, porque Dionisio es de Dios y soñaba en ser suya. A pesar de mi redencion, vivo en pecado:

la congoja que sentí al verle aclamado por el pueblo, y que me llevó al pie de la Inmaculada, nació de ser cuando se alejaba de mí aquel ser amado, por ello corrí á pedir amparo a la vez en contra de mí misma; y allí quedé rendida, y hubiera querido quedar muerta.

Barajando en su mente estas ideas Celia, hallábase agitada en su sillonsillo, como si un temblor nervioso hubiera sucedido a su espasmos; y dos hilos de lagrimas caian de sus ojos por sus mejillas, sin que se sobre comprendiese el motivo de aquel llanto.

En otros tiempos cuando la mujer arrepentida sentia aún dentro de su pecho aquel demonio mudo que el predicador con una pasabecia convertia en el deseo, buscaba refugio para defenderse de una nueva caida en aquellos asilos de piedad y oracion llamados conventos, cuyas dobles rejas les resguardaban; y allí con ayunos, cilicios y mortificaciones, vencia a la carne indómita y procuraba arrojar de si aquel demonio tentador. Pero los embates de los siglos de impiedad y descreimiento, los que habian desmantelados los templos, cuarteadas las catedrales, y dejado las imagines sin

culto, los Cristos sin fieles, y las aras sin sacerdotes, habian tambien arrentados de sus conventos á las tiernas del Señor; y convertidos ~~en~~ estos en almacenes, ó cuarteles de soez soldadesca.

¿ Dónde ir pues, á buscar un refugio que no se habia reconstituido aun en medina Almaria, por que otras urgencias de la propaganda de la doctrina y de caridad habian reclamado la atencion del Diocesano y sus prosélitos ?

Cecilia propondria al recien elegido Obispo la reconstitucion de aquellos ~~campos~~ claustros, y seria la primera en ocupar las celdas de ellos, para consagrarse a la completa salud de su alma con el recogimiento y la oracion. Mas por ventura ¿sería este egoista propósito que el de procurar la salvacion de los demas con la eficacia de su propaganda existiá na con la practica de las obras de misericordia que ninguna se refiere a la propia persona de quien las ejerce si no a sus demas prójimos en Cristo ?.

¿Desertaria ella de esta gestion tan precisa en los nuevos tiempos para encerrarse en si misma y cuidar de si tan solo como aquel poeta romano que para su propia salvacion arrojó la espada y huyó en la batalla de Filipos?

No, no le parecia éste un medio adecuado á la situacion de si misma, y de sus demas compañeras; de aquella falange cristiana que habia conseguido formar en auxilio de las otras milicias, que llevaban como ellas la cruz en el pecho. Lo mejor era proseguir su campaña, engarzar en sus hueste como cuentas de un inmenso y sacro rosario, á todas las mujeres de Medina Almoria, yendo en busca de todas las de fé perdida, ó dudosa; las de conciencias muertas ó aletargadas, las caidas que necesitaban auxilio protector, y de aquellas que en el fondo de los mayores antros del pecado debian oir los tres golpes del diácono que ella daria por él, á las puertas de sus corazones.

Ademas encerrándose tras la reja de un claustro ¿tendria la seguridad de que se quedaba fuera el demonio mudo del que procuraba apartarse? ¿ó no lo llevaba dentro de si misma y lo introduciria en el convento consigo propia, siendo motivo de contaminacion

de las que no lo tuviese hospedado en su seno ó. El diácono había aconsejado en su sermón contra el diablo mudo, la oración mental, el rezo, la penitencia austera; pero había dicho también que la fé sin las obras no era bastante para salvarnos, y que aquellas oraciones y penitencias sino manifestaciones de fé individual, y no los actos de caridad para el prójimo? Celia resolvió que nada resolvería sobre este problema, y que sin revelarle la causa de haberselo planteado en su mente, consultaría al prelado su mejor solución y a ella ajustaría su conducta; pero temía verle, no fuera que el demonio mudo se le despertase más, y la inclinara más fuertemente á pecar aunque fuese solo de pensamiento.

El accidente ocurrido en la catedral y la indisposicion de la hermana y ya admirada Celia, ocasionó la visita á su morada de muchas compañeras de aquella falange cristianizadora. Los innumerables devotos de aquella causa y entre ellos de los condes Montijo.

Su entrevista con Celia fue enternecedorante. Estaba ella muy ajena de esperarlo, cuando aparecieron y se arrojaron a sus pies, como a los de una santa. Ella débil aún alzóse y levantó a la condesa y al conde ~~se~~ echándose en los brazos de aquella que la estrecho efusivamente.

Hija mía dijo el conde, siéntate serénate y no veas en nosotros, más que dos devotos tuyos de cuya salvación es la causa. Hemos sabido que te hallabas enferma y nuestro nuevo credo nos manda visitar a los enfermos; pero aunque nada nos dijeran de ellos, hubiéramos venido también por que deseábamos conocer á la santa joven a quien debe la ciudad tantas conversiones.

Por Dios señor conde, exclamó Celia con palabras temblorosa de emoción. Yo no soy nada, yo nada hice por mí misma, soy polvo de la tierra llevado por el soplo de Dios adonde él quiere que vaya.

Mi hijo ~~te~~ adivinó dijo el conde poniendo a Celia más en resalto. Nosotros te hemos comprendido después. Hija mía si tu sientes en tu corazón algo del inmenso amor que el te profesa, ven á nosotros que seremos para ti otros padres amantes.

Celia se cubrió el rostro con ambas manos para ocultar mejor el estado de su alma; y secarse los ojos que se le inundaban de rocío del cielo.

Gracias señor conde, respondió: yo he sido una gran ~~otra~~ pecadora, y ahora estoy consagrada a las obras que han de redimirme. Estoy perdonada por la misericordia del sacramento, y de la penitencia; pero sujeta todavía al juicio eterno de Dios. De nada soy digna. Mi vida debe terminar lejos de las realidades del mundo, en las celdas de un claustro, que se levante para mí y mis hermanas; ó sobre alguna peña escarpada de Sion donde concluya mi penitencia. Los condes quedaron perplejos ante estas palabras; y sin insistir más provocaron todas clases de consuelos a la bella Celia, que al rayo del sol poniente que solía acariciarle por la ventana de la torre, estaba más hermosa que nunca con su palidez de azucena.

Mauricio, se hallaba ausente con otros catecúmenos, ocupado en propagar la fé á los pueblos comarcanos; y por ello no supo el suceso ni asistió con sus padres a aquella visita.

El diácono recien elegido Obispo, iá acudio presuroso á enterarse de la salud de aquella a quien llevaba el nombramiento de diaconisa, como lo eran las santas mujeres de los tiempos evangelicos.

Celia, reprimiendo la conmoción de su alma, agradeció la visita; y quiso

declinar el honor del cargo que se le otorgaba; pero Dionisio le explicó que era cargo de estrechos deberes, de trabajos constantes, de luchas y sacrificios por la fé de Cristo, y á veces de martirio, cuando se ofrecía la ocasión de dar por él la sangre y la vida.

La diaconisa aceptó entonces; y no le pareció ya necesario consultar la solución del problema que su mente le había propuesto, por que elegida estaba ya para combatir, y nó para retirarse de las luchas á una fortaleza de dobles rejas.

Casi en toda la entrevista estuvo Celia con los ojos cerrados, cayéndole desde los parpados sus rizadas pestañas doradas.

Cual no quiso así poner un antemural entre ella y lo imposible. Si un pintor hubiera tomado con sus colores la figura de aquella mujer transfigurada por la fé, con aquella vestes blancas sujeta con un cíngulo, y aquellos cabellos caidos por delante en trenzas casi derechas, y aquella roja cruz sobre el pecho, en pie, y con los ojos bajos habría trasladado al lienzo la más bermosa de las pinturas, como Murillo y Rafael no acertaron ha hacerla jamás.

El nuevo Obispo con clámide morada atada con grueso cordón a la cintura

del que pendía un lienzo negro, con el bordón del peregrino en la mano, el pectoral de madera pendiente de un cordón, y los cabellos que larga melena rizada le caían sobre los hombros, semejaba aquel extraordinario nazareno descrito por el judío Flavio Josefo, que no ha dado lugar a duda, diga lo que quiera el impío Strauss, sobre la existencia real del salvador del mundo.

Se despidieron todos, se hizo la noche, la anciana madre de Celia dormitaba en un rincón, después de rezar su último padrenuestro, y la diaconisa arrodillada en su reclinatorio con las manos cruzadas, ante el altar donde estaba el busto y la Virgen, á los que daban luz dos velas de cera, inclinada la cabeza sobre el pecho, consagró a la oración largas horas, mientras el resplandor de los cirios parecía rodear aquella cabeza de oro de un nimbo irisado de gloria.

FIN DEL CAPITULO VIII (8)

Capitulo V IV — 9-

Los cruzados

En la llamada Edad media, surgió en la cristiandad la idea de reconquistar las tierras santas, en que se hallaba el sepulcro del Salvador. A la voz de Pedro el Ermitaño, y de otros fervorosos creyentes en Cristo, las gentes se levantaron en oleadas, los señores abandonaron los palacios, seguidos de sus mesnaderos, y una y otra vez las naves cargadas de valerosos creyentes transportaron a la Palestina inmensos ejércitos que al principio lograron sus propositos, fundando allí el reino de Godofredo de Bouillón; pero que acabó hundiéndose al empuje de Saladino.

El Obispo Dionisio habló de este gran movimiento cristiano en el primero de sus sermones pontificales; ensalzó aquel fervor poderosisimo que estremecio a la tierra entera; pero tanto en estas cruzadas como aquella contra los albigenses, fué un mal propio de sus tiempos y de aquellos estados sociales, el derramamiento a rios de sangre humana.

No, ni de moros ni de cristianos disidentes, debía de verterse una gota de sangre siquiera, en una obra religiosa, por muy grande que fuere.

Aquellos cruzados, no debieron llevar la espada en una mano ~~la espada~~ y en la otra el Evangelio para sus conquistas; sino el Evangelio solamente; y más que ejercito de soldados, debieron desparramarse por todas partes catequistas y misioneros.

Sus conquistas así habrían sido tardías pero duraderas; muchos habrían vertido su sangre propia como los mártires pero de cada gota habría surgido un nuevo propagandista. Era mejor dar la vida propia por la fe, ~~[illegible]~~ que no por la fé arrancar la vida de los demás.

Así S. Pablo llevó la luz del Evangelio á muchos reinos de la tierra, convirtió á los gentiles con su palabra y con sus epistolas, y si murió sacrificado, fué solo al hasta el trono de Dios y recibir la corona de su gloria, sin llevar las manos manchadas de sangre.

Eso quería el Obispo Dionisio, eso predicaba al pueblo que llenaba la catedral, las plazas, y las calles de Medina Almaria, que aquella ~~luz~~ cruz puesta sobre sus cristianos

pechos fuese la de una nueva cruzada, para conquistar nó solo las tierras santas, si no todas las tierras del mundo, todas las ciudades y todos los reinos; estendiéndose las fervorosas legiones por todas partes; pero sin espada con solo el nombre de Cristo en los labios, y la promesa de salvacion para los prosélitos.

Un clamoroso viva dado por el pueblo todo, resonó en la bóveda de la catedral; y en todos los ámbitos de la ciudad ya cristianizada.

Formáronse legiones apostólicas de misioneros, y de damas catequizadoras, al frente de las cuales iba ya fortalecida por la ovacion la diaconisa Celia.

El Obispo Dionisio lo habia organizado todo, habia nombrado entre los mas piadosos y versados en letra santa muchos diáconos, y sacerdotes para que ejerciera con aquella falange su ministerio espiritual los unos, y los otros predicaran en los púlpitos de los templos ya restaurados la nueva cruzada universal.

El mismo Dionisio iria con su santo pectoral y su bordon de peregrino, de pueblo en pueblo, y de corte en corte, predicando el Evangelio, llamando á la verdad divina á todos los hombres, y muriendo si era

precino por su redencion como fiel discípulo de Cristo, sabiendo que su sacrificio habria de ser fecundo.

Nada de fundar reinos a lo Godofredo, ni de librar batallas con los sarracenos de la nueva era.

Adoctrinarles, aconsejarles, abrir sus ojos a la luz de la verdad y sus conciencias dormidas a los sentimientos cristianos; ir ganando asi las almas y las urnas para el verdadero reino de Dios.

¿Que ó ~~Un~~ uno ~~de~~ miserables insectos ó no vencen por la propagacion del número y la tenacidad del instinto á los más formidables seres ó aun al hombre mismo en ocasiones ó Los mosquitos de la Sangonta, débiles insignificantes surgen acá y allá de sus agujeros en pequeños grupos, se juntan y manchan en cordones. trabajosamente por las tierras incultas, forman luego manchas que caminan hacia los campos, salvan todas las barreras que se les oponen, rellenan con sus propios cuerpos las zanjas con que el hombre quieren cortarles el paso, y siguen avanzando, crecen y se multiplican y se enseñorean de los sembrados, y de los huertos; y hacen retroceder vencido al labrador impotente, para contrarrestarle: hasta que levantan el

vuelo y van á conseguir otros triunfos en nuevas comarcas. Si eso hace este mosquito miserable ¿qué no ha de hacer el hombre unido al hombre ~~de~~ cuando la razon y la fé le llevan al proselitismo, á la lucha pacífica pero tenaz nó en pro del mal y de la destruccion, sino del bien y de sus grandes obras?

El Obispo Dionisio apareció solo, inerme como él lo quería en pueblos y ciudades aún no cristianizadas. A su presencia, las gentes creyeron que había descendido del cielo el apostol S. Pedro.

Mujeres y niños, ellfermos y pobres, fueron tras él como en los tiempos antiguos.

Su palabra suave y enternecedora abria las puertas de los corazones endurecidos, sus obras misericordiosas le granjeaban todas las voluntades, y la flor roja de la cruz surgió por todas partes, formando nuevas falanges de luchadores inermes.

Los Príncipes y los Reyes llamaron a sus palacios al nuevo Apostol, y acabaron por arrodillarse a sus pies como el conde ~~Fernando~~ Hernan Cero.

No era un triunfo suyo [x] leire en todo aquello la eficacia de la gracia divina y el triunfo de Cristo combatido, y olvidado durante tantas centurias.
Ayudaban á estas explosiones religiosas la necesidad sentida de una fé, y el mismo diferentismo que enseñoreado del mundo había derrumbado todas las sectas y todas las religiones.
No, ya no había albigenses que combatir, ni herejes que quemar, ni templos masónicos, ni sinagogas judías, ni capillas luteranas, ni ídolos budistas, ni Meccas ni califas; ni siquiera mezquitas dedicadas al culto de [redacted].
[x] El mismo socio de suscitar no había encontrado ni cismáticos de oriente ni popes ni cono-clastas. Todo lo había pulverizado el piston nivelador del descreimiento. Los hombres se habían llenado de ciencia y de poder; pero sus cerebros y sus conciencias se hallaban vacíos de religion y moral; y cuando una tierra está inculta por mucho tiempo y llega un nuevo roturador que la desembroza y la siembra, la cosecha es segura y es opima.
Así sucedió con la labor del Obispo Dionisio y sus falanges de cruzados.

Por todas partes ya iue estaba las semillas cristianas fructificaron Europa y America se poblaron de fieles y se reedificaron los templos y Prelados se nombraron por aclamacion ~~dia~~ ~~cesos~~ y resonó su voz en los pulpitos y se refanudaron las misas interrumpidas, y se administraron los sacramentos olvidados, y el agua del bautismo sonio para todos, incluso hasta los reyes que doblaron su cabeza para su redencion como fieles ~~discipulos de Cristo segun que su sacrificio tendria que ser fecundo.~~ ante la pila marmórea de aquellas linfas del Jordan; y que pusieron como antes la cruz sobre sus coronas reales. El Obispo Dionisio que no solo hacia su personal propaganda, sino que escribia epistolas a los pueblos que nó podia visitar, o á quienes preparaba para su visita, como S. Pablo a los efesios a los corintios X y a los romanos creyó tambien de su deber dirijirla a ~~los~~ filósofos y sabios ~~renuentes~~ remuentes.

Hasta entonces habiase admirado su fervor y su piedad religiosa. Despues se vió el profundo saber de aquel ~~sebozo~~ Clemente de Alejandria.

69

En sus epistolas reboso la alta filosofia y la ilustracion científica de Dionisio que habia compartido con estos estudios los de su Theologia dogmática. Muchos de aquellos sabios ateos pomeramente escepticos, vacilaron, concluyendo por abrazar la religion cristiana; los que quedaron sin convertirse fué una escasa minoria, que no tuvo influencia ninguna sobre la mara general. La gran empresa habia tenido resultados maravillosos; la tierra entera habia sido conquistada para la fé: y en cada gran comarca habiase nombrado Obispos por aclamacion general, como fué electo Dionisio: y todos ellos adoptaron iguales signos de humildad evangélica, no teniendo dos tunicas ni dos pares de sandalias; y viviendo de la caridad de los fieles, repartiendo el sobrante á los pobres, y construyendo con las limosnas de los que daban sus bienes á los pobres grandes asilos, hospitales, escuelas, comedores, á donde se daban a los ~~pobres~~ indigentes alimento gratis, y lugares de oracion en que congregar los espiritus.

Cuando todo ello estaba bajo organizado bajo la proteccion de los reyes, y de los gobernantes, surgio la idea de celebrar un gran concilio ecumenico. Todos los obispos de la cristiandad acudirian bajo las bovedas de la gran Basilica de S. Pedro, donde habia lugar para 80.000 espectadores, y en ese concilio se dictarian las nuevas leyes de la disciplina eclesiastica, y se haria el nombramiento de pontifice.

El jubilo fue enorme en todas las naciones; y cuando bien elegido la sagrada Roma para celebrar aquella gran asamblea de pastores de la iglesia. La misma Italia palpitó de entusiasmo, olvidando las antiguas discusiones por el poder temporal de sus papas.

El Obispo Dionisio satisfecho de su gran obra regresó a Medina Almarid; y recibio hospedaje en el palacio del conde ~~Bernardo~~ Alejandro, quien no consintio en modo alguno siquiera habitando en la tobreza y humeda vivienda del piso bajo de la torre; pero no se hizo esto sin que el conde asegurase al Obispo que el palacio habia sido dividido en tres partes con entradas distintas una para aloja-

miento de pobres, y otra muy modesta para alojamientos de los esposos y su hijo; y otra algo mas amplia para el obispo que no permitio que en ella hubiese muebles de lujos, alfombras ni tapices; sino un modestisimo ajuar con una cama, un reclinatorio, un Cristo, y un amplio salon de audiencias, y un gabinete de trabajo.

Retiró pues Dionisio del piso bajo de la torre sus pocos libros dejando a la madre de Celia los muebles que allí habia; y cuando la diaconisa bajó a esa vivienda y la encontró desalojada, sollozó amargamente como si para ella hubiera muerto allí una persona querida.

Cap

Fin del capitulo VIV (9)

Capitulo X - 1º -

¡ Papam habemus !

Roma, la ciudad eterna, como la llamaban los que compendiaban la eternidad en unos cuantos siglos, apesar de los muchos otros transcurridos en que desapareció la fé de los pueblos, seguia en pié con todas sus riquezas y reliquias históricas, conservadas como un monumento de edades pretéritas. Aunque desiertas, su Basilica de S. Pedro y sus iglesias todas, y vacio su palacio del Vaticano.

La renovación cristiana que se operó sobre el mundo conmovió principalmente á la ciudad de los pontifices, cuya muchedumbre anhela ya ver otra vez en la Sede Apostolica, restaurando la capitalidad del Orbe cristiano, y devolviendo a la ciudad toda su influencia y todos sus esplendores.

El anuncio de la congregacion de un gran concilio que se celebraria en la iglesia de S. Pedro, y á que concurririan todos los obispos del mundo, produjo un delirante entusiasmo, y el rey de Italia (por que todavia habia Reyes entre los hombres que parece doblegarse por instinto a la monarquia como las abejas, y no al anarquismo armonico de las hormigas) fué el primer

entusiasta considerando el puesto preferente que ocupaba su reino, convertido en centro de la cristiandad. El hubiera cedido de buen grado el poder temporal a los nuevos papas, como los pipinos de otro siglo, si con ello hubiera conseguido que Roma siguiera siendo la metrópoli del mundo cristiano; entonces mas encarnizados que antes por que abarcaba a todas las gentes, divididos como habian quedado los cismas, las confesiones heréticas, y protestantes, y aún las religiones budicas y mahometanas que con sus budas, confucios y mahomas habian pasado á ser credos muertos, cual lo eran los dioses paganos de la antigüedad.

Pero los tiempos habian cambiado mucho y ya no era preciso el poder temporal al papado ni aun las terribles excomuniones del ~~Vaticano~~ Hildebrando para que dominase Occidente sobre pueblos y Reyes. Roma tenia que ofrecer pues mas que sus territorios, sus Basilicas y sus palacios, fundamentos éticos y espirituales para que el nuevo Papa afirmara sobre ello su Sede; pues ante el ideal evangélico de la pobreza, de los ministros del Señor, las fastuosidades no eran lo atrayente, ni la pompa lo obligado. No tardaron en llegar de todos los puntos del globo, los obispos que tenian

que celebrar el grandioso concilio.

Venian con vestiduras humildes, estropeadas sandalias, pectorales de madera negra, como la cruz del Salvador; con báculos de anciano pastor, y sostenidos con la caridad publica que aun les parecia munificentes.

Ante las riquezas vaticanistas quedaron suspensos, y aunque comprendian y disculpaban que los siglos hubiesen acumulados allí tantas riquezas y tesoros, no se sentian inclinados á recibirlos prefiriendo la sencillez de los primeros tiempos cristianos de los evangelistas y de los ~~cristianos~~ apóstoles que sin tales medios habian conseguido derribar los falsos dioses de Grecia y de Roma, vencen con la ~~pie~~ de las persecuciones sanguinarias de los emperadores, y evangelizan a todos los pueblos de la tierra.

El dia del gran concilio llegó por fin, y las naves inmensas de la Basilica de S. Pedro apenas podian sostener á la muchedumbre de prelados allí reunidos. Los habia de todas las ciudades de la tierra, de todas las razas; y aun puede decirse que de todos los colores desde los albos y rubios de la Europa del Norte á los negros inteligentes de la Abisinia;

desde los rojos del centro de América, a los amarillos y tristes del Japón; destacándose los numerosos de la raza caucásica, de la gran raza blanca, preferida por Dios para formar su pueblo elegido; para inspirar a sus profetas, para escoger á la Virgen de Nazaret, de que había de nacer el Redentor de los hombres.

Presidió el Obispo más anciano y dijo que la elección había de hacerse por inspiración divina; nada de cabildeos ni componendas, nada de candidaturas artificiosas, ni de cambios de votos, ni colectas de voluntades; una sola voz que saliese de todos los labios brotando de todos los corazones y ante un momento de oración mental pidiendo la luz y el favor del Altísimo.

Silencio solemne siguió a estas palabras, luego las miles de voces de los prelados pronunciaron unisonas un nombre ¡Papa Dionisio!. El presidente repitió: ¡Papa Dionisio! Dios lo quiere. Y Dionisio cayó desmayado, teniendo que acudir muchos a él y reanimarle. Por todos los ámbitos de Roma, corrió enseguida la noticia. ¡Papa Dionisio! el Obispo de Medina Almaria, y éste revestido ya de sus ornamentos salió á la puerta de la

Basilica y bendijo al inmenso pueblo que estaba de rodillas.

Despues se retiró, tomo posesion de su alto ministerio; y presidiolo por él, continuo el concilio sus tareas.

Habia que recoger del naufragio de la iglesia cristiana los dogmas olvidados y recapitularlos; habia que reformar las disciplinas conformes a las nuevas exigencias de los tiempos, habia en fin que determinar cuál seria el lugar de la nueva Sede Apostólica.

Todos los dogmas fueron reiterados y proclamados por unánimedad declamacion: tambien y asi todas las iglesias de las cinco partes del mundo sellaron una misma fé desapareciendo diferencias y distingos.

Cuando fué proclamado el simbolo del concilio de Nicea, los Obispos arrodillados rezaron el credo en voz alta voz que subió y repercutió en las bóvedas y parecia animar a los santos de las capillas, y á las pinturas rafaélicas.

Momento emocionante tambien fué el de la proclamacion unanime del dogma de la pureza de maria. Los prelados cayeron de hinojos tocaron las campanillas de plata de los altares, como tocadas por angeles invisibles, estallaron los

órganos en un himno magnífico;
y en la capilla Sixtina los coros
de cánticos, entonaron una salve
compuesta por el primer maestro de
aquel siglo con letra de un más grave
poeta que empezaba "Salve María
Virgen pura de los cielos &. . ."
Pasada la intensa emoción acordóse
conceder a su santidad el nombre de
Pío X X que había por elegido; y quedaron
encomendados a su alta sabiduría
la ratificación ó modificaciones de
la disciplina, y la liturgia, y la elec-
ción de ciudad para sede pontifi-
cal.
Levantada la sesión del gran conci-
lio, el Papa recibió a numerosas comi-
siones de peregrinos que de todas par-
tes fueron á rendirle homenaje.
Entre ella estaba la falange de Dia-
conisas de Medina Almanza, al frente
de la cual iba Celia.
Esta en nombre de todas, pronunció
balbucientes palabras de gratitud al
Cielo por aquella designación, de ado-
ración y sumisión; y se arrodilló ante
él y besó sus sandalias.
Todos los peregrinos entonaban cantos
de júbilo y el Papa le daba su ben-
dición muy conmovido.

Apenas acabadas estas ceremonias y audiencias, incluso el grandioso Te Deum de accion de gracias Pio XX se retiró a orar primero y a meditar despues sobre sus altos deberes.

En la disciplina poco pero importante tenia que corregir.

Habia que establecer el voto de pobreza de los sacerdotes, las Clases de autoridades, costumbres y la degradacion inmediata de los indignos; habia que restaurar los antiguos conventos, no para hacerlo solo refugios de almas atribuladas y llamada por Dios a esa vocacion ascetica, sino para que fuesen tambien lugares de estudios, como cuando los frailes del convento de Avila se dedicaban á buscar y copiar los libros de la antigua Edad clásica, y S. Tomas de Aquino fundaba su escuela filosofica teológica: los monjes tendrian la obligacion de hacerse sabios para discutir y vencer a los falsos sabios del mundo; las religiosas, la de adoctrinar y educar a las niñas y jóvenes para poder cumplir sus deberes, como hijas, esposas, y madres. Eran arcas de salvacion del espiritu, lo serian no solo para las que en ellas entrasen si no para los de fuera con lo que estaban ligadas por vinculos de caridad. Ganado el cielo no era

ir boyando hacia arriba, contando
las apnarras con el mundo si no
resposándola y arrastrando tambien
conmigo á la tierra pecadora.
La institucion de las diaconisas de
los primitivos tiempos cristianos
subsistiria, por que estas piadosas mu-
jeres podian llegar más cerca del
corazon femenino, y aún hablar a los
hombres con mas sentida
persuasión.
Las practicas religiosas, debian poner-
se en armonias con las enseñanzas de
la higiene. Y el tosco rayal sobre la
piel del ermitaño o de las reclusas
ni el cuerpo abandonado de las
limpiezas de las termas; ni el agua
bendita entarcadas en los mentis
males focos de infeccion para las
gentes piadosas si no conscientes y pa-
ras como las del Jordán.
Ah las iglesias habian que ventilarlas,
ventilándololas y abriendolas al ambiente
y a la luz. Nada de ventanajes cerra-
dos, ni puertas estrechas, ni de obscu-
ridad, buscando un misterio material
que no era menester en el recinto de los
misterios divinos. Anchos pórticos, nume-
rosas puertas, y ventanas laterales con
todos los adorno que la arquitectura gó-
tica quisiera añadirle, los suelos limpios
y marmóreos, y las columnas que
estucadas cuando fueran de construc-
cion reciente y no ~~en los claustros~~
constituyese hermosa obra de arte.

de las catedrales.

Los ornamentos sagrados compuestos sin oro, ni preciosas, para servir en los oficios divinos, y nó en los balcones de las catedrales como ahora de curiosidad de turistas.

Los votos religiosos temporales todos y renovables, nó perpetuos para que no se entendiese que los que lo hacian en un momento de arrebato mistico ó de ofuscacion, renunciaban a su libertad, y se convertian en esclavos de si mismo.

En cuanto á los cantos de los órganos de los templos, nada de música profana, por muy bella que fuese; por que en vez de llevar los fieles a la oración le recordaria escenas a veces poco edificantes de óperas o de conciertos teatrales.

Así fué apuntando Pio XX algunas de sus ideas para su más proxima encíclica; y aparte dejó como muy presente la de los deberes evangélicos de los ricos y los pobres, en que solucionando la objecion que se hizo con tiempo contra el consejo de Cristo, para ser perfecto, estimando que si dando los ricos sus bienes á los pobres se hacian ellos pobres, y se convertian en ricos los donatarios quienes a su vez tendrian que hacer lo mismo con los sobrantes, estas mutaciones se resolvian en una indeclinable consecuencias que los ricos

tendrían que participar de la pobreza de los pobres, y los pobres de la riqueza de los ricos; y que así se compartirían todo entre todos cristianamente, remediándose la miseria de los unos y las alturas de los otros.

Lo que le preocupó grandemente fue la elección de ciudad para Sede Pontifical. Roma tenía altos méritos para continuar siéndolo. El martirio de S. Pedro y S. Pablo, selló ciento pacto de alianza con ella.

Pedro fue el apóstol designado por Jesucristo, como piedra fundamental de su iglesia; y en Roma se instauró y los cristianos abrieron su tumba, y los mártires derramaron su sangre santificándola.

Pero ¿y Jerusalén? No fue allí cerca del mar de Galilea, donde Cristo pronunció el "Tu es Petrus"? No fueron aquellos lugares los del bautismo, administrado por S. Juan, los de la predicación de la Bienaventuranza, los de los milagros del Salvador, los de su Pasión y muerte, los que conservan su santo sepulcro, y están consagrados por los pasos del divino Maestro, resonando aún en los espacios sus santas palabras dichas a la Samaritana, y a la Magdalena?

Mientras éstos lugares estuvieran en poder de los infieles, Roma que tuvo

que ser la única con derecho preferente a la Sede Apostólica.

Pero después cristianizado el mundo todo ¿cómo preferir y abandonar aquel suelo de la sagrada Biblia encomendando a subalternos, Obispos o Diáconos el culto de sus recuerdos y la adoración de sus ~~recuerdos~~ reliquias? Pío XX pensó que existían además una razón de alta política para elegir a Jerusalén.

Roma era la capital de Italia con un Rey, con un gobierno que la regía. El Pontífice en su territorio, ó tenía que parecer un rival del Monarca, o un prisionero de él como tantos se habían considerado. Con poder temporal mermaba la soberanía del Rey: sin poder temporal, sólo tenía el Vaticano. Aquella ciudad no podían tampoco internacionalizarse. Jerusalén y su comarca sí y ya internacionalizada. Las autoridades de todos los reinos estaban subordinadas al pontífice pues para él se había hecho así.

Pío XX pues optó por Jerusalén; pero por no alarmar a los ciudadanos de Roma ni a sus gobernantes, salió en visita pontifical no acostumbrada, pero que el quiso hacer, y se embarcó con sus

familiares para Palestina para establecer en ella un pontificado, nombrando un Patriarca de Roma, que la representara en ella.

Y al vez fueron los primeros saltos del gran pontifice Pio X X.

FIN DEL CAPITULO-X-10

Capitulo XI-II

En Tierra Santa

Celia habia hecho una promesa por poder ahogar en su corazon el demonio mudo, la de ir en peregrinacion a los sitios lugares.
Su madre habia muerto y pasados los primeros tiempos de su dolor, creyó llegada la ocasion de cumplir su voto, y con algunas diaconisas fieles y adictas á ellas salió para las tierras santas en devota peregrinacion; desembarcaron en Jaffa, continuaron las conocidas rutas holladas por tantas pasos de fervorosas gentes, y llegaron a Jerusalen la ciudad santa de los grandes destinos, principal escenario del sublime drama de la redencion
Habian pasado algunos años y muchas tristezas por el alma de la diaconisas; pero no se habia marchitado su hermosura y hasta la más bellas judias que la encontraban peregrinando por aquellos sitios santificados por las huellas del Salvador, quedabanse a verla creyendo resucitada á algunas de aquellas mujeres bíblicas que dejaron á través de los siglos la estela de su fulgor.

Sus ojos brillaban divinos, pero mas
serenos que antes; el perfil de su rostro
conservaba sus puras líneas, pero resul-
taba mas plácido mas evangélico
con el sello de la piedad y de la
unción religiosa; y ni una hebra de
plata se mezclaba en las trenzas de
oro de sus cabellos, siempre formando
marco á la cruecita puesta sobre
su pecho, signo de la nueva cristian-
dad.

Había Celia comenzado su peregri-
nacion y sus ~~peregrinaciones~~ oraciones por la
ruta de Nazareth, despues recorrio las
riberas del Jordan y los lugares en
que se escuchó el sermon de la mon-
taña y en que Cristo escojio sus do-
ce pescadores de hombres; oró en el
Huerto de Getsemani, y ante los olivos
sagrados del monte Olivet, que
aun parecen tener sus raices en
aquellos tiempos en que Cristo vertio
allí sus amarguras; y por todas partes
al encontrar grabados los recuerdos
del hijo de Dios hasta el mismo Cal-
vario donde Celia pasó una noche
entera en oracion, * sintió consolado
su espiritu, redimida sus antiguas
culpas, y purificado todo su ser
como el de María Magdalena.

Grande fué su sorpresa cuando
supo que el pueblo se preparaba a

recibir en Jerusalén al nuevo Pontífice Pío X X, que iba á establecer dele su Sede Apostólica. Celia volvería á arrodillarse ante él, y a besarle sus sandalias; como lo hizo en Roma. El Dionisio antiguo se había esfumado para ellas, el demonio mudo último que se enroscó en su corazón, había sido ahogado definitivamente con la oración y la penitencia y Pío X X era para ella una transfiguración de Cristo. que había querido asentarse en aquella ciudad de los grandes recuerdos de la redención, para darle su bendición postrera tal vez en los últimos momentos de su vida mortal.

Pío X X no quiso ser festejado ni recibido con palmas y olivos, recordando lo efímero de tantas demostraciones, y cuán pronto se truecan por las veleidades del pueblo el grito de ¡ crucifícese ¡ X

Era un pastor que iba a apacentar allí dispersas ovejas del redil cristiano. Solo quería verdadera fé en aquel pueblo recien convertido, que el agua del Jordán cayese sobre todos, y lavar las manchas del pecado original, y del delicio que como estigmas llevaban los descendientes de los antiguos parísecos. Su primera

alocucion evocó a Jesus, narrando su sagrada historia, su sacrificio, y su muerte allí donde él con una sola palabra hubiera podido exterminar á todos sus enemigos, y hundir en el polvo aquella ciudad insensata.

Pio XX iba allí á regenerarla de sus culpas; á levantarla de su abatimiento de tantos siglos, y á fundar su Sede Apostolica ante aquellos lugares sagrados que merecian ser las bases piedras angulares del nuevo y grandioso edificio de la cristiandad. Llamaba á todos, repitiendo con S. Pablo non est judeus nec graecus non est servus neque liber non est masculus neque femina vos unum estis in Xto. Cristo.; no hay ya judios ni gentiles no hay siervos ni señores no hay hombre ni mujer todos vosotros sois uno en Cristo.

A esta invocacion, rindiéronse hasta los mas remisos, los que pudieron pensar que el nuevo reino de Dios iba á establecer diferencias históricas de razas en aquella Palestina durante muchas centurias, sojuzgada por el islamismo; y antes por el judaismo, y los centuriones romanos.

Al saber que todos eran unos iguales y hermanos del Señor, el Papa fue considerado también el pastor de todos.

Y a Palestina, fue internacionalizada. En vano quisieron los judíos no convertos del tiempo anterior a Dionisio, restablecer el reino de Sion, reuniéndose, poniendo fin al castigo de su dispersión, y reedificando el templo salomónico contra lo predicho en la Sagrada Escritura, aquel empeño fracasó completamente; a pesar de las gestiones de los multimillonarios israelitas, y cuando se supo en las Cancillerías, la decisión de Pío XX de fijar la silla apostólica en Jerusalén todos los Gobiernos se pusieron al habla y sin establecer poder temporal ninguno que el Papa no necesitaba y designaron delegados que administrasen aquellos territorios de la Judea que procurasen su restauración y florecimiento; y estuviesen con cónsules en torno del Papa como representantes de las naciones del mundo para sostenerle, defenderle y acatarle.

Estos delegados erigieron un modesto palacio para el Papa, y otro para la representación internacional y como había fracasado también

las sociedad de las Naciones que después de la gran guerra mundial creara Wilson en el siglo XX, para redimir las discordias de los pueblos. los nuevos embajadores presididos por el Papa, formando alto tribunal que había de codificar el derecho internacional, privado y público y mantener incursion de sangre la Justicia de entre los Estados más eficazmente que aquella Sociedad, y que el Tribunal de la Haya.

Había que establecer la paz perpetua; y para eso á la fé religiosa que los unificaba vendría como auxiliar el derecho razón escrita de las Naciones, como ya las llamaron los romanos; y que como tal razon debia de reinar sobre las pasiones, y los encontrados, cuando el corazón humano o las convenencias de los Estados no se supeditara á la voz espiritual del pontifice.

¡La paz perpetua! antes que Kant la cantaba en sus salmos de gloria las lenguas de los angeles y de Nuestro Señor: ¡ pax hominibus bonae voluntatis

¿Por qué á no había de restablecerse ahuyentando para siempre el sangriento fantasma de la guerra que convirtio en hecatombe todas las paginas de la historia á

La guerra era una gran verguenza
ya fue la humanidad, un efecto
de la caida del hombre paradisiaco.
Desde Caín hasta los mas grandes
generales de los siglos, todo era
un encadenamiento de ~~pa~~ticidios.
El machete del asno que Caín esgrimio contra su hermano, habia transformado en el cuchillo y el hacha de Silex de los hombres de la edad de piedra, en las armas de metal, y de las edades del hierro, y del bronce, en las espadas de los caballeros legionarios, en las lanzas de los caballeros, en los arcabuzes y las lombardas, en los cañones Krupp Hesebinedes, en las ametralladoras en los Remingtons, y los mauser, en los acorazados, y en los aeroplanos de combate, en las granadas de manos y los gases asfixiantes, y por fin en el proyectil de los rayos violetas con rayos llamados "rayos diabólicos"
Todo era la misma quijada brutal empleada en el fratricidio, todo era infernal y diabolico como la ultima manifestacion de ésta, todo debia proscribirse y encerrarse en ese que se llamara "museo de la barbarie" impidiendose definitivamente la lucha de los pueblos.

Para ello habria que destrozar todas las armas, arrasar todas sus fabricas y depositos, y dejar inermes a todos

los hombres de la tierra. Además que las naciones firmasen solemnemente las paces perpetuas, manteniendo el statuquo de sus fronteras y territorios; que aquel tribunal presidido por el Pontífice dirimiera con laudo inapenable todas las discordias; y cuando algun pueblo no se sometiese a sus dictados y pretendiera guerrear, que tampoco se le rindiese á sangre y fuego; sino con un pacífico é imperturbable bloqueo, y una especie de boy-cotage- que le haria ceder forzosamente.

Todo esto se inició por Pio XX, en las primeras sesiones que presidió de aquellos embajadores, ó delegados de los reinos, y de las repúblicas del mundo; y así se empezó a poner en practica y se sometió a la aprobacion el plan de modificacion del derecho y la gran escritura que tenian que firmar los plenipotenciarios de los Estados.

Gran dia fué aquel en que concurrieron ante el sólio del pontífice en el templo del Santo Sepulcro de Jerusalen y firmaron el acta de fraternidad, poniendo por testigo al Dios hombre, y haciendo la señal de la cruz por cima de cada firma;

y grandioso resultó el acto de la solemne misa, en que ofició el Papa mismo, y del Tedeum, y que repitieron todas las iglesias de la ciudad, todos los peregrinos llegados, y todas las gentes atraídas por aquel histórico suceso.

Entre las mujeres de la peregrinación estaba la diaconisa Celia, que con los ojos estáticos, veía ver descender de los cielos, Santos, Potestades y Arcángeles, para asistir á la gran obra.

Oh ó nó era eso más sublime y fecundo que un amor carnal que de vencer al diácono, al principio le hubiera desviado de su santa misión, aquel desenvolvimiento de la idea divina encarnada en Dionisio, y aquellos transportes espiritualísimos al verle en el solio pontifical, dictando sabias leyes á los hombres, después de haberle regenerado con santas enseñanzas ¡¡¡ qué miserable y qué abyecto encontraba al demonio medio que la quiso descarriar y que por fin ahogó en su pecho con oraciones y penitencias austeras. Celia comprendía a la Sta Magdalena regenerada por Cristo, purificada por su sola palabra, cayendo a sus pies para lavárselos

con la adoracion religiosa: y se cortselos como humilde siervo con sus cabellos. ¡Oh! si Cristo hubiera estado allí, ella hubiera hecho lo mismo: y hubiera muerto fervorosa a sus plantas.

Hubiera querido más; ser en cada momento supremo una de aquellas mujeres que adoraron a Cristo; la Samaritana, María Salomé, cuantas le rodearon y siguieron desde su entrada en Jerusalen hasta su ~~resurreccion~~ pasión y resurreccion! Qué dicha haber podido gozar de su santa presencia y de su palabra para verle despues a la derecha de su Padre celestial, y ser llamadas á los primeros lugares de su Gloria.!

Embargadas con tales visiones místicas Celia parecia espiritualizarse, y hacerse casi incorpórea.

Su faz se transparentaba! la blancura de sus manos y de sus piés dejaba ver sus finas venas; era un alabastro cristalino; pero á medida que el espíritu se sobrepone á la materia y ésta queda vencida aquel tiende a escaparse de su corporea vestidura

Celia languidecia como un blanco lirio de los valles de Nazaret y sus devotas amigas se entristecian al verla.

Su voz sin perder la dulzura de siempre, tenía un timbre más apagado y melancólico; y de sus grandes ojos azules parecía asomarse su alma tierna, pidiendo permiso para salir.

Una tarde el desfallecimiento de la diaconisa, alarmó a sus amigas que la colocaron cuidadosamente en su lecho, llamando á un médico: este apenas la palpó, notó que su vida se acababa por ir cesando poco á poco los latidos de su corazón.

Hubo que administrarle los sacramentos, y al saberlo contristado Pio XX él mismo quiso ir a auxiliarla y bajo palio, á pie, al son de argentas campanas, ante el pueblo que se arrodillaba á su paso, y que suponía iba á darse el Señor á algún rey o príncipe moribundo, llegó a casa de Celia, entrando como cualquier otro ministro de Dios en su aposento. Celia, hija mía, le dijo ¿qué es esto? y como sospechara por el médico que no había tiempo que perder, la absolvió y dio la comunión, que ella recibió con alegría.

Gracias Santo Padre, murmuró con voz baja apenas inteligible; y se durmió para siempre sin agonía, sin desfigurarse su faz hermosa y

pura como lo había sido desde su conversion.

Pio XX que le había dado su bendicion apostolica salió de la estancia vertiendo silenciosas lagrimas. Las amigas de Celia rompieron en llanto, rodeando su lecho, la amortajaron con un habito de lúgubre color, y la cubrieron de blancas rosas de los huertos de Getsemani.

Pronto se supo la noticia del fallecimiento de la admirada y santa diaconisa. El pueblo se agolpó en la puerta de su casa, y siguió el cuerpo al ser llevado a un lugar sagrado próximo a la ciudad. Allí la enterraron rezando con el llanto de las diaconisas sus amigas, y de las mujeres de Jerusalen. Se robló su tumba de rosales de Jericó y se colocó una lapida de marmol blanco con un nombre solamente - Celia diaconisa. En aquellos lugares de la sagrada biblia, donde se enseña como los de las santas mujeres que acompañaron a Cristo. Su alma piadosa y perdonada volo como la de ellas al inmortal seguro de que hablaba Fray Luis de Leon.

Pio XX anteponiendo a sus sentimientos la elevada mision que había recibido de Dios y del mundo cristiano continuo su obra pacificadora y su nombre llegó a la posteridad rodeado de una aureola de admiracion.

En la plaza de la catedral de Medina Almanzor en que había sido derribado el bronce que repre-

sentaba al libre pensamiento se elevo altio con la gran figura de Pio X X y en la avenida principal de la Virgen en que tambien estaba la estatua de una Bacante se coloco rodeado de jardines sobre un pedestal, la escultura de Blanco mármol puro de la diaconisa Celia —

Fin de la novela

~~Donde diga Hetaira pongan Hetaria~~
~~donde diga Gineco pongan Gineceo~~

Advertencias

Donde dejo el manuscrito Hetaira debe ponerse Hetaria que era el nombre de las cortesanas y galantes mujeres griegas -

Gineceo. Se usa en la significacion que tenia en tiempo de Vegecio - Lugar de mansebia o ser

~~Cuento~~

Lo que quedo del pasado.

Novela / por Antonio Ledesma.

Don Cosme era un setenton que vivia solo y aburrido en su castillo de los Velez.

No se habia casado por no ligar su vida a una sola mujer, pues de jóven amaba la libertad. Sin embargo nunca pudo decirse que fuera un libertino.

Al contrario: fué un platonico, un hidalgo que llevaba su generosidad a abrir las manos y dejar voluntariamente que se le escapasen muchas de las palomas que llegaba a aprisionar.

Incluso con sus novias fué romantico y respetuoso, y tal vez por ello se le hizo objeto de visitas y burlas femeniles.

Una vez cayo en sus redes una precioso tortolo de diez y seis años. — Por Dios, le dijo ella dejeme. Y el son

riendo le respondio.—No me conoces, yo soy mejor que todos los demas hombres, tu suerte ha sido ingrata conmigo. Y dandole un beso en la frente la despidió hasta la puerta de su sala mientras la jóven lloraba de agradecimiento.

Otra vez tenia una novia hermosa y tentadora como pocas. El iba a caballo todas las tardes a su quinta en el campo, entre naranjales y hablaban los dos por la verja del jardin, pero una noche estaba la verja abierta y su novia le dijo entre.—Pasaron una larga calle de limoneros, y el caballero galante pero respetuoso se limito a reprochar a la jóven su imprudencia. Ella no se lo perdono jamas.

Asi don Cosme en sus horas de soledad repasaba la larga serie de sus generosidades encontrandose satisfecho de ellas mejor que si las hubiera convertido en conquistas.

—Señor exclamaba, si yo hubiese obrado de otro modo, este castillo solitario y sus alrededores, estarían poblados de vastagos.

Tal fué, dicho en dos palabras, don Cosme protagonista de esta ~~cuento~~ novela que no es ~~novela~~ cuento. ~~o de esto no sabe que no es cuento.~~

II

El arrepentimiento es un sentimiento emotivo del corazon. Se arrepiente uno de los errores, de las torpezas, de las malas acciones cometidas. Lo raro es que tambien suele uno arrepentirse de las buenas. Y esto sucedia a don Cosme, cuando repasando algunos de sus ~~desvaríos~~, se detenia en el episodio de su ~~hidalguia~~ caballeresco de la sala de su casa con Isabel, y de su excesiva grandeza de espiritu en la calle de los limoneros con Rosauro.

—Cumplí mi deber murmuraba entre si, pero dejé perder los mejores goces de mi juventud y aposo pieso los pecho de mentos. ¡Ah si pudiera volverse a desan

dar el camino de la vida, y retornar a aquellos encantadores lugares que nos brindaron su perfume!. Desgraciadamente eso es un imposible pero estoy seguro de que algo puede quedar de lo que fué y quizas lo bastante para reavivar el fantasma de la felicidad perdida. Habia que ir a los mismos sitios en que esta se nos ofreció y que dejamos, dejar este castillo que es un sepulcro para mi, buscar y encontrar talvez aquellos dulces seres no a un solo a los dos, que cada cual por si es digno de ello ¡Isabel y Rosauro!.

Y barajando en su mente estas ideas creyendo que tenia yo en mi soledad un objeto que le sacara de su marasmo, toco un timbre apareció su ayudo de camara y le dijó — Preparalo todo para un viaje que pienso emprender.

— Señor respondio el ayudo de camara, pensad bien lo que haceis es invierno; los mie-

es coronan los cerros y los almenas del castillo: viajar
en caleso abierto en vuestra edad es peligroso para vues-
tra salud.

Don Cosme con ademan imperativo le
replico.— No importa.

El servidor se inclino respetuoso-
mente y se fue a preparar los equipajes.

III

Desde su castillo de los Vely, cruzando bosques y comarcas es-
cabrosos, llego sano y salvo en su caleso don Cosme a la ciu-
dad de Villalmonte, lugar de sus aventuras juveniles, dirigien-
dose a la calle de San Francisco en que se alzaba elegante
la casa que habitara.

A la entrada de ella supo por el portero que
se habia convertido en fonda de lo que se alegro sobrem-
do las escaleras y pidiendo al dueño hospedaje en ella.

Este se lo brindo enseñandole varias habitaciones

—¿Hay señorito?, balbuceo la camarera. Desde que V. generosamente me dejó la libertad y la honra he pasado muchas penas. No, a veces no conviene ser tan bueno y tan santo. Otra quizas hubiera sido mi suerte de otro modo. Desde aquella noche en que yo le pague con mi llanto su bondad, no volví a este caso para no verme comprometida. Fuerona y pobre entre inmediatamente al servicio de varias señoras cuyos niños afortunadamente no eran tan buenos como V., pero de todos me fui librando hasta que entre en casa de un señor que decían que era socialista y que al poco tiempo sin saber como fue nombrado Ministro.

El me requirió de amores y consentí en ser su novia pero con honestidad y todos los días me juraba que se casaría conmigo lo cual yo no veía difícil, porque como había entrado la democracia era más que posible que un Ministro republicano se casara con una

sirocento y yo se habian dado casos de estos.

Como pasaba tiempo y el Ministro no cumplia yo con agrado que me pretendia un sargento y antes de resolver se lo conte al Ministro y por fin le dige V. tiene que decidir ¡o ministro o sargento!.

Cube que elegi ser sargento me case: y a los pocos meses en una revolución de Sevilla le dieron un balazo a mi hombre y me quede sin ser sargenta tambien.

Despues, rodando rodando he venido a parar aqui a camarera de esta fonda, y lo unico alegria que me queda es haber encontrado a V. en ella aunque como V. ve los años no pasan en balde y ya no soy como era.

Don Cosme cruzo las manos en ademan de dolor, y contemplando a Isabel reconocio para si la verdad de aquella afirmacion. No, no era lo que fue

cuando tenía diez y seis años. Aquella muchacha de tez de hojé de rosa de largas trenzas entrelazadas de hermosa figura, de hija del pueblo con falda de listas azules y hojé corpiño que contenía a penas sus senos rebeldes no era la decaída de faz marchita, de cabeza canosa y de corpachon amondongado. Del pasado suyo solo quedaba una fea ruina. ¡Maldito el tiempo que todo lo arrolla y lo destruye!

Don Cosme no quiso tomar el desayuno, pretesto que se hallaba indispuesto, y pormas que Isabel le instó tubo que retirar la bandeja con todo cuanto llevaba.

—¿Quiere V. señorito que se le avise al medico? preguntole Isabel y como el digera que no la camarera se retiró llorosa y acongojada.

Al un dia mas aquí murmuro don Cosme con voz apagada, y llamando a su ayuda de

camaro que había guiado lo calesa en el viaje, le ordeno que enganchara y le esperase a la puerta.

Pagó su bebe estancia en la fonda y llamando a Isabel para despedirse de ella, le entrego un billete de propina que ella no quiso recibir y entonces cojiéndole las manos esclamo con voz temblorosa:— Ven acá hijá mia, han pasado cuarenta años y ya no somos los mismos ni tu ni yo, pero fuiste una ilusión de mi juventud, y no pudo despedirme de ti sin recordarlo!.. y abrazándole a ella la beso en la frente como aquella noche y los dos se despidieron sollozando.

IV

Don Cosme buscando alguna compensación a su pena, monto en la calesa y se dirigio a la quinta de naranjales de Rosario que distaba dos leguas de Miralmar.

to: Rosaura no podía haber cambiado, ella era intangible, incorruptible, imborrable, como una diosa olímpica y el tiempo vencido por su hermosura tenía que haberse rendido á sus pies.

El caballero hacíase la ilusion de renovar entero y completamente lo pasado y aunque yo no iba a caballo si no en calesa concedíale á esto poca importancia.

Llego y parecióle que la quinta le recibía con aspecto cetrudo. La berjá de hierro estaba desencajada y retorcida, dos perros hijos de aquel que salió á lamerle la mano le ladraron furiosamente y fué preciso que un labrador hijo de aquel que en otro tiempo cultivaba los tiestos aumentase á los canes para dar paso al recien llegado.

Don Cosme significó su deseo de ver los jardines y aquel camino de limoneros que otro vez

bo lo huerto y el labrador le acompaño de buen grado.

¡Ay! los jardines habían desaparecido y estaban sembrados de patatas, los limoneros habían muerto y habían plantado en su lugar paras de embarque; casi todos los naranjos de la finca estaban atacados de goma, arrinconados y macilentos, y la casa principal a que trepiaban las madreselvas y los campanillos azules, y en cuyos aleros anidaban las golondrinas estaba derribada y mal trecho, y en escondite de sabandijas.

Don Cosme se restregaba los ojos; no queriendo dar fe a sus tristes visiones; no se atrevió a preguntar nada de lo que fue, pero por no malograr su visita: dijo temblorosamente ¿y la señorita Rosaura?.

—¡Bah! respondió el rustico, yo no se nada de eso V. se refiere a tiempos antiguos, y yo solo tengo cuarenta y dos años. Quien podra darle a V. razon es mi

padre que tiene yo ochenta años y esta desde hace cincuenta en esta huerta. No ha salido ha recibido a V. porque esta siempre malucho, encerrado en su cuarto y sentado en un sillon; pero a memoria no hay muchos que le ganen.

—Quiero verlo buen hombre, le manifesto don Cosme; me interesa saber muchos casos de los dueños que hace cuarenta años tenian esta posesion.

—¿Es que va V. a comprarla? pregunto el labriego algo escamado temiendo que al variar de amo variase de personal.

—No, esclamo don Cosme, lo que yo compraria de aqui no son las tierras, ni los panes, ni las patatas, si no algo que no se me puede vender: los recuerdos y las dichas de otros dias.

El labrador se encojio de hombros, no entendiendo una palabra; y a los reiterados ruegos de don

Cosme le llevo a su casa compesina y le presento al octogenario Pedro, que parecia ~~una figura~~ representado a la vejez, una figura de cera de las que se exhiben en las Exposiciones.

El antiguo labrador, el tio Pedro, como llamaban en el pueblecillo al octogenario, al recibir la visita de don Cosme, se alegro mucho y contesto a todas su preguntas en largo peroratio indemnizandose del ~~largo~~ mucho silencio a que le obligaban su soledad y su reclusion.

—¡Hay! señorito, le dijo con voz temblona, ¡que triste es llegar a viejo para tener que ver estas cosas!. Esta finca no es mi su sombra. ¡Que diferencia de cuando la poseia mi señora doña Irene, acompañada de su hijita la señorita Rosarita! ¡Entonces la casa se veia con sus balcones verdes abiertos al sol, y sus rosales de olor, y sus jar-

mineros enredandose a las ventanas!. ya recordara V., lo primoroso de su jardin, donde la señorita tenia flores de todas clases, y la huerta rebosando naranjas, y su largo calle central de limoneros en flor...?

El tio Pedro hizo una pausa escrutando con su mirada el efecto que hacia en don Cosme este recuerdo; pero el se reprimio haciendose el disimulado y el anciano continuo de esta manera.

—¡Picaros limoneros! ellos tuvieron la culpa de que V. y la señorita Rosaura no se casaran. Y la verdad es que ella le llevo alli sin pecardio?. ¡Ea!. Si era una santa del cielo, tan noble, tan campechana y caritativa, que no cabia en ella maldad ninguna. Veia que V. iba todas las noches a hablar con ella tras el portón de hierro, en

pié una y otra hora y se dijo sin duda sin reflexionar: que entre, y allí en un banco de piedra bajo los limonéros podremos pelar la pava mas agusto. D. entro y portandose como un caballero le reprendio suavemente su imprudencia, y ella ofendida le escribio a D. al dia siguiente despidiendole; pero creame D. a mi que lo se todo, porque ella me lo contaba; la señorita Rosaura esperaba que D. volviese y D. no volvio nunca mas.

Mi pobre señorita se escurria llorando, perdio el apetito y el sueño y deseando en cuando me preguntaba. — Tio Pedro, ¿cree D. que volvera? Yo le decia que si pero me tenia fraguado lo contrario.

A esto se noto en la casa un cambio muy semejante a una ruina. Los frutos se vendieron mal, el Gobierno aumento las contribuciones, y tuvieron que pagar

se tarde y con recargos; lo señora apurada tuvo que hipotecar la finca a un carbonero enriquecido, y los acreedores se la comían. Venció el plazo el acreedor, no quiso dar prorroga y salió con una ejecución y vinieron a embargar. ¡¡Que dia aquel el del embargo señores!! El Juzgado empezó a apuntar todo lo que había en la fuerte, y luego entro en la casa y lo fue mueble por mueble y con todo arranbo el depositario que puso, no dejando a las señoras mas que las camas y las ropas de uso. Cuando llegaron a un armarito frente en que la señorita Rosario tenia guardadas cartas de V. y un retrato, ella pidió de rodillas que se lo dejaran; pero los barbaros aquellos no hicieron caso lo abrieron tiraron lo que había dentro, y se llevaron el mueble. Entonces la señorita, si no hubiera sido por no empeorar la cosa, saco mi escopeta y empiezo a tiros con todos ellos. La sangre me hervía en las venas y no tuve mas sangre

yo cuando salían, que agujarle mi perro mastín que le mordió en la pierna al que tomo los apuntes.

Toda esa escena hubiera sido torta y pan pintado comparado con lo que vino después.

La finca se le adjudicó al carbonero que vino al cabo de un mes a tomar posesión de ella con el Juzgado, en el que iba el que tomo los apuntes con la pierna liada del mordisco; por cierto que me pregunto si el perro estaría rabiando y yo le dije que sí, que había muerto de rabia, a lo cual el carbonero se echo a un lado y los demás del Juzgado se separaron del de la pierna herida y lo mandaron al pueblo a que lo viese otra vez el médico y le diese unos pinchazos que curaban la rabia. ~~yo pasado el miedo~~

Yo pasado el miedo, carbonero y Juzgado subieron a la casa donde la señora y su hija abrazadas sollozaban tristemente y les dijeron que se fuesen

de la casa y de todo lo huerto porque todo era de aquel caballero. ¡Ganas me dieron de darle una puñalada!.

Obedecieron ellos como mansos corderos, se despidieron de mi y de mi mujer, de los arboles, y lo se ñorito también de su huerto de flores que rego y por ultima vez con su llanto.

Al salir por el portón de hierro la señorita Rosaura, se abrazo a los barrotes donde solía de poner sus manos y los beso locamente diciendoles; ¡adios!. ¡adiós!.

Con la mayor frialdad entro el carbonero y me dijo: quedate aquí si quieres, y si no vaisome mientras yo busco otro, y dirigiendose al huertecito de flores emprendio a pisotones con estos y me mando que lo arrancara todo, que allí plantara patatas que saldrían buenas. Lo mismo hizo más allá en otro huertecillo de claveles, ordenando que se pusieran majaroas de pimientos. Hacia respeto: para poner parra, hizo cortar los limoneros del

paseo que parecia que se quejaban al golpe del hacha y al herirles la tierra.

Y ya ve V., el carbonero acabo muriendo pobre; la finca en manos de sus herederos esta casi destruido, y mis señoritas tubieron que irse a Sevilla donde tenian unos parientes lejanos.

Yo no se como no me he muerto con estos desastres.

Don Cosme dio las gracias al tio Pecho por todo su relato, le estrecho las manos conmovido, y le dijo — Buén hombre yo he de saber que fue de la señorita Rosario y de su madre. Mañana salgo para Sevilla; tomad esto solo como recuerdo, y le dió su reloj de oro que solo a la fuerza pudo pagar que tomara el anciano.

VI

Don Cosme habia pasado en Sevilla sus bellos

años estudiantiles, y al llegar busco su antiguo alojamiento de la calle de la Cuna frente a los Jardines, y el palacio de la Marquesa de La Motilla; pero ¡oh dolor! tambien allí solo encontro del pasado tristes restos. La casa habia sido derribada y se sacaban en sus solares los cimientos de otro edificio, que no tendria para el actractivos ni recuerdos.

Se encamino en busca de uno de los grandes hoteles de la Plaza Nueva, y ya estaba convertido en un Banco Hipotecario. Hasta los hermosos naranjos de los lados laterales de la plaza, habian sido abrancados por acuerdo de unos previsicos ediles.

Sevilla no era ya la que fue. De la hoz izquierda del Guadalquivir adornada antes de estensos naranjales, que dieron su nombre de Paseo de las Delicias al que los bordeaba, habian sido cortados tambien aquellos arboles de verdor eterno y de re-

los pomos y en las tardes primaverales, en vez de pobla-
se ese paseo de jinetes en caballos enjaezados a la andalu-
za, y de lujosos tiros tirados por troncos de raza española
que llevaban engalanadas hermosuras, solo cruzaban
y se entrecruzaban rapidamente esos feos vehículos lla-
mados automoviles, que parecian tener los caballos por
dentro, y por encima capotas chatas y ridículas.

Don Cosme quiso dar un vistazo a la
Universidad en cuyas aulas curso sus primeros años
de derecho, pero solo encontro escombros calcinados; le
habian pegado fuego los Barbaros de la Rebelucion;
los mismos que andubieron a tiros y sagueos por todas
partes.

Sevilla, la alegre ciudad de la Torre del
Oro y de la Giralda, yacia envuelta en un velo de tris-
teza profunda. Por perderlo todo, hasta los hombres carecian
de sus pases tipicos, y las mujeres de su provincial gracejo.

Estas impresiones alarmaron a don Cosme sobre el objeto de su viaje. Si una ciudad eternamente jóven y risueña había con el tiempo perdido todo su valor y su encanto, ¿que no sería de Rosaura, después de cuarenta años combatida por la tristeza y los infortunios?. ¡Ah el tenía toda fé en su incontrastable bello; se acordaba de haber leído que Ninon de Lenclos, a los sesenta años, rendía los corazones de los jóvenes atenienses y brillaba como la más hermosa entre las hermosas. ¿Debía de ser menos Rosaura, la de tez de nardo y rosa, la de largos cabellos negros envidia del ebano, la de formas esculturales como nunca las tuvo ~~Cithera~~ Helena, la de ojos de tan luminoso poder, que en las noches oscuras imitando a los cielos nublados disipaban las sombras que encendían las estrellas?.

Don Cosme se dedicó empeñosamente a buscar a doña Irene y a su hijo, y teniendo indicios de que residían en Bilbao buscó la casa donde estaba la

portero mas viejo y esto le informo al fin de todo.

—¿Doña Irene y la señorita Rosaura?

si señor, aqui han vivido en el piso tercero. ¡Que buenas fueron conmigo!. ¡Pero hay señor de mi alma! ya no pueden hacer nada por mi. Hace años que murieron las dos. Sufrieron mucho, hasta escaseces y doña Irene acabo enferma del higado, y la señorita Rosaura se fue a tisica galopante.

Don Cosme, palido como un difunto tambaleandose y agarrandose a la pared no quiso saber más, le dio cinco duros a la portera, y salio sostenido por su ayuda de camara.

Tomaron un coche que pasaba vacio. Mando don Cosme al auriga que les llevara a una tienda de flores, y allí compro un magnifico ramo de rosas claveles y azahares; enseguida le dijo al cochero: — Llevanos a lo ciudad donde viven

los muertos. Y como el cochero se quedara pálpe-
pó, le añadió: — Al cementerio hombre. Y par-
tió rapidamente el carruaje.

El cementerio dista una media
legua de Sevilla. Es un hermoso parque don-
de abundan las flores, los arboles y las estatuas,
tal que al entrar en el ~~el~~ el caballero con su
criado esclamo este: — Señor, estando aquí
dan ganas de morirse.

Don Cosme recorrió las largas
filas de lapidas de nichos, sin encontrar los de
la madre y la hija; pero al volver por la par-
te central del parque mortuorio se halló frente
a un tumulo de marmol sobre el que había
una estatua de mujer de marmol tambien con
la mano apoyada en la mejilla, y codo sobre
un trozo de columna que se leía esta ins-
cripcion:

¡Rosaura!

¡Hija mía!.

Don Cosme se arrodilló, depositó el ramo de flores sobre la tumba de Rosaura, y rezó largo tiempo fervorosamente.

Atardeció; algunas nubes cubrían el cielo y cayó una lluvia menuda que al rodar por la faz de la estatua doliente de la madre ~~remedaba~~ ~~el llanto~~ llanto vertido de sus ojos.

El guardián del cementerio avisó que la puerta se iba a cerrar.

Don Cosme besó la lápida de Rosaura y sostenido casi en peso por su ayuda de cámara montaron en el carruaje y se encaminaron a Sevilla, mientras las nubes ~~go~~ desgajadas derramaban el agua a torrentes.

VII

Volvió don Cosme maltrecho y enfermo

a su castillo de los Velez. De su escursion a lo que quedara de su pasado, solo trajo ilusiones muertas, tristezas, luchas, y la tragedia de Rosaura que se le quedo clavada en el corazon.

Su servidumbre estaba pendiente de el, y sus numerosos colonos acudian diariamente a enterarse de su salud.

No eran estos encubiertos enemigos: el propietario de las tierras aceptando el momento de despojarle. Al contrario pedian a Dios en sus oraciones le conservara la vida para que siguiera haciendo buenas obras porque hay que advertir aunque nada diga de ello del principio, que el viejo castellano era un propietario munificio y caritativo.

Habia heredado el castillo y todas las fincas de su comarca, de su tio el Conde de los Velez; pero en vez de explotar con rentas ex-

cidas a los labradores de sus tierras, se las dió a censo enfiteutico, por cantidades mínimas, anuales, con lo que el tenía muchas y seguras entradas, y ellos llenaban sus trojes con muchas fanegas y sus despensas con hortalizas longás y jamones y además de sus ingresos propios con Cosme atendía a las enfermedades de aquellos que llamaba hijos suyos a los regalos de todo de las muchachas casaderas y a los de Pascuas, santos y fiestas de aquella legua colonia.

Don Cosme enfermo y todo no dejó de atender también de su propio peculio y en lo posible a lo que fue de su pobreza dejado en los pasados tiempos. Primeramente reflexiono que aquella Isabel a quien estrecho lazamente contra su pecho cuando jóven, por sus actractivos de muchacha rustica no dejó seguir sirviendo de camarera en una fonda. Costo pues un cheque de veinticin-

co mil pesetas y se lo envió con una carta en que le decía que se quitara de servir y que se comprara una casita para habitarla y otras también pequeñas para alquilarlas y vivir de sus productos.

Enseguida cobró otro cheque de treinta mil pesetas y lo remitió al tío Pedro, para que él y su hijo comprasen a los herederos del carbonero la casa y naranjal en que vivió Rosaura, pero a condición de que no pudieran vender ni hipotecar la finca y de que arrancaran las patatas y los pimientos del huerto y lo plantasen de las flores y claveles que antes tenía, y por fin de que quitasen las parras del patio central y lo pusiesen de nuevo de limoneros.

Al día siguiente pensó más y cobró otro cheque de veinte mil pesetas que dirigió a un arquitecto amigo suyo de Madrid, encargándole que le comprase en el

cementerio un terreno alrededor de la tumba de Rosauro, que le pusiese en torno una artística verja de hierro, y que hiciera plantar tierra de limoneros y de flores.

Todavía no se olvido del señor Cura del pueblecillo que iba a decirle misa todos los domingos en la Capilla del castillo — Mire V. señor Cura las cosas van muy mal para la Iglesia y yo no quiero que el pueblecillo y mis colonos se queden sin Cura y sin Culto. He pensado y mañana lo hare ante Notario constituir una pension vitalicia de quince pesetas diarias para que V. y los Parrocos que le sucedan no se queden a pan pedir, vivan y cuiden del Culto y del Templo, ya que sus feligreses son pobres y no pueden atender a estas necesidades.

Y con efecto al dia siguiente otorgo la escritura ante un Notario que hizo llamar.

Debe El medico que visitaba a don Cosme comunicaba sus malos augurios a la servidumbre de la casa; pues el enfermo no tenia parientes, asegurando que padecia una enfermedad del corazón incurable y peligrosa.

Para fortuna aquellos dias como hermana de la Caridad, tenia la guardesa del castillo una preciosa y santa hija llamada Carmen, y apenas esta supo la grave enfermedad de don Cosme se ofreció a cuidarla, se constituyo a su lado dia y noche y le sirvio medicinas y alimentos y don Cosme que ya sabia la vocacion de su enfermera la llamaba Sor Carmen, a lo que ella sonreia.

Todos los servidores del castillo y colonos de la comarca se hacian lenguas de la piedad

con que aquello santo joven cuidaba al caballero.

Así pasaron tres meses con ataques de ahogo de don Cosme, hasta que Haber abisado el Cura y administrado los Sacramentos, falleció el pobre enfermo de un colapso entre las lagrimas y las oraciones de Los Carmen, arrodillada a sus pies, las oraciones del Cura ausiliandole a su cabecera y los gemidos de la servidumbre ante el lecho mortuorio, y del pueblo que invadió el castillo.

El entierro del Caballero fue modesto porque así lo dispuso; pero hasta las piedras de la comarca parecian haberse levantado para ir tambien en su cortejo.

A los nueve dias se abrió el testamento del finado en el que reconociendo y ratificando sus dadivas y pensiones nombraba en el remanente de sus bienes por terceras partes, a su

Debe

colonia, a Isabel y a Sor Carmen dejando es-
plendidos legados a sus servidores.

Don Cosme murió con un solo remordimiento, el de no haberse casado cuando joven con Rosauro.

Fin